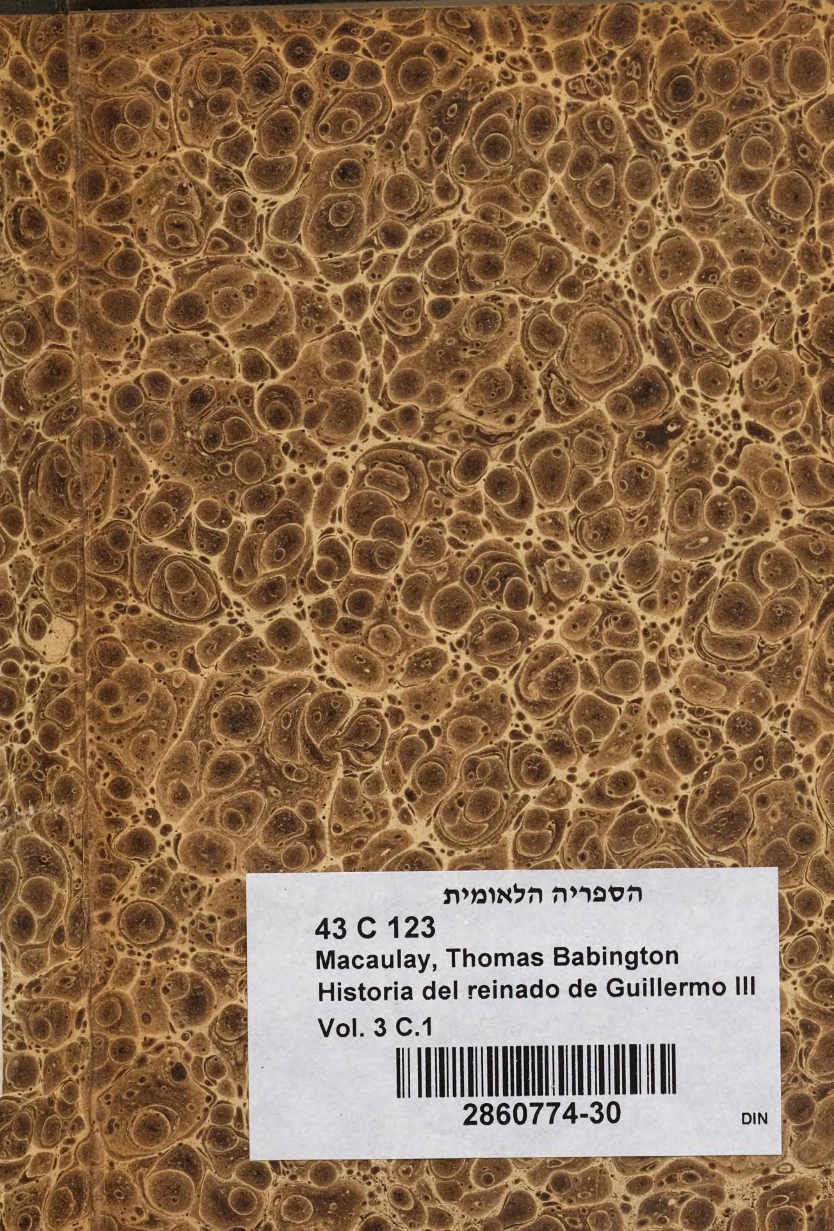




HISTORIA

DEL

REINADO DE GUILLERMO III

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LXXXIX

HISTORIA

DEL

REINADO DE GUILLERMO III

(CONTINUACIÓN DE LA REVOLUCIÓN DE INGLATERRA)

POR

LORD MACAULAY

VERSIÓN CASTELLANA DE

DON DANIEL LÓPEZ

TOMO III

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1906



MADRID. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

HISTORIA
DEL
REINADO DE GUILLERMO III.

CAPÍTULO SEXTO.

I.

Desembarca Guillermo en Carrickfergus y marcha á Belfast

Durante toda la primavera Guillermo había sido esperado con impaciencia en Ulster. Falsos rumores de su llegada habían llevado repetidas veces la agitación á los establecimientos protestantes de la costa de aquella provincia. No desembarcó, sin embargo, en Carrickfergus hasta la tarde del 14 de junio. Los habitantes de la ciudad llenaban la calle principal y le saludaron con grandes aclamaciones; pero solo un momento pudieron verle. Tan pronto se encontró en tierra firme, montó á caballo y marchó á Belfast. Schomberg salió á recibirle al camino. La reunión tuvo efecto cerca de una casa blanca, única vivienda humana entonces visible en el espacio de muchas millas en la árida margen de la embocadura,

del Laggan. Una aldea y una fábrica de hilados de algodón se levantan hoy donde antes sólo se veía la casa blanca; y adornan toda la o illa una alegre sucesión de casas de campo, de verdura y de flores. Belfast se ha convertido en uno de los más grandes y más florecientes emporios de la industria en las Islas Británicas. Contiene una activa población de ochenta mil almas. El importe de los derechos que se recaudan anualmente en su aduana excede de los derechos que se pagaban anualmente en la aduana de Londres en los años más prósperos del reinado de Carlos II. Otras ciudades de Irlanda ofrecerán, tal vez, á la vista aspecto más pintoresco. Pero Belfast es la única gran ciudad de Irlanda donde el viajero no se siente disgustado por la repugnante apariencia y fétido olor de calles enteras de madrigueras humanas, muy inferiores en comodidad y limpieza á las viviendas que en más felices comarcas se destinan al ganado. Ninguna otra gran ciudad de Irlanda está tan limpia, ni tiene tan buen pavimento, ni está tan brillantemente iluminada. Suplen la falta de cúpulas y torres edificios menos agradables al gusto del artista, pero que son indicio no menos cierto de prosperidad, inmensas factorías que sobresalen muchos pisos por encima de las chimeneas de las casas y resuenan con el estrépito de la maquinaria. La Belfast donde entró Guillermo era una pequeña colonia inglesa, compuesta de unas trescientas casas, dominada por un antiguo castillo que ha desaparecido hace ya mucho tiempo, residencia de la noble familia de Chichester. En este palacio, que, según se decía, tenía alguna semejanza con el de Whitehall, y que era celebrado por sus terrazas y huertos que se extendían hasta la orilla del río, se habían hecho preparativos para recibir al Rey. Aguardábanle en la puerta del Norte los

magistrados y burgueses, vistiendo la toga de su dignidad. La multitud se agolpaba en torno de su coche, gritando: «Dios salve al Rey protestante.» Porque la ciudad era uno de los baluartes de la fe reformada; y cuando, dos generaciones más tarde, se hizo por primera vez el censo de la población, se encontró que de cada quince habitantes, sólo uno era católico (1).

Vino la noche; pero los condados protestantes estaban despiertos y alerta. El castillo de Belfast había hecho una salva á la llegada del Rey. Había sido respondida por los cañones que Schomberg había colocado á grandes distancias para trasmitir las señales de uno á otro puesto. Donde quiera que se oyeron los disparos, súpose que el rey Guillermo había llegado. Antes de media noche, el fuego de las hogueras iluminaba las alturas de Antrim y Down. El resplandor de las llamas pudo verse al otro lado de las bahías de Carlingford y Dundalk, y anunció á las avanzadas enemigas que la hora decisiva se acercaba Cuarenta y ocho horas después del desembarco de Guillermo, salió Jacobo de Dublín dirigiéndose al campo irlandés, que estaba situado cerca de la frontera septentrional de Leinster (2).

---

(1) *London Gazete*, junio 19, 1690; *Historia de las guerras de Irlanda, por un oficial del ejército real*, 1690; *Villare Hibernicum*, 1690; Story, *Impartial History*, 1691; *Colección historica relativa á la ciudad de Belfast*, 1817. Esta obra contiene curiosos extractos de manuscritos del siglo XVII. En el Museo Británico hay un mapa de Belfast hecho en 1685, tan exacto, que se pueden contar las casas.

(2) Lauzun á Louvois, junio 16 (26). El mensajero que trajo la noticia á Lauzun había oido los cañonazos y visto las hogueras. *Historia de las guerras de Irlanda, por un oficial del ejército real*, 1690; *Vida de Jacobo*, II, 392. Orig. Mem.; Burnet, II, 47. Burnet comete un grave error al decir que Guillermo llevaba seis días en Irlanda cuando Jacobo supo su llegada.

II.

Estado de Dublín.

En Dublín reinaba terrible agitación. No ofrecía duda que la crisis decisiva se acercaba; y la angustia de la incertidumbre estimulaba hasta el más alto grado las pasiones de las dos castas hostiles. Fácilmente podía advertir la mayoría, en el aspecto y en el tono de la oprimida minoría, señales que indicaban la esperanza de una pronta liberación y de una terrible venganza. Simón Luttrell, á cuyo cuidado fuera confiada la capital, se apresuró á tomar cuantas precauciones dictaban el temor y el odio. Publicóse un bando para que todos los protestantes permanecieran en sus casas desde el anochecer hasta el alba, y prohibiéndoles, con pena de la vida, reunirse en parte alguna, fuera cualquiera su objeto, en número de más de cinco. No hubo indulgencia ni aun para aquellos sacerdotes de la Iglesia establecida que nunca habían cesado de enseñar la doctrina de la obediencia pasiva. El doctor Guillermo King, que después de resistir largo tiempo había comenzado á vacilar en sus creencias políticas, fué reducido á prisión. No había cárcel capaz de contener la mitad de las personas sospechosas en concepto del Gobernador. El colegio y varias iglesias parroquiales fueron convertidos en prisiones, y allí, personas á quien no se acusaba de otro crimen que su religión, fueron amontonadas en tan gran número que apenas si podían respirar (1).

(1) *Diario completo y verdadero de los asuntos de Irlanda por una persona de distinción*, 1690; King, III, 18. El bando de Luttrell se hallará en el Apéndice de King.

III

Disposiciones militares de Guillermo.

En tanto, los dos Príncipes rivales se ocupaban en reunir sus fuerzas. Loughbrickland fué el lugar designado por Guillermo para la reunión de las diseminadas divisiones de su ejército. Mientras sus tropas iban llegando, trabajaba infatigablemente en mejorar su disciplina y atender á su subsistencia. Había traído de Inglaterra doscientas mil libras en dinero y una gran cantidad de municiones de boca y guerra. Estaba prohibido el pillaje bajo penas severas Al mismo tiempo se distribuían las provisiones con liberalidad; y todos los pagadores de los regimientos tenían orden de enviar sus cuentas sin dilación para que no hubiera retrasos (1). Tomás Coningsby, miembro del Parlamento por Leominster, whig activo y nada escrupuloso, acompañaba al Rey y desempeñaba las funciones de pagador general. Merece mencionarse que Guillermo, por este tiempo, autorizó al recaudador de aduanas de Belfast para pagar anualmente mil doscientas libras á algunos de los principales ministros disidentes de Down y Antrim, cantidad que distribuirían éstos entre sus compañeros. El Rey declaró que concedía esta suma á los sacerdotes disidentes, en parte como recompensa por la gran lealtad que habían mostrado á su persona, y en parte como compensación de sus recientes pérdidas. Tal es el origen del donativo que todavía concede anual-

(1) *Villare Hibernicum*, 1690.

mente el Gobierno al clero presbiteriano de Ulster (1).

Guillermo había vuelto á ser el de siempre. Su espíritu, oprimido por diez y ocho meses pasados en una especie de letargo, en medio de facciones é intrigas que sólo á medias entendía, se reanimó tan pronto como se vió rodeado de tiendas y estandartes (2). Era cosa extraña ver con cuánta rapidez este hombre, tan impopular en Westminster, obtenía completo dominio sobre los corazones de sus compañeros de armas. Observaban éstos con placer que, enfermo y todo como estaba, compartía todas sus fatigas; que pensaba más en la comodidad de los otros que en la propia; que reprendía con dureza á algunos oficiales que, en su afán de separar los manjares más delicados para su mesa, olvidaban las necesidades de los simples soldados; que desde el día que salió al campo, ni una sola vez se alojó en casas, sino que aun en la vecindad de ciudades y palacios dormía en su portátil barraca de madera; que no había súplicas que pudieran recabar de él, en un día de calor y de mucho viento, que se apartara de la sofocante nube de polvo que cubría la línea de marcha y que fatigaba duramente pulmones más robustos que el suyo. Su rostro y su voz eran muy conocidos de cuantos se hallaban sometidos á su mando, porque no había un solo regimiento que no inspeccionara por sí mismo con minuciosa atención. Por largo tiempo se conservó memoria de su aire agradable y de sus dichos. Un valiente soldado recuerda en su diario la amabilidad y cortesía con que el Rey

(1) La orden dirigida al recaudador de aduanas se hallará en la *Historia de la Iglesia presbiteriana en Irlanda*, del doctor Reid.

(2) «La gayeté peinte sur son visage—dice Dumont que le vió en Belfast—nous fit tout espérer pour les heureux succès de la campagne.»

aceptó una cesta de las primeras cerezas del año de que él le hizo presente, y la vivacidad con que Su Majestad conversaba durante la cena con los que rodeaban su mesa (1).

IV.

Marcha Guillermo hacia el Mediodía.

El 24 de junio, décimo día de su desembarco, marchó Guillermo con todas sus fuerzas hacia el Sur de Loughbrickland. Estaba completamente decidido á aprovechar la primera oportunidad de pelear. Schomberg y algunos otros oficiales recomendaban precaución y calma; pero el Rey contestó que no había venido á Irlanda á dejar crecer la hierba bajo sus plantas. El éxito demostró que como general, su opinión era acertada. Que como hombre de Estado opinaba también acertadamente, no puede ponerse en duda. Sabía que la nación inglesa estaba descontenta de la manera como hasta aquí se había conducido la guerra; que sólo un triunfo rápido y brillante podría hacer revivir el entusiasmo de sus amigos y llevar el desaliento á sus enemigos, y que una derrota no podía ser mucho más perjudicial á su fama y á sus intereses que una campaña lánguida é indecisa.

El país por donde avanzaba había sido durante diez y ocho meses terriblemente devastado por los soldados y por los *rapparees*. Habían dado muerte al ga-

---

(1) Story, *Relación imparcial; Diario manuscrito del Coronel Bellingham; The Royal Diary.*

nado: los campos habían sido talados: las cercas y las casas estaban en ruinas. Ni un sér humano se encontraba á los lados del camino, excepto algunos miserables, desnudos y demacrados, cuyo único alimento consistía en cáscaras de avena, que, á semejanza de las gallinas, recogían una á una de entre el polvo y las cenizas (1). Sin embargo, aun con tales desventajas la vista observadora del Rey no podía menos de admirar el hermoso color verde del campo, las bahías y ríos tan admirablemente apropiadas para el comercio. Tal vez pensó cuán diferente aspecto hubiera presentado aquella infeliz región si hubiera tenido el beneficio de un gobierno y una religión como las que habían hecho de su nativa Holanda maravilla del mundo; en la interminable sucesión de casas de recreo, jardines de tulipanes y lecherías que hubieran bordeado el camino desde Lisburn hasta Belfast; en los centenares de barcas que hubieran estado constantemente subiendo y bajando por el Laggan; en la selva de mástiles que hubiera cubierto el desolado puerto de Newry, y en los vastos almacenes y soberbios palacios que hubieran cubierto el espacio ocupado por las sucias callejuelas de Dundalk. «El país—se le oyó decir—merece la pena de combatir.»

V.

Retirada del ejército irlandés.

La intención primera de Jacobo parece haber sido probar la suerte de las armas presentando campal ba-

(1) Story, *Relación imparcial.*

talla en la frontera de Leinster y Ulster. Pero abandonó este designio al parecer á instancias de Lauzun, el cual, aunque muy poco dispuesto y muy poco apto para conducir una campaña según el sistema de Fabio, sentía aún resonar en sus oídos los consejos de Louvois (1). Jacobo, aun cuando estaba resuelto á no entregar Dublín sin una batalla, consintió en retirarse hasta encontrar algún sitio que le proporcionara posición ventajosa. Así, pues, cuando la guardia avanzada de Guillermo llegó á Dundalk, no se vió del ejército irlandés más que una gran nube de polvo que lentamente se iba extendiendo hacía el Mediodía, en dirección de Ardee. Los ingleses pernoctaron cerca del sitio donde había tenido su campo Schomberg el año anterior, despertando en su memoria muy tristes recuerdos la vista de aquel desolado pantano, sepulcro de millares de valientes (2).

Guillermo continuó avanzando, y todavía los irlandeses siguieron retirando delante de él, hasta que, en la mañana del lunes 30 de junio, su ejército, que marchaba en tres columnas, llegó á lo alto de una eminencia del terreno, cerca de la frontera meridional del condado de Louth Al pie de esta eminencia se extendía un valle tan fértil y alegre en la actualidad, que el inglés que llega á verlo puede imaginar que está en una de las partes más favorecidas de su favorecidísimo país. Campos de trigo, bosques, praderas resplandecientes de margaritas y de trébol bajan en suave pendiente hasta la orilla del Boyne. Aquel brillante y tranquilo río que sirve de límite entre Louth y Meath, después de haber corrido muchas millas por

(1) Lauzun á Louvois, junio 23 (julio 3), 1690; *Vida de Jacobo*, II, 393. Orig. Mem.

(2) Story, *Impartial Account*; MS. Dumont.

entre verdes márgenes, coronadas de modernos palacios y de ruinosas torres de antiguos barones normandos, se encuentra aquí á punto de confundirse con el mar. Cinco millas al poniente del lugar desde donde Guillermo se encontraba, mirando hacia el río, se alza ahora en una verde ribera, en medio de grandes bosques, el castillo de Slane, residencia del Marqués de Conyngham. Dos millas hacia Levante, una nube de humo de las fábricas y vapores envuelve la activa ciudad y puerto de Drogheda. En la orilla del Boyne correspondiente á Meath, el terreno, donde todavía no se ve más que trigo, césped, flores y follaje, se alza con una ligera ondulación hasta una eminencia coronada por un espeso grupo de fresnos que dan sombra á la arruinada iglesia y desolado cementerio de Donore (1).

En el siglo XVII el paisaje presentaba aspecto muy diferente. Eran muy raras las huellas del arte y de la industria. Apenas se veía un bajel en el río, como no fuesen aquellas rudas barcas de mimbres cubiertas con pieles de caballo, donde el rústico celta se dedicaba á la pesca de la trucha y el salmón. Drogheda, poblada actualmente por veinte mil industriosos habitantes, era un pequeño grupo de estrechas, tortuosas y sucias callejuelas, rodeado por un foso y un baluarte. Las casas eran de madera, con altos remates triangulares y los pisos superiores avanzando sobre la calle. Fuera de las murallas de la ciudad, apenas se descubría vivienda alguna, excepto en un sitio llamado Oldbridge (*Puente Viejo*). Allí el río era vadeable, y al Mediodía del vado habia algunas cenagosas cabañas y una sola casa construída con más sólidos materiales.

(1) Se hallarán muy curiosas noticias respecto al campo de batalla y al país que lo rodea, en el interesante volumen de mister Wilde, titulado: *Bellezas del Boyne y de Blackwater.*

VI.

Detiénense los irlandeses á orillas del Boyne.

Cuando Guillermo descubrió el valle del Boyne, no pudo contener una exclamación y un gesto de alegría. Había temido que el enemigo tratara de evitar una acción decisiva y prolongase la guerra hasta que volvieran las lluvias de otoño trayendo en su séquito la peste. Ahora estaba tranquilo. Era evidente que la lucha sería empeñada y breve. El pabellón de Jacobo estaba plantado en la eminencia de Donore. Las banderas de la casa de Estuardo y de la casa de Borbón ondeaban juntas desafiando los muros de Drogheda. Toda la orilla meridional del río estaba ocupada por el campo y las baterías del ejército enemigo. Millares de hombres armados iban y venían entre las tiendas; y todos, infantes y jinetes, franceses é irlandeses, llevaban una divisa blanca en el sombrero. Habíase elegido aquel color en obsequio á la casa de Borbón. «Me alegro de veros, caballeros—dijo el Rey al examinar con su mirada perspicaz las líneas irlandesas. —Si ahora os escapáis, mía será la culpa» (1).

---

(1) *Memorandum escrito de mano de Alejandro, Conde de Marchmont.* Debía sus noticias á Lord Selkirk, que estaba en el ejército de Guillermo.

VII.

Ejército de Jacobo.

Cada uno de los dos Príncipes contendientes tenía algunas ventajas sobre su rival. Jacobo, que se hallaba á la defensiva al abrigo de trincheras, con un río delante, ocupaba la posición más fuerte (1); pero sus tropas eran inferiores en número y calidad á las de su contrario. Tendría, tal vez, unos treinta mil hombres. Como una tercera parte de esta fuerza se componía de excelente infantería francesa y excelente caballería irlandesa. Pero el resto de su fuerza era la burla de toda Europa. Los dragones irlandeses eran malos; la infantería irlandesa todavía peor. Decíase que su sistema ordinario de pelear consistía en hacer la primera descarga y echar á correr gritando «¡Cuartel!» y «¡al asesino!» Su ineficacia era comúnmente atribuída en aquel siglo, tanto por sus enemigos como por sus aliados, á natural cobardía. Cuán escaso fundamento hubiera para semejante acusación, se ha

(1) Jacobo dice (*Vida*, II, 393. Orig. Mem) que ésta era la mejor posición que permitía el terreno. King, en un sermón de gracias que predicó en Dublín después de acabada la campaña, dijo á sus oyentes que la ventaja de la posición ocupada por los irlandeses era contada por todos los inteligentes como superior á la de ser tres contra uno. Véase el *Sermón de gracias* de King, predicado en 16 de noviembre de 1690, ante los Lores Justicias. Esto es, sin duda, una absurda exageración. Pero M. de la Hoguette, uno de los principales oficiales franceses que asistieron á la batalla del Boyne, informó á Louvois de que el ejército irlandés ocupaba una buena posición defensiva. *Carta de la Hoguete*, expedida en Limerick, en 31 de julio (10 de agosto), 1690.

demostrado después señaladamente con multitud de heroicos hechos en todas las partes del globo. Cierto que debía haberse ocurrido á todas las personas razonables, aun en el siglo XVII, que la raza que daba algunos de los mejores soldados de caballería del mundo, con una juiciosa disciplina, daría seguramente buenos infantes. Pero la infantería irlandesa, no solamente no había sido bien disciplinada, sino que se había puesto empeño en disciplinarla mal. El más grande de nuestros generales ha declarado repetidas veces, en términos que no dejan lugar á duda, que aun el admirable ejército que bajo su mando se abrió paso desde Torres Vedras hasta Tolosa, si le hubiera dejado contraer habitos de pillaje hubiera sido en pocas semanas incapaz de toda empresa militar. ¿Qué habían de ser, pues, aquellas tropas, á las cuales desde el dia que se habían alistado no sólo se les permitía sino que eran invitadas á suplir las deficiencias de la paga con el merodeo? Eran, como se podía esperar , simplemente una multitud , llena , es verdad, de furioso y bullanguero celo por la causa que había abrazado, pero incapaz de hacer firme resistencia á un ejército bien organizado. Y en realidad, lo único que la disciplina del ejército de Jacobo , si así puede llamarse, había hecho por el campesino celta, era únicamente degradarlo y enervarlo. Después de diez y ocho meses de servicio nominal, se encontraba en realidad con menos aptitud para ser soldado que el día que abandonara su cabaña por el campamento.

VIII.

Ejército de Guillermo.

Guillermo tenía bajo su mando cerca de treinta y seis mil hombres de muchas naciones y de muchas lenguas. Casi no había Iglesia ó nación protestante que no estuviera representada en el ejército que una extraña serie de acontecimientos había llevado á combatir por la religión protestante en la más remota isla de Occidente. La mitad casi de las tropas eran naturales de Inglaterra. Allí estaba Ormond con los Guardias de Corps, y Oxford con los Azules. Sir John Lanier, oficial que había adquirido experiencia militar en el Continente y cuya prudencia era tenida en alta estima, estaba á la cabeza del regimiento de caballería de la Reina, actualmente primero de dragones de la Guardia. Allí estaban los infantes de Beaumont, quien á pesar del mandato de Jacobo se había negado á admitir en las filas á irlandeses papistas, y la infantería de Hastings, que el día de la rota de Killiecrankie mantuvo la reputación militar de la raza sajona. Allí estaban los dos batallones de Tánger, conocidos hasta entonces únicamente por actos de violencia y de rapiña, pero destinados á comenzar en la mañana siguiente una larga carrera de gloria. Los guardias escoceses iban al mando de su compatriota Jacobo Douglas. Dos hermosos regimientos británicos que habían estado al servicio de los Estados Generales y muchas veces habían visto la muerte frente á frente, á las órdenes de Guillermo, le seguían en esta campaña, no sólo como á su

general, sino como á su rey legítimo. En la actualidad son el quinto y sexto de línea. Mandaba el primero un oficial de escasos conocimientos en las partes superiores de la ciencia militar, pero que en opinión de todo el ejército era el más valiente entre los valientes, Juan Cutts. Entre las tropas holandesas sobresalían la caballería de Portland y de Ginkell, y el regimiento de Azules de Solmes, formado de dos mil hombres de la mejor infantería de Europa. Alemania había enviado al campo algunos guerreros que descendían de sus más nobles casas. El príncipe Jorge de Hesse Darmstadt, esforzado mancebo que hacía su aprendizaje en el arte militar, cabalgaba cerca del Rey. Una fuerte brigada de mercenarios daneses iba al mando del duque Carlos Federico de Wirtemberg, próximo pariente del jefe de su ilustre familia. Decíase que de todos los soldados de Guillermo, éstos eran los más temidos de los irlandeses. Porque siglos enteros de dominación sajona no habían borrado el recuerdo de la violencia y crueldad de los escandinavos reyes del mar; y aun era repetida con supersticioso horror una antigua profecía de que un día los daneses habían de exterminar á los hijos del país (1). Entre los extranjeros auxiliares, había un regimiento de Brandemburgo y otro de Finlandia. Pero en aquel gran campamento, compuesto de tan varios elementos, había dos cuerpos especialmente animados de espíritu fiero é implacable: los hugonotes de Francia, sedientos de sangre de franceses; y los ingleses de Irlanda, impacientes de pisotear á los irlandeses. Las filas de los emigrados habían sido eficazmente purgadas de espías y traidores, y se componían de hombres como los que habían luchado el siglo precedente

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, marzo, 1690.

contra el poder de la casa de Valois y el genio de la casa de Lorena. Todos los de ánimo más esforzado de la indomable colonia habían acudido al campo de Guillermo. También estaba Mitchelburne con los obstinados defensores de Londonderry, y Wolseley con los guerreros que habían lanzado el unánime grito de «adelante» el día de Newton Butler. Sir Alberto Conyngham, antepasado de la noble familia cuyo castillo se alza ahora á orillas del Boyne, había traído de las cercanías de Lough Erne un bizarro regimiento de dragones que aun se gloría con el nombre de Enniskillen y que ha demostrado en las orillas del Euxino que no degeneró desde la jornada del Boyne (1).

IX.

Walker, nombrado obispo de Derry, acompaña al ejército.

Walker, no obstante su avanzada edad y su pacífica profesión, acompañaba á los soldados de Londonderry, tratando de aumentar su celo con la exhortación y el ejemplo. Era actualmente un gran prelado. Ecequiel Hopkins, huyendo de perseguidores papistas y presbiterianos rebeldes, se había refugiado en la ciudad de Londres, había consentido en jurar obediencia al Gobierno, había obtenido un curato y había muerto en el cumplimiento de los humildes deberes del cura

---

(1) Véanse los *Historical records of the Regiments of the British army*; y en Story, la lista del ejército de Guillermo cuando le pasó revista en Finglass una semana después de la batalla.

párroco (1). Guillermo, al atravesar el Louth en su marcha, supo que la rica sede de Derry estaba á su disposición. Inmediatamente eligió á Walker para aquel obispado. El bravo anciano en las pocas horas de vida que le quedaban se vió abrumado de felicitaciones y enhorabuenas. Por desgracia, durante el sitio en que tanto se había distinguido, había contraído pasión por la guerra, y fácilmente se persuadió de que al satisfacerla cumplía un deber para con su patria y para con su religión. Debía haber recordado que las circunstancias especiales que habían justificado el que se hiciera combatiente habían cesado de existir, y que en un ejército disciplinado, mandado por generales de larga experiencia y gran fama, un clérigo que pelease daría probablemente más escándalo que ayuda. El obispo electo estaba resuelto á hallarse en todos los puestos de peligro; y la manera como arriesgaba su vida excitó el más profundo disgusto en su regio protector, para quien un entrometido era casi tan aborrecible como un cobarde. El soldado que huye de la batalla y el clérigo que se mete á pelear, eran las dos cosas que más fuertemente excitaban el disgusto de Guillermo.

X.

Reconoce Guillermo las posiciones irlandesas.

Era todavía muy temprano. El Rey recorría lentamente á caballo la orilla septentrional del río, y examinaba con minuciosidad la posición de los irlande-

(1) Véase su Oración fúnebre predicada en la iglesia de Santa María Aldermary en 24 de junio de 1690.

ses, de los cuales, á veces, le separaba un intervalo de poco más de doscientos pies. Acompañábanle Schomberg. Ormond, Sidney, Solmes, el príncipe Jorge de Hesse, Coningsby y otros. «Su ejército es pequeño,» dijo uno de los oficiales holandeses. En realidad no parecía mayor de diez y seis mil hombres. Pero sabíase muy bien, según informes traídos por desertores, que había muchos regimientos ocultos á la vista por las ondulaciones del terreno. «Tal vez son más numerosos de lo que parece—dijo Guillermo;—pero sean pocos ó muchos, pronto sabré á qué atenerme respecto á ellos» (1).

Por último echó pie á tierra en un lugar situado casi enfrente de Oldbridge, se sentó sobre la hierba á descansar y pidió el almuerzo. Descargaron las acémilas; abrieron las cantinas y se tendió un mantel sobre el césped. Aun marca este sitio un obelisco construído en vida de muchos veteranos que podían recordar muy bien los acontecimientos de aquel día.

XI.

Guillermo herido.

Mientras Guillermo almorzaba, apareció en la orilla opuesta, muy cerca del río, un grupo de jinetes. Entre ellos pudieron distinguir sus servidores á algunos que un tiempo habían sido famosos en las revistas de

(1) Story, *Impartial History; History of the Wars in Ireland by an Officer of the Royal Army*; Hop á los Estados Generales, junio 30 (julio 10), 1690.

Hyde Park y en los bailes de la galería de Whitehall: el joven Berwick, el pequeño Lauzun de hermosa cabellera, Tyrconnel, admirado un tiempo de las damas de honor como modelo de varonil vigor y belleza, pero encorvado ahora por los años y estropeado por la gota, y sobresaliendo por encima de todos la majestuosa cabeza de Sarsfield.

Pronto descubrieron los jefes del ejército irlandés que la persona que rodeada de un espléndido círculo almorzaba en la orilla opuesta, era el Príncipe de Orange. Hicieron traer artillería. Dos piezas de campaña, que ocultaba á la vista un escuadrón de caballería, fueron traídas casi hasta donde llegaba el agua, colocándolas detrás de un vallado. Guillermo, que acababa de levantarse y estaba otra vez á caballo, fué el blanco de los dos cañones. El primer disparo dió en una de las pistoleras del príncipe Jorge de Hesse y le derribó el caballo. «¡Ah! exclamó el Rey, han matado al pobre Príncipe.» Al decir estas palabras, era herido por una segunda bala de seis libras. No hizo más que romperle la casaca y rozarle ligeramente el hombro, haciéndole perder dos ó tres onzas de sangre. Ambos ejércitos vieron que el tiro había dado en el blanco; porque el Rey cayó en el momento sobre el pescuezo del caballo. Un grito de entusiasmo salió del campo irlandés. Los ingleses y sus aliados se llenaron de espanto. Solmes se arrojó al suelo prorrumpiendo en lágrimas. Pero el aspecto de Guillermo tranquilizó pronto á sus amigos. «No ha pasado nada, dijo; pero la bala ha venido bastante cerca.» Coningsby aplicó su pañuelo á la herida: hízose venir un cirujano, curó la herida, y el Rey tan pronto le pusieron el vendaje cabalgó por todos los puestos de su ejército en medio de grandes aclamaciones. Era tal la energía de su espíritu que, á pesar

de su débil salud, á pesar de su reciente herida, estuvo aquel día diez y nueve horas á caballo (1).

De ambas partes hubo cañoneo hasta la tarde. Guillermo observaba con especial atención el efecto producido por los disparos de los irlandeses en los regimientos ingleses que no habían entrado nunca en acción, y declaró estar satisfecho del resultado. «Muy bien, dijo; aguantan bien el fuego.» Mucho después de la puesta del sol, hizo una inspección final de sus fuerzas á la luz de antorchas, y dió órdenes á fin de que todo estuviera pronto para forzar un paso á través del río al día siguiente. Todos los soldados deberían poner una rama verde en el sombrero. El bagaje y los capotes debían quedar atrás custodiados por una guardia. La contraseña era Westminster.

La resolución del Rey de atacar á los irlandeses no fué aprobada por todos sus generales. Schomberg, en particular, declaró demasiado arriesgada la prueba; y cuando vió que su opinión era vencida, se retiró á su tienda malhumorado. Cuando se le comunicó el orden de batalla, murmuró que estaba más acostumbrado á dar semejantes órdenes que á recibirlas. El bravo veterano reparó noblemente en la siguiente mañana este pequeño acceso de mal humor, muy perdonable en un general que había ganado grandes victorias cuando su amo era todavía un niño.

---

(1) *London Gazette*, julio 7, 1690; Story, *Impartial History*; *History of the Wars in Ireland by an Officier of the Royal Army*; Narciso Luttrell, *Diary*; *Memorandum* de Lord Marchmont; Burnet, II, 50, y Sermón de gracias; MS. Dumont.

XII.

Batalla del Boyne.

Amaneció el 1.° de julio, día que desde entonces excita siempre fuertes emociones de índole muy diferente en las dos poblaciones en que se divide Irlanda. Salió el sol brillante y sin nubes. Poco después de las cuatro, ambos ejércitos estaban en movimiento. Guillermo ordenó que su ala derecha, al mando de Meinhart Schomberg, uno de los hijos del Duque, marchara al puente de Slane, algunas millas río arriba, lo pasara allí y atacara el flanco izquierdo del ejército irlandés. Meinhart Schomberg iba asistido de Portland y Douglas. Jacobo, temiendo un ataque por esta parte, había enviado al puente un regimiento de dragones, mandado por sir Neil O'Neil. O'Neil se portó como bizarro caballero; pero pronto recibió una herida mortal: huyeron sus soldados; y el ala derecha de los ingleses pasó el río.

Este movimiento llenó de inquietud á Lauzun. ¿Qué pasaría si el ala derecha inglesa acometía la retaguardia del ejército de Jacobo? Unas cuatro millas al Sur del Boyne había un sitio llamado Duleek, donde el camino de Dublín era tan angosto que no cabían dos carros de frente y donde por ambos lados del camino había un tremedal que no ofrecía terreno firme. Si Meinhart Schomberg ocupara este sitio, los irlandeses no podrían retirarse. Se verían en el caso de vencer ó morir hasta el último soldado. Inquietado por este temor, el General francés marchó con sus compatriotas y con la caballería de Sarsfield en dirección al puente

de Slane. De esta manera quedó encomendado sólo á los irlandeses la defensa de los vados inmediatos á Oldbridge.

Eran entonces cerca de las diez. Guillermo se puso á la cabeza de su ala izquierda, que estaba compuesta exclusivamente de caballería, y se preparó á pasar el río poco más arriba de Drogheda. El centro de su ejército, compuesto casi exclusivamente de infantería, estaba confiado al mando de Schomberg, y se encaminó hacia Oldbridge. En Oldbridge estaba reunida toda la infantería irlandesa. La orilla del río por la parte de Meath estaba cubierta de picas y bayonetas. Los ingenieros franceses habían hecho una fortificación valiéndose de los vallados y edificios, y habían levantado un parapeto muy cerca de la orilla (1). Allí estaba Tyrconnel; y á sus órdenes se hallaban Ricardo Hamilton y Antrim.

Schomberg dió la voz de mando. Los Azules de Solmes fueron los primeros que se pusieron en movimiento. Marcharon con bizarría á tambor batiente hasta la orilla de Boyne. Cesaron entonces los tambores; y los soldados, de diez en fondo, entraron en el agua. Siguiéronles inmediatamente Londonderry y Enniskillen. Un poco á la izquierda de Londonderry y Enniskillen cruzó el río Caillemot á la cabeza de una larga columna de refugiados franceses. Un poco á la izquierda de Caillemot y sus emigrados, el cuerpo principal de la infantería inglesa luchaba trabajosamente por pasar el río con el agua hasta los sobacos. Todavía más abajo, los daneses encontraron otro vado. En pocos minutos el Boyne, en una extensión de un cuarto de milla, estaba lleno de mosquetes y ramas verdes.

---

(1) **La Hoguette á Louvois, julio 31 (agosto 10). 1690.**

Hasta que llegaron á la mitad del canal no advirtieron los asaltantes toda la dificultad y peligro del servicio á que se habían comprometido. Hasta entonces habían visto poco más de la mitad del ejército enemigo. Ahora regimientos enteros de infantería y caballería parecían salir de la tierra. Un salvaje grito de desafío salió de toda la orilla; por un momento el resultado pareció dudoso; pero los protestantes avanzaron resueltamente, y en otro instante cedió toda la línea irlandesa. Tyrconnel miraba á todas partes lleno de impotente desesperación. No carecía de valor personal; pero sus conocimientos militares eran tan escasos, que casi nunca al pasar revista á su regimiento en Phœnix Park dejaba de cometer algún error; y reorganizar las filas que por todas partes se rompían en torno suyo, no era empresa para un general que había ya perdido el vigor físico é intelectual, y tenía que aprender todavía los rudimentos de su profesión. Algunos de sus mejores oficiales fueron muertos mientras se esforzaban en vano por que sus soldados hicieran frente á los Azules holandeses. Ricardo Hamilton ordenó á un cuerpo de infantería que cayera sobre los refugiados franceses que estaban todavía enterrados en el agua Se puso al frente, y acompañado de algunos valientes caballeros avanzó espada en mano en el río. Pero ni sus órdenes ni su ejemplo pudieron infundir valor á aquella multitud de ladrones de ganado. Le dejaron casi solo, y lleno de desesperación se retiró de la orilla. Mucho más río abajo, la división de Antrim huía como un rebaño al aproximarse la columna inglesa. Regimientos enteros arrojaron armas, banderas y capotes, y huyeron á las montañas sin descargar un golpe ni disparar un tiro (1).

---

(1) Se verá que no he sido injusto con la infantería irlandesa

Se necesitaron muchos años y muchas heroicas hazañas para borrar la deshonra que aquella ignominiosa derrota dejó en el nombre irlandés. Sin embargo, aun antes de que el día terminara, se probó cumplidamente que el reproche era injusto. Ricardo Hamilton se puso á la cabeza de la caballería, y bajo su mando hicieron una valerosa aunque desgraciada

---

por las relaciones que los oficiales franceses que estuvieron en el Boyne enviaron á su Gobierno y á sus familias. La Hoguette, escribiendo apresuradamente á Louvois en 4 (14) de julio, dice: «Je vous diray seulement, Monseigneur, que nous n' avons pas esté battus, mais que les ennemys ont chassés devant eux les trouppes Irlandoises comme des moutons, sans avoir essayé un seul coup de mousquet.»

Algunas semanas después, escribiendo desde Limerick más por extenso, dice: «J'en meurs de honte.» Admite que no hubiera sido cosa fácil ganar la batalla en las mejores circunstancias. «Mais il est vray aussi—añade—que les Irlandois ne firent pas la moindre resistance, et pliérent sans tirer un seul coup.» Zurlauben, coronel de uno de los mejores regimientos al servicio de Francia, escribió diciendo lo mismo, pero hizo justicia al valor de la caballería irlandesa, de la cual no hace mención La Hoguette.

En el Depósito de la Guerra, en Francia, hay una carta borroneada apresuradamente después de la batalla y dirigida á su esposa por Boisseleau, segundo de Lauzun en el mando. Dice así: «Je me porte bien, ma chére feme. Ne t'inquieste pas de moy. Nos Irlandois n'ont rien fait qui vaille. Ils ont tous laché le pié.»

Desgrigny, escribiendo en 10 (20) de julio, atribuye la derrota á varias razones. «La premiére et la plus forte est la fuite des Irlandois, qui sont en vérité des gens sur lesquels il ne faut pas compter du tout.» En la misma carta dice: «Il n'est pas naturel de croire qu'une armée de vingt cinq mille hommes qui paroissoit de la meilleure volonté du monde, et qui á la veue des ennemis faisoit des cris de joye, dut etre entiérement défaite sans avoir tiré l'épée et un seul coup de mousquet. Il y a eu tel regiment tout entier qui a laissé ses habits, ses armes, et ses drapeaux sur le champ de bataille, et a gagné les montagnes avec ses officiers.»

He buscado en vano el despacho en que Lauzun debe haber dado á Louvois cuenta detallada de la batalla.

tentativa por ganar la jornada. Sostuvieron un combate desesperado en el lecho del río con los Azules de Solmes. Hicieron retirar á la brigada danesa, que hubo de internarse en la corriente. Acometieron con ímpetu á los regimientos hugonotes, los cuales, por no estar provistos de picas que entonces se usaban ordinariamente por la infantería para rechazar á los caballos, empezaron á retirar. Caillemot, cuando trataba de reanimar el valor de sus compañeros de destierro, fué herido de muerte en un muslo. Cuatro de sus soldados le llevaron, atravesando el río, á su tienda. Al pasar por entre las últimas filas, que estaban todavía con el agua hasta el pecho, les excitaba á avanzar. «Adelante, adelante, hijos míos: á la gloria, á la gloria.» Schomberg, que había permanecido en la margen septentrional, observando desde allí como general la marcha de sus tropas, creyó ahora que la urgencia de las circunstancias le obligaba á mostrar el valor personal del soldado. En vano le suplicaron los que le rodeaban que se pusiera la coraza. Sin armadura defensiva entró á caballo en el río y reunió los emigrados, á quienes la caída de Caillemot había desalentado. «Venid, gritó en francés; venid, caballeros: esos son vuestros perseguidores.» Estas fueron sus últimas palabras. Mientras hablaba, un grupo de jinetes irlandeses se arrojó sobre él y le rodeó un momento. Cuando retiraron, el General estaba en el suelo. Acudieron sus amigos á levantarle, pero ya era cadáver. Tenía dos heridas de sable en la cabeza, y una bala de carabina en el cuello. Casi al mismo tiempo era herido de muerte Walker, mientras exhortaba á los colonos de Ulster á que se portaran con valor. Durante media hora continuó la batalla con gran furia á lo largo de la orilla meridional. Todo era humo, polvo y estrépito. Se oyó decir á

viejos soldados que pocas veces habían visto lucha más empeñada en los Países Bajos. Pero justamente en este punto acudió Guillermo con el ala izquierda. Habíale sido muy difícil cruzar el río. La corriente era muy viva: su caballo había tenido que pasar á nado y había estado á punto de perecer en el fango. Tan pronto como el Rey se vió en terreno firme, empuñó la espada con la mano izquierda, porque el brazo derecho lo tenía entorpecido con la herida y el vendaje, y condujo á sus soldados al lugar donde era más recia la pelea. Su llegada decidió el éxito de la lucha. Todavía la caballería irlandesa retiró peleando con obstinación. Recordóse largo tiempo entre los protestantes de Ulster que en medio del tumulto Guillermo cabalgó al frente de los de Enniskillen. «¿Qué haréis por mí?» exclamó. No le conocieron en el primer momento; y un jinete, tomándole por enemigo, iba á hacerle fuego. Guillermo apartó sin enojo la carabina. «¡Cómo! dijo, ¿no conocéis á vuestros amigos? —Es S. M.» dijo el coronel. Una aclamación de alegría salió de las filas de los leales *yeomen* protestantes. «Señores dijo Guillermo; vosotros seréis mi guardia. Me han hablado mucho de vosotros. Quiero presenciar vuestros hechos.» Una de las más notables particularidades de este hombre, de ordinario tan melancólico y reservado, era que el peligro le hacía el efecto del vino: abría su corazón, soltaba su lengua y quitaba toda apariencia de violencia á sus maneras. En este día memorable se le vió en todas partes donde el peligro era mayor. Una bala dió en la culata de su pistola; otra le llevó el tacón de una bota; pero sus lugartenientes en vano le pedían que retirase á algún sitio desde donde pudiera dar órdenes sin exponer una vida tan preciosa para Europa. Animadas con su ejemplo, sus tropas comenzaron pronto á ganar te-

rreno. La caballería irlandesa hizo la última resistencia en una casa llamada Plottin Castle, como á una milla y media al Mediodía de Oldbridge. Allí, los de Enniskillen fueron rechazados con pérdida de cincuenta hombres, siendo vigorosamente perseguidos, hasta que Guillermo los reunió, cargando sobre los perseguidores. En este encuentro, Ricardo Hamilton, que había hecho cuanto el valor puede hacer por rescatar una reputación perdida por un acto de perfidia (1), fué herido gravemente, cogido prisionero y llevado en el acto por entre el humo y la matanza ante el Príncipe á quien había engañado tan miserablemente. En ninguna ocasión se mostró el carácter de Guillermo de una manera más notable. «¿Ha terminado esto, dijo, ó seguirá resistiendo vuestra caballería?—Por mi honor, señor, respondió el Hamilton, creo que aún resistirán.—¡Vuestro honor! murmuró Guillermo; ¡vuestro honor!» Esta media exclamación fué la única venganza que tomó de una injuria que muchos soberanos bastante más afables y corteses en su trato ordinario, hubieran hecho pagar terriblemente. Luego, conteniéndose, mandó que su propio cirujano examinase las heridas del prisionero (2).

---

(1) Escribía Lauzun á Seignebay en 16 (26) de julio, 1690: «Richard Amilton a été fait prisonnier, faisant fort bien son devoir.»

(2) Los materiales de que principalmente me he servido para la historia de esta batalla son: Story, *Relación imparcial* con la *Continuación*; *Historia de la guerra de Irlanda por un oficial del ejército real*; los despachos del Depósito de la Guerra, de Francia; la *Vida de Jacobo*, Mem. Orig.; Burnet, II, 50, 60; *Diario* de Narciso Luttrell; *London Gazette* de 10 de julio, 1690; despacho de Hop y de Baden; una relación, probablemente obra de Portland, que Guillermo envió á los Estados Generales; carta particular de Portland á Melville; Relación, con un mapa, de la batalla por el capitán Richardson; el MS. Dumont y el MS. Bellingham. También he visto una relación de la batalla en un diario escrito en mal

Y entonces terminó la batalla. Hamilton se engañó al creer que su caballería continuaría peleando. Escuadrones enteros habían perecido. De un hermoso regimiento sólo treinta hombres habían salido ilesos. Bastante hicieron estos valientes soldados disputando el campo hasta que se vieron sin apoyo, sin esperanza, sin guía; hasta que su caudillo más valiente cayó prisionero, y hasta que su Rey emprendió la fuga.

XIII.

Fuga de Jacobo.

No es cosa averiguada si Jacobo debió la reputación de valor que tuvo en un principio á la casualidad y á la lisonja, ó si al avanzar en la vida sufrió un cambio su carácter. Pero es lo cierto que en su juventud se le creía generalmente dotado, no sólo del valor preciso que permite á un soldado llegar sin deshonra al término de una campaña, sino de aquella alta y serena intrepidez que es la virtud de los grandes caudillos (1). Es igualmente cierto que en sus últimos

---

latín y en letra casi indescifrable por uno del ejército derrotado, tal vez un maestrescuela de aldea convertido en capitán. Tuvo la bondad de prestarme este diario Mr. Walker, á quien pertenece. El autor relata los infortunios de su país en un estilo de que se podrá formar idea por una breve muestra: «1.° de julio, 1690. O diem illum infandum, cum inimici potiti sunt pass apud Oldbridge et nos circumdederunt et fregerunt prope Plottin. Hinc omnes fugimus Dublin versus. Ego mecum tuli Cap Moore et Georgium Ogle, et venimus hac nocte Dub.»

(1) Véase el *Diario* de Pepys, junio 4, 1664. «Díceme, sobre todo hablando del Duque de York, que es más dueño de sí y tiene mejor criterio en medio de un combate desesperado que en

años, repetidas veces en ocasiones que á menudo han inspirado valor heroico á tímidas y flacas mujeres, mostró una inquietud pusilánime acerca de su seguridad personal. En la batalla del Boyne no le faltaba ninguno de los más poderosos motivos que pueden inducir á los hombres á ir al encuentro del peligro. Estaban fijos en él los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad, de amigos consagrados á su causa y de enemigos deseosos de presenciar su humillación. Tenía, en su propia opinión, derechos sagrados que mantener y crueles afrentas que vengar. Era un rey que había venido á pelear por tres reinos. Era un padre que había venido á pelear por la herencia de su hijo. Era un celoso católico que había venido á pelear en la más santa de las cruzadas. Si todo esto no era bastante, desde la segura posición que ocupaba en la altura de Donore veía un espectáculo capaz de excitar en el más indiferente de la humanidad el deseo de la emulación. Veía á su rival, débil, enfermo, herido, pasando el río á nado, luchando entre el fango, dirigiendo el ataque, conteniendo la fuga, empuñando la espada con la mano izquierda, manejando la brida con el brazo vendado. Pero ninguna de estas cosas tuvo fuerza para mover aquel carácter indolente é innoble. Observó, á distancia segura, el principio de la batalla de que dependía su suerte y la suerte de su raza. Cuando ya no hubo duda que la fortuna era contraria á Irlanda, le acometió el temor de que su fuga fuera interceptada, y á galope se encaminó á Dublín. Iba escoltado por un cuerpo de guardias al mando de Sarsfield, el cual aquel día no tuvo ocasión

otras ocasiones.» Clarendon repetidas veces dice lo mismo. Swift escribió en el margen de su ejemplar de *Clarendon*, en un sitio: «¿Qué edad tenía (Jacobo) cuando se hizo papista y cobarde?» en otro: «Resultó un rey papista cobarde.»

de desplegar la pericia y valor que sus enemigos le concedían (1). Los auxiliares franceses, que habían pasado toda la mañana en contener el ala derecha de Guillermo, cubrieron la retirada del ejército derrotado. Cierto que corrieron algún peligro de ser rotos y arrastrados por el torrente de los fugitivos, que todos corrían para llegar primero al paso de Duleek, viéndose forzados á disparar repetidas veces sobre tan despreciables aliados (2). La retirada, sin embargo, se efectuó con menos pérdida de lo que era de esperar, pues hasta los admiradores de Guillermo confesaron que no mostró en la persecución ni aun la energía que, según sus detractores, había desplegado en la batalla. Tal vez sus enfermedades, su herida y la fatiga que había sufrido le incapacitaron para todo esfuerzo físico y mental. De las últimas cuarenta horas había pasado treinta y cinco á caballo. Schomberg, que hubiera podido ocupar su puesto, no existía. Díjose en el campo que el Rey no podía hacerlo todo, y que lo que no hacía él no lo hacía nadie.

---

(1) Le Pére Orléans dice que Sarsfield acompañaba á Jacobo. Apenas se había dado la batalla del Boyne, cuando fué asunto de un drama, *La Fuga Real ó la Conquista de Irlanda*, farsa, 1690. Jamás se ha escrito nada más execrable; pero merece notarse que, si bien en esta infame pieza los irlandeses son representados como cobardes, en general se hace una excepción en favor de Sarsfield. Jacobo dice aparte: «Este me hará valiente á pesar mio.» «¡Estrella maldita! dice Sarsfield después de la batalla. ¡Ir ahora destacado! Hubiera arrancado la victoria de manos de la hereje Fortuna.»

(2) Tanto La Hoguette como Zurlauben informaron á su Gobierno que había sido necesario hacer fuego sobre los fugitivos irlandeses, que, de otro modo, hubieran puesto en confusión las filas francesas.

XIV.

Pérdidas de los dos ejércitos.

La matanza fué menor que en ninguna otra batalla de igual importancia y celebridad. De los irlandeses sólo perecieron unos mil quinientos; pero casi todos eran de caballería, la flor del ejército, soldados valientes y bien disciplinados cuya falta no era fácil reparar. Guillermo dió órdenes severas para que no hubiera inútil derramamiento de sangre, y dió fuerza á aquellas órdenes por un acto de laudable rigor. Uno de sus soldados, después de terminada la batalla, dió muerte á tres irlandeses indefensos que pedían cuartel. El Rey mandó que el asesino fuera ahorcado en el sitio (1).

La pérdida de los vencedores no pasó de quinientos hombres; pero entre ellos se contaba el primer capitán de Europa. Tributaron á su cadáver toda suerte de honores. El único cementerio donde tan ilustre guerrero, muerto en armas por las libertades y la religión de Inglaterra, podía ser dignamente sepultado, era aquella venerable abadía santificada por el polvo de muchas generaciones de príncipes, héroes y poetas. Se anunció que se celebrarían públicas honras por el bravo veterano en Westminster. Entretanto, su cadáver fué embalsamado lo mejor que pudo hacerse en el campo y depositado en un féretro de plomo (2).

Walker fué tratado con menos respeto. Guillermo

---

(1) Baden á Van Citters, julio 8 (18), 1690.

(2) *New and Perfect Journal*, 1690; Norciso Lutrell, *Diary*.

lo consideraba como un entrometido que había encontrado el castigo que merecía por exponerse á un peligro donde ningún deber le llamaba, y manifestó este sentimiento con su peculiar crudeza en el campo de batalla. «Señor, dijo uno de sus servidores: el Obispo de Derry ha sido muerto de un balazo en el vado.—¿Qué le llevaba allí?» murmuró el Rey.

El ejército victorioso avanzó aquel día hasta Duleek, pasando allí al raso la calurosa noche de verano. Las tiendas y los carros del bagaje estaban todavía al Norte del río. Habían traído el coche de Guillermo, y en él durmió rodeado de sus soldados. Al día siguiente, se rindió Drogheda sin resistencia, y la guarnición, fuerte de mil trescientos hombres, salió desarmada de la ciudad (1).

XV.

Estado de Dublín.

En tanto Dublín había estado en violenta conmoción. El 30 de junio se supo que los dos ejércitos estaban frente á frente, separados por el Boyne, y que la batalla era casi inevitable. Aquella tarde llegó la noticia de que Guillermo había sido herido. Díjose primero que la herida era mortal. Se creía, y llenos de confianza lo repetían, que el usurpador había muerto, y despacharon correos con la alegre nueva de su muerte á los barcos franceses surtos en los puertos de Munster. El 1.° de julio, desde el amanecer, las calles de Dublín estaban llenas de gente que pregun-

(1) Story; *London Gazette*, julio 10, 1690.

taba y refería noticias con gran ansiedad. Mil absurdos rumores corrían entre la multitud. Desde la colina de Howth se había visto una escuadra de navíos con bandera blanca. Un ejército, mandado por un mariscal de Francia, había desembarcado en Kent. Había habido una lucha muy encarnizada en el Boyne, pero el triunfo había sido de los irlandeses: el ala derecha inglesa había sido derrotada: el Príncipe de Orange estaba prisionero. Mientras los católicos oían y repetían estos cuentos en todos los sitios públicos, los pocos protestantes que estaban todavía fuera de la cárcel, temerosos de ser arrastrados se encerraban en sus habitaciones más recónditas. Pero á eso de las cinco de la tarde, algunos fugitivos en caballos cansados, empezaron á entrar en desorden, trayendo malas noticias. Súpose cerca de las seis que todo estaba perdido. Poco después de ponerse el sol llegaba Jacobo al Castillo, escoltado por doscientos jinetes. En el umbral fué recibido por la esposa de Tyrconnel, un tiempo la alegre y hermosa Fanny Jennings, la más amable coqueta de la brillante corte de la Restauración. El Rey vencido hubo de anunciarle su ruina al mismo tiempo que la propia. Y entonces empezó á llegar con rapidez el torrente de los fugitivos. Hasta media noche, todas las avenidas septentrionales de la capital estuvieron obstruídas por filas de carros y de dragones, rendidos de correr á pie y á caballo y cubiertos de polvo. Unos habían perdido sus armas de fuego, otros habían perdido sus espadas, otros estaban desfigurados por recientes heridas. A las dos de la mañana, Dublín estaba tranquilo; pero antes del temprano amanecer del estío, despertó á los que dormían el sonido de las trompetas, y la caballería, que tan bien había sostenido el honor de su país el día precedente, atravesó las calles con las filas llenas

de terribles claros, pero conservando, aun en aquella extremidad, alguna apariencia de orden militar. Dos horas después se oyeron los tambores de Lauzun, y los regimientos franceses, en perfecto orden, entraron en la ciudad (1). Muchos creían que con tales fuerzas todavía se podía hacer resistencia. Pero antes de las seis, el Lord Mayor y algunos de los principales católicos fueron llamados apresuradamente al Castillo. Jacobo se despidió de ellos con un discurso que le hace poco honor. Dijo que muchas veces le habían advertido que los irlandeses, á pesar de su buena apariencia, no pelearían nunca bien en un campo de batalla, y ahora había visto que la advertencia era muy fundada. Había tenido la desgracia de verse, en menos de dos años, abandonado de dos ejércitos. Á sus tropas inglesas no les había faltado valor; pero les había faltado lealtad. Sus tropas irlandesas eran, sin duda, fieles á su causa, que era la de ellos. Pero tan pronto los llevaba frente al enemigo, echaban á correr. La pérdida, en verdad, había sido pequeña. Mayor vergüenza para los que habían huído con tan pequeña pérdida. «Nunca volveré á mandar un ejército irlandés. Debo mirar por mí mismo, y vosotros también.» Después de insultar de este modo á sus soldados por ser la multitud que su mal gobierno había producido, y por seguir el ejemplo de cobardía que él mismo había dado, pronunció algunas palabras más dignas de un rey. Sabía, dijo, que algunos de sus partidarios habían declarado que antes quemarían á Dublín que permitir que cayera en manos de los ingleses. Hecho semejante le deshonraría á los ojos de toda la humanidad, porque nadie querría creer

(1) *True and Perfect Journal*; *Villare Hibernicum*; Story, *Impartial History*.

que sus amigos se hubieran atrevido á tanto sin contar con su aprobación. Semejante hecho traería también sobre los que lo cometieran rigores que de otro modo no tenían que temer; porque la crueldad con los enemigos vencidos no figuraba entre los defectos del Príncipe de Orange. Por estas razones, Jacobo encargó á sus oyentes, invocando la obediencia que le habían jurado, que no saquearan ni destruyeran la ciudad (1). Después se puso en marcha, atravesó las colinas de Wicklow á toda prisa, y no se detuvo hasta encontrarse á cincuenta millas de Dublín. Apenas se había apeado para tomar algún alimento, cuando le llenó de espanto el absurdo rumor de que los perseguidores le seguían muy de cerca. Volvió á partir, cabalgó sin descanso toda la noche, y dió orden que echaran abajo todos los puentes que dejaba á sus espaldas. El 3 de julio, al amanecer, llegó al puerto de Waterford. De allí fué por mar hasta Kinsale, donde se embarcó á bordo de una fragata francesa, que le condujo á Brest (2).

XVI.

Evacuación de Dublín por las tropas francesas é irlandesas.

Después de su partida se hizo mayor de hora en hora la confusión en Dublín. Durante todo el día que siguió á la batalla, no cesaron de llegar soldados fu-

(1) Story, *True and Perfect Journal; London Gazette,* julio 10, 1690; Burnet, II, 51; Leslie, *Respuesta á King.*

(2) *Vida de Jacobo,* II, 404, Mem. Orig.; *Monthly Mercury* 15 agosto, 1690.

gitivos de infantería, cansados y sucios del viaje. Ciudadanos católicos con sus esposas, sus familias y sus muebles no cesaron de salir en todo el día. En algunas partes de la capital aun había apariencia de orden marcial y de preparativos militares. Centinelas daban guardia en las puertas; el Castillo estaba ocupado por un fuerte cuerpo de tropas, y generalmente se suponía que el enemigo no podría entrar sin resistencia. Es cierto que algunos fanfarrones que pocas horas antes habían huído del parapeto de Oldbridge sin disparar un tiro, ahora juraban que antes reducirían la ciudad á cenizas que dejársela al Príncipe de Orange. Pero hacia la tarde Tyrconnel y Lauzun reunieron todas sus fuerzas y salieron de la ciudad por el camino que conduce á aquella vasta dehesa que se extiende por la llanura de Kildare. Instantáneamente cambió en Dublín el aspecto de las cosas. Los protestantes salieron de sus escondrijos. Algunos entraron en las casas de sus perseguidores pidiendo armas. Abriéronse las puertas de las prisiones. Los Obispos de Meath y Limerick, el doctor King y otros que por largo tiempo habían sosten do la doctrina de la obediencia pasiva, pero á quienes la opresión había convertido al fin en whigs moderados, se constituyeron en gobierno provisional, y enviaron un mensajero al campo de Guillermo con la noticia de que Dublín estaba dispuesta á recibirle. Aquel mismo día á las ocho de la noche llegó un escuadrón de dragones ingleses. Acudió á recibirlos toda la población protestante en College Green, donde ahora se levanta la estatua del libertador. La multitud abrazaba á los soldados, se colgaba cariñosamente al pescuezo de los caballos y corría en todas direcciones, dándose apretones de manos. Al otro día llegó un gran cuerpo de caballería; y pronto empezaron á recibirse noti-

cias de todas partes con los efectos que había producido la victoria de Boyne. Jacobo había abandonado la isla. Wexford se había declarado por el rey Guillermo. En veinte millas á la redonda de la capital, no había un papista en armas. Casi todo el bagaje y las provisiones del ejército derrotado habían caído en manos de los vencedores. Los de Enniskillen habían cogido nada menos que trescientos carros, y habían encontrado entre el botín diez mil libras en dinero, mucha vajilla, muchos objetos de valor, todo el rico equipo de campaña de Tyrconnel y de Lauzun (1).

Guillermo estableció su cuartel general en Ferns, á unas dos millas de Dublín. Salió de allí á caballo en la mañana del domingo 6 de julio, con gran pompa, dirigiéndose á la catedral, donde con la corona en la cabeza dió gracias á Dios públicamente en el coro, cuyas paredes adornan ahora las banderas de los Caballeros de San Patricio. Predicó el doctor King con todo el fervor de un neófito sobre la gran liberación que Dios había enviado á la Iglesia. Los magistrados protestantes de la ciudad volvieron á presentarse después de un largo intervalo con todo el esplendor de

---

(1) *True and Perfect Journal*. *London Gazette*, julio 10 y 14; 1690; Narciso Luttrell. *Diary*. En la *Vida de James Bonnell*, contador General de Irlanda (1703), hay una notable meditación religiosa, de la cual citaré un breve pasaje. «Como vimos á los protestantes, el gran día de nuestra Revolución, jueves 3 de julio, día que siempre debemos recordar con el mayor agradecimiento, felicitarse y abrazarse cuando se encontraban, como personas vueltas á la vida, como hermanos y hermanas que se encuentran después de larga ausencia, yendo de casa en casa á celebrar la gran clemencia de Dios preguntándose unos á otros cómo pasaron los últimos días de angustia y terror, cuales eran sus temores, de qué peligros se creían amenazados: los que estaban prisioneros, cómo recobraron la libertad cómo fueron tratados, y lo qué pensaban de tiempo en tiempo de la marcha de las cosas.»

su dignidad. Guillermo no accedió á descansar en el Castillo, sino que por la tarde regresó á su campamento, y durmió en su caseta de madera (1).

XVII.

Efecto producido en Francia por las noticias de Irlanda.

La fama de estos grandes acontecimientos cundió rápidamente y excitó fuertes emociones en toda Europa. La noticia de la herida de Guillermo precedió en todas partes algunas horas á la nueva de su victoria. París despertó en mitad de la noche con la llegada de un correo que traía la alegre nueva de que el hereje, el parricida, el enemigo mortal de la grandeza de Francia había sido muerto por una bala de cañón á la vista de los dos ejércitos. Los comisarios de policía recorrieron la ciudad llamando á las puertas y haciendo que los vecinos iluminaran las ventanas. En una hora calles, muelles y puentes estaban cubiertos de luces: sonaban tambores y trompetas: repicaban las campanas de Notre Dame y hacían fuego los cañones de la batería de la Bastilla. Pusieron mesas en las calles, donde servían vino á todos los que pasaban. Un Príncipe de Orange hecho de paja fué arrastrado por el lodo y últimamente entregado á las llamas. Acompañábale una terrible efigie del diablo con un pergamino en el cuál se leía: «Hace dos años que te estoy esperando.» Las tiendas de varios hu-

(1) *London Gazette*, julio 14, 1690; Story, *True and Perfect Journal;* MS. Dumont. Dumont es el único que hace mención de la corona. Como estuvo presente, no puede haberse equivocado. Probablemente sería la corona que solía llevar Jacobo cuando se presentaba en el trono del Tribunal del Rey.

gonotes á quienes las dragonadas habían obligado á tomar el nombre de católicos, pero de quienes se sospechaba que continuaban todavía, en secreto, siendo herejes, fueron saqueadas por el populacho. No se podía poner en duda impunemente la verdad del rumor acogido con tanta avidez por la multitud. Pronto, sin embargo, algunos menos exaltados se aventuraron á observar que el hecho de la muerte del tirano no estaba tan confirmado como sería de desear. Entonces se produjo una vehemente controversia acerca del efecto de tales heridas; porque la creencia vulgar era que ninguna persona herida en el hombro de una bala de cañón podía curar. Los que disputaban apelaron á la autoridad médica. Y se decía chistosamente que la multitud se agolpaba á las puertas de los grandes médicos y cirujanos como si hubiera habido una pestilencia en París. La cuestión terminó pronto con una carta de Jacobo donde anunciaba su derrota y su llegada á Brest (1).

XVIII.

Efecto producido en Roma por las noticias de Irlanda.

En Roma las noticias de Irlanda produjeron sensación de índole muy diferente. También allí encontró crédito por breve tiempo el rumor de la muerte de Guillermo. En la Embajada francesa todo era entusiasmo y alegría; pero los Embajadores de la casa de Austria estaban llenos de desesperación; y el aspecto

(1) *Monthly Mercury* agosto, 1690; Burnet, II, 50; Dangeau, agosto 2, 1690, y la nota de Saint Simon; *Locuras de Francia, ó Verídica relación de los extravagantes regocijos...*, etc., fechado en Paris en 8 de agosto, 1690.

de la Corte pontificia en modo alguno indicaba gran regocijo (1). Melfort, en un trasporte de alegría, escribió una carta de felicitación á María de Módena. Todavía se conserva la carta, y por sí sola bastaría á explicar que Jacobo le tuviera por favorito. Herodes—con este nombre era designado Guillermo—había muerto. Vendría una restauración, la cual había de ir seguida de una terrible venganza y del establecimiento del despotismo. Debía despojarse á la Cámara de los Comunes del poder de otorgar el dinero. Los reos políticos serían juzgados, no por jurados sino por jueces en quienes la Corona pudiera confiar. La ley de *Habeas Corpus* debía ser anulada. Los autores de la revolución castigados con implacable rigor. «Si el Rey se ve obligado á perdonar,—escribía el cruel apóstata,—que sea el menor número de tunantes posible» (2). Después de algunas horas de ansiedad, un mensajero, con noticias posteriores y más auténticas, se apeaba en el palacio ocupado por el representante del Rey Católico. Todo cambió en un momento. Los enemigos de Francia—y toda la población, excepto los franceses y los jacobitas británicos, eran enemigos suyos—se felicitaban con entusiasmo. Todos los escribientes de la Legación española eran pocos para sacar copias de los despachos con destino á los cardenales y obispos que estaban impacientes por conocer los detalles de la victoria. La primer copia fué enviada al Papa, y no hay duda sino que le agradó su lectura (3).

(1) El Marqués de Cogolludo, ministro de España en Roma, dice con relación á este rumor: «Me tiene en sumo cuidado y desconsuelo, pues esta sería la última ruina de la causa común.» Cogolludo á Ronquillo, Roma, 2 de agosto, 1690.

(2) *Cartas originales*, publicadas por sir Henry Ellis.

(3) «Del suceso de Irlanda doy á Vuestra Excelencia la enhora-

XIX.

Efecto producido en Londres por las noticias de Irlanda.

La buena nueva de Irlanda llegó á Londres en un momento en que había necesidad de buenas noticias. La bandera inglesa había sido deshonrada en los mares de Inglaterra. Un enemigo extranjero amenazaba la costa. Dentro del reino trabajaban los traidores. María había hecho más de lo que permitían sus fuerzas. Su débil condición no podía soportar las crueles inquietudes de su posición, y se quejaba de que apenas podía robar un momento á los negocios para tranquilizarse por medio de la plegaria. Su angustia llegó al más alto punto cuando supo que su padre y su esposo estaban acampados frente á frente y que de un momento á otro se podría tener noticia de una batalla. Pudo hallar tiempo para hacer una visita á Kensington, y disfrutar tres horas de quietud en el jardín, que era entonces una agreste soledad (1). Pero el recuerdo de los días que había pasado allí en compañía de aquel á quien tal vez no había de ver más, la dominó por completo. «Aquel sitio—escribía á su marido—me hizo pensar cuán feliz era yo allí en vuestra cara compañía. Pero no quiero decir mas,

---

buena, y le aseguro no ha bastado casi la gente que tengo en la secretaría para repartir copias dello, pues le he enviado á todo el lugar, y la primera al Papa.»—(Cogolludo á Ronquillo, postdata de la carta de 2 de agosto.) Cogolludo, como es natural, emplea en las fechas el nuevo estilo. La noticia de la batalla, pues, había tardado tres semanas en llegar á Roma.

(1) Evelyn (febrero 25, 1689-90) la llama «preciosa quinta.»

porque se resentirían mis ojos, que me hacen más falta ahora que nunca. Adiós. Piensa en mí, y ámame como yo á tí, que te amo más que á mi vida» (1).

Al otro día de haber despachado estas cariñosas líneas, despertó á la corte, muy de mañana, la llegada de una posta de Irlanda. Nottingham se vió obligado á dejar el lecho. La Reina, que en aquel momento iba á la capilla á donde diariamente asistía al oficio divino, fué informada de que Guillermo había sido herido. Había llorado mucho; pero hasta aquel momento había llorado á solas y se había violentado por parecer alegre á su corte y á su Consejo. Pero cuando Nottingham puso en sus manos la carta de su esposo, rompió á llorar. Todavía estaba temblando por la violencia de sus emociones, y apenas había acabado una carta para Guillermo en la que manifestaba su amor, sus temores y su agradecimiento con la dulce y natural elocuencia de su sexo, cuando llegó otro mensajero con la noticia de que el ejército inglés había forzado el paso del Boyne, que los irlandeses huían en confusión y que el Rey estaba bueno. Sin embargo, todavía se mostraba inquieta, hasta que Nottingham le aseguró que Jacobo estaba en salvo. El grave Secretario, que parece realmente haberla estimado y querido, describió después con mucha exactitud aquella lucha entre el deber filial y el conyugal afecto. El mismo día escribió á su marido conjurándole á que cuidase de que no le sucediese ningún mal á su padre. «Yo sé—decía—que no necesito suplicaros para que hagáis que miren por él; pues confío en que vos lo hacéis así por vos mismo. Sin embargo, añadid eso á toda vuestra bondad; y por mí, haced saber á todos que quisierais que no

(1) María á Guillermo, julio 5, 1690.

sucediera ningún daño á su persona» (1). Esta solicitud, aun cuando amable, era superflua. Su padre era muy competente para cuidar de sí mismo. Durante toda la batalla no había corrido el más leve riesgo; y mientras su hija se estremecia pensando en los peligros á que podría haberse expuesto en Irlanda, estaba á mitad de su viaje á Francia.

Aconteció que las alegres nuevas llegaron á Whitehall el día fijado para la reapertura del Parlamento. El Presidente y varios miembros de la Cámara de los Comunes que estaban en Londres se reunieron, según era de rigor, á las diez de la mañana, siendo llamados por el ujier de la Vara negra á la barra de los Pares. El Parlamento fué otra vez prorrogado por comisión. Tan pronto se hubo cumplido esta ceremonia, el Canciller de Hacienda puso en manos del Mayor el despacho que acababa de llegar de Irlanda, y el Mayor lo leyó en voz alta á los Lores y caballeros allí presentes (2). La buena nueva se extendió rápidamente desde Westminster Hall por todos los cafés, siendo recibida con trasportes de alegría. Porque los ingleses que deseaban ver derrotado un ejército inglés y extirpada una colonia inglesa por los franceses é irlandeses estaban en minoría, aun en el partido jacobita.

(1) María á Guillermo, julio 6 y 7, 1690; Burnet, II, 55.
(2) Baden á Van Citters, julio 8 (13), 1690.

XX.

Llegada de Jacobo á Francia; su recibimiento.

El noveno día después de la batalla del Boyne desembarcaba Jacobo en Brest con excelente apetito, en muy buena situación de ánimo y muy hablador. Refería la historia de su derrota á cuantos querían oírsela. Pero los oficiales franceses, conocedores de la guerra, que comparaban su relato con otras relaciones, declararon que aun cuando S. M. había presenciado la batalla, sólo sabía de lo sucedido que su ejército fuera derrotado (1). Desde Brest prosiguió su viaje hasta Saint-Germain, donde pocas horas después de su llegada fué visitado por Luis XIV. El Rey de Francia era delicado y generoso en demasía para pronunciar una palabra que pudiera sonar á reproche. Declaró que nada faltaría hasta donde su poder alcanzase de cuanto fuera necesario á la comodidad de la familia real de Inglaterra. Pero en manera alguna estaba dispuesto á prestar oídos á los proyectos militares y políticos de su infortunado huésped. Jacobo recomendaba un desembarco inmediato en Inglaterra. Aquel

(1) Véanse dos Cartas unidas á las Memorias del intendente Foucault, é impresas en la obra de M. de Sirtema des Grovestins. En el archivo del Depósito de la Guerra en París hay una carta escrita desde Brest por el Conde de Bouridal, en julio 11 (21), 1690. Dice el Conde: «Par la relation du combat que j'ay entendu faire au Roy d'Angleterre et a plusieurs de sa suite en particulier, il ne me paroit pas qu'il soit bien informé de tout ce qui s'est passé dans cette action, et qu'il ne sçait que la déroute de ses troupes.»

reino, decía, había sido desguarnecido de tropas para atender á la guerra de Irlanda. Los siete ú ocho mil soldados de tropas regulares que habían quedado no podrían hacer frente á un ejército francés. El pueblo estaba avergonzado de su error é impaciente de repararlo. Tan pronto como su legítimo Rey se presentase, acudirían en multitud en torno suyo (1). Luis XIV era demasiado cortés y bondadoso para manifestar lo que debe haber sentido. Se contentó con responder fríamente que no podía decidir plan alguno respecto á las Islas Británicas hasta que hubiera oído á sus generales de Irlanda. Jacobo estuvo importuno y pareció creerse mal atendido porque quince días después de haber huído de un ejército no le confiaban otro. Luis XIV no era capaz de llegar, á pesar de esta provocación, á pronunciar ninguna palabra dura ó descortés; pero se mantuvo firme, y para evitar solicitudes que le molestaban, se fingió enfermo. Durante algún tiempo, siempre que Jacobo venía á Versalles era informado con todo respeto que S. M. Cristianísima no podía atender al despacho de los negocios. Los altivos é ingeniosos nobles que diariamente llenaban las antecámaras no podían contener una sonrisa burlona al inclinarse profundamente ante el regio visitante, cuya estupidez y cobardía le había convertido de nuevo en desterrado y mendigo. Hasta proferían sus burlas en voz bastante alta para hacer asomar la altiva sangre de los Güelfos á las mejillas de María de Módena. Pero la insensibilidad de Jacobo era, en realidad, extraordinaria. Por largo tiempo había sido

(1) No fué sólo en esta ocasión cuando Jacobo se expresó en lenguaje semejante. De una de las cartas citadas en la última nota resulta que, en el camino de Brest á París, decía á todo el mundo que los ingleses le aguardaban con impaciencia. «Ce pauvre prince croit que ses sujets l'aiment encore.»

invulnerable á la razón y á la clemencia. Sostuvo ahora más dura prueba, y resultó invulnerable aun al desprecio (1).

XXI.

Intenta Tourville un desembarco en Inglaterra.

Mientras Jacobo sufría con ignominiosa fortaleza el culto desprecio de la aristocracia francesa y hacía lo posible por agotar la paciencia y cortesía de su bienhechor, repitiendo que este era el mejor momento para una invasión en Inglaterra, y que toda la isla esperaba con impaciencia á sus libertadores extranjeros, ocurrían algunos acontecimientos que probaron señaladamente cuán mal conocía el desterrado tirano el carácter de sus compatriotas.

Desde la batalla del Cabo Beachy, Tourville había dominado sin oposición en el Canal. El 21 de julio se vieron los mástiles de sus naves desde las rocas de Portland. El 22 fondeó en el puerto de Torbay, protegido por las mismas alturas que pocos meses antes habían prestado abrigo á la escuadra de Guillermo. La flota francesa, que tenía entonces considerable número de tropas á bordo, constaba de ciento once velas. Las galeras, que formaban gran parte de esta fuerza, se asemejaban más á las naves con que Alcibiades y Lisandro se disputaban la soberanía del mar Egeo que á las que lucharon en el Nilo y en Trafalgar. Eran las galeras muy largas y muy angostas, y la

(1) *Vida de Jacobo*, II. 411, 412; Burnet, II, 57, y la nota de Dartmouth.

cubierta sólo se hallaba á dos pies de altura sobre la línea de flotación. Movíanes por la impulsión de cincuenta ó sesenta formidables remos, y cada remo era manejado por cinco ó seis esclavos. El número completo de esclavos de cada bajel era de trescientos treinta y seis, la dotación completa de oficiales y soldados, de ciento cincuenta. De los infelices remeros, algunos eran criminales condenados con justicia á una vida de fatigas y peligros; otros sólo eran reos de profesar adhesión obstinada al culto hugonote; una gran parte eran esclavos comprados, en su mayoría turcos y moros. Como era natural, estaban siempre formando planes para matar á sus tiranos y librarse de la servidumbre, y sólo se les podía tener en orden azotándoles constantemente y con la frecuente imposición de la pena de muerte en horribles formas. Un inglés que por casualidad se encontró con mil doscientos de estos desdichadísimos y desesperados seres humanos que iban á Marsella á reunirse con la escuadra de Tourville, les oyó jurar que si llegaban á encontrarse cerca de cualquier navío que llevara la cruz de San Jorge, no volverían á ver más los arsenales franceses (1).

En el Mediterráneo las galeras eran de uso ordinario; pero nunca se habían visto surcando el tempestuoso Océano que brama en torno de nuestra isla. Los aduladores de Luis XIV decían que la aparición de semejante escuadra en el Atlántico era una de aquellas maravillas que estaban reservadas para su reinado; y se acuñó una medalla en París para con-

(1) Véanse los artículos «Galere» y «Galérien» en la *Encyclopédie*, con las láminas; *Verídica relación de las crueldades y actos de barbarie cometidos por los franceses en los prisioneros de guerra ingleses*, por R. Hutton, con licencia de 27 de junio de 1690.

memorar este atrevido experimento de la guerra marítima (1) Los marinos ingleses, con más razón, anunciaron que el primer temporal arrojaría toda esta escuadra de buen tiempo al fondo del Canal. En realidad, la galera, como la antigua trirreme, se mantenía generalmente cerca de la orilla, y no se aventuraba á perder de vista la costa sino cuando la mar estaba tranquila y el cielo sereno. Pero las cualidades que hacen esta clase de embarcaciones impropias para arrostrar las tempestades y luchar con el oleaje, la hacen muy á propósito para el desembarco de tropas. Tourville quiso probar el efecto que produciría un desembarco. Los jacobitas ingleses que se habían refugiado en Francia confiaban en que toda la población de la isla se apresuraría á ponerse al lado de un ejército invasor; y él, probablemente, les dió crédito en lo relativo al carácter de sus compatriotas.

Nunca se cometió mayor error. En verdad, cuenta la tradición que estando todavía en alta mar el Almirante francés, recibió una lección que debía haberle enseñado á no confiar en las afirmaciones de los desterrados. Apresó una lancha de un pescador é interrogó al patrón, que era un sencillo marinero de Sussex, acerca de los sentimientos de la nación. «¿Estáis por el rey Jacobo? le dijo.—Yo apenas entiendo de esas cosas, contestó el pescador. No tengo nada que decir contra el rey Jacobo. Creo que es un dignísimo caballero. Bendígale Dios.—Sois un buen muchacho, dijo Tourville. De modo que no tendréis reparo en servir con nosotros.—¡Cómo! exclamó el prisionero. ¡Ir con los franceses á pelear contra los ingleses! Vuestro honor habrá de perdonarme; yo no podría hacer eso ni

(1) Véase la *Colección de medallas de Luis XIV.*

por salvar mi vida» (1). Este pobre pescador, bien fuera personaje real ó imaginario, expresaba los sentimientos de la nación. Encendióse el faro de la altura que domina á Teignmouth: High Tort y Causland contestaron; y pronto todas las alturas del Oeste estaban iluminadas. Durante toda la noche iban á galope los mensajeros, llevando la alarma de uno en otro delegado de lugarteniente. Al otro día á primera hora, sin jefes sin que nadie los hubiera convocado, quinientos caballeros y labradores, armados y montados, se habían reunido en la cumbre de Haldon Hill. En veinticuatro horas todo Devonshire estaba en movimiento. Todos los caminos del condado, de uno á otro mar, aparecían cubiertos de multitud de combatientes que caminaban todos con el rostro vuelto hacia Torbay. Los señores de cien castillos, orgullosos de su largo abolengo y de sus antiguos escudos de armas, salieron al campo á la cabeza de sus colonos, los Drakes, los Prideaux y los Roll, Fowell de Fowelscombe, y Fulford de Fulford, sir Bourchier Wray de Tawstock Park y sir William Courtenay de Powderham Castle. Todavía se conservan cartas escritas por varios delegados lugartenientes que desplegaron gran actividad durante esta semana de inquietudes. Todas estas cartas convienen en elogiar el valor y entusiasmo del pueblo. Pero todas convienen también en manifestar la más dolorosa solicitud respecto al resultado de un encuentro entre una milicia indisciplinada y veteranos que habían servido á las órdenes de Turena y Luxemburgo; y todos piden la ayuda de

(1) Esta anécdota, verdadera ó falsa, era corriente en aquel tiempo ó poco después. En 1715 se mencionaba como una historia que los ancianos habían oído en su juventud. En el *Gentleman's Magazine* de aquel año aparece copiada de otra publicación periódica.

tropas regulares, en lenguaje muy diferente del que solían emplear los caballeros del campo, hablando de los ejércitos permanentes, cuando no se sentía la urgencia del peligro.

XXII.

Destrucción de Teignmouth.

Tourville, viendo que toda la población estaba unida contra él como un solo hombre, se contentó con enviar sus galeras á devastar Teignmouth, actualmente alegre punto de veraneo compuesto de mil doscientas casas oscura aldea entonces que sólo contaba unas cuarenta cabañas. Los habitantes habían huído. Sus chozas fueron quemadas; la venerable iglesia porroquial fué saqueada, el púlpito y la mesa de comunión demolidas; las Biblias y Libros de Oración destrozados y esparcidos por los caminos; el ganado vacuno y de cerda fué muerto, y algunas pequeñas embarcaciones que servían para la pesca ó el comercio de cabotaje fueron destruídas. Por este tiempo, unos diez y seis ó diez y siete mil hombres de Devonshire habían acampado cerca de la orilla; y todos los condados vecinos se habían levantado. Las minas de estaño de Cornwall enviaron una gran multitud de obreros rudos é intrépidos, mortales enemigos del papismo. Diez mil de entre ellos acababan de firmar un mensaje á la Reina en que habían prometido defenderla contra todos sus enemigos; y ahora acudían á cumplir su palabra (1). En verdad, todo el

(1) *Gaceta de Londres*, julio 7, 1690.

país estaba en conmoción. Veintidós escuadrones de caballería, organizados por los condados de Suffolk, Essex, Hertfordshire y Buckinghamshire, fueron revistados por María en Hounslow, y cumplimentados por Marlborough en razón de su aspecto marcial. La milicia de Kent y de Surrey acampó en Blackheath (1). Van Citters informó á los Estados Generales de que toda Inglaterra estaba en armas, á pie ó á caballo; que el desastroso resultado de la batalla del Cabo Beachy no había atemorizado sino exasperado al pueblo, y que todas las compañías de soldados que encontraba en el camino gritaban á una voz: «Dios bendiga al rey Guillermo y á la reina María» (2).

Carlos Granville, Lord Lansdowne, hijo mayor del Conde de Bath, vino con algunas tropas de la guarnición de Plymouth á tomar el mando del desordenado ejército, que se había reunido en torno de la bahía de Torbay. No era Lansdowne novicio. Había servido en algunas campañas difíciles contra el común enemigo de la Cristiandad, y había sido creado conde del Romano Imperio en recompensa del valor que había desplegado en aquel día memorable cantado por Filicaja y por Waller, en que los infieles se retiraron de los muros de Viena. Hizo preparativos para la acción; pero los franceses no quisieron atacarle, y en realidad estaban impacientes por partir. Fuéles

(1) *Diario* de Narciso Luttrell.

(2) Doy este interesante pasaje en las propias palabras de Van Citters. «Door geheel het ryk alles te voet en te paarde in de wapenen op was; en 't gene een seer groote gerustheyt gaf was dat alle en een yder even seer tegen de Franse door de laatste voorgevallen bataille verbittert en geanimeert waren. Gelyk door de troupes, de welke ik op de weg alomme gepasseert ben, niet anders heb konnen hooren als een eenpaarig en general geluydt van God bless King William en Queen Mary.» Julio 25 (agosto 4), 1690.

algo difícil alejarse de la costa. Un día, el viento era contrario para los barcos de vela. Otro día la mar era demasiado gruesa para las galeras. Por fin, la flota se hizo á la mar. Cuando la línea de barcos doblaba el elevado promontorio que domina á Torquay, ocurrió un incidente que, aunque de poca importancia en sí mismo, interesó en gran manera á los millares de espectadores que cubrían la costa. Dos míseros esclavos se desprendieron de un remo, y saltaron al mar. Uno de ellos pereció. El otro, después de luchar más de una hora con las olas, llegó sano y salvo á territorio inglés y fué cordialmente acogido por una población para la cual la disciplina de las galeras era cosa extraña y repugnante. Resultó ser un turco, y con gran humanidad le enviaron á su tierra.

XXIII.

Excitación de la nación inglesa contra los franceses.

En la *Gaceta de París* apareció un pomposo relato de la expedición. Pero, en realidad, las hazañas de Tourville no habían sido nada gloriosas, y todavía fueron menos políticas que gloriosas. El daño causado por él no guardaba proporción con el odio que había suscitado. Hasta aquí, los jacobitas habían tratado de persuadir á la nación de que los franceses vendrían como amigos y libertadores, guardarían la más severa disciplina, respetarían los templos y ceremonias de la religión establecida, y partirían tan pronto como fueran expulsados los opresores holandeses y restablecida la antigua Constitución del reino. La breve

visita de Tourville á nuestra costa había demostrado cuán poco fundamento había para esperar semejante moderación de los soldados de Luis XIV. Sólo habían estado en nuestra isla algunas horas, ocupando únicamente algunos acres de tierra. Pero en pocas horas y en corta extensión habían hecho ver en miniatura la devastación del Palatinado. Habíase comunicado á todo el reino lo sucedido con mucha más rapidez que por medío de las Gacetas y Cartas noticieras. Un breve pidiendo socorro para el pueblo de Teignmouth fué leído en las diez mil iglesias parroquiales del país. Ninguna congregación pudo oir con tranquilidad que bandidos papistas habían asolado las moradas de tranquilos y humildes aldeanos, habían ultrajado los altares de Dios y hecho pedazos los Evangelios y el servicio de la Comunión. Una calle edificada con los donativos de las personas caritativas, en el sitio que ocupaban las viviendas destruídas por los invasores, conserva todavía el nombre de calle de Francia (1).

---

(1) Para lo relativo á esta expedición he consultado las *Gácetas de Londres* de 24, 28 y 31 de julio y 4 de agosto de 1690; el *Diario de Narciso Luttrell;* el *Mercurius Reformatus* de Welwood, set. 5; la *Gacette de Paris;* una carta de Mr. Duke, delegado lugarteniente de Devonshire, á Hampden, fechada á 25 de julio; una carta de Mr. Fulford de Fulford á Lord Nottingham, fechada á 26 de julio; una carta de la misma fecha del delegado lugarteniente de Devonshire al Conde de Bath; una carta de igual fecha de Lord Lansdowne al Conde de Bath. Estas cuatro cartas se encuentran entre los manuscritos de la Real Academia Irlandesa. En la *Britannia* de Lysòn se encuentran extractos del breve. Dangeau insertó en su Diario, 16 de agosto, una serie de mentiras estrafalarias: Tourville habia derrotado á la milicia apoderándose de las banderas y cañones, había quemado navíos de guerra, habia capturado barcos mercantes con ricos cargamentos, y se aprestaba á destruir á Plymouth. Esta es una buena muestra de las noticias de Inglaterra que trae Dangeau. Cierto que ya él se queja de que era casi imposible tener noticias fidedignas de nuestro país.

El clamor contra aquellos de quien se sospechaba con fundamento que habían invitado al enemigo á hacer un desembarco en nuestras costas era vehemente y general, y á él habían unido su voz muchos que recientemente habían censurado sin reparo el gobierno de Guillermo. La cuestión había cesado de ser una lucha entre dos dinastías para convertirse en una lucha entre Inglaterra y Francia. Tan fuerte era el sentimiento nacional, que *nonjurors* y papistas participaban de él, ó así lo fingían por lo menos. Dryden, poco después del incendio de Teignmouth, puso una comedia á los pies de Halifax con una dedicatoria llena de arte, ingenio y elocuencia. El autor felicitaba á su protector por haber buscado abrigo en un puerto seguro contra las tempestades de la vida pública, y con gran fuerza y belleza de dicción ensalzaba la felicidad del hombre de Estado que cambia las agitaciones del poder y la fama de la oratoria por estudios filosóficos y domésticos cuidados. Inglaterra no podía quejarse de que se veía privada de servicios á que tenía derecho. Aun la severa disciplina de la antigua Roma permitía al soldado después de muchas campañas pedir su retiro; y Halifax había hecho seguramente por su país lo bastante para tener derecho al mismo privilegio. Pero el poeta añadía que había casos en que el veterano romano, aun después de alejado del servicio, tenía que embrazar de nuevo el escudo y empuñar la pica, y que entre estos casos se contaba una invasión de galos. Que un escritor que había comprado con la apostasía las sonrisas de Jacobo, que había sido arrojado ignominiosamente de la corte de Guillermo, y que tenía más profundo interés en la restauración de la casa desterrada que ninguno de cuantos se dedicaban á las letras, hubiera hecho uso, con sinceridad ó sin ella, de lenguaje se-

mejante, es un hecho que puede convencernos de que en el corazón del pueblo estaba fija la determinación de no dejarse dominar jamás por extranjeros (1).

XXIV.

La prensa jacobita.

Había ciertamente una literatura jacobita en la cual no es posible descubrir huella alguna de este sentimiento patriótico, una literatura cuyas reliquias demuestran que había ingleses verdaderamente deseosos de ver deshonrada la bandera inglesa, invadido el territorio de su patria, saqueada la capital, ceñida la corona de Inglaterra por un vasallo de Luis XIV, con tal de poder vengarse de sus enemigos, y especialmente de Guillermo, á quien odiaban con un odió entre ridículo y terrible. Pero esta literatura era completamente obra de tinieblas. La ley por la cual el Parlamento de Jacobo había sujetado la prensa á la inspección de censores estaba todavía en vigor; y aunque los empleados encargados de impedir la infracción de aquella ley no desplegaban gran rigor en señalar todas las irregularidades cometidas por los libreros que entendieran el arte de deslizar una guinea en un apretón de manos, no podían cerrar los ojos ante la venta pública de libelos publicados sin licencia, llenos de obscenos insultos al soberano y de excitaciones directas á la rebelión. Pero desde hacía largo tiempo vivían ocultos en las buhardillas de Londres una clase de impresores ocupados constante-

(1) Dedicatoria de *Arturo*.

mente en su profesión, con precauciones semejantes á las de los monederos falsos y falsificadores. Las mujeres estaban encargadas de vigilar para dar la alarma con sus gritos si aparecía un funcionario cerca del taller. Inmediatamente empujaban la imprenta á una pequeña habitación detrás de la cama: los tipos eran arrojados en la caja del carbón y cubiertos de ceniza: el cajista desaparecía por una trampa practicada en el techo, fugándose por los tejados de las casas vecinas. En estas madrigueras se fabricaban obras llenas de traición, de todas clases y tamaños, desde las hojas de malas coplas que se vendían á medio penique, hasta los voluminosos tomos en cuarto llenos de citas hebreas. No era seguro exhibir abiertamente semejantes publicaciones en un mostrador. Agentes de confianza estaban encargados de venderlas en lugares secretos. Algunos libelos que se creía habían de producir gran efecto se daban gratuitamente en inmensas cantidades á expensas de ricos jacobitas. Unas veces arrojaban un papel de éstos por debajo de la puerta; otras lo dejaban sobre la mesa de un café. Un día salían en los sacos del correo mil ejemplares de un injurioso libelo; otro día al levantarse de mañana los tenderos á abrir sus tiendas encontraban toda Fleet Street y el Strand completamente cubiertos de carteles sediciosos (1).

(1) Véanse las relaciones del Proceso de Anderton, 1693; el Postman de 12 de marzo, 1695-96; la Posta Volante (Flying Post) de 7 de marzo de 1700; *Some Discourses upon Dr. Burnet and Dr. Tillotson*, por Hickes, 1695. El apéndice á estos discursos contiene un curioso relato de las pesquisas hechas en las imprentas por virtud de la Licensing Act.

XXV.

La Fórmula de plegaria y humillación de los jacobitas.

Entre las numerosas composiciones que vieron la luz por medio de ardides como éste, ninguna produjo mayor sensación que un librillo que simulaba ser una Fórmula de plegaria y humillación para uso de la Iglesia perseguida. Era imposible dudar que se había gastado una suma considerable en esta obra. Distribuyeron diez mil ejemplares por varios medios en todo el reino. Jamás se ha escrito sátira más impía, más maliciosa, ni más llena de falsedades. Aunque el Gobierno había tratado hasta aquí á sus enemigos con una lenidad sin precedente en la historia de nuestro país; aunque ni una sola persona había sido condenada á muerte desde la revolución por ningún delito político, los autores de esta liturgia no se avergonzaban de pedir á Dios que aplacara la insaciable sed de sangre de su enemigo, ó bien que si algunos más de entre ellos debían ser conducidos á través del mar Rojo á la tierra de promisión, que los preparase para el tránsito (1). Quejábanse de que la Iglesia anglicana, que un tiempo había sido la perfección de la belleza, se hubiera convertido en objeto de burla é irrisión, en un montón de ruinas, en un

(1) Tales eran las declamaciones que de ordinario solían emplear los jacobitas. Con razón había dicho un escritor whig el año precedente: «Llaman á nuestro David, calumniándole infamemente, hombre sanguinario, aunque hasta hoy no ha permitido que se derrame ni una gota de sangre.—*Mephiboshet and Ziba*, lic., agosto 30, 1689.

viñedo de uvas silvestres; que sus ceremonias no merecieran ya el nombre de culto público; que el pan y el vino que ella dispensaba no tuvieran ninguna virtud sacramental; que sus sacerdotes, en el momento de jurar fidelidad al usurpador, hubieran perdido el carácter sagrado que les fuera conferido por la ordenación (1). Jacobo era presentado profanamente como la piedra rechazada por ignorantes constructores; y se hacía una ferviente oración para que la Providencia le convirtiera nuevamente en piedra angular. Los beneficios que se solicitaban para nuestro país eran de clase especialísima. Había algo parecido á una petición por otro tribunal de sangre: «da al rey las cabezas de sus enemigos»; y algo parecido á una plegaria por la invasión francesa: «proporciónale amigos en el exterior»; y había una plegaria más misteriosa, cuyo mejor comentario dió más adelante el complot de asesinato: «haz por él alguna cosa grande, algo que nosotros no sabemos mencionar con más precisión» (2).

---

(1) «Vuélvenos el culto público de tu nombre, la reverente administración de tus sacramentos. Restaura el antiguo gobierno en la Iglesia y en el Estado; que no estemos más tiempo sin rey, sin sacerdote, sin Dios en el mundo.»

(2) *A Form of Prayer and Humiliation for God's Blessing upon His Majesty and his Dominions and for Removing and Averting of God's Judgments from this Church and State*, 1690.

XXV.

Indignación contra los obispos "nonjurors".

Dícese que esta oración fué compuesta, circulada y leída, en algunas congregaciones de jacobitas cismáticos, antes que Guillermo saliera para Irlanda; pero no atrajo la atención del público hasta que la aparición de una escuadra extranjera en nuestras costas hubo levantado el espíritu nacional. Entonces se produjo un clamor de indignación contra los ingleses que habían osado, con el hipócrita pretexto de devoción, imprecar maldiciones sobre Inglaterra. Sospechóse de los prelados desposeídos, y no sin alguna apariencia de fundamento. Porque los *nonjurors* eran, sin excepción, celosos episcopales. Su doctrina era que, en materias eclesiásticas de grave importancia, nada podía hacerse bien sin la sanción del obispo. ¿Y era de creer que cualquiera que profesara esta doctrina, compusiera una oración, la imprimiera, la hiciera circular y la empleara en el culto público, sin la aprobación de Sancroft, á quien el partido entero reverenciaba, no sólo como el verdadero primado de toda Inglaterra, sino también como santo y confesor? Sabíase que los prelados que no habían querido jurar habían celebrado últimamente varias conferencias en Lambeth. Decíase ahora que era fácil de adivinar el objeto de aquellas conferencias. Los santos padres se habían ocupado en componer oraciones para la destrucción de la colonia protestante de Irlanda, para la derrota de la escuadra inglesa del Canal, y para la pronta llegada de un ejército francés á Kent. La sección extrema del partido whig presentaba con ven-

gativa insistencia esta acusación. Este era, pues, decían aquellos implacables políticos, el fruto de la clemente política del rey Guillermo. Nunca había él cometido mayor error que al concebir la esperanza de ganar los corazones del clero por la clemencia y moderación. No había querido dar crédito á hombres á quienes una larga y dolorosa experiencia había enseñado que no hay benevolencia capaz de amansar la terrible ferocidad del orden clerical. Habíase mostrado cariñoso y pródigo, en vez de ensayar el efecto de las cadenas y del hambre. Había aventurado la buena voluntad de sus mejores amigos por proteger á sus peores enemigos. Aquellos obispos que habían rehusado públicamente reconocerle como á soberano y que con aquella negativa habían perdido sus dignidades y rentas, todavía continuaban viviendo sin que nadie les molestara en palacios que debían ocupar hombres mejores; y por esta indulgencia, sin ejemplo en la historia de las revoluciones, ¿qué pago le habían dado? Helo aquí. Los hombres á quien con tanta solicitud había librado de un justo castigo tenían la insolencia de describirlo en sus oraciones como un perseguidor manchado con la sangre de los justos; pedían gracia para sufrir con fortaleza su sanguinaria tiranía; clamaban al cielo por una flota y un ejército extranjeros que los librasen de su yugo; y, en fin, dejaban traslucir un deseo tan infame que ni aun ellos se habían atrevido á decirlo claramente. Un escritor, en un libelo que produjo gran sensación, se admiraba de que el pueblo, cuando Tourville imperaba victorioso en el Canal, no hubiera tratado á los prelados *nonjurors* como los holandeses habían tratado á los hermanos De Witt (1). En el estado de excitación en

(1) El libelista formó con el nombre propio De Witt un verbo

que se hallaba la opinión pública, hubo algún peligro de que esta sugestión llevara una multitud furiosa á Lambeth. En Norwich el pueblo se levantó, en efecto; atacó el palacio donde aún permitían vivir al obispo, y hubieran echado abajo el edificio á no ser por la oportuna llegada de las milicias (1). El Gobierno, con toda justicia, persiguió criminalmente al editor de la obra que había producido tan alarmante alteración del orden (2). Los desposeídos prelados, en tanto, publicaron una defensa de su conducta. En este mismo documento declaraban con toda solemnidad, y como en presencia de Dios, que no tenían parte en la nueva liturgia, que no sabían quién la había redactado, que nunca habían hecho uso de ella, que nunca habían tenido correspondencia directa ni indirecta con la corte de Francia, que no habían entrado en ningún complot contra el Gobierno existente, y que antes derramarían su sangre que ver á Inglaterra subyugada por un príncipe extranjero que en su propio reino había perseguido cruelmente á sus hermanos protestantes. En cuanto al escritor que con una terrible palabra, cuyo significado no ofrecía duda, los había señalado á la pública venganza, ellos le encomendaban á la divina clemencia y cordialmente pedían que le fuera perdonado su gran pecado. La mayor parte de los que firmaron este papel lo hicieron, indudablemente, con perfecta sinceridad; mas pronto se vió que uno, por lo menos, de los que lo habían suscrito, había añadido al crimen de hacer traición á su país, el crimen de invocar el nombre de Dios en testimonio de una falsedad (3).

---

con el cual expresaba el trágico fin de los dos hermanos. A esta palabra *(dewitt)* se hace alusión más abajo.—N. del T.

(1) Carta de Lloyd, obispo de Norwich, á Sancroft en los MSS. Tanner.

(2) *Diario de Narciso Luttrell.*

(3) *A Modest Inquiry into the Causes of the present Disasters*

XXVII.

Operaciones militares en Irlanda.—Toma de Waterford.

Los acontecimientos que estaban pasando en el Canal y en el Continente obligaron á Guillermo á hacer repetidos cambios en sus planes. Durante la semana que siguió á su entrada triunfal en Dublín llegaron de Inglaterra, en rápida sucesión, mensajeros portadores de malas noticias. Vino primero la relación de la derrota de Waldeck en Fleurus. El Rey pareció muy disgustado. Todo el placer, dijo, que le había dado su propia victoria se había desvanecido. Sin embargo, con aquella generosidad que ocultaba su austero aspecto, aun en el primer momento del disgusto, escribió una carta llena de benevolencia tratando de animar al infortunado general (1). Tres días después llegó una noticia más alarmante todavía. La escuadra aliada había sido batida ignominiosamente. Desde las Dunas hasta el cabo Laud'sEnd, estaba el mar en posesión del enemigo. La posta inmediata podía anunciar la invasión de Kent. Una escuadra francesa podía presentarse en el Canal de San Jorge y quemar, sin dificultad, todos los trasportes anclados en la bahía de Dublín. Guillermo determinó regresar á Inglaterra; pero deseaba obtener, antes de partir, el dominio de un puerto seguro en la costa

in England, and who they are that brought the French into the English Channel described, 1690; *Reflections upon a Form of Prayer lately set out for the Jacobites*, 1690; *A Midnight Touch at an Unlicensed Pamphlet*, 1690. El documento firmado por los obispos *nonjurors* ha sido reimpreso con frecuencia.

(1) Guillermo á Heinsius, julio 4 (14), 1690.

oriental de Irlanda. Waterford era el lugar más adecuado á su propósito, y hacia Waterford marchó inmediatamente. Clonmel y Kilkenny fueron abandonados por las tropas irlandesas tan pronto se supo que se acercaba Guillermo. El 19 de julio fué obsequiado en Kilkenny por el Duque de Ormond, en el antiguo castillo de los Butlers, que poco antes había sido ocupado por Lauzun, y donde, por tanto, en medio de la general devastación, aun había mesas y sillas, colgaduras en los muros y vino en las bodegas. El 21 dos regimientos que daban guarnición en Waterford se decidieron á partir, después de una débil muestra de resistencia: pocas horas más tarde, el fuerte de Duncannon, que en lo alto dè un roquizo promontorio dominaba la entrada del puerto, se rindió; y Guillermo fué dueño de toda aquella segura y espaciosa cuenca formada por las aguas unidas del Suir, el Nore y el Barrow. Anunció entonces su intención de regresar en el acto á Inglaterra, y después de nombrar al Conde de Solmes general en jefe del ejército de Irlanda, salió para Dublín (1).

Pero en el camino recibió buenas noticias. Tourville se había presentado en la costa de Devonshire, había desembarcado algunas tropas y había saqueado á Teignmouth; mas el único efecto de este insulto había sido levantar en armas toda la población de los condados occidentales contra los invasores. El enemigo había partido, dejando hecho el daño necesario para hacer por algún tiempo igualmente odiosa á whigs y tories la causa de Jacobo. Guillermo, pues, cambió otra vez de plan y se apresuró á reunirse á su ejército, que durante su ausencia había marchado

(1) Story; *London Gazette*, 4 de agosto, 1690; MS. Dumont.

hacia Occidente, encontrándole en las cercanías de Cashel (1).

Por este tiempo recibió una carta de María pidiéndole que decidiera una cuestión importante que tenía dividido el Consejo de los Nueve. Marlborough sostenía que todo peligro de invasión había terminado por aquel año El mar, decía, estaba libre; porque los barcos franceses habían regresado á puerto á hacer las reparaciones necesarias. Esta era la ocasión de enviar una escuadra inglesa con cinco mil soldados á la extremidad meridional de Irlanda. Semejante fuerza reduciría fácilmente á Cork y Kinsale, dos de las más importantes fortalezas que aun ocupaban las tropas de Jacobo. Marlborough era decididamente apoyado por Nottingham, y combatido con igual vigor por los otros miembros del Consejo capitaneados por Caermarthen. La Reina remitía el asunto á su marido. Él le dió su más cordial aprobación, ordenando que fuera ejecutado por el general que lo había concebido. Caermarthen se sometió, aunque de mala gana, y no sin murmurar á causa de la extraordinaria parcialidad de S. M. por Marlborough (2).

XXVIII.

El ejército irlandés reunido en Limerick.

Guillermo, en tanto, avanzaba hacia Limerick. En aquella ciudad se había refugiado el ejército que

(1) Story; Guillermo á Heinsius, julio 31 (agosto 10), 1690; *London Gazette*, agosto 11.

(2) María á Guillermo, agosto 7 (17), 22 (set. 1), agosto 26 (setiembre 5), 1690.

derrotara en el Boyne, deshecho ciertamente y deshonrado, pero muy poco disminuído. No hubiera tenido Guillermo que tomarse la molestia de sitiar la plaza, si se hubiera seguido el consejo de Lauzun y de sus compatriotas. Estos se reían á la idea de defender tales fortificaciones, y no admitían que se pudiera aplicar propiamente este nombre á montones de fango que ciertamente se asemejaban muy poco á las obras de Valencienes y Philipsburg. «Es innecesario, decía Lauzun con un juramento, que los ingleses traigan cañones contra una plaza como ésta. Lo que vosotros llamáis vuestras murallas podría ser batido con manzanas asadas.» Opinó, pues, que se debía evacuar á Limerick, y declaró que de ninguna manera estaba determinado á sacrificar en una resistencia desesperada las vidas de los valientes que fueran confiados á su cuidado por su amo (1). La verdad es que sus inclinaciones extraviaban el juicio del brillante y atrevido francés. Él y sus compañeros estaban cansados de Irlanda. Estaban prontos á arrostrar la muerte con valor y hasta con alegría en un campo de batalla. Pero la vida miserable, bárbara y trist, que llevaban, desde hacía algunos meses. era superior á sus fuerzas. Se encontraban tan lejos del mundo civilizado, como si hubieran estado desterrados en Dahomey ó en las islas de Spitzberg. El clima afectaba á su salud y á su espíritu. En aquel infeliz país devastado por una guerra de depredación que había durado largos años, la hospitalidad no podía ofrecer más que un lecho de paja, un pedazo de carne, mitad cruda, mitad quemada, y un trago de leche agria. Un pedazo de pan y una pinta de vino casi ni aun con

(1) *Macariae Excidium*; Mac Geoghegan; *Vida de Jacobo*, II, 420; *London Gazette*, agosto 14, 169).

dinero se encontraban. Un año de semejantes privaciones parecía un siglo á hombres que habían tenido siempre costumbre de llevar consigo al campo las comodidades de París, blando lecho, ricas alfombras, aparadores de vajilla, cuévanos de Champagne, bailarinas, cocineros y músicos. Mejor era estar prisionero en la Bastilla ó ser recluso de la Trapa, que generalísimo de los salvajes medio desnudos que se ocultaban en los estériles pantanos de Munster. Cualquier excusa era buena con tal que sirviera para volver de aquel miserable destierro al país del trigo y de los viñedos, de las doradas carrozas y de las corbatas de encaje, de los bailes y de los teatros (1).

XXIX.

Insisten los irlandeses en defender á Limerick.

Muy diferente era la opinión de los hijos del país. La isla que para los cortesanos franceses era un desolado lugar de destierro, para el irlandés era la patria. Allí estaban reunidos todos los objetos de su amor y de su ambición; y allí esperaba que sus cenizas fueran un día á mezclarse con las cenizas de sus padres Para él, hasta el cielo oscurecido con los vapores del Océa-

(1) Menciónase la impaciencia de Lauzun y de sus compatriotas por salir de Irlanda, en una carta de 21 de octubre de 1690, citada en las *Memorias de Jacobo*, II, 421. «Asimo — dice el coronel Helly, autor del *Macariae Excidium*—diuturnam absentiam tam ægre molesteque ferebat ut bellum in Cypro protrahi continuarique ipso ei auditu acerbissimum esset. Nec incredibile est ducum in illius exercitu nonnullos, potissimum qui patrii cœli dulcedinem impatientius suspirabant, sibi persuasisse desperatas Cypry res nulla humana ope defendi sustentarique posse.» Asimo es Lauzun, y Cyprus, Irlanda.

no, las soledades de negra maleza y agua estancada, las sucias cabañas donde los aldeanos y los cerdos compartían su comida de raíces, tenían un encanto que no encontraban en el claro cielo, en los cultivados campos y los majestuosos palacios del Sena. No imaginaba el irlandés lugar más bello que su país, con tal que su país se viera libre de la tiranía de los sajones; y habría que abandonar toda esperanza de que su país se viera libre de la tiranía de los sajones si Limerick se rendía.

La conducta de los irlandeses durante los dos meses últimos había rebajado su reputación militar hasta el grado más inferior. Á excepción de algunos bizarros regimientos de caballería, habían huído deshonrosamente en el Boyne, incurriendo de este modo en el desprecio más profundo, tanto de sus enemigos como de sus aliados. Los ingleses que estaban en Saint-Germain no hablaban nunca de los irlandeses sino como de un pueblo de cobardes y traidores (1). Los franceses estaban tan exasperados contra la infortunada nación, que comerciantes irlandeses establecidos de muchos años en París no se atrevían á presentarse en las calles por miedo de ser insultados por el populacho (2). Tan fuerte era la preocupación,

(1) «Pauci illi ex Cilicibus aulicis, qui cum regina in Syria commorante remanserant..... non cessabant universam nationem fœde traducere, et ingestis insuper convitiis lacerare, pavidos et malefidos proditores ac mortalium consceleratissimos publice appellando.»—*Macariae Excidium.* Los cilicios son los ingleses. Siria es Francia.

(2) «Tanta infamia tam operoso artificio et subtili commento in vulgus sparsa, tam constantibus de Cypriorum perfidia atque opprobrio rumoribus, totam, qua lata est. Syriam ita pervasit, ut mercatores Cyprii..... propter inustum genti dedecus, intra domorum septa clausi nunquam prodire auderent; tanto eorum odio populus in universum exarserat.»—*Macariae Excidium.*

que se inventaron absurdas historias para explicar la intrepidez con que había peleado la caballería. Decíase que los jinetes no eran de sangre céltica, sino descendientes de los antiguos ingleses de la costa (1). Decíase también que los habían embriagado con aguardiente cuando iba á comenzar la batalla (2). Sin embargo, nada hay mas cierto, sino que en general deben haber sido de raza irlandesa, y que el firme valor que desplegaron en una lucha larga y casi desesperada contra fuerzas mucho mayores, en nada se parece á la furia de un cobarde á quien la fuerza del alcohol da una valentía momentánea. Aun en la infantería, indisciplinada y desorganizada como estaba, hubo mucho valor aunque poca firmeza. Los rasgos de entusiasmo y de desfallecimiento se sucedieron uno en pos de otro. El mismo batallón que en un momento de pánico arrojaba las armas y pedía cuartel, en otra ocasión peleaba con denuedo. En la jornada del Boyne el valor de los mal disciplinados y mal mandados rústicos había descendido hasta el punto más bajo. Cuando se reunieron en Limerick su sangre estaba exaltada. El patriotismo, el fanatismo, la venganza, la vergüenza, los habían hecho superiores á sí mismos. Oficiales y soldados insistían á una voz en que la ciudad debía defenderse hasta el último extremo. Á la cabeza de los partidarios de la resistencia estaba el bravo Sarsfield, y sus exhortaciones difundieron en todas las filas un espíritu semejante al suyo. No estaba en su poder el salvar á su país. Lo más que podía hacer era prolongar su última agonía durante un año sangriento y desastroso (3).

---

(1) He visto esta aserción en un folleto contemporáneo, cuyo título no puedo recordar.

(2) Story; MS. Dumont.

(3) *Macariae Excidium*. Boisseleau advirtió el flujo y reflujo

XXX.

Tyrconnel se opone á la defensa de Limerick.

Tyrconnel era de todo punto incompetente para decidir la cuestión que tenía divididos á franceses é irlandeses. Las únicas cualidades militares que había poseído siempre eran valor personal y destreza en el manejo de la espada. Estas cualidades le habían permitido en otro tiempo ahuyentar á los rivales de las puertas de sus queridas, y hacer el Héctor en las riñas de gallos y en las casas de juego Pero se necesitaba algo más para poder formular una opinión respecto á la posibilidad de defender á Limerick. Probablemente, si hubiera tenido el genio tan exaltado como en el tiempo en que jugaba a los dados con Grammont y amenazaba cortar la cabeza al viejo Duque de Ormond, hubiera votado por que se corriera cualquier riesgo, por desesperado que pudiera parecer. Pero los años, el dolor y la enfermedad apenas habían dejado nada del afectado, fanfarrón y pendenciero Dick Talbot de la restauración. Había caído en un estado de profundo abatimiento. Era incapaz de todo esfuerzo vigoroso. Los oficiales franceses le declararon completamente ignorante en el arte de la guerra. Habían observado que en el Boyne parecía idiota, incapaz de dar ordenes por sí mismo, incapaz tam-

del valor en los irlandeses. He citado una de sus cartas á su esposa; nada más justo que citar otra: «Nos Irlandois n'avoient jamais vu le feu; et cela les a surpris. Presentement, ils sont si fachés de n'avoir pas fait leur devoir que je suis bien persuadé qu'ils feront mieux pour l'avenir.»

bién de resolverse por ninguna de las cosas que otros le sugerían (1). Los desastres que desde entonces se habían seguido en rápida sucesión, no eran lo más á propósito para reanimar un espirítu tan lamentablemente enervado. Su esposa estaba ya en Francia con lo poco que restaba de su gran fortuna; su deseo era reunirse con ella: su voto fué, pues, porque se abandonara la ciudad.

XXXI.

Limerick defendida sólo por los irlandeses.

Al fin se hizo una transacción. Lauzun y Tyrconnel, con las tropas francesas, se retiraron á Galway. La gran mayoría del ejército indígena, compuesto de unos veinte mil hombres, permaneció en Limerick. El mando principal fué confiado á Boisseleau, que conocía mejor el carácter de los irlandeses, y por tanto los juzgaba más favorablemente que ninguno de sus compatriotas. En general, los capitanes franceses hablaban de sus infortunados aliados con desprecio y aborrecimiento sin límites, y de este modo

(1) La Hoguette, escribiendo á Louvois desde Limerick, julio 3 (agosto 10), 1690, dice respecto á Tyrconnel: «Il a d'ailleurs trop peu de connoissance des choses de notre métier. Il a perdu absolument la confiance des officiers du pays, surtout depuis le jour de notre déroute: et, en effet, Monseigneur, je me crois obligé de vous dire que dés le moment oú les ennemis parurent sur le bord de la riviére le premier jour, et dans toute la journée du lendemain, il parut á tout le monde dans une si grande léthargie qu'il étoit incapable de prendre aucun parti, quelque chose qu'on lui proposát.»

se hacían tan odiosos para ellos como los ingleses (1).

Apenas habían partido Lauzun y Tyrconnel, cuando se presentó á la vista de los de la ciudad la guardia avanzada de Guillermo. Pronto el mismo Rey, acompañado de Auverquerque y Ginkell y escoltado por trescientos caballos, se adelantó á examinar las fortificaciones. La ciudad, entonces la segunda de Irlanda, aunque no tan modificada desde aquel tiempo como otras ciudades mayores de las Islas Británicas, ha sufrido un gran cambio. La parte nueva no existía entonces. El terreno, ahora cubierto por aquellas lisas y anchas aceras, aquellos limpios jardines, aquellas hermosas tiendas resplandecientes de ladrillo rojo y á las que chales y porcelanas dan aspecto alegre, era entonces una abierta pradera situada fuera de las murallas. La ciudad se componía de dos partes, designadas durante varios siglos con los nombres de ciudad inglesa y ciudad irlandesa. La ciudad inglesa está en una isla rodeada por el Shannon, y consiste en un grupo de antiguas casas con altos remates triangulares, agrupadas en torno de una venerable catedral. El aspecto de las calles es tal, que fácilmente puede imaginar el viajero que se halla en Flandes ó en Normandia. No lejos de la catedral, en la margen del río, se levanta un antiguo castillo cubierto de malezas y de hiedra. Una corriente estrecha y rápida, sobre la cual no había en 1690 más que un puente, separa la ciudad inglesa del barrio antiguamente ocupado por las cabañas de la población indígena. Desde lo alto de la catedral se extiende ahora la vista por un llano cubierto de rico césped, á través del cual sigue su

(1) Dice Desgrigny, hablando de los irlandeses: «Ils sont toujours préts de nous égorger par l'antipahie qu'ils ont pour nous. C'est la nation du monde la plus brutale, et qui a le moins d'humanité.» Agosto 12 (22), 1690.

curso tortuoso entre orillas artificiales el mayor de los ríos de Irlanda. Pero en el siglo XVII aun no se habían construído estas orillas; y aquella vasta llanura cuya hierba, que en verdor aventaja aún á la de Munster, alimenta ahora parte del más hermoso ganado de Europa, era entonces casi siempre un pantano y muchas veces un lago (1).

Cuando se supo que las tropas francesas habían salido de Limerick y que no quedaban allí más que los irlandeses, fué creencia general en el campo inglés que la ciudad sería fácil conquista (2). Y no dejaba esta opinión de ser razonable, porque hasta Sarsfield estaba desesperado. Sólo quedaba, en su opinión, un recurso. Guillermo no había traído más que cañones pequeños. Varias piezas mayores de artillería, una gran cantidad de provisiones y municiones, y un puente de barcas que en la pantanosa llanura del Shannon se necesitaba con frecuencia, seguían lentamente desde Cashel. Si los cañones y la pólvora pudieran ser interceptados y destruídos, aún habría alguna esperanza. Si no, todo estaba perdido, y la mejor cosa que un noble y valiente caballero irlandés podía hacer, era olvidar el país que en vano había tratado de defender y buscar en cualquier tierra extraña una patria ó una tumba.

---

(1) Story; Relación de las ciudades de Irlanda que están todavía en posesión de las fuerzas del rey Jacobo, 1690. En el Museo Británico hay algunos mapas antiguos de Limerick, bastante curiosos.

(2) Story; MS. Dumont.

XXXII.

Sorprende Sarsfield la artillería inglesa.

Pocas horas después de haber plantado sus tiendas los ingleses delante de Limerick, Sarsfield salió á favor de la noche con un fuerte cuerpo de caballería y de dragones. Tomó el camino de Killaloe y allí cruzó el Shannon. Durante el día permaneció oculto con su banda en la parte de una salvaje montaña que recibe su nombre de las minas de plata que contiene. Aquellas minas habían sido explotadas muchos años antes por propietarios ingleses con ayuda de ingenieros y obreros traídos del Continente. Pero en la rebelión de 1641 la población indígena había destruído las obras y dado muerte á los obreros, y la devastación hecha entonces no se había reparado todavía. En esta desolada región no echó de menos Sarsfield la falta de espías ni de guías, porque todo el paisanaje de Munster estaba decididamente de su parte. Supo aquella tarde que el destacamento que guardaba la artillería inglesa había hecho alto para pasar la noche á unas siete millas del campo de Guillermo en una agradable alfombra de verde césped, al pie de las arruinadas murallas de un antiguo castillo; que oficiales y soldados parecían creerse perfectamente seguros; que habían dado suelta al ganado para que pastara libremente, y que hasta los mismos centinelas estaban medio dormidos. Cuando cerró la noche, los jinetes irlandeses salieron de su escondite y fueron conducidos por gente del país al lugar donde la escolta dormía en torno de los cañones. La sorpresa fué completa. Algunos de los ingleses echaron mano á las

armas é intentaron resistir, pero en vano. Perecieron unos sesenta. Sólo uno fué cogido vivo. Los demás emprendieron la fuga. Los victoriosos irlandeses hicieron una gran pila con los carros y cañones. Llenaron de pólvora todas las piezas y las pusieron con la boca contra el suelo; una vez todo dispuesto, hicieron volar el montón. El único prisionero, que era un alférez, fué tratado con gran cortesía por Sarsfield. «Si mi tentativa no llega á salir bien, dijo el valiente irlandés, hubiera huído á Francia» (1).

Súpose en el cuartel general de Guillermo que Sarsfield había salido ocultamente de Limerick y recorría el país. El Rey adivinó el designio de su bravo enemigo y envió quinientos caballos á proteger los cañones. Desgraciadamente hubo alguna dilación, que los ingleses, siempre dispuestos á creer lo peor de los cortesanos holandeses, atribuyeron á negligencia ó perversidad de Portland A la una de la mañana salió el destacamento; pero apenas se había apartado del campo, cuando un resplandor semejante á un relámpago, y un estallido como el del trueno anunció al extenso llano del Shannon que todo había terminado (2).

Sarsfield era desde hacía largo tiempo el favorito de sus compatriotas; y esta oportunísima hazaña, juiciosamente ideada y ejecutada con valentía, le puso todavía á más altura en la estimación general. Los sitiados cobraron nuevos bríos, y los sitiadores comenzaron á desmayar. Guillermo hizo lo posible por reparar la pérdida. Dos de los cañones que habían sido volados se vió que todavía estaban servibles. Dos más fueron enviados de Waterford. Construyeron baterías de pequeñas piezas de campaña que, si bien hubie-

---

(1) Story; Jacobo, II, 416; Burnet, II, 58; MS. Dumont.
(2) Story; MS. Dumont.

ran sido inútiles contra una de las fortalezas del Hainault ó de Brabante, no dejaron de producir efecto en las débiles defensas de Limerick. Varias obras avanzadas fueron tomadas por asalto, y en la muralla de la ciudad comenzó á aparecer una brecha.

XXXIII.

Llegada de Baldearg O'Donnel á Limerick.

Durante estas operaciones fué asombro y diversión del ejército inglés un incidente que no produjo, en verdad, consecuencias muy importantes, pero que ilustra de la manera más notable el verdadero carácter del jacobismo irlandés. En primera línea, entre aquellas grandes casas célticas que hasta el fin del reinado de Isabel ejercieron dominación en Ulster, figuraban los O'Donnel. El jefe de aquella casa había cedido á la habilidad y energía de Mountjoy, había besado la mano á Jacobo I, y había consentido en trocar la ruda independencia de un principillo por un puesto eminentemente honroso entre los súbditos británicos. Por breve tiempo, el jefe vencido tuvo el rango de conde y fué señor de un inmenso dominio de que un tiempo había sido soberano. Mas pronto comenzó á sospechar que el Gobierno conspiraba contra él, y, en venganza ó en propia defensa, conspiró contra el Gobierno. Sus planes fracasaron; huyó al Continente; su título y sus bienes fueron confiscados, y una colonia anglo-sajona fué establecida en el territorio que había gobernado. Él, en tanto, se refugió en la corte de España. Entre aquella corte y los aborígenes irlandeses había habido, durante la larga lucha entre Felipe II é Isabel, íntima relación. El jefe

desterrado fué recibido en Madrid como un buen católico que huye de las persecuciones de los herejes. Su ilustre cuna y dignidad de príncipe, que eran objeto de burla para los ingleses, le aseguraron el respeto de los grandes castellanos. Heredó sus honores una sucesión de desterrados que vivieron y murieron lejos del país donde los campesinos conservaban cariñosamente la memoria de su familia y se mantenía vivo su recuerdo en las canciones de los trovadores y en las leyendas de los frailes mendicantes. Finalmente, el año ochenta y tres del destierro de esta antigua dinastía, se supo en toda Europa que los irlandeses estaban otra vez en armas por su independencia. Baldearg O'Donnel, que se hacía llamar el O'Donnel, título mucho más honorífico en la estimación de su raza que ninguno de marqués ó duque, había sido educado en España y estaba al servicio del Gobierno español. Solicitó permiso de aquel Gobierno para ir á Irlanda. Pero la casa de Austria estaba entonces estrechamente ligada con Inglaterra, y el permiso le fué negado. El O'Donnel se fugó, y dando un rodeo en el curso del cual visitó la Turquía, llegó á Kinsale pocos días después de haberse embarcado allí Jacobo para Francia. El efecto producido en la población indígena por la llegada de este solitario viajero fué maravilloso. Desde que Ulster había sido reconquistado por los ingleses, los habitantes irlandeses de aquella provincia habían emigrado hacia el Mediodía y hacían por este tiempo vida errante en Connaught y Munster. Acostumbrados desde la infancia á oir hablar del buen tiempo pasado, cuando el O'Donnel, solemnemente consagrado en la roca de Kelmacrenan por el sucesor de San Columbano, gobernaba las montañas de Donegal á despecho de los extranjeros de la costa, acudieron en masa en torno del estandarte del res-

taurado fugitivo. Pronto se vió á la cabeza de siete ú ocho mil *rapparees*, ó usando el nombre peculiar de los de Ulster, de Creaghts; y sus parciales abrazaron su causa con lealtad muy diferente del lánguido sentimiento que el sajón Jacobo les podía inspirar. Sacerdotes y hasta obispos vinieron á unirse al séquito del aventurero. El cual por su parte estaba tan lleno de esperanzas con este recibimiento, que envió agentes á Francia encargados de asegurar á los ministros de Luis XIV que si el O'Donnel tuviera armas y municiones pondría en el campo treinta mil celtas de Ulster, y que se vería que los celtas de Ulster eran muy superiores en todo lo que fuera cualidades militares á los de Leinster, Munster y Connaught. Ninguna de las frases empleadas por Baldearg indicaba que se considerase como súbdito. Para él no ofrecía duda que la casa de O'Donnel era tan verdadera e indefectiblemente real como la casa de Estuardo; y no pocos de sus compatriotas participaban de la misma opinión. Hizo una entrada pomposa en Limerick, y su presencia allí levantó las esperanzas de la guarnición á extraordinaria altura. Se recordaban ó inventaban numerosas profecías. Un O'Donnel con una señal roja sería el libertador de su país; y Baldearg significaba señal roja. Un O'Donnel había de conseguir una gran victoria sobre los ingleses cerca de Limerick; y O'Donnel y los ingleses se encontraban ahora frente á frente en Limerick (1).

(1) Véase la noticia de los O'Donnels que traen las *Irish Antiquarian Researches* de sir William Betham. Es extraño que no haga mención de Baldearg, cuya presentación en Irlanda es el suceso más extraordinario en toda la historia de la raza. Véase también Story, *Impartial History; Macariae Excidium*, y la nota de Mr. O'Callaghan; *Vida de Jacobo*, II, 434; la carta de O'Donnel á Avaux y el memorial titulado: «*Mémoire donnée par un homme du Comte O'Donnel á M. D'Avaux*.»

XXXIV.

Los sitiadores padecen á efecto de las lluvias.

Mientras estas predicciones eran repetidas con entusiasmo por los defensores de la ciudad, malos presagios, fundados, no en bárbaros oráculos, sino en graves razones militares, empezaron á inquietar á Guillermo y á sus oficiales más experimentados. El golpe dado por Sarsfield había hecho su efecto: había sido preciso mucho tiempo para poder utilizar la artillería; el servicio que aun ahora prestaba era muy imperfecto; la pólvora empezaba á escasear; habían comenzado las lluvias de otoño. Los soldados en las trincheras estaban con el fango hasta las rodillas. No se descuidó precaución alguna; pero aunque se abrieron zanjas donde se reuniera el agua, y aun cuando durante toda la noche ardían en las tiendas poncheras de metal llenas de alcohol y aguardiente, habían ocurrido ya algunos casos de fiebre; y era muy de temer que si el ejército permanecía algunos días más en aquel suelo pantanoso, habría una pestilencia más terrible que la que un año antes se había presentado bajo los muros de Dundalk (1). Se celebró un consejo de guerra, el cual resolvió hacer un gran esfuerzo, y si no producía resultado, levantar el sitio.

---

(1) El lector recordará la explicación que da el cabo Trim del gran calor y de la gran humedad. Sterne no es autoridad despreciable en estas materias. Pasó su niñez en los cuarteles; estaba oyendo constantemente las conversaciones de los soldados viejos que habían servido con el rey Guillermo, y ha sabido aprovechar estas historias como hombre de verdadero genio.

XXXV.

Asalto de Limerick.—Es levantado el sitio.

El 27 de agosto, á las tres de la tarde, se dió la señal. Quinientos granaderos salieron corriendo de las trincheras inglesas hacia la contraescarpa, descargaron sus piezas y arrojaron las granadas. Los irlandeses entraron huyendo en la ciudad, siendo perseguidos por los asaltantes, que en la excitación de la victoria no aguardaron á recibir nuevas órdenes. Entonces empezó una terrible lucha en las calles. Los irlandeses, tan pronto se hubieron repuesto de la sorpresa, se batieron con denuedo; y los granaderos ingleses, agobiados por el número, fueron rechazados con grandes pérdidas hasta la contraescarpa. Allí la lucha fué larga y desesperada. Y verdaderamente, ¿cuándo había de pelear el católico celta, si no peleaba en aquel día? Hasta las mujeres de Limerick tomaron parte en el combate; aguantaban con firmeza el más vivo fuego, y arrojaban piedras y botellas rotas al enemigo. En el momento que la lucha era más empeñada reventó una mina y arrojó por los aires un hermoso batallón alemán. Durante cuatro horas continuó la confusión y la matanza. La espesa nube que salía de la brecha se dilataba en una extensión de muchas millas, hasta desaparecer detrás de las colinas de Clare. A última hora de la tarde los sitiadores se retiraron lentamente y de muy mala gana á su campo. Esperaban que hubiera un segundo ataque al día siguiente; y los soldados juraban ganar la ciudad ó morir en la demanda. Pero apeñas les

quedaba pólvora; la lluvia caía á torrentes; los negros nubarrones que venían del Sudoeste amenazaban una matanza mucho más terrible que la de las armas; y había razón para temer que los caminos, que ya estaban cubiertos de lodo, se pondrían, en breve, intransitables para los carros. El Rey determinó levantar el sitio y llevar sus tropas á región más saludable. En efecto, se había detenido bastante tiempo, pues con gran dificultad fueron arrastrados los carros y cañones por largos tiros de bueyes (1).

La historia del primer sitio de Limerick tiene, en algunos respectos, notable analogía con la historia del sitio de Londonderry La ciudad meridional era, como la ciudad del Norte, el último asilo de una Iglesia y de una nación. Ambos lugares estaban poblados de fugitivos de todas partes de Irlanda. Ambos lugares parecían incapaces de resistir á los que habían hecho mediano estudio del arte de la guerra. En el momento de extremo peligro ambos fueron abandonados por los jefes que debían haber dirigido la defensa. Lauzun y Tyrconnel abando-

---

(1) Story; Guillermo á Waldeck, set. 22, 1690; *London Gazette*, set. 4. Berwick asegura que cuando se levantó el sitio hacía un mes que no había caído una gota de agua, que no llovió nada en las tres semanas siguientes, y que Guillermo inventó lo de las lluvias únicamente para ocultar la vergüenza de su derrota. Story, que se hallaba en el sitio, dice: «Estaba nublado por todas partes; llovía muy copiosamente, de modo que todos empezaron á temer las consecuencias de esto»; y en otro pasaje: «La lluvia que había caído ya había reblandecido los caminos..... Esta era una razón poderosa para levantar el sitio, porque, de continuar allí, como el tiempo siguiera malo, hubiéramos tenido que tomar la ciudad, ó necesariamente hubiéramos perdido nuestros cañones.» Dumont, que era otro testigo presencial, dice que antes que se levantara el sitio las lluvias habían sido copiosísimas; que el Shannon iba crecido; que la tierra estaba empapada; que los caballos no podían hacer pie firme.

naron á Limerick, como Cunningham y Lundy habían abandonado á Londonderry. En ambos casos el entusiasmo patriótico y religioso luchó solo, contra fuerzas muy superiores; y en ambos casos el entusiasmo religioso y patriótico hizo lo que guerreros veteranos habían declarado absurdo intentar.

XXXVI.

Marchan Tyrconnel y Lauzun á Francia.—Regresa Guillermo á Inglaterra.

No recibieron con alegría Lauzun y Tyrconnel en Galway la noticia del feliz resultado de la lucha en que no habían querido tomar parte. Estaban cansados de Irlanda; temían que se conducta fuera representada desfavorablemente en Francia: determinaron ganar por la mano á sus acusadores, y se embarcaron juntos para el Continente.

Tyrconnel, antes de partir, delegó su autoridad civil en un consejo, y su autoridad militar en otro. El joven Duque de Berwick fué nombrado general en jefe, pero este título era puramente nominal. Sarsfield, que indudablemente era el primer militar de Irlanda, ocupaba el último lugar en la lista de los consejeros á quienes fué confiada la dirección de la guerra; y algunos temían que no hubiera figurado siquiera en la lista, si no hubiera temido el Virrey que la omisión de nombre tan popular pudiera ser causa de un motin.

Guillermo, en tanto, había llegado á Waterford, de donde se había hecho á la vela para Inglaterra. Antes de embarcar confió el gobierno de Irlanda á tres

Lores Justicias. Enrique Sidney, á la sazón vizconde de Sidney, era el principal de la comisión; siendo los otros dos Coningsby y sir Carlos Porter. Porter había tenido antes el gran sello del reino, y sólo por ser protestante se lo había quitado Jacobo, recibiéndolo ahora nuevamente de manos de Guillermo.

XXXVII.

Recibimiento de Guillermo en Inglaterra.

El 6 de setiembre, el Rey, después de un viaje de veinticuatro horas, desembarcó en Bristol. De allí continuó hacia Londres, parando en el camino en los palacios de algunos grandes Lores; y se observó que todos aquellos á quienes hizo esta honra eran toríes. Un día fué obsequiado en Badminton por el Duque de Beaufort, el cual se creía que había prestado los juramentos muy á disgusto; y al día siguiente, en una espaciosa casa en las inmediaciones de Marlborough, que en nuestro tiempo, antes de la gran revolución producida por los caminos de hierro, tenía fama de ser una de las mejores posadas de Inglaterra, pero que en el siglo XVII era un palacio del Duque de Somerset. Guillermo fué recibido en todas partes con muestras de respeto y alegría. Cierto que su campaña no había terminado tan felizmente como empezara; pero en conjunto su triunfo había sido mucho mayor de lo que se esperaba, y había justificado plenamente el acierto de su resolución de ponerse al frente del ejército. El saco de Teignmouth estaba todavía reciente en la memoria de los ingleses, y por algún tiempo le concilió las voluntades de todos, excepto de los más

fanáticos jacobitas. Los magistrados y el clero de la capital acudieron á Kensington á presentar mensajes de gracias y felicitaciones. El pueblo hizo que tocaran las campanas y se encendieran hogueras. En lugar del Papa, á quien los buenos protestantes tenían costumbre de inmolar, fué sustituído, en esta ocasión, el Rey de Francia, tal vez por vía de compensación de los insultos inferidos por el populacho de París á la efigie de Guillermo. Una figura de cera, que sin duda sería una horrible caricatura del más agraciado y majestuoso de los príncipes, fué paseada en un carro por Westminster. En lo alto llevaba escritas en grandes letras estas palabras: «Luis, el mayor tirano de los catorce.» Después de la procesión, la imagen, con grandes aclamaciones, fué entregada á las llamas en medio de Covent Garden (1).

XXXVIII.

Expedición al Mediodía de Irlanda.

Cuando Guillermo llegó á Londres, la expedición destinada á Cork estaba pronta á salir de Portsmouth. Marlborough llevaba algún tiempo á bordo aguardando viento favorable. Iba acompañado de Grafton. Inmediatamente después de la partida de Jacobo, y durante el interregno, había nombrado Jacobo á éste joven, coronel del primer regimiento de infantería de la guardia. Apenas se había consumado la revolución

(1) *London Gazette*, set. 11, 1690; *Diario de Narciso Luttrell*. He visto un grabado contemporáneo que representa Covent Garden tal como apareció aquella noche.

cuando empezaron á notarse síntomas de deslealtad en aquel regimiento, que era el más importante de todos los del ejército, así por el servicio especial á que estaba destinado, como por su fuerza numérica. Creyóse que el coronel no había dominado este mal espíritu con mano bastante enérgica. Sabíase que no estaba del todo satisfecho del nuevo gobierno: había votado en favor de la regencia, y se murmuraba, tal vez sin razón, que tenía tratos con Saint-Germain. Fué despojado del honroso y lucrativo mando para que acababa de ser nombrado (1). No obstante mortificarle esto mucho, se portó como hombre de carácter y de buen sentido. Deseoso de probar que se había sospechado de él sin fundamento, y animado de honrosa ambición de distinguirse en la profesión militar, obtuvo licencia para servir como voluntario á las órdenes de Marlborough en Irlanda.

Por fin, el 18 de setiembre, cambió el viento. La escuadra se hizo á la mar, y el 21 se presentó delante del puerto de Cork. Desembarcaron las tropas, incorporándoseles en seguida el Duque de Wirtemberg, con varios regimientos holandeses, daneses y franceses, destacados del ejército que había estado últimamente sitiando á Limerick. El Duque expuso inmediatamente una pretensión que, si el General inglés no hubiera sido hombre de excelente juicio y carácter, hubiera podido ser fatal á la expedición. S. A. sostenía que como príncipe de una casa soberana tenía derecho al mando en jefe. Marlborough le hizo ver tranquila y cortésmente que su pretensión no era razonable. Siguióse una disputa en la cual se dice que el alemán se portó con grosería y el inglés con aquella tranquila firmeza á la cual, más aún tal

(1) Van Citters á los Estados Generales, marzo 19 (29), 1689.

vez que á sus grandes cualidades, debió su fortuna en la vida. Finalmente, un oficial hugonote propuso una transacción. Marlborough consintió en renunciar parte de sus derechos, y en conceder precedencia al Duque en días alternados. La primera mañana que Marlborough tuvo el mando, puso como contraseña del día «Wirtemberg.» Vencido el Duque por este cumplimiento, dió al día siguiente con el propio objeto la palabra «Marlborongh.»

XXXIX.

Toma de Cork por Marlborough.

Pero fuera quienquiera el que diese la contraseña, el genio hizo valer su incontestable superioridad. Marlborough era todos los días el verdadero general. Cork fué vigorosamente atacada. Una tras otra se ganaron rápidamente las obras avanzadas. En cuarenta y ocho horas todo estuvo terminado. Aun pueden verse las huellas de la breve lucha. El antiguo fuerte donde hicieron los irlandeses más enérgica resistencia, yace en ruinas. La catedral dórica, unida con tan mal gusto á la antigua torre, ocupa el sitio de un edificio gótico destruído por el cañón inglés. Aun enseñan en el vecino cementerio el sitio donde estuvo durante muchos siglos una de aquellas torres redondas que tanto han hecho dudar á los anticuarios. Este venerable monumento sufrió la misma suerte que la vecina iglesia. En otro sitio que ahora llaman el Mall *(Paseo)*, limitado á uno y otro lado por soberbios edificios de compañías de banca, compañías de ferrocarriles y compañías de seguros, pero que era entonces un

pantano conocido con el nombre de Rape Marsh, cuatro regimientos ingleses, con el agua hasta los hombros, avanzaron valientemente al asalto. Grafton, siempre el primero en el peligro, mientras luchaba entre el fango fué herido de un tiro desde las murallas, sacándole del combate ya moribundo. El lugar donde cayó, que entonces distaba más de cien yardas de la ciudad, pero que ahora está situado en el mismo centro del movimiento y de la población, todavía se llama calle de Grafton. Los sitiadores habían atravesado ya el pantano, y la lucha cuerpo á cuerpo iba á comenzar, cuando pidieron parlamento. Ajustáronse rápidamente los artículos de la capitulación. La guarnición, compuesta de cuatro á cinco mil hombres, quedó prisionera. Marlborough prometió interceder con el Rey por ellos y por los habitantes, é impedir los atropellos y el pillaje. Consiguió, en efecto, contener sus tropas; pero multitud de marineros y gentes que iban con sus soldados, entraron en la ciudad por la brecha y antes que se pudiera restablecer el orden fueron saqueadas las casas de muchos católicos.

XL.

Toma de Kinsale.

Ningún caudillo ha sabido nunca sacar más partido de la victoria que Marlborough. Pocas horas después de haberse apoderado de Cork, iba su caballería camino de Kinsale. Enviaron un trompeta á intimar la rendición á la plaza. Los irlandeses amenazaron con ahorcarle por traer semejante mensaje, pusieron fuego á la ciudad y se retiraron á dos fuertes lla-

mados el Viejo y el Nuevo. La caballería inglesa llegó justamente á tiempo de extinguir el fuego. Marlborough siguió muy pronto con la infantería. El Fuerte Viejo fué escalado, y cuatrocientos cincuenta hombres que lo defendían, muertos ó hechos prisioneros. El Fuerte Nuevo fué preciso atacarlo de una manera más metódica. Plantaron baterías; abrieron trincheras; saltaron minas: en pocos días los sitiadores fueron dueños de la contraescarpa; y todo estaba dispuesto para el asalto cuando el Gobernador ofreció capitular. Se permitió retirar á la guarnición, fuerte de mil doscientos hombres, á Limerick; pero los vencedores se apoderaron de los almacenes, que eran de considerable valor. De todos los puertos de Irlanda, era Kinsale el mejor situado para las comunicaciones con Francia. Aquí, pues, había una abundancia desconocida en todas las demás partes de Munster. En Limerick el pan y el vino eran un lujo que generales y consejeros privados no podían siempre disfrutar. Pero en el Fuerte Nuevo de Kinsale Marlborough encontró mil toneles de trigo y ochenta pipas de vino.

Su triunfo había sido rápido y completo; y ciertamente, de no haber sido rápido, no hubiera sido completo. Su campaña, con ser tan breve, había durado lo suficiente para que empezara la mortandad que, en aquel siglo, la humedad del aire y del suelo de Irlanda hacían casi siempre, durante el otoño, en los soldados ingleses. La enfermedad que había mermado las filas del ejército de Schomberg en Dundalk, y que había obligado á Guillermo á retirarse apresuradamente de la embocadura del Shannon, había empezado á mostrarse en Kinsale. A pesar de la prontitud y energía de las operaciones de Marlborough, perdió mucho mayor número de hombres por

enfermedad que por el fuego del enemigo. Se presentó en Kensington sólo cinco semanas después de haberse hecho á la vela de Portsmouth, y encontró muy grata acogida. «No hay ningún oficial, hoy en día»—dijo Guillermo—«que habiendo servido tan poco tiempo como Milord Marlborough, tenga tantas condiciones para mandos de importancia» (1).

XLI.

Asuntos de Escocia.—Intrigas de Montgomery con los jacobitas.

En Escocia, como en Irlanda, durante este verano memorable había mejorado notablemente el aspecto de las cosas. Aquel club de descontentos whigs que el año precedente había dominado en el Parlamento, intimidado á los ministros, negado los subsidios y suspendido la administración de justicia, había incurrido en el desprecio general, cesando, por último, de existir. Había armonía entre el Soberano y los Estados; y la larga lucha entre dos formas de gobierno eclesiástico había terminado de la única manera compatible con la paz y prosperidad del país.

Tan feliz cambio en el estado de las cosas debe atribuirse principalmente á los errores del pérfido, turbulento y vengativo Montgomery. Algunas semanas después de cerrarse aquella legislatura du-

(1) Para la expedición de Marlborough véase Story, *Historia imparcial;* Vida de Jacobo, II, 419, 420; *Gaceta de Londres*, oct. 6, 13, 16, 27 y 30, 1690; *Monthly Mercury* de nov. 1690; *Historia del rey Guillermo*, 1702; Burnet, II, 60; *Vida de José Pike, cuákero de Cork.*

rante la cual había ejercido autoridad sin límites en el Parlamento escocés, fué á Londres con sus dos principales confederados, el Conde de Annandale y y Lord Ross. Los tres consiguieron una audiencia de Guillermo, y le presentaron un manifiesto que expresaba lo que pedían para el público. Muy pronto hubieran mudado de tono si el Rey les hubiera concedido lo que pedían para sí. Pero á Guillermo le irritaba profundamente su conducta y estaba resuelto á no pagarles porque le molestaran. El recibimiento que encontraron les convenció de que no podían esperar favor alguno. Montgomery era hombre de pasiones violentas: sus necesidades eran urgentes: era muy pobre, y si no podía conseguir pronto un empleo lucrativo, se vería en peligro de pudrirse en una cárcel. Ya que no había probabilidad de que sus servicios fueran comprados por Guillermo, hubieron de ofrecérselos á Jacobo. No fué difícil encontrar intermediario. Montgomery era antiguo conocido de Ferguson. Los dos traidores se comprendieron en seguida. Eran sus caracteres afines; diferían completamente en poder intelectual, pero eran igualmente vanos, revoltosos, falsos y malévolos.

Montgomery fué presentado á Neville Payne, uno de los agentes más hábiles y atrevidos de la desterrada familia. Payne era muy conocido en la ciudad, de mucho tiempo atrás, como mal poeta y mal político. Había sido íntimo amigo del indiscreto é infortunado Coleman, y había estado preso en Newgate como cómplice en la conjura papista. Su carácter moral no había resultado á gran altura; mas pronto tuvo ocasión de probar que poseía valor y fidelidad dignas de mejor causa que la de Jacobo y de mejor asociado que Montgomery.

La negociación terminó muy pronto en un tratado

de alianza. Payne prometió sin vacilar á Montgomery, no sólo perdón, sino riquezas, honores y poder. Montgomery, con igual confianza, se propuso conseguir del Parlamento de Escocia que llamara al legítimo rey. Ross y Annandale convinieron sin dificultad en cuanto proponía su hábil y activo colega. Un aventurero que unas veces tomaba el nombre de Simpson y otras el de Jones, el cual estaba siempre dispuesto á servir ó á vender á cualquier gobierno por dinero, y que recibía gratificaciones al mismo tiempo de Portland y de Neville Payne, fué el encargado de llevar los ofrecimientos del club á Jacobo. Montgomery y sus dos ilustres cómplices regresaron á Edimburgo, donde procedieron á formar una coalición con sus antiguos enemigos, los defensores del episcopado y del poder arbitrario (1).

XLII.

Guerra en las montañas.

La oposición escocesa, extraña mezcla de dos facciones, una celosa defensora de los obispos, la otra celosa defensora de los sínodos, hostil la una á toda libertad, impaciente la otra de todo gobierno, abrigó durante algún tiempo la lisonjera esperanza de que la guerra civil iba á estallar en las montañas con redoblada furia. Pero aquellas esperanzas salieron fallidas. En la primavera de 1690 llegó de Irlanda á Lo-

(1) Balcarras; Confesión de Annandale en los *Leven and Melville Papers;* Burnet, II, 35. Respecto á Payne, véase la *Second Modest Inquiry into the cause of the present Disasters*, 1690.

chaber un oficial llamado Buchan. Llevaba un real despacho nombrándole general en jefe de cuantas fuerzas estuvieran en armas por el rey Jacobo en todo el reino de Escocia. Cannon, que desde la muerte de Dundee había ocupado el primer puesto, y había demostrado no ser capaz de desempeñarlo, pasó á ser segundo en el mando. Poco se ganó, sin embargo, con este cambio. No era cosa fácil decidir á los Príncipes gaélicos á que continuaran la guerra. En realidad, á no ser por la influencia y elocuencia de Lochiel, ni una sola espada se hubiera desenvainado por la casa de Estuardo. Lochiel, con algún trabajo, pudo convencer á los jefes que el año anterior habían peleado en Killiecrankie á que reunieran todos sus parciales antes que acabase el verano, y marcharan á las Tierras Bajas. Al mismo tiempo, mil doscientos montañeses de diferentes tribus fueron puestos á las ordenes de Buchan, que con esta fuerza se propuso tener á las guarniciones inglesas en constante alarma con amagos é incursiones, mientras llegaba el tiempo de emprender operaciones más importantes. Marchó, pues, á Strathspey. Pero todos sus planes fueron súbitamente desconcertados por el arrojo y destreza de sir Tomás Livingstone, que mandaba en Inverness por el rey Guillermo. Livingstone, guiado y asistido por los Grants, que profesaban firme adhesión al nuevo Gobierno, vino, con un fuerte cuerpo de caballería y de dragones, á marchas forzadas y atravesando ásperos desfiladeros, al lugar donde los jacobitas habían establecido sus cuarteles. Llegó á los fuegos del campo enemigo cuando ya había cerrado la noche. La primera alarma fué dada por la acometida de los caballos á los aterrorizados centinelas, que se arrojaron en medio de la multitud de celtas que dormían envueltos en sus plaids. Bu-

chan escapó con la cabeza desnuda y sin espada. Cannon huyó en camisa. Los vencedores no perdieron un solo hombre. Cuatrocientos montañeses fueron muertos ó cayeron prisioneros; los demás huyeron á sus montañas y á sus nieblas (1).

Este suceso puso término á todo pensamiento de guerra civil. La reunión que debía efectuarse en el verano jamás se verificó. Aun cuando Lochiel hubiera querido, no le sería posible sostener por más tiempo la causa caída. Había tenido que guardar cama á efecto de un accidente que por sí solo bastaría á demostrar cuán poco podía esperarse de una confederación de los reyezuelos de las montañas. En una conferencia de los caudillos jacobitas, un caballero de las Tierras Bajas habló con dureza de aquellos parásitos que habían cambiado de religión para granjearse el favor del rey Jacobo. Glengarry era de aquellos que se creen obligados á tomar á ofensa todo lo que se diga. Se le metió en la cabeza que en lo dicho había alguna alusión á su persona. «Yo soy tan buen protestante como vos,» exclamó, y añadió una palabra que ningún hombre de valor puede escuchar con paciencia. En un momento salieron á relucir las espadas. Lochiel se arrojó entre los combatientes, y al tratar de separarlos recibió una herida que al principio se creyó mortal (2).

(1) Balcarras; Mackay, *Memoirs*; *Historia de la última revolución de Escocia*, 1690; Informe de Livingstone, de 1.º de mayo; *Gaceta de Londres*, mayo 12, 1690.

(2) *Historia de la última revolucion de Escocia*, 1690.

XLIII.

Construcción del Fuerte Guillermo.

Tan intimidados habían quedado los clanes desafectos, que Mackay marchó sin encontrar resistencia desde Perth hasta Lochaber, fijó su cuartel general en Inverlochy y procedió á ejecutar su designio favorito de erigir en aquel sitio una fortaleza que pudiera tener á raya á los revoltosos Camerons y Macdonalds. En pocos días levantaron los muros, cavaron los fosos, fijaron las empalizadas y colocaron á lo largo de los parapetos medias culebrinas de un barco de guerra; y el general partió dejando un oficial llamado Hill al frente de la guarnición necesaria. Dentro de las defensas no faltaba harina de avena, arenques rojos y carne, y había más bien superabundancia de aguardiente. La nueva fortaleza, que, no obstante haber sido construída tosca y apresuradamente, pareció sin duda á los habitantes de las cercanías la obra más estupenda que el poder y la ciencia unidos habían producido jamás, fué llamada, en honor del Rey, Fuerte Guillermo (1).

(1) Memorias y cartas de Mackay á Hamilton de 20 y 24 de junio, 1690; el coronel Hill á Melville, julio 10 y 26; *Gaceta de Londres*, julio 17 y 21. Respecto á Inverlochy, véase en los papeles de Culloden un proyecto para conservar la paz en las Tierras Altas, redactado en este tiempo por el padre del presidente Forbes.

XLIV.

Reunión del Parlamento de Escocia.

Por este tiempo había vuelto á reunirse en Edimburgo el Parlamento de Escocia. No había sido fácil á Guillermo decidir la línea de conducta que hubiera de adoptarse con aquella caprichosa é ingobernable asamblea. Algunas veces los Comunes de Inglaterra habían excitado su enojo. Sin embargo, le habían concedido millones, sin imponerle nunca concesiones semejantes á las que imperiosamente había demandado la legislatura escocesa, la cual le podía dar poco y aun no le había dado nada. Los estadistas ingleses con quienes tenía que habérselas no eran generalmente muy estimados de él, ni tampoco lo merecían. Pocos, sin embargo, entre ellos eran tan completamente falsos y desvergonzados como los principales políticos escoceses. En moralidad y honor, Hamilton, era más bien superior que inferior á sus compañeros; y hasta Hamilton era mudable, falso y codicioso. En una ocasión Guillermo no pudo menos de exclamar: «Pluguiera al cielo que se encontrara Escocia á mil millas de distancia y que el Duque de Hamilton fuera su rey. Pues de ese modo me vería libre de Escocia y del Duque.»

XLV.

Melville, Lord Gran Comisario.—Consigue el Gobierno tener mayoría en el Parlamento.

Después de mucho deliberar, determinó Guillermo enviar á Melville á Edimburgo de Lord Gran Comisario. No era Melville hombre de Estado muy notable; no era gran orador: ni su aspecto ni sus modales revelaban en él al representante del Soberano: su moralidad no estaba por encima del nivel ordinario; y el nivel ordinario de moralidad entre los senadores escoceses no se encontraba á gran altura; pero en modo alguno carecía de prudencia y tacto, y en conjunto hizo más de lo que hubiera hecho cualquier otro de cualidades muy superiores.

Durante los primeros días de la legislatura, los amigos del Gobierno habían perdido toda esperanza y los jefes de la oposición estaban llenos de entusiasmo. Aun cuando Montgomery no era hombre de cabeza ligera, los triunfos del año precedente le habían trastornado Creía que sus intrigas y su elocuencia tenían completamente dominados los Estados. Parecíale imposible que habiendo ejercido imperio ilimitado en el palacio del Parlamento, estando ausentes los jacobitas, fuera derrotado cuando estaban presentes y dispuestos á apoyar todo lo que él propusiera. No le había sido fácil, en verdad, recabar su asistencia, porque no podían tomar posesión sin prestar los juramentos. Algunos tenían leve escrúpulo de conciencia acerca de perjurar; y muchos que no sabían lo que era escrúpulo de conciencia, temían ofen-

der al Rey legítimo jurando fidelidad al que estaba en posesión. Algunos Lores, sin embargo, á quienes se suponía tener la confianza de Jacobo, dijeron que según sus noticias el Rey deseaba que sus amigos perjurasen; y esta aserción indujo á la mayor parte de los jacobitas, con Balcarras á la cabeza, á hacerse reos de perfidia con la circunstancia agravante de impiedad (1).

Pronto se vió, sin embargo, que á pesar de este refuerzo la facción de Montgomery no era ya la mayoría del Parlamento. Por cada nuevo partidario que había ganado, había perdido dos. Había cometido un error que más de una vez, en la historia británica, ha sido fatal á grandes jefes parlamentarios. Había imaginado que cuando quisiera unirse con los que poco ha eran sus enemigos, todos sus partidarios imitarían su ejemplo. Pronto se convenció de que era mucho más fácil encender animosidades que calmarlas. La gran mayoría de los whigs y presbiterianos se negaron á unirse con los jacobitas. Algunos que estaban indecisos fueron comprados por el Gobierno: y no fué la compra muy dispendiosa, porque una suma que apenas sería perceptible en el Tesoro inglés parecía inmensa en la estimación de los hambrientos barones del Norte (2). De este modo la balanza se inclinó del otro lado; y en los Parlamentos escoceses de aquella época, el lado á que se inclinara la balanza era todo: la tendencia de las mayorías era siempre á aumentar; la tendencia de las minorías, á disminuir.

El primer asunto en que recayó votación fué res-

---

(1) Balcarras.

(2) Véanse las instrucciones para el Lord Gran Comisario en los *Leven and Melville Papers*.

pecto á una elección de distrito. Ganaron los Ministros por seis votos (1). En un instante todo cambió: rompióse el hechizo; el club, de fantasma aterrador se convirtió en objeto de risa; los tímidos y los venales se pasaron en multitud, del lado débil, al lado fuerte. En vano trató la oposición de hacer renacer las disputas del año precedente. El Rey, obrando con prudencia, había autorizado á Melville á prescindir del Comité de Artículos. Por otra parte, los Estados no parecían dispuestos á aprobar otra acta de incapacitación, á censurar al Gobierno por abrir los tribunales de justicia, ni á poner en duda el derecho del Soberano á nombrar los jueces. Se votó un subsidio extraordinario, corto para los hacendistas ingleses, pero grande teniendo en cuenta los medios de que disponía Escocia. La suma concedida ascendia á ciento sesenta y dos mil libras esterlinas, que serían reucadadas en el espacio de cuatro años (2).

Los jacobitas, que se encontraron con que habían perjurado para no conseguir nada, estaban abrumados de vergüenza y llenos de irritación, mientras Montgomery, que se había engañado y los había engañado á ellos, y el cual en su furor había perdido completamente, no en verdad, sus facultades y su elocuencia, pero todo decoro y dominio de sí mismo, juraba como un barquero del Támesis, y era contestado con igual aspereza y superior habilidad por sir Juan Dalrymple (3).

(1) Balcarras.
(2) Act. Parl., junio 7, 1690.
(3) Balcarras.

XLVI

Legislación eclesiástica.

Las leyes más importantes de esta legislatura fueron las que fijaban la constitución eclesiástica de Escocia. En la Reclamación de Derechos se había declarado que la autoridad de los obispos era una insoportable vejación, y Guillermo, al aceptar la corona, se había comprometido á no sostener una institución condenada por el mismo documento que establecía sus derechos á la corona. Pero la Reclamación de Derechos no había definido la forma de gobierno eclesiástico que debía reemplazar al episcopado; y durante las borrascosas sesiones del verano de 1689, la violencia del club había hecho imposible toda legislación. Durante muchos meses, pues, todo había sido confusión. Habíase derribado un sistema y no había sido reemplazado por otro. En las Tierras Bajas del Oeste, el clero beneficiado había sufrido persecución tan eficaz, que casi ninguno de sus individuos continuaba en su puesto. En Berwickshire, en los tres Lothians y en Stirlingshire, la mayor parte de los curas habían sido separados por el Consejo Privado, por no obedecer aquel acuerdo de la Convención donde se ordenaba á todos los ministros de las parroquías, so pena de destitución, proclamar á Guillermo y María reyes de Escocia. De este modo, en una gran parte del reino no había culto público, excepto el de los sacerdotes presbiterianos, que unas veces oficiaban en tiendas y otras, sin ningún derecho legal, tomaban posesión de las iglesias. Pero había exten-

sos distritos, especialmente al Norte del Tay, donde el pueblo no tenía gran prevención contra el episcopado; y había muchos sacerdotes que no estaban dispuestos á perder sus domicilios y estipendios por seguir la causa del rey Jacobo. Así, pues, centenares de los antiguos curas que no habían sido perseguidos por el populacho ni depuestos por el Consejo, continuaban ejerciendo sus funciones espirituales. Durante esta época de transición, cada ministro dirigía el servicio y administraba los sacramentos como lo tenía por conveniente. No había autoridad encargada de inspeccionar su conducta. El Parlamento había abolido la jurisdicción de los obispos, y no había establecido la jurisdicción de los sínodos (1).

Uno de los primeros deberes del Parlamento era poner fin á esta anarquía. Melville, con la poderosa asistencia de Carstairs, había obtenido, á despecho de las representaciones de los toríes ingleses, autoridad para sancionar las reformas eclesiásticas que pudieran satisfacer á la nación escocesa. Una de las primeras leyes tocadas con el cetro por el Lord Comisario revocaba el Acta de Supremacía. Dió en seguida la regia sanción á una ley para que los clérigos presbiterianos que habían sido pastores de parroquias en tiempo del Covenant, y que después de la restauración habían sido destituídos por negarse á reconocer la autoridad episcopal, fueran repuestos. El número de los que se encontraban en este caso había sido en un principio de trescientos cincuenta; pero ya no vivían más que sesenta (2).

Los Estados procedieron entonces á fijar el credo

---

(1) *Faithful Contendings Displayed; Case of the present Afflicted Episcopal Clergy in Scotland*, 1690.

(2) Act. Parl., abril 25, 1690.

nacional. La Confesión de fe redactada por la Asamblea de teólogos en Westminster, el Catecismo Largo, el Breve y la Guía (*Directory*), eran considerados por todos los buenos presbiterianos como modelos de ortodoxia, y se esperaba que, como tales, fueran reconocidos por el Parlamento (1). Esta esperanza, sin embargo, fué en parte defraudada. Leyóse la Confesión por extenso en medio de muchos bostezos, y se adoptó sin modificación. Pero cuando se propuso que fueran tomados en consideración los Catecismos y la Guía, el mal humor del auditorio se manifestó por medio de murmullos. Pues aquella afición á los sermones largos, tan general en el pueblo de Escocia, no era del gusto de la aristocracia escocesa. El Parlamento llevaba ya tres horas sin oir más que árida teología, y no estaba dispuesto á oir una palabra más acerca del pecado original y de los vasos de elección. El Duque de Hamilton dijo que los Estados habían hecho ya lo más esencial. Habían dado su sanción á un digesto de los grandes principios del Cristianismo. El resto podía muy bien dejársele á la Iglesia. La cansada mayoría asintió con entusiasmo, á despecho de los murmullos de algunos celosos ministros presbiterianos á quienes se había permitido asistir al debate y que algunas veces casi no habían podido abstenerse de tomar parte en él (2).

La memorable ley que fijó la constitución eclesiástica de Escocia fué presentada por el Conde de Sutherland. Esta ley restablecía la autoridad de los

(1) Véase el Humilde mensaje de los ministros y fieles presbiterianos de la Iglesia de Escocia á Su Gracia el Gran Comisario de S. M. y á los Muy Ilustres Estados del Parlamento.

(2) Véase la *Noticia del Gobierno presbiteriano recién establecido por el Parlamento de Escocia*, año 1690. Esta relación es episcopal. Act. Parl., mayo 26, 1690.

sínodos. El gobierno de la Iglesia era confiado á los sesenta ministros destituídos, últimamente repuestos, y á aquellas personas, tanto ministros como ancianos, á quienes los sesenta creyeran conveniente dar partipación en el poder. Los sesenta, en unión de las personas designadas por ellos, quedaban autorizados para visitar todas las parroquias del reino y expulsar á aquellos ministros que no reunieran las condiciones necesarias de aptitud, moralidad y fe ortodoxa. Aquellas parroquias que durante el interregno habían sido abandonadas por sus pastores, ó hablando con más propiedad, aquellas parroquias cuyos pastores habían sido perseguidos por el populacho, eran declaradas vacantes (1).

No parece que se haya hecho seria oposición á la cláusula que restablecía la autoridad de los sínodos. Pero se emplearon tres días en discutir si el soberano tenía poder para convocar y disolver asambleas eclesiásticas; y al fin, hubo que dejar este punto en peligrosa ambigüedad. Algunas otras cláusulas fueron objeto de largo y acalorado debate. Decíase que el inmenso poder dado á los sesenta era incompatible con el principio fundamental del gobierno eclesiástico que los Estados iban á fundar. Aquel principio era la igualdad de todos los presbíteros, sin que debiera haber ningún orden de ministros de la religión, superior al orden de presbíteros. ¿Qué importaba que los sesenta se llamaran ó no prelados, si iban á señorear con autoridad más que episcopal el patrimonio de Dios? Al argumento de que la organizacón propuesta era, en las peculiarísimas circunstancias en que se hallaba la Iglesia, la más conveniente, replicaban los contrarios que semejante razonamiento podía estar

(1) Act. Parl., junio 7, 1690.

bien en boca de un Erastiano. pero que todos los presbiterianos ortodoxos sostenían la igualdad de los ministros al ser ordenados por Cristo, y que en lo que Cristo había hablado no era lícito á los cristianos decidir cuál fuera lo más conveniente (1).

Con mucho más calor y razones mucho más poderosas, atacaba la minoría el artículo que sancionaba los actos ilegales de los fanáticos de Occidente. No había duda, decían, que un cura perseguido por el populacho bien podía ser entregado al severo examen de los sesenta inquisidores. Si su talento ó saber eran escasos, si era su vida disipada, si su doctrina era heterodoxa, aquellos severos jueces no podrían menos de descubrirlo y deponerlo. Probablemente en su opinión una partida de bolos, una oración tomada de la liturgia inglesa, ó un sermón en que pudiera descubrirse el más ligero matiz de arminianismo, serían razon suficiente para declarar vacante un beneficio. ¿No era monstruoso, después de constituir un tribunal del que apenas podía esperar el cura perseguido recta justicia, condenarle sin que se le permitiera comparecer ni aun delante de aquel tribunal, condenarle sin proceso, condenarle sin acusación? ¿Habíase visto jamás, desde el principio del mundo, alguna grave asamblea que tratara á un hombre como criminal, solamente porque había sido robado, apedreado, insultado, arrastrado por la nieve y el lodo, y amenazado de muerte si volvía á la casa que legalmente le pertenecía? El Duque de Hamilton, contento de tener tan buena ocasión de atacar al nuevo Lord Comisario, habló con gran vehemencia contra este odioso ar-

---

(1) *Relación histórica de la última Asamblea general presbiteriana en una carta de una persona de Edimburgo á un amigo de Londres*. Londres, lic., abril 20, 1691.

tículo. Dícese que no hubo tentativa alguna de contestación; y si bien los que esto dicen eran celosos episcopales, fácilmente podemos darles crédito en esta parte; pues ¿qué respuesta se había de dar? Melville, sobre quien recaía la principal responsabilidad, permaneció sentado en el trono, guardando profundo silencio mientras duró este borrascoso debate. Es probable que su conducta obedeciera á consideraciones que la prudencia y la vergüenza le impedían manifestar. El estado de los condados del Sudoeste era tal, que hubiera sido imposible poner á los perseguidos ministros en posesión de sus viviendas é iglesias sin acudir á la fuerza armada, sin poner una guarnición en el domicilio de cada cura, sin rodear de guardias todos los púlpitos y sin entregar á algunos feroces entusiastas al Mariscal Preboste; y no hubiera sido empresa fácil para el Gobierno dominar con las armas, al mismo tiempo, á los jacobitas de las Tierras Altas y á los Covenantarios de las Tierras Bajas. La mayoría, después de haberse resuelto, por virtud de razones que no se podían exponer, pidió que se procediera á votar. «No más debate!» era la voz. «Ya hemos oído bastante. ¡A votar! ¡á votar!» La cuestión fué propuesta según la fórmula escocesa. «¿Se aprueba ó no se aprueba el artículo?» Hamilton insistía en que la pregunta debía ser: «¿Se aprueban ó no se aprueban los atropellos?» Después de mucho disputar, fué vencido, y el artículo se aprobó. Solo quince ó diez y seis miembros votaron con él. En altas voces, con gran vehemencia, en medio de muchas interrupciones llenas de ira, exclamó que lamentaba que un Parlamento escocés se deshonrase con semejante iniquidad. Luego abandonó la Cámara con varios de sus amigos. Es imposible no simpatizar con su indignación. Debemos, sin em-

bargo, recordar que es propio de la injusticia engendrar la injustica. Hay males que es casi imposible reparar sin cometer otros males; y un mal de esta clase se había causado al pueblo de Escocia en la generación precedente. Por haber legislado el Parlamento de la Restauración con el más insolente desprecio de la opinión nacional, es por lo que el Parlamento de la revolución tuvo que rebajarse ante el populacho.

Cuando Hamilton y sus amigos se hubieron retirado, uno de los predicadores á quienes se había dejado entrar en la sala gritó á los miembros que estaban á su lado: «¡Ea, ea! No perdáis tiempo. Apresuraos y terminad antes que vuelva.» Fué seguido su consejo. Cuatro ó cinco invariables prelatistas aguardaron para votar por última vez contra el presbiterianismo. Cuatro ó cinco covenantarios, igualmente impertérritos, manifestaron su disgusto por lo que les parecía una transacción entre el Señor y Baal. Pero el acta fué aprobada por una inmensa mayoría (1).

Siguieron inmedialamente dos actas suplementarias. Una de ellas, hoy felizmente revocada, exigía que todo el que tuviera algún cargo en cualquiera de las universidades escocesas, firmara la Confesión de Fe y manifestara su adhesión á la nueva forma del gobierno eclesiástico (2). La otra venía á fijar la importante y delicada cuestión del patronato. Knox, en el *Libro Primero de la Disciplina*, había reivindicado el derecho de toda congregación cristiana á elegir su pastor. Melville, en el *Libro Segundo de la Disciplina*, no había ido tan lejos; pero había declarado que no podía legalmente imponerse ningún pastor si la congrega-

(1) *Noticia de la organización presbiteriana recientemente establecida por el gobierno de Escocia*, 1690.

(2) Act. Parl., julio 4, 1690.

ción no lo quería. El patronato había sido abolido por un Parlalamento covenantario en 1649, y restaurado por un Parlamento realista en 1661. No era fácil decidir lo que debiera hacerse en 1690. Difícilmente se encontrará otra cuestión que haya causado á Guillermo tanta inquietud. En sus instrucciones secretas había autorizado al Lord Comisario á sancionar la abolición del patronato en el solo caso de que imprescindiblemente lo exigieran los Estados. Pero esta autorización la había dado contra toda su voluntad, y esperaba que no se hiciera uso de ella. «Es un despojo de la propiedad,» había dicho Guillermo. Melville consiguió que se hiciera una transacción. El patronato fué abolido; pero se dispuso que todo patrono recibiría seiscientos marcos escoceses, equivalentes á unas treinta y cinco libras esterlinas, en compensación de sus derechos. La suma parece ridículamente pequeña. Sin embargo, cuando se examina la naturaleza de la propiedad en cuestión y la pobreza del país, no parece evidente que el patrono habiera podido sacar mucho más poniendo á la venta su derecho. La suma mayor que se atrevieron á proponer los diputados fué de novecientos marcos, ó sea poco más de cincuenta libras esterlinas. El derecho de proponer el ministro fué concedido á un consejo parroquial, formado por los propietarios protestantes y los ancianos. La congregación podía objetar respecto á la persona propuesta, y el presbiterio ó consejo debía examinar las objeciones. Este arreglo no reconocía al pueblo todo el poder á que aun el *Libro Segundo de la Disciplina* le daba derecho. Pero se hizo desaparecer el odioso nombre de patronato: creyóse tal vez que los ancianos y propietarios de una parroquia muy rara vez persistirían en que se nombrase una persona contra la cual la mayoría de la congregación presentara fuertes ob-

jeciones; y en verdad, no resulta que mientras continuó en vigor el acta de 1690 hayan alterado jamás la paz de la Iglesia disputas como las que produjeron los cismas de 1732, de 1756 y de 1843 (1).

XLVII.

Disuélvese la coalición entre el Club y los jacobitas.

Montgomery había hecho todo lo posible para impedir que los Estados fijaran la organización eclesiástica del reino. Había excitado á los celosos Covenantarios á que pidieran lo que él sabía que no concedería nunca el Gobierno. Había protestado contra todo erastianismo, contra todo compromiso. El presbiterianismo holandés, decía él, no servía para Escocia. Era preciso que tuviera Escocia otra vez el sistema de 1649. Aquel sistema se derivaba de la palabra de Dios; era el más poderoso valladar jamás imaginado contra la tiranía de malvados reyes, y era preciso restablecerlo sin quitarle ni ponerle. Sus aliados jacobitas no podían ocultar su disgusto y mortificación al oirle semejante lenguaje, y en modo alguno se contentaron con las explicaciones que les daba en secreto. Estaban ocupados en esta lucha cuando llegó á Edimburgo un mensajero con importantes despachos de Jacobo y de María de Módena. Estos despachos habían sido escritos en la plena confianza de que las grandes promesas de Montgomery se habrían realizado, y que los Estados de Escocia, hábilmente manejados por él, se declararían por el soberano legítimo y en contra del

(1) Act. Parl., julio 19, 1690; Lockhart á Melville, abril 29, 1690.

usurpador. Jacobo estaba tan agradecido por el inesperado apoyo de sus antiguos enemigos, que olvidaba por completo los servicios y prescindía de las opiniones de sus antiguos amigos. Los tres jefes del Club, á pesar de ser rebeldes y puritanos, eran ahora sus favoritos. Annandale sería hecho marqués, gobernador del Castillo de Edimburgo y Lord Gran Comisario. Montgomery sería conde de Ayr y secretario de Estado. Ross sería hecho conde y tendría el mando de los guardias. Un abogado, hombre completamente destituído de principios, llamado Jacobo Stewart, que había tenido mucha parte en la insurrección de Argyle, que había cambiado de opinión y sostenido la prerrogativa de dispensa, que por segunda vez había cambiado luego de opinión concurriendo á la revolución, y que ahora cambiaba la vez tercera y conspiraba por restaurar al Rey desterrado, sería Lord Procurador. El Consejo Privado, el Tribunal de Sesión, el ejército, estarían compuestos de whigs. Se nombraba un Consejo de cinco miembros, al cual todos los súbditos leales debían obedecer; y en este Consejo, Annandale, Ross y Montgomery formaban la mayoría. María de Módena informaba á Montgomery que había remitido á su orden cinco mil libras esterlinas y que pronto seguirían otras cinco mil. Era imposible que Balcarras y los que habían obrado de concierto con él no se sintieran hondamente mortificados por la manera como se les trataba. Ni siquiera se hacía mención de sus nombres. Todo cuanto habían hecho, todo cuanto habían sufrido parecía haberse borrado de la memoria de su amo. Bien claramente les indicaba ahora que si con riesgo de sus vidas y haciendas conseguían restaurarle en el trono, todo cuanto tenía que dar sería para los que le habían depuesto. Cuando leyeron sus cartas, sabían ellos, ade-

más, lo que él no sabía al escribirles: que había sido engañado por los confiados alardes y promesas de los apóstatas whigs. Jacobo imaginaba que el Club era omnipotente en Edimburgo, y en realidad, el Club había llegado á ser expresión proverbial de desprecio. Los jacobitas toríes fácilmente encontraron pretexto para negar obediencia á los jacobitas presbiterianos en quienes el desterrado monarca había delegado su autoridad. Se quejaban de que Montgomery no les había hecho ver todos los despachos que había recibido. Fingieron sospechas que él había hecho trampa con los sellos. Montgomery invocó el nombre de Dios Todopoderoso para demostrar que la sospecha era infundada. Pero, como era muy natural, los juramentos parecían garantía insuficiente á hombres que acababan de jurar obediencia á un Rey contra el cual estaban conspirando. Hubo una violenta explosión de pasiones por ambas partes; la coalición fué disuelta, los papeles arrojados al fuego; y en pocos días los infames triunviros, que en el breve espacio de un año habían sido violentos guillermistas y violentos jacobitas, tornaron otra vez al partido de Guillermo y trataron de hacer la paz con el Gobierno acusándose mútuamente. (1).

XLVIII.

Los jefes del Club se hacen traición mutuamente.

Ross fué el primero en convertirse en delator. Según era uso de la escuela en que había sido educado,

---

(1) Balcarras; Confesión de Annandale en los *Leven and Melville Papers*.

cometió esta baja acción con todas las formas de santidad. Fingió tener su espíritu grandemente alterado; envió por un célebre ministro presbiteriano llamado Dunlop, y prorrumpió en lamentables quejas: «Sobre mi conciencia hay un peso; hay un secreto que yo sé que debo revelar; pero no puedo decidirme á hacerlo.» Dunlop oró largo tiempo y con fervor; Ross gemía y lloraba; por último, pareció que el cielo se había dejado ablandar por el fervor de la súplica; salió la verdad, y con ella muchas mentiras. El sacerdote y el penitente unidos dieron gracias á Dios. Dunlop fué á llevar la noticia á Melville. Ross salió para Inglaterra á hacer la paz con la Corte, y terminó su viaje sin novedad, aun cuando algunos de sus cómplices que habían oído hablar de su arrepentimiento, sin sentirse por eso edificados, habían trazado planes para hacerle asesinar en el camino. En Londres protestó por su honor y bajo su palabra de caballero que le habían arrastrado, que siempre le disgustara el complot, y que Montgomery y Ferguson eran los verdaderos criminales (1).

Dunlop, al mismo tiempo, ensalzaba la divina bondad, que valiéndose de tan humilde instrumento como era él, había hecho volver una persona de rango al camino recto. No bien oyó hablar Montgomery de esta maravillosa obra de la gracia, cuando también empezó á sentirse lleno de compunción. Fué á ver á Melville; hizo una confesión que no coincidía exactamente con la de Ross, y obtuvo un paso para Inglaterra. Guillermo estaba entonces en Irlanda, y María gobernaba en su lugar. Montgomery se arrojó á las plantas de la Reina. Trató de inspirarle lástima ha-

(1) Balcarras; Notas de la Confesión de Ross en los *Leven and Melville Papers*.

blando de su quebrantada fortuna, y de congraciarse con ella elogiando su dulzura y afabilidad. Reveló los nombres de sus compañeros de complot. Prometió consagrar toda la vida á su servicio si ella le obtenía algún empleo que le permitiera vivir con decoro. De tal modo conmovieron á María sus súplicas y lisonjas, que le recomendó al favor de su marido; pero la justa desconfianza y aborrecimiento con que Guillermo miraba á Montgomery no eran fáciles de vencer (1).

El traidor, antes de ser admitido á la presencia de María, había obtenido promesa de que se le permitiría partir en libertad. La promesa fué cumplida. Durante algunos meses Montgomery vivió oculto en Londres, y trató de llevar adelante una negociación con el Gobierno. Se brindó á declarar contra sus cómplices á condición de que le dieran un buen empleo. Guillermo no quiso conceder más que el perdón. Por último, las comunicaciones fueron interrumpidas. Montgomery se retiró á Francia por algún tiempo. Volvió poco después á Londres, pasando el miserable resto de su vida en formar planes que nunca terminaron en nada, y en escribir libelos que por la elegancia y vigor del estilo se distinguen de la mayoría de las producciones de la prensa jacobita (2).

Cuando supo Annandale que sus dos cómplices se habían convertido en delatores, se retiró á Bath, con pretexto de tomar las aguas. De allí le hizo salir pronto para Londres un auto de prisión. Reconoció que se había dejado inducir á la traición; pero declaró que no había hecho más que decir amén á los planes

(1) Balcarras; el relato que hizo María de su entrevista con Montgomery, ha sido impreso con los *Leven and Melville Papers*.

(2) Compárese Balcarras con Burnet, II, 62. El folleto titulado *Justa queja de la Gran Bretaña* es una buena muestra del estilo de Montgomery.

de los demás, y que su infantil sencillez había sido víctima de Montgomery, que era el peor, el más falso y el más revoltoso de todos los seres humanos. El noble penitente procedió entonces á reparar su crimen acusando á otras personas, ingleses y escoceses, whigs y toríes, criminales é inocentes. Acusó á unos por saber él que eran culpables, á otros sólo de oídas. Entre aquellos á quienes acusó por el primer concepto estaba Neville Payne, el cual, según parece, no había sido mencionado por Ross ni por Montgomery (1).

Payne, perseguido por mensajeros y autos de prisión, tuvo la mala ocurrencia de refugiarse en Escocia. Si hubiera permanecido en Inglaterra, se hubiera salvado; pues aunque las pruebas morales de su delito eran completas, no había testimonio legal suficiente para que un jurádo le condenara por alta traición: no se le podía someter al tormento para forzarle á declarar contra sí mismo; ni podía estar preso largo tiempo sin ser llevado ante el tribunal. Pero en el momento que pasó la frontera se encontró á merced de aquel Gobierno, de que era mortal enemigo. La Reclamación de Derechos había reconocido que, en casos como el suyo, la tortura era un modo legítimo de adquirir información; y no había ley de Habeas Corpus que le asegurase contra una larga detención. El infeliz fué arrestado y conducido á Edimburgo, donde le hicieron comparecer ante el Consejo Privado. En la opinión general se le conceptuaba como un malvado y un cobarde, al cual la sola vista de los instrumentos de la tortura arrancaría todos los culpables secretos que le habían sido confiados. Pero Payne era de ánimo mucho más esforzado que aquellos cons-

(1) Balcarras; Confesión de Annandale.

piradores de elevada alcurnia con quienes su desgracia le había hecho tratar. Dos veces fué sometido á terribles tormentos, sin que se le pudiera arrancar una palabra contra sí mismo ni contra nadie. Algunos consejeros se retiraron horrorizados; pero el piadoso Crawford ocupaba la presidencia. En tratándose de un amalecita, no le molestaba mucho la debilidad de la compasión; así que obligó al ejecutor á meter á martillazos una y otra cuña entre las rodillas del preso, hasta que el dolor fué tan grande cuanto puede resistir el cuerpo humano sin que la vida le abandone. Payne fué entonces llevado al Castillo de Edimburgo, donde permaneció largo tiempo completamente olvidado, según él decía patéticamente, de aquellos por quien había sufrido dolor más terrible que el de la muerte. No fué, sin embargo, bastante poderosa la ingratitud para enfriar el ardor de su fanática lealtad, y continuó uno y otro año trazando en su calabozo planes de insurrecciones é invasiones (1).

XLIX.

Es recibida con general aprobación la nueva organización eclesiástica.

Antes del arresto de Payne se habían separado los Estados, después de una de las legislaturas más importantes que ha habido en Escocia. La nación en general aprobó la nueva constitución eclesiástica. Los

(1) Burnet, II, 62; Lockhart á Melville, agosto 30, 1690; y Crawford á Melville, dic. 11, 1690, en los *Leven and Melville Papers;* la carta de Neville Payne de 3 de dic. 1692, impresa en 1693.

indiferentes, que en todas las sociedades son muy numerosos, se alegraban de que la anarquía hubiera terminado, y aceptaron la Iglesia presbiteriana como habían aceptado la Iglesia episcopal. Para los presbiterianos moderados el nuevo arreglo parecía en general satisfactorio. La mayoría de los presbiterianos rigoristas consintieron en aceptarlo, protestando que era una gran parte de lo que se les debía. Echaban menos, ciertamente, lo que consideraban como la perfecta belleza y simetría de aquella Iglesia que cuarenta años antes había sido gloria de Escocia. Pero aunque el segundo templo no era igual al primero, el pueblo escogido podía muy bien regocijarse con la idea de que, después de una larga cautividad en Babilonia, se les permitía reedificar, aunque de una manera imperfecta, la casa de Dios sobre los antiguos cimientos; y no podría censurarse que sintieran por el latitudinario Guillermo agradecido afecto, semejante al que los restaurados judíos habían sentido por el pagano Ciro.

L.

Quejas de los episcopales.

Había, sin embargo, dos partidos que miraban con implacable aborrecimiento la reforma de 1690. Entre los escoceses había pocos episcopales fervorosos y convencidos; pero entre ellos había algunos superiores, no en cualidades naturales tal vez, pero en saber, en gusto y en el arte de la composición, á los teólogos de la secta ahora dominante. No hubiera sido seguro para los desposeídos curas y profesores

manifestar en su propio país el enojo que sentían. Pero tenían abierta la prensa inglesa, y podían contar con la aprobación de una gran parte del pueblo inglés. Durante varios años continuaron siendo tormento de sus enemigos y diversión del público, con una serie de libelos rebosando ingenio y talento. En alguna de estas obras los padecimientos de los perseguidos sacerdotes de los condados occidentales aparecen descritos con tal maestría, que inspiran irresistiblemente lástima é indignación. En otros, la crueldad con que habían sido tratados los Covenantarios, en tiempo de los dos últimos reyes de la casa de Estuardo, aparece atenuada con todo género de sofísticos artificios. Hay muchos donaires con motivo del mal latín en que se expresaban algunos maestros presbiterianos que habían reemplazado en sus cátedras á grandes humanistas recientemente. Se hablaba mucho del ignorante desprecio que los victoriosos bárbaros profesaban á la ciencia y á la literatura. Se les acusaba de anatematizar los modernos sistemas de filosofía natural como herejías dignas de castigo, de condenar la geometría por ser ciencia que conduce á la perdición del alma, de no fomentar ni aun el estudio de aquellas lenguas en que fueron escritos los libros sagrados. El saber, decían, se extinguiría pronto en Escocia. Las universidades languidecían con los nuevos profesores y pronto tenían que perecer. Los libreros estaban medio arruinados: veían que todas las utilidades de su trafico no bastaban á pagar los alquileres de sus tiendas, y se disponían á emigrar á cualquier país donde las letras fueran tenidas en estima por aquellos cuyo oficio era instruir al público. El clérigo episcopal, de buen grado vendía por un pedazo de pan aquella parte de su biblioteca que no hubiera sido destrozada ó que-

mada en los atropellos de Pascua; y toda la biblioteca de un teólogo presbiteriano se reducía á una explicación del Apocaplisis y á un comentario del Cántico de los Cánticos (1). La oratoria del púlpito de la secta triunfante era tema inagotable de regocijo. Un tomito titulado: *Exposición de la elocuencia escocesa presbiteriana* alcanzó inmenso éxito en el Mediodía entre los partidarios de la Alta Iglesia y la gente burlona, y aun hoy no está del todo olvidado. Era realmente un libro muy á propósito para tenerlo sobre la mesa del salón de todo *squire* cuya religión consistiera en aborrecer las plegarias improvisadas y la salmodía nasal. En un día de lluvia en que fuera imposible salir de casa, no había naipes ni chaquete, en los intervalos de la botella y el pastel, que proporcionaran entretenimiento tan agradable. En ningún otro libro se encuentra, tal vez, en tan pequeño espacio, colección tan copiosa de citas y anécdotas ridículas. Algunas personas graves, sin embargo, que no eran partidarias de la doctrina ni de la disciplina calvinista, movían la cabeza al hablar del divertido libro de chistes, é indicaban su opinión de que el autor, deseoso de poner en ridículo la absurda retórica con que hombres ignorantes y de inteligencia vulgar trataban de poner en claro oscuras cuestiones de teología y excitar la devoción del pueblo, olvidaba algunas veces la reverencia debida á las cosas sagradas. El efecto producido por publicaciones de esta clase en la opinión pública en Inglaterra, no pudo apreciarse debidamente mientras Inglaterra y Escocia fueron independientes una de

(1) *Relación histórica de la última Asamblea general presbiteriana*, 1691; *La inquisición presbiteriana tal como se practicó recientemente contra los profesores del colegio de Edimburgo*, 1691.

otra, pero se manifestó muy poco después de la unión de los reinos, de una manera que todavía lamentamos, y que nuestra posteridad habrá de lamentar largo tiempo.

LI.

Los presbiterianos "nonjurors."

Los presbiterianos exaltados estaban tan llenos de irritación como los exaltados prelatistas, y se inclinaban tan poco como éstos á prestar el juramento de obediencia á Guillermo y María. Cierto que aun cuando el jacobita *nonjuror* y el *nonjuror* cameroniano eran de opiniones diametralmente opuestas, aun cuando se miraban el uno al otro con mortal aversión, aun cuando ninguno de ellos hubiera tenido el menor escrúpulo en perseguir al otro, tenían mucho de común. Eran, tal vez, los dos ejemplos más notables que el mundo podría presentar de absurda perversión. Cada uno de ellos consideraba su forma favorita de gobierno eclesiástico, no como un medio, sino como un fin, como la única cosa necesaria, como la quinta esencia de la religión cristiana. Cada uno de ellos imaginaba puerilmente que había encontrado en su Biblia una teoría de gobierno civil. Ninguno de ellos retrocedía ante las terribles consecuencias á que conducía su teoría. Para todas las objeciones ambos tenían la misma respuesta. «Así dice el Señor.» Ambos convenían en jactarse de que los argumentos que parecían incontestables á políticos ateos no presentaban dificultad á los santos. Muy bien pudiera ser que, suavizando el rigor de sus principios, le fuera

dado salvar á su país de la esclavitud, de la anarquía de la ruina universal. Pero lo que á él le importaba no era salvar á su país, sino salvar el alma. Obedecía los mandatos de Dios, y á Dios dejaba el resultado. Una de las dos sectas fanáticas convenía en que hasta el fin de los tiempos la nación sería obligada á obedecer al heredero de los Estuardos; la otra sostenía que hasta el fin de los tiempos la nación estaría sujeta por la Solemne Liga y Alianza *(Covenant)*; y de este modo, ambos convenían en mirar á los nuevos Soberanos como usurpadores.

Los presbiterianos *nonjurors* apenas eran conocidos fuera de Escocia; y tal vez hoy no se sabe generalmente, ni en Escocia, cuánto tiempo continuaron formando clase distinta. Sostenían que su país estaba ligado por un contrato anterior con el Altísimo y que nunca podría, mientras durase el mundo, entrar en ningún compromiso inconsistente con aquel contrato. Un erastiano, un latitudinario, el hombre que se arrodillaba para recibir el pan y el vino de manos de los obispos y que, aunque no muy pacientemente, podía oir anatemas cantados por coristas vestidos de blanco, no podía ser rey de un reino ligado por el Covenant. Guillermo, además, había perdido todo derecho á la corona al cometer aquel pecado por el cual en los antiguos tiempos una dinastía sobrenaturalmente nombrada había sido depuesta de una manera también sobrenatural. Había sido cómplice en la fuga de su suegro, de aquel idólatra, de aquel asesino, de aquel hombre de Belial que debía haber sido despedazado delante del Señor como Agag. Y todavía hay más: el crimen de Guillermo había sido mayor que el de Saúl. Saúl sólo había perdonado á un amalecita, pero había dado muerte á los demás. ¿Qué amalecitas había matado Guillermo? La Iglesia pura había

estado perseguida durante veintiocho años. Sus hijos habían sido encarcelados, deportados, marcados con hierro candente, fusilados, ahorcados, ahogados, torturados. Y, sin embargo, el que se llamaba su libertador no le había permitido tomar venganza de sus enemigos (1). El sanguinario Claverhouse había sido muy bien recibido en Saint James. El sanguinario Mackenzie había encontrado seguro y espléndido retiro entre los malvados de Oxford. Dalrymple el joven, que había perseguido á los Santos; Dalrymple el mayor, que los había sentenciado, eran grandes y poderosos. Indiferentes Galios decían que no había más elección que entre Guillermo y Jacobo, y que entre dos males la prudencia aconsejaba elegir el menor. Tal es, en efecto, la sabiduría de este mundo. Pero la sabiduría divina nos enseña que entre dos cosas cada una de las cuales fuera mala á los ojos de Dios no debemos elegir ninguna. Tan pronto como Jacobo fuera restaurado, sería un deber no reconocerle y resistirle. El deber actual era no reconocer y resistir á su yerno. No se debía decir nada, no se debía

(1) Uno de los más curiosos, entre tantos escritos curiosísimos como han dejado los covenantarios de aquella generación, se titula: «Nataniel ó declaración hecha al morir por Juan Matthieson en Closeburn.» Matthieson no murió hasta 1709, pero su declaración fué escrita algunos años antes, por creer que era llegada la hora de su muerte. «Y ahora—dice él—yo, como moribundo, quisiera en pocas palabras deciros á vosotros, á quien queda más tiempo de vida, lo que pienso respecto á estos tiempos. Cuando yo ví, ó mejor dicho, oí cómo fueran entronizados los Príncipes de Orange, y que perdonaban á todos los asesinos de los santos, y recibían todas las bestias sanguinarias, soldados y otros, todos estos funcionarios de su Estado y ejército, y todos los sanguinarios consejeros eclesiásticos y civiles; y cómo el Príncipe había dejado escapar á aquel hijo de Belial que, según todas las leyes de Dios y de los hombres, debía haber muerto, comprendí que el Príncipe no haría bien alguno á la causa y á la obra de Dios.»

hacer nada que pudiera interpretarse como reconocimiento de la autoridad del holandés. El pueblo de Dios no debía pagarle contribuciones, no debía servir empleos á sus ordenes, no debía recibir sueldo de él, no debía firmar ningún documento en que se le llamase rey. Sucedió Ana á Guillermo; y Ana era designada por los que se llamaban los restos de la verdadera Iglesia como la pretendida reina, la mujer infame, la Jezabel. Jorge I sucedió á Ana; y Jorge I era el pretendido rey, la Bestia germánica (1). Jorge II sucedió á Jorge I; Jorge II también era un pretendido rey, y se le acusaba de haber dejado atrás la maldad de sus malvados predecesores, aprobando una ley á despecho de aquella ley divina que manda que á ninguna bruja le sea permitido vivir (2). Jorge III sucedió á Jorge II; y todavía continuó esta secta con invencible perseverancia, aunque en lenguaje menos violento que antes, negando toda obediencia al soberano que no estaba ligado por el Covenant (3). Aun en 1806 continuaban protestando

(1) Véase la Declaración hecha al morir por Mr. Robert Smith, estudiante de teología, que vivió en Douglas Town, en el condado de Clydesdale, el cual murió próximamente á las dos de la mañana del sábado 13 de diciembre de 1724, á los cincuenta y ocho años de edad; y la Declaración hecha al morir por Guillermo Wilson, maestrescuela que fué de Park en la parroquia de Douglas, muerto el 7 de mayo de 1757, á los sesenta y ocho años de edad.

(2) Véase la Declaración de Guillermo Wilson mencionada en la última nota. Debe observarse que en lo relativo á la hechicería los teólogos de la asociación presbiteriana eran tan irracionales como este pobre y trastornado dómine. Véase su Acta, Declaración, y Testimonio, publicado en 1773 por Adán Gib.

(3) En el año de 1791, Tomás Henderson de Paisley, en defensa de algunos separatistas que á sí mismos se daban el nombre de presbiterianos reformados, contra un escritor que les había acusado de «negar que el actual y excelente soberano fuera el legi-

públicamente contra el pecado de reconocer al Gobierno pagando impuestos, sacando licencias de consumos, sirviendo como voluntarios ó trabajando en las obras públicas (1). El número de estos fanáticos fué disminuyendo, hasta que, por último, eran tan pocos los que había diseminados en toda Escocia, que en ninguna parte eran bastantes para formar

time rey de la Gran Bretaña» «Los presbiterianos reformados y sus amigos—dice Mr. Henderson—no están muy acostumbrados á dar títulos lisonjeros á los príncipes.... Sin embargo, no tienen el menor resentimiento contra la persona que actualmente ocupa el trono, ni ponen en duda ninguna de las buenas cualidades que posee. Sinceramente desean que fuera mejor de lo que la exterioridad de la realeza puede hacerle, que estuviera adornado con la imagen de Cristo, etc., etc., etc. Pero en modo alguno pueden reconocerle, ni á él ni á ninguno que siga la doctrina episcopal, como legítimo rey de estas tierras sujetas al Covenant»

(1) Un entusiasta llamado Jorge Calderwood, en el prólogo á una Colección de testimonios de moribundos, publicada en 1806, acusa hasta el presbiterianismo reformado de escandalosas complacencias. «En cuanto al presbiterianismo reformado—dice—aun cuando ellos declaran reconocer el testimonio del mártir en cabellos y cascos, han adoptado ahora tan gran número de nuevas distinciones, rechazando las antiguas, que han demostrado de manera evidente que la doctrina que ahora sostienen ni es la del mártir ni la adoptada al principio por los presbiterianos. Cuando el presbiterianismo reformado estaba en la infancia, y tenia alguna apariencia de honradez y buena fe, los que lo seguian eran acusados por todos los demás partidos de emplear distinciones que nadie podía justificar; es decir, que no querían admitir en su comunión á los que pagaban la contribución territorial ó suscribian obligaciones comprometiéndose á pagarla; pero ahora pueden admitir en sus comuniones tanto á superiores como á inferiores que pagan voluntariamente todos los impuestos y firman obligaciones..... Basta referirse á los libros del Gobierno, desde el principio de la guerra con Francia, para ver cuántos de sus miembros han aceptado empleos de confianza, estando dispuestos para el momento que el Gobierno los llamase, tales como conductores de armas, de ganado, encargarse de interceptar los caminos, etc. ¿Y qué otra cosa es su licencia para comerciar por mar y tierra sino un servicio á las órdenes del Gobierno?»

una congregación, y se les conocía con el nombre de los *no oyentes* (*Nonhearers*). Sin embargo, todavía continuaron reuniéndose á orar en casas particulares, y aún persistían en considerarse como la generación escogida, el regio sacerdocio, la nación santa, el pueblo elegido que en medio de la común degeneración era el único que conservaba la fe de mejores tiempos. No deja de ser probable que esta superstición, la más absurda y antisocial con que las preocupaciones y pasiones humanas han corrompido la Cristiandad protestante, subsista todavía en algunas oscuras viviendas de labradores.

LII.

Guillermo descontento de los arreglos eclesiásticos de Escocia.—Reunión de la asamblea general de la Iglesia de Escocia.

El Rey no estaba muy satisfecho de la solución dada en Escocia á la cuestión eclesiástica. Creía que los episcopales habían sido tratados con excesivo rigor, y temía que aun recibieran más duro tratamiento cuando el nuevo sistema estuviera completamente organizado. Había tenido gran empeño en que el acta que establecía la Iglesia presbiteriana fuera acompañada de otra concediendo á los que no pertenecieran á aquella Iglesia libertad de celebrar sus asambleas religiosas; y había encargado particularmente á Melville cuidar de que así se hiciera (1). Pero

(1) El Rey á Melville, 22 mayo, 1690, en los *Leven and Melville Papers*.

algunos predicadores populares arengaron con tal fuego en Edimburgo contra la libertad de conciencia, á la cual denominaban misterio de iniquidad, que Melville no se atrevió á obedecer las instrucciones de su amo. Un diputado presentó al Parlamento el borrador de una ley de tolerancia, pero fué recibida fríamente y nadie la apoyó (1).

Guillermo, sin embargo, estaba firmemente decidido á impedir que la secta dominante se entregara al placer de la persecución, y aprovechó la primera oportunidad para anunciar su propósito. La primera asamblea general de la Iglesia recién establecida se celebró poco después de la vuelta del Rey de Irlanda. Tenía que nombrar un comisario y enviar una carta. Algunos celosos presbiterianos esperaban que el nombrado fuera Crawford; y los ministros de Edimburgo hicieron un escrito en el cual indicaban de una manera muy inteligible que tal era su deseo. Guillermo, sin embargo, eligió á lord Carmichael, aristócrata que se distinguía por su buen sentido, humanidad y moderación (2). La carta del Rey á la asamblea encerraba consejos muy prudentes expresados en lenguaje lleno de elevación. «Esperamos — decía el Rey—que gobernaréis de manera que no tengamos motivo de arrepentirnos de lo que hemos hecho. Nunca hemos sido de opinión que la violencia pudiera contribuir á la prosperidad de la religión verdadera; ni tampoco entendemos que deba ser jamás nuestra autoridad instrumento de las exaltadas pasiones de ningún partido. La moderación es lo que la religión prescribe, lo que las vecinas Iglesias esperan de vosotros, y lo que

(1) *Noticia del gobierno presbiteriano establecido en Escocia.*

(2) Los episcopales admiten sin vacilación las buenas cualidades de Carmichael. Véase la *Relación histórica de la última asamblea general presbiteriana* y la *Inquisición presbiteriana.*

os recomendamos.» De buena gana hubieran contestado los sesenta y un asociados en lenguaje semejante al que, según algunos de ellos recordaban muy bien, había empleado el clero con Carlos II, durante su residencia en Escocia. Pero acababan de saber que había en Inglaterra gran simpatía en favor de los perseguidos párrocos, y que en semejantes circunstancias sería locura por parte de los representantes de la Iglesia presbiteriana ponerse en pugna con el Rey (1). La asamblea, pues, respondió con una carta llena de expresiones de agradecimiento y respeto, asegurando á S. M. que habían sufrido mucho de la opresión para convertirse nunca en opresores (2).

LIII.

Estado de las cosas en el Continente.—El Duque de Saboya se une á la coalición.

Entretanto, en el Continente las tropas se retiraban á cuarteles de invierno. La campaña había sido indecisa en todas partes. La victoria obtenida por Lu-

(1) Véanse en los *Leven and Melville Papers* las cartas que Melville escribió desde Londres por este tiempo á Crawford, Rule, Williamson y otros vehementes presbiterianos. Dice: «Los clérigos que han sido expulsados y se han venido aquí mueven un gran clamor: muchos los animan y se regocijan de lo que pasa..... Actualmente no hay sino mostrar la mayor templanza y moderación imaginables, pues otra cosa sería arriesgarse á perderlo todo: y tomad esto como cosa muy seria y no como puras imaginaciones y temores.»

(2) *Actas principales de la asamblea general de la Iglesia de Escocia, cuyas sesiones comenzaron en Edimburgo en* 16 *de octubre de* 1690, Edimburgo, 1691.

xemburgo en Fleurus no había producido efecto importante. En el Alto Rhin, grandes ejércitos habían estado en presencia uno y otro mes sin disparar un tiro. En Cataluña habían sido tomadas algunas pequeñas fortalezas. En el Este de Europa los turcos habían salido triunfantes en algunos puntos, en otros habían triunfado los cristianos; y la terminación de la lucha parecía más remota que nunca. En el curso de aquel año la coalición había pérdido un miembro de valía y había ganado otro. El Duque de Lorena, el mejor capitán al servicio del Imperio, había dejado de existir. Murió como había vivido, errante y desterrado, no dejando á sus hijos más que su nombre y sus derechos. Decíase vulgarmente que mejor hubiera sido para la confederación perder treinta mil soldados que semejante general. Pero apenas habían tenido tiempo las Cortes aliadas de vestir luto por su muerte, cuando se consolaron al saber que otro príncipe, superior en poder al de Lorena y no inferior á él en capacidad y valor, había entrado en la liga contra Francia.

Era éste Víctor Amadeo, duque de Saboya. A pesar de su juventud, era ya versado en aquellas artes que desde el siglo XIII han dado celebridad á los políticos de Italia, artes por las cuales se hicieron grandes Castruccio Castracani y Francisco Sforza, y que Maquiavelo redujo á un sistema. Ningún soberano de la moderna Europa, con Estados de tan poca importancia, ha ejercido jamás influencia tan grande y duradera. Por algún tiempo se había sometido, con aparente satisfacción pero con secreta repugnancia y enojo, al ascendiente francés. Cuando estalló la guerra, se declaró neutral, pero entabló secretas negociaciones con la casa de Austria. Probablemente hubiera continuado disimulando hasta encontrar aco-

sión de descargar algún golpe inesperado, á no haber desconcertado sus hábiles planes la decisión y energía de Luis XIV. Un ejército francés mandado por Catinat, soldado de gran pericia y valor, entró en el Piamonte. Se hizo saber al Duque que su conducta había excitado sospechas que solo desaparecerían si admitía guarniciones extranjeras en Turín y Vercelli. Vió, pues, el Duque de Saboya que no podía elegir sino entre ser esclavo ó enemigo declarado de su poderoso y altivo vecino. Pronto hizo su elección; y empezó una guerra que durante siete años dió que hacer á algunos de los mejores generales y de las mejores tropas de Luis XIV. Un enviado extraordinario de Saboya marchó al Haya, de allí pasó á Londres, presentó sus credenciales en la Sala de Banquetes y dirigió á Guillermo un discurso que fué traducido en seguida á muchas lenguas y leído en toda Europa. El orador felicitaba al Rey por el triunfo de aquella grande empresa que había restituído á Inglaterra su antiguo puesto entre las naciones, y había roto las cadenas de Europa. «El que mi amo—dijo—pueda ahora finalmente aventurarse á expresar sentimientos que desde ha mucho ocultaba en lo más íntimo de su corazón, es parte de la deuda que tiene contraída con V. M. Vos le habéis inspirado la esperanza de la libertad después de tantos años de servidumbre» (1).

Habíase determinado celebrar en el Haya, en el próximo invierno, un congreso de todas las potencias enemigas de Francia. Guillermo estaba impaciente por marchar. Pero antes debía tener una legislatura del Parlamento. A principios de octubre las Cámaras volvieron á reunirse en Westminster. Los diputados

(1) *Monthly Mercuries*; *Gaceta de Londres* de 3 y 6 de noviembre, 1690.

venían generalmente muy bien dispuestos. Aquellos toríes á quienes era posible conciliar, fueron conciliados por medio del acta de gracia y de la gran participación que habían obtenido en los favores de la Corona. Aquellos whigs capaces de aprender, habían aprendido mucho con la lección que les había dado Guillermo, y no esperaban ya que descendiera de su puesto de rey á ser jefe de un partido. Whigs y toríes, con muy pocas excepciones, se habían llenado de alarma ante el peligro de una invasión francesa, y se regocijaron con la noticia de la victoria del Boyne. El soberano que había derramado su sangre por la nación de ellos y por la religión que ellos profesaban, se hallaba, en este instante, á más altura en la estimación pública que en ocasión alguna desde su advenimiento. El discurso que pronunció desde el trono, le valió las más vivas aclamaciones de Lores y Comunes (1). Ambas Cámaras, por unanimidad, dieron un voto de gracias al Rey por sus victorias de Irlanda, y á la Reina por la prudencia con que había gobernado Inglaterra en ausencia de su marido (2). Así comenzó una legislatura que se distingue entre todas las de aquel reinado por la armonía y tranquilidad. No se ha conservado relato alguno de los debates, á menos que como tal se califique una sátira olvidada hace ya mucho tiempo, en la cual algunos de los discursos pronunciados el primer día aparecen burlescamente trasformados en rimas populares (3). Los Comunes

(1) Van Citters á los Estados Generales, octubre 3 (13), 1690.

(2) *Lords'Journals*, octubre 6, 1690; *Commons'Journals*, octubre 8.

(3) No tengo noticia de que esta sátira se haya impreso jamás. La he visto únicamente en dos manuscritos contemporáneos. Se titula: *Apertura de las Cámaras*, 1690.

se ocuparon principalmente, á lo que parece, en la discusión de algunas cuestiones relativas á las elecciones de la primavera precedente.

LIV.

Votación de los subsidios.—Debate sobre los arbitrios.

Los subsidios necesarios para la guerra, á pesar de ser cuantiosos, fueron concedidos con entusiasmo. El número de soldados regulares para el año siguiente se fijó en setenta mil, doce mil de los cuales se destinarían á caballería ó dragones. El coste de este ejército, el más grande que jamás había sostenido Inglaterra, ascendía á unos dos millones trescientas mil libras; el sostenimiento de la armada, próximamente un millón ochocientas mil. El coste de la artillería iba incluído en estas sumas, y se calculaba, poco más ó menos, en una octava parte de los gastos navales y una quinta de los militares (122). El total de la ayuda extraordinaria concedida al Rey pasaba de cuatro millones.

Los Comunes pensaban con razón que la extraordinaria liberalidad con que habían atendido al servicio público les daba derecho á pedir seguridades también extraordinarias contra todo abuso y malversación. Presentóse un bill autorizando á una comisión de nueve miembros para examinar y fijar las cuentas públicas. Nombrábase en el bill quiénes habían de ser estos nueve, y todos eran miembros de la Cámara

(1) *Commons'Journals*, octubre 9, 10, 13 y 14, 1690.

Baja. Los Lores aceptaron el bill sin enmiendas, y el Rey dió su asentimiento (1).

Los debates sobre arbitrios ocuparon parte considerable de la legislatura. Se resolvió que un millón seiscientas cincuenta mil libras se pagaran con un impuesto directo mensual sobre las tierras. Los derechos de consumo sobre las cervezas fueron duplicados; y los derechos de importación sobre la seda en bruto, el lienzo, la madera, el vidrio y otros artículos también fueron aumentados (2). Hasta aquí hubo poca diferencia de opinión. Mas pronto vino á alterar el suave curso de los negocios una proposición más popular que justa ó humanitaria. Se habían votado impuestos más onerosos que nunca; y todavía era dudoso que estos impuestos fueran suficientes. ¿Por qué, se preguntaba, no han de hacerse pagar los gastos de la guerra de Irlanda á los insurrectos irlandeses? Todo el mundo sabía la conducta de aquellos insurrectos y su ridículo Parlamento; y nada parecería más razonable que medirlos con la misma medida. Debía tratárseles como habían tratado á la colonia sajona. Todos los acres de tierra que el acta de colonización les había dejado deberían pasar á poder del Estado para sufragar los gastos que su turbulencia y perversidad habían hecho necesarios. No es extraño que un plan que al mismo tiempo halagaba la animosidad nacional y satisfacía la espezanza de ayuda pecuniaria fuera acogido con gran entusiasmo. Se presentó un bill muy semejante á algunas de las leyes aprobadas por los legisladores jacobitas de Dublín. Por este bill se disponía que fueran confiscados los bienes de todas las

(1) *Commons' Journals* de diciembre de 1690, especialmente del 26; Stat. 2 W. and M. sess. 2, c. 11.

(2) Stat. 2 W. and M. sess. 2, c. 1, 3, 4.

personas que se habían rebelado contra los Reyes desde el día de su proclamación, y que su importe se aplicara al sostenimiento de la guerra. Hízose una excepción en favor de los protestantes que no habían hecho más que ceder ante fuerza superior; mas para los católicos no hubo indulgencia. La regia prerrogativa de gracia era limitada. El Rey podía, en efecto, si tal era su voluntad, perdonar la vida á sus enemigos vencidos; pero no se le permitía salvar parte alguna de sus bienes de la sentencia general. No había de tener en su poder el conceder una capitulación que asegurase á los católicos irlandeses el goce de su patrimonio. Y lo que aún es más, no había de permitírsele cumplir sus promesas con personas á quienes ya había recibido á indulto, que habían besado su mano y habían oido de sus labios la promesa de protección. Hízose una tentativa para insertar una cláusula en favor de Lord Dover. Dover, que con todas sus faltas no carecía de algunos sentimientos ingleses, al defender los intereses de su tierra nativa, en Dublín, se había hecho odioso á irlandeses y franceses. Después de la batalla del Boyne, su situación llegó á ser deplorable. Ni en Limerick ni en Saint-Germain podía esperar ser bien recibido. En su desesperación se arrojó á los pies de Guillermo; prometió vivir en paz, y el Rey le aseguró magnánimamente que no tenía nada que temer. Aun cuando parecía que la palabra real había sido empeñada á este desgraciado, los Comunes resolvieron, por ciento diez y nueve votos contra ciento doce, que su hacienda no fuera exceptuada de la general confiscación.

El bill fué enviado á los Pares; pero los Pares no estaban dispuestos á aprobarlo sin enmiendas de consideración; enmiendas que no había tiempo de hacer. Gran número de herederos legales, de per-

sonas investidas de derechos de reversión y de acreedores imploraban de la alta Cámara que introdujera aquellas modificaciones que pudieran asegurar al inocente contra todo peligro de ser envuelto en el castigo de los culpables. Algunos peticionarios solicitaron ser oídos por medio de sus abogados. El Rey lo había dispuesto todo para irse al Haya, y se acercaba el día en que irremisiblemente había de partir. El bill fué, pues, felizmente para el honor de la legislación inglesa, enviado á aquel oscuro recinto donde los abortados estatutos de muchas generaciones duermen un sueño rara vez interrumpido por el historiador ó el anticuario (1).

LV.

Proceso de Torrington.

Otra cuestión que levemente, y sólo levemente, alteró la tranquilidad de esta breve legislatura, fué producida por la desastrosa é ignominiosa batalla del Cabo Beachy. Inmediatamente después de aquella batalla, Torrington había sido enviado á la Torre, donde continuaba todavía. Había surgido una dificultad técnica acerca del modo de procesarle. No había Lord gran Almirante; y para algunos juristas no era un punto perfectamente esclarecido la competencia de los Comisarios del Almirantazgo para hacer cumplir la ley marcial. La mayoría de los

(1) Burnet, II, 67. Véanse los *Diarios* de ambas Cámaras, particularmente el de 19 de diciembre de la de los Comunes, y el de 30 de diciembre y 1.° de enero de la de los Lores. El bill se hallará en el archivo de la Cámara de los Lores.

jueces sostenían que los Comisarios eran competentes; pero con el fin de hacer desaparecer toda duda se presentó un bill en la Alta Cámara, y algunos Lores hicieron á este bill una oposición completamente destituída de fundamento. La ley propuesta, decían, era una ley penal retrospectiva, y por tanto, ocasionada á objeciones. Si empleaban este argumento de buena fe, ignoraban hasta los rudimentos de la ciencia de la legislación. Hacer una ley para castigar aquello que en el tiempo en que se hizo no tenía castigo, es contrario á todo principio sano. Pero una ley que únicamente altera el procedimiento criminal puede, con perfecta justicia, aplicarse á delitos pasados y futuros. Hubiera sido la mayor de las injusticias dar efecto retroactivo á la ley que condenaba á muerte á los negreros. Pero no se cometía la menor injusticia al disponer que el tribunal criminal central juzgase los crímenes de pena capital cometidos mucho antes de que aquel tribunal existiera. En el caso de Torrington, la ley sustantiva continuaba siendo lo que había sido siempre. La definición del crimen, la pena con que se castigaba, continuaban inalterables. El único cambio era en la forma del procedimiento, y la legislatura tenía completa justificación al dar á aquel cambio efecto retroactivo. No es casi posible, en realidad, creer que algunos de los que combatían el bill se dejaran alucinar por el engañoso argumento de que hacían uso. El sentimiento de casta era poderoso entre los Lores. Que uno de ellos fuera juzgado de un delito capital por un tribunal compuesto de plebeyos, les parecía una degradación de todo su orden. Si su noble hermano había cometido algún delito, que se le acusara por medio de un *Impeachment:* prepararían la gran sala de Westminster para el juicio: sus Pares se reunirían

vistiendo el traje de su dignidad, y pronunciarían el veredicto por su honor (1). Un Lord Gran Senescal pronunciaría la sentencia y rompería el bastón. Para siempre habían acabado los privilegios, si cuatro marineros sentados en torno de una mesa en la cámara de un barco podían sentenciar á muerte á un conde. Estos sentimientos tenían tanta influencia, que el bill fué aprobado en la Alta Cámara sólo por dos votos de mayoría (2). En la Cámara Baja, donde los honores é inmunidades de la nobleza no eran muy bien mirados, hubo poca diferencia de opinión. Torrington solicitó ser oído en la barra, y habló largo tiempo, pero sin energía y confusamente. Ponderó sus servicios, sus sacrificios y sus heridas. Habló mal de los holandeses, del Consejo del Almiratazgo y del Secretario de Estado. El bill, sin embargo, pasó por todos los trámites sin una sola votación (3).

LVI.

Juicio y absolución de Torrington.

A principios de diciembre, Torrington, custodiado por una guardia, fué enviado por el rio hasta Sheerness. Allí el tribunal marcial se reunió á bordo de una

(1) Véase en el Apéndice al tomo II de la *Revolución de Inglaterra*, pág. 338, la aclaración á la palabra *Impeachment*.—N. del T.

(2) *Lords'Journals*, octubre 30, 1690. Los diarios de los Lores no dicen nunca el número de votos. Que la mayoria fué solamente de dos lo asegura Ralph, el cual supongo yo que tenía alguna autoridad que no me ha sido posible determinar.

(3) Van Citters á los Estados Generales, noviembre 14 (24), 1690. *Discurso del Conde de Torrington en la Cámara de los Comunes*, 1710.

fragata llamada la *Kent*. La información duró tres días, durante los cuales hubo en Londres gran excitación. En la Bolsa, en los cafés, hasta en las puertas de las iglesias no se oía hablar más que de Torrington. Se cruzaron grandes apuestas, y era inmenso el número de los que habían apostado: cada hora llegaban nuevos rumores, por mar y por tierra, y cada rumor era exagerado y desfigurado en el camino. Desde el día en que llegó la nueva de la ignominiosa batalla, hasta la misma víspera de la sentencia, la opinión pública había sido muy desfavorable al preso. Libelistas contemporáneos nos dicen que su nombre casi nunca era mencionado sin maldecirlo. Pero al acercarse la crisis de su destino hubo, como es frecuente en nuestro país, una reacción. Se recordaban todos sus méritos, su valor, su buen natural, su firme adhesión á la religión protestante en los malos tiempos. Era imposible negar que estaba sumido en la indolencia y la lujuria, que por sus placeres descuidaba los negocios más importantes, y que no sabía rehusar nada á un compañero de disipación ó á una querida; mas para todas estas faltas se encontraban excusas y nombres suaves. Sus amigos empleaban sin escrúpulo todas las artes que pudieran levantar el sentimiento nacional en su favor; y contribuía poderosamente al efecto de estas artes la noticia de que el odio que sentían por él en Holanda se había manifestado en indignidades cometidas con algunos de sus compatriotas. La voz general era que un *gentleman* inglés, atrevido, alegre, manirroto, del cual lo peor que podía decirse era que le gustaban el vino y las mujeres, iba á ser fusilado para satisfacer el odio de los holandeses. Lo que sucedió en el tribunal contribuyó á confirmar al populacho en esta idea. La mayor parte de los testigos contra el preso eran oficiales holande-

ses. El Contraalmirante holandés, que se constituyó en parte acusadora, llevó su olvido de todo miramiento hasta acusar á las jueces de parcialidad. Cuando, por último, el tercer día por la tarde. Torrington fué declarado exento de culpa, muchos que recientemente habían pedido su sangre parecieron satisfechos de su absolución. Volvió á Londres libre y con la espada al costado. Cuando su yacht remontaba el Támesis, todos los barcos le saludaban al pasar. Volvió á ocupar su asiento en la Cámara de los Lores, y hasta se aventuró á presentarse en la Corte. Pero la mayor parte de los Pares se mostraban fríos con él. Guillermo no quiso verle, y mandó que fuera separado del servicio (1).

LVII.

Animosidad de los whigs contra Caermarthen.

Otro asunto había acerca del cual no recayó votación en ninguna de las dos Cámaras, pero que con fundamento podemos creer fué tema en ambas de agria discusión. Los whigs, aunque mucho menos violentos que en el año precedente, no podían ver con paciencia

(1) Burnet, II. 67 y 68; Van Citters á los Estados Generales, noviembre 20 (diciembre 1), diciembre 9 (19), 12, (22) y 16 (26), 1690; *Relación imparcial de algunos hechos notables de la vida de Arturo, Conde de Torrington, juntamente con algunas modestas observaciones sobre su proceso y absolución*, 1691; *Razones para procesar al Conde de Torrington por medio de un* impeachment, 1690; *Parábola del Bearbaiting*, 1690; *Discurso del Conde de Torrington en la Cámara de los Comunes*, 1710. Que Torrington fué recibido fríamente por los Pares, lo he visto en un articulo de las Noticias Ordinarias de Madrid de 6 de febrero de 1691.

que Caermarthen fuera primer ministro, aunque sólo fuera cuanto un súbdito inglés podía serlo con un príncipe del carácter de Guillermo. A pesar de que nadie había tenido parte más importante en la revolución que el Lord Presidente; aunque ninguno tenía más que temer de una contrarrevolución, sus antiguos enemigos no querían creer que hubiera renunciado sinceramente á aquellas doctrinas arbitrarias de que un tiempo había sido celoso defensor, ni que pudiera profesar lealtad verdadera á un Gobierno salido de la resistencia. En la segunda mitad de 1690 fué atacado sin piedad por los escritores satíricos. Llamábanle unas veces el Rey Tomás y otras Tomás el Tirano (1). Conjuraban á Guillermo á que no fuera al Continente dejando su peor enemigo al lado de la Reina. Halifax, á quien el año anterior, mostrándose ingratos y nada generosos, habían perseguido los whigs, era ahora mencionado por ellos con respeto y pesar, porque era el enemigo de su enemigo (2). El rostro, la figura, las enfermedades físicas de Caermarthen eran puestas en ridículo (3). Aquellas intrigas con la corte de Francia en que por su desgracia, más que por su

(1) En una sátira whig de este año se encuentran estos versos: «Creíamos que David había sucedido á Saúl cuando se alzó Guillermo después de la caída de Jacobo; pero ahora el Rey Tomás es quien gobierna todo.»

En otra encontramos lo siguiente: «Cuando parecía que Carlos ocupaba el trono, este tirano Tomás hacía gemir á Inglaterra.»

Una tercera dice: «Tomás el de Yorkshire fué elevado á los honores, la causa nadie ha podido saberla: fué desleal á su regio protector y también á vos lo será.»

(2) Un poeta whig compara á los dos Marqueses, como se les llamaba muy á menudo, y da á Jorge la preferencia sobre Tomás. «Si un Marqués ha de gobernarnos, poned otro mejor en su lugar, que nos alegrará en vuestra ausencia, y el cual tiene mucho mejor cabeza que vos.»

(3) «Un fantasma demacrado y maligno que persigue al Rey.»

culpa, había estado complicado doce años antes, eran representadas con los más odiosos colores. Reprochábanle el *impeachment* y su encarcelamiento. Una vez, decían, había escapado; pero aun podía alcanzarle la venganza, y Londres podría disfrutar el placer, largo tiempo diferido, de ver al viejo traidor en la horca con la cinta azul que deshonraba. Todos los miembros de su familia, su mujer, su hijo, sus hijas, eran atacados con feroces invectivas y despreciativas burlas (1). Á cuantos se suponía íntimamente unidos con él por vínculos políticos tocaba parte de estos ataques, y nadie participó de ellos en mayor grado que Lowther. La pasión que indicaban estas sátiras tenía gran fuerza entre los whigs del Parlamento. Algunos de ellos concertaron un plan de ataque, y esperaban mover tal tempestad que le hiciera imposible continuar al frente de los negocios. Parecía que por este tiempo su influencia en la Cámara Real no era tan grande como antes. Godolphin, á quien no amaba y á quien no podía inspeccionar, pero cuyo talento financiero se había echado muy de menos durante el verano, fué vuelto á la Tesorería y nombrado primer Comisario. Lowther, que era el hombre del Lord Presidente, continuó formando parte del Consejo, pero ya no presidía. Cierto que entonces no existía la diferencia que hay hoy entre el primer Lord y sus colegas. Sin embargo, el cambio fué importante y significativo. Marlhoroug, á quien no quería bien Caermarthen, disfrutaba en los asuntos militares de tanta confianza como Godolphin en los de hacienda. Los sellos que Shrewsbury había renun-

(1) «Con su cinta azul y todo, átenlo al palo de la horca: para milady una carreta, de la cual haría yo tirar al bailarín de su hijo mayor.»

ciado durante el verano, permanecían desde entonces en el cajón secreto de Guillermo. El Lord Presidente esperaba, tal vez, que se le consultara antes de darlos, pero hubo de sufrir un desengaño. Hízose venir á Sidney de Irlanda y le fueron entregados los sellos. La primera intimación que recibió el Lord Presidente de este importante nombramiento no fué hecha de la manera más adecuada para calmar su resentimiento. «¿Habéis encontrado al nuevo Secretario de Estado que salía ahora? dijo Guillermo.—No, señor, contestó el Lord Presidente; no encontré más que á Milord Sidney —Ese es el nuevo Secretario, dijo el Rey. Lo será hasta que yo encuentre un hombre á propósito, y no tendrá el menor reparo en renunciar tan pronto como le encuentre. Cualquier otro á quien diera este encargo se ofendería si se lo quitara luego » Si Guillermo hubiera dicho todo lo que pensaba hubiera añadido, tal vez, que aun cuando Sidney no era un gran orador ni hombre de Estado, pertenecía al número de los poquísimos políticos ingleses en quienes podía depositar tan entera confianza como en Bentinck ó Zulestein. Caermarthen escuchó con una amarga sonrisa. Era cosa nueva, dijo después, ver á un noble colocado en el despacho de un secretario, como un lacayo en un palco en el teatro: solamente para guardar el sitio mientras llegan sus amos. Pero este chiste ocultaba seria mortificación é inquietud. La situación del primer ministro era desagradable y hasta peligrosa; y quizá la duración de su poder hubiera sido breve á no haber puesto la fortuna en su mano, precisamente en este instante, los medios de confundir á sus adversarios, prestando un gran servicio al Estado (1).

(1) Para los planes de los whigs contra Caermarthen, véase

LVIII.

Un complot jacobita.

En agosto parecía que los jacobitas estaban completamente aplastados. La victoria del Boyne y la irresistible explosión de sentimiento patriótico producida por la aparición de la escuadra de Tourville en la costa de Devonshire habían intimidado á los más atrevidos campeones del derecho hereditario. La mayor parte de los principales conspiradores pasaron algunas semanas encarcelados ú ocultos. Pero á pesar de haberse extendido tanto las ramificaciones de la conspiración, sólo un traidor sufrió el castigo de su crimen. Llamábase éste Godfrey Cross; tenía una posada en la costa, cerca de Rye, y mientras la escuadra francesa estaba en la costa de Sussex, había dado noticias á Tourville. Cuando se vió que este único ejemplo se juzgaba suficiente; cuando hubo desaparecido el peligro de invasión; cuando el entusiasmo popular excitado por aquel peligro hubo desaparecido; cuando la lenidad del Gobierno permitió á algunos conspiradores salir de las prisiones y animó á otros á aventurarse fuera de sus escondrijos, la facción que había estado postrada y sin sentido empezó á dar señales de nueva vida. Los antiguos traidores volvieron á reunirse en los sitios que antes frecuentaban, cambiaban miradas significativas y misteriosos cuchicheos, y

---

Burnet, II, 68 y 69, y una protesta muy significativa en los *Lords' Journals*, octubre 30, 1690. Para las relaciones entre Caermarthen y Godolphin, véase la carta de Godolphin á Guillermo, de 20 de marzo 1691, en Dalrymple.

sacaban de los bolsillos libelos contra la corte de Kensington, y cartas de la corte de Saint-Germain escritas con leche y zumo de limón. Preston, Dartmouth, Clarendon, Penn, figuraban entre los más activos. Estaba unido con ellos el Obispo *nonjuror* de Ely, á quien todavía permitía el Gobierno residir en el palacio que ya no era suyo, y el cual poco tiempo antes había puesto al cielo por testigo de que detestaba la idea de invitar á los extranjeros á que hicieran una invasión en Inglaterra. Se había perdido una buena oportunidad; pero otra se acercaba, y era preciso no dejarla escapar. Pronto estaría otra vez el usurpador fuera de Inglaterra. El gobierno sería nuevamente confiado á un Consejo dividido y á una débil mujer. El año que estaba acabando había sido realmente desgraciado; pero el que estaba á punto de comenzar podia ser más feliz.

LIX.

Reunión de los principales conspiradores.

En diciembre hubo una reunión de los principales jacobitas (1). La opinión de la asamblea, compuesta exclusivamente de protestantes, era que se debía hacer algo; pero todos admitían que las dificultades eran grandes. Nadie se atrevió á recomendar que se hiciera volver á Jacobo sin el auxilio de tropas regula-

(1) Mi relato de esta conspiración está principalmente tomado de los testimonios orales y escritos presentados en el juicio de los conspiradores. Véase también Burnet, II, 69 y 70, y la *Vida de Jacobo*, II, 441. Narciso Luttrell observa que no parece que ningún católico haya sido admitido en las reuniones de los conspiradores.

res. Y todos, sin embargo, aleccionados por la experiencia del verano anterior, temían el efecto que produciría la vista de los uniformes y estandartes franceses en territorio inglés. Se redactó un documento que, según esperaban, había de convencer á Jacobo y á Luis XIV de que la restauración no podría hacerse sin el cordial concurso de la nación. Francia, —tal era en sustancia el contenido de este notable documento,—podría convertir la isla en un montón de ruinas; pero nunca haría de ella una provincia sumisa. Era imposible que no habiendo tenido ocasión de observar el estado de la opinión pública, pudiera nadie imaginar la salvaje y obstinada resolución con que hombres de todas las clases, sectas y partidos estaban dispuestos á resistir á cualquier potencia extranjera que intentara conquistar el reino por la fuerza de las armas. Ni tampoco podía Inglaterra ser gobernada como nación católica. Había cinco millones de protestantes en el reino: los católicos no llegaban á cien mil: era materialmente imposible que semejante minoría pudiera dominar á semejante mayoría; y ante la imposibilidad material debía ceder toda otra consideración. Jacobo haría bien, por tanto, en adoptar sin dilación algunas medidas que indicaran que estaba resuelto á proteger la religión establecida. Por desgracia, cuantas cartas llegaban de Francia contenían algo que tendía á irritar aquellos sentimientos que más importaba halagar. En todas partes se referían los desprecios hechos en Saint-Germain á protestantes que habían dado la prueba más alta de lealtad siguiendo en el destierro á un amo celoso por una fe que no era la suya. Los edictos publicados contra los hugonotes podían, tal vez, tener justificación en las opiniones anárquicas y en las prácticas de aquellos sectarios; pero era el colmo

de la injusticia, y la infracción más irritante de las leyes de la hospitalidad, poner en vigor aquellos edictos contra hombres que habían sido arrojados de su país solamente por su adhesión á un rey católico. Seguramente los hijos de la Iglesia anglicana que por obedecer sus enseñanzas habían sacrificado lo que más apreciaban en la tierra á la causa real, no debían encontrar obstáculo para congregarse en algún modesto edificio con objeto de celebrar los ritos y recibir los consuelos de su Iglesia. El anuncio de que Luis XIV, á petición de Jacobo, había permitido á los desterrados ingleses adorar á Dios según el culto nacional, sería el mejor preludio para la gran tentativa. Esta debía efectuarse á principios de la primavera. Un ejército francés debía indudablemente acompañar á S. M. Pero habría de declarar que traía aquel ejército sólo para defensa de su persona y protección de sus fieles súbditos, y que tan pronto fueran expulsados los opresores extranjeros, los libertadores extranjeros serían despedidos. Debía también prometer que gobernaría según la ley, y remitir todos aquellos puntos que habían estado en disputa entre él y su pueblo á la decisión de un Parlamento.

LX.

Resuelven los conspiradores enviar á Preston á Saint-Germain.—Papeles que le son confiados.

Se determinó que Preston llevara á Saint-Germain las resoluciones y proyectos de los conspiradores. Juan Ashton, que había sido secretario de María de Modena cuando estaba en el trono, y el cual era en-

teramente devoto á los intereses de la familia desterrada, se encargó de buscar los medios de trasporte, y para este fin consiguió la cooperación de un joven y exaltado jacobita llamado Elliot, á quien sólo se dijo en terminos generales que se trataba de prestar á la buena causa un servicio de algún peligro. Fué cosa fácil encontrar en el puerto de Londres una embarcación cuyo patrón no tuviera escrúpulo acerca del objeto para que se pudiera necesitar. Ashton y Elliot fueron presentados al dueño de un barco pequeño llamado el *Jacobo é Isabel.* Los agentes jacobitas dijeron ser contrabandistas, y hablaban de los miles de libras que podían ganar con un solo viaje redondo á Francia hecho con felicidad. Hicieron el trato; partieron una pieza de seis peniques y se hicieron todos los preparativos para el viaje.

Preston fué encargado por sus amigos de un paquete que contenía varios papeles importantes. Entre ellos había un estado de la escuadra inglesa, suministrado por Dartmouth, que estaba en comunicación con algunos de sus antiguos compañeros de armas, una minuta de las resoluciones adoptadas en la reunión de los conspiradores, y los puntos principales de una declaración que se creía conveniente publicara Jacobo en el momento de su desembarco. Había tambien seis ó siete cartas de personas de cuenta en el partido jacobita. La mayor parte de estas cartas eran parábolas, pero parábolas que no era difícil descifrar. Un conspirador adoptaba el lenguaje de los pleitos. Se esperaba que Mr. Jackson recobraría pronto su hacienda. El nuevo propietario era hombre de carácter duro. y los colonos estaban en contra suya. No costaría mucho redimir toda la hacienda. Las opiniones de los mejores abogados eran favorables á Mr. Jackson. No hacia falta más sino que se

presentara personalmente en Westminster Hall. La última vista del pleito sería antes del fin de la Cuaresma. Otros de los que escribían empleaban el estilo de la Bolsa. Había una gran demanda de un cargamento de buena clase. Había motivos para esperar que la antigua firma entraría pronto en buenas relaciones con casas con las cuales hasta aquí no había tenido trato. Esto era evidentemente una alusión á los descontentos whigs. Pero se añadía que no debía dilatarse el embarco. Nada era tan peligroso como hacerse esperar. Si las mercancias esperadas no llegaban para el 10 de marzo, toda la ganancia del año se habría perdido. Para los detalles podía poner entera confianza en el excelente comisionista que se le enviaba. Clarendon asumió el carácter de casamentero. Había muchas esperanzas de que el asunto que había estado negociando terminara bién, y que la dote quedara asegurada. «Vuestros parientes—escribía aludiendo á su reciente detención—han estado muy duros conmigo este último verano. Sin embargo, tan pronto como pueda salir sin peligro, continuaré trabajando el negocio.» Catalina Sedley confió á Preston una carta en la cual sin alegorías ni circunloquios se quejaba de que su amante le había dejado una hija que mantener, y pedía dinero con mucho encarecimiento. Pero los dos despachos más importantes eran del obispo Turner. Iban dirigidos á Mr. y Mistress Redding; pero el estilo hubiera parecido demasiado servil en un caballero con cualquiera que no fuese el Rey. El Obispo aseguraba á SS. MM. que estaba consagrado á su causa, que deseaba ardientemente una gran ocasión de demostrar su celo, jurando por la eterna salvación, no apartarse de la obediencia á los reyes. Añadía, en estilo metafórico en verdad, pero perfectamente inteligible, que era órgano de

varios prelados *nonjurors* y especialmente de Sancroft. «Señor, hablo en plural — así dice en la carta á Jacobo —porque expreso los sentimientos de mi hermana mayor tanto como los propios y los del resto de nuestra familia.» La carta á María de Modena viene á decir lo mismo. «Digo esto tanto por mi hermano mayor y por el resto de mis más próximos parientes, como por mí mismo» (1).

Todas las cartas de que iba encargado Preston indicaban á la corte de Saint-Germain que por él podían tener más amplias noticias. Llevaba minutas de su propia letra de los asuntos acerca de los cuales debía hablar con su amo y con los ministros de Luis XIV. Aunque concisas é inconexas, pueden, en su mayor parte, ser interpretadas sin dificultad. Se mencionan los puntos vulnerables de la costa. Gosport sólo está defendido por empalizadas. La guarnición de Portsmouth es poco numerosa. La escuadra francesa debe estar en la mar para abril y pelear antes que los holandeses se encuentren en el Canal de la Mancha. Hay algunas palabras sueltas que indican claramente que algunos, por lo menos, de los obispos *nonjurors*, cuando declararon ante Dios que aborrecían el pensamiento de invitar á venir á los franceses, estaban mintiendo (2).

(1) Se ha puesto en duda la autenticidad de estas cartas, fundándose en motivos muy frívolos. Pero la carta de Turner á Sancroft, que se encuentra en los papeles de Tanner en la Biblioteca Bodleiana, y que se hallará en la *Vida de Ken, por un laico*, convencerá al más incrédulo.

(2) He aquí las palabras en cuestión: La *Modest Inquiry*.—La Contestación de los Obispos.—No enfriarlos.— Sino contentar á los amigos. La *Modest Inquiry* era el folleto en que se empleaba la palabra Dewitting.

LXI.

Tiene noticia Caermarthen del complot.—Arresto de Preston y de sus compañeros.

Todo estaba dispuesto para la partida de Preston. Pero el patrón del *Jacobo é Isabel* había concebido la sospecha de que la expedición para que fuera alquilado su barco era de carácter político y no comercial. Ocurrióle la idea de que ganaría más delatando á sus pasajeros que trasportándolos en seguridad. Dióse cuenta de lo que pasaba al Lord Presidente. No había noticia que él pudiera desear más. Grande fué su contento al ver que tenía en su mano el dar una prueba señalada de adhesión al Gobierno que sus enemigos le habían acusado de vender. Tomó las convenientes medidas con su ordinaria energía y habilidad. Su hijo mayor, el Conde de Danby, joven atrevido, superficial y algo extravagante, era aficionado al mar; andaba mucho entre marinos, y poseía un pequeño yacht de maravillosa rapidez. Este bajel, bien tripulado, fué puesto al mando de un oficial de confianza, llamado Billop, y enviado río abajo como para hacer levas de marineros. Cuando cerró la noche, la última noche de 1690, Preston, Ashton y Elliot se embarcaron en el *Jacobo é Isabel* cerca de la Torre. Tenían gran temor de ser detenidos y registrados por una fragata que estaba fondeada frente á Woolwich, ó por la guardia situada en el blockhaus de Gravesend. Pero cuando hubieron pasado la fragata y el blockhaus sin ninguna dificultad, cobraron ánimo: el apetito se hizo sentir; sacaron una cesta, bien provista de *roast-*

beef, pasteles de carne, botellas de vino, y se disponían á celebrar la Pascua, cuando se dió la voz de alarma. Un barco que venía de Tilbury volaba en su persecución. Apenas habían tenido tiempo de ocultarse en un oscuro agujero entre el cascajo que les servía de lastre, cuando la caza había terminado, y Billop, á la cabeza de un pelotón de hombres armados, entró á bordo. Levantaron las escotillas: los conspiradores fueron arrestados, procediéndose á registrar minuciosamente sus ropas. Preston, en su agitación, había dejado caer en el cascajo su sello oficial y el paquete de que era portador. El sello fué descubierto donde había caído. Ashton, sabedor de la importancia de los papeles, los recogió apresuradamente y trató de ocultarlos; mas pronto se los encontraron en el pecho.

Los prisioneros, entonces, trataron de seducir ó corromper á Billop. Pidieron vino, le hicieron corresponder á sus brindis, elogiaron su porte caballeresco y le aseguraron que si los acompañaba, menos aún, si les permitía solamente arrojar aquel rollito de papel al Támesis, su fortuna estaba hecha. El curso de los negocios, decían, iba á cambiar; las cosas no podían seguir siempre como habían estado últimamente; y en mano del capitán estaba tener cuantos honores y riquezas pudiera desear. Billop, aunque cortés, se mantuvo inflexible. Los conspiradores comprendieron que sus cabezas corrían inminente peligro. La gravedad de las circunstancias hizo que se manifestaran claramente los verdaderos caracteres de los tres, caracteres que á no haber sido por tal suceso hubieran permanecido siempre ignorados. Preston tenía fama de caballero esforzado y animoso; pero al verse tan cerca del calabozo y la horca, desfalleció su valor. Elliot juraba y blasfemaba, declarando que si llegaba

á verse libre, tomaría venganza; y con horribles imprecaciones solicitaba que un rayo partiera el barco, ó que el puente de Londres se hundiera á su paso. Ashton fué el único que se portó con varonil firmeza.

A última hora de la tarde llegó el yacht á la escalera de Whitehall; y los presos, con fuerte guardia, fueron conducidos al despacho del Secretario. Los papeles encontrados en el pecho á Asthon fueron examinados aquella noche por Nottingham y Caermarthen, y á la mañana siguiente entregados por Caermarthen en manos del Rey.

Pronto se supo en todo Londres que se había descubierto una conspiración; que los mensajeros enviados por los partidarios de Jacobo á solicitar de Francia la ayuda de un ejército invasor, habían sido detenidos por los agentes del vigilante y enérgico Lord Presidente, y que testimonios escritos que podían costar la vida á grandes señores se hallaban en poder del Gobierno. Los jacobitas estaban aterrorizados; cesó de pronto la oposición de los whigs contra Caermarthen, y la legislatura terminó en medio de la mayor armonía. El 5 de enero el Rey dió gracias á las Cámaras por su apoyo, y les aseguró que hasta la reapertura del Parlamento no haría concesión alguna de los bienes confiscados en Irlanda. Aludió á la conspiración que acababa de ser descubierta, y manifestó su esperanza de que los amigos de Inglaterra no aparecerían, en tal momento, menos activos, ni unidos con menos firmeza, que sus enemigos. Manifestó, luego, su voluntad de que terminase la legislatura. Al día siguiente, acompañado de un espléndido séquito de nobles, partió para el Congreso del Haya (1).

(1) *Lords' and Commons' Journals*, enero 5, 1690-91; *London Gazette*, enero 8.

CAPÍTULO SÉPTIMO.

1691.

I.

Viaje de Guillermo á Holanda.

El 18 de enero de 1691 el Rey, á quien vientos contrarios habían detenido algunos días, se embarcó en Gravesend. Habíanse dispuesto cuatro yachts para él y para su séquito. Entre sus acompañantes figuraban Norfolk, Ormond, Devonshire, Dorset, Portland, Monmouth, Zulestein y el Obispo de Londres. Dos distinguidos almirantes, Cloudesley Shovel y Jorge Rooke, mandaban los navíos que formaban el convoy. La travesía fué enojosa y desagradable. Durante muchas horas la flota estuvo detenida por las calmas en las playas de Godwin, y hasta el quinto día no indicaron los sondajes la proximidad de la costa de Holanda. La niebla era tan espesa que no se veía la tierra en absoluto; y no se creyó seguro que los barcos siguieran avanzando en la oscuridad. Guillermo, cansado del viaje é impaciente de encontrarse otra vez en su amado país, resolvió desembarcar en un bote. Los nobles de su séquito trataron de disuadirle de

arriesgar vida tan valiosa; pero cuando le vieron firmemente decidido insistieron en compartir el peligro con él. Este resultó ser más serio de lo que habían creído. Suponíase que al cabo de una hora se hallarían en tierra. Pero grandes témpanos de hielo impedían la marcha del esquife: llegó la noche; la niebla se hizo más espesa: las olas pasaban por encima del Rey y de los cortesanos. Una vez la quilla se enterró en un banco de arena, de donde con gran dificultad lograron sacarla. Los más atrevidos marineros daban algunas muestras de inquietud. Pero Guillermo conservó durante toda la noche la misma tranquilidad que si se hubiera hallado en el salón de Kensington. «¿No os avergonzáis—dijo á uno de los desalentados marineros—de tener miedo estando en mi compañía?» Un atrevido marino holandés se aventuró á arrojarse al agua, y con gran dificultad pudo atravesar el hielo y el fango hasta llegar á tierra firme. Una vez allí, descargó un mosquete y encendió una hoguera en señal de hallarse en salvo. Sin embargo, ninguno de sus compañeros creyó prudente imitar su ejemplo. Permanecieron luchando con la mar á la vista de la hoguera que él había encendido, hasta que la primer pálida luz de una mañana de enero les hizo ver que estaban cerca de la isla de Goree. El Rey y los Lores, casi rígidos de frío y cubiertos de nieve, desembarcaron alegremente á calentarse y descansar (1).

Después de reposar algunas horas en la choza de un aldeano, Guillermo siguió para el Haya, donde era esperado con impaciencia; pues aunque la flota que le traía no se podía ver desde la orilla, las salvas reales

---

(1) *Relation de la Voyage de Sa Majesté Britannique en Hollande, enrichie de planches trés curieuses*, 1692; Wagenaar; *London Gazette*, enero 29, 1690-91; Burnet, II, 71.

se habían oído al través de la niebla, llevando á toda la costa la noticia de su llegada. Millares de personas se habían reunido en Honslaerdyk para recibirle con aplausos que salían de sus corazones y que iban directamente al corazón del Rey. Fué aquel uno de los pocos días felices de una existencia, benéfica ciertamente y gloriosa, pero que distó mucho de ser feliz. Después de más de dos años pasados en tierra extraña, el desterrado había vuelto á poner el pie en su tierra natal. Otra vez resonaba en sus oídos la lengua de la infancia. Veía nuevamente el paisaje y la arquitectura que iban inseparablemente asociados en su espíritu con los recuerdos de la niñez y el sagrado sentimiento de la patria; los desolados diques de arena, conchas y algas, contra las cuales se estrellaban las olas del Océano Germánico; las interminables praderas divididas por zanjas; los rectos canales; las casas de recreo brillantes con sus pinturas y adornadas con hermosas estatuas é inscripciones. Durante muchos meses de fatiga había vivido entre un pueblo que no le amaba, que no le comprendía, que nunca podía olvidar que era un extranjero. Los ingleses que le servían con más fidelidad, le servían sin entusiasmo, sin afecto personal, y sólo obedeciendo á un sentimiento de deber público. En el fondo, lamentaban no tener más elección que entre un tirano inglés y un libertador holandés. Actualmente todo había cambiado. Guillermo se encontraba entre una población que le adoraba, como era adorada Isabel cuando recorría á caballo las filas de su ejército en Tilbury, como Carlos II cuando desembarcó en Dover. Cierto que los antiguos enemigos de la casa de Orange no habían permanecido inactivos durante la ausencia del Estatuder. Cierto que no se le había atacado en voz alta, sino con murmuraciones. Decíase que había descuidado su tierra natal

por atender á su nuevo reino. Siempre que se trataba de la dignidad de la bandera inglesa ó de la prosperidad del comercio de Inglaterra, olvidaba que era holandés. Pero tan pronto volvió á verse su bien conocido rostro, toda envidia, toda frialdad desaparecieron. No había un rústico, ni un pescador, ni un artesano, entre las multitudes que cubrían el camino desde Honslaerdyk hasta el Haya, cuyo corazón no latiese de orgullo á la idea de que el primer ministro de Holanda había llegado á ser un gran rey, había libertado á los ingleses y vencido á los irlandeses. Hubiera sido una locura en Guillermo ir desde Hampton Court hasta Westminster sin escolta; pero en su tierra no necesitaba espadas ni carabinas que le defendiesen. «No apartéis al pueblo,—exclamaba;—dejad les llegar hasta mí: todos son buenos amigos míos.»

II.

Entrada de Guillermo en el Haya.

Pronto llegó á su noticia que se estaban haciendo suntuosos preparativos para su entrada en el Haya. Al principio murmuró y opuso alguna resistencia. Dijo que detestaba el ruido y la exhibición. Los gastos que exigía la guerra eran ya carga bastante onerosa. Esperaba que sus buenos conciudadanos le considerasen como un vecino, nacido y criado entre ellos y no le harían la ofensa de tratarle con ceremonia; pero todas sus objeciones fueron inútiles. Los holandeses, á pesar de sus ordinarios hábitos de sencillez y economía, habían tenido gran empeño en hacer á su ilustre compatriota un recibimiento adecuado á su

rango y á su mérito, y Guillermo hubo de ceder. El día de su entrada era inmensa la concurrencia. Todos los carruajes y caballos de la provincia eran muy pocos para la multitud que acudió á presenciar el espectáculo. Muchos millares de personas vinieron patinando ó deslizándose por los helados canales desde Amsterdam, Rotterdam, Leyden, Haarlem y Delft. Á las diez de la mañana del día 26 de enero, la gran campana de la casa de la ciudad dió la señal. Mil seiscientos ciudadanos acomodados, bien armados y vistiendo los trajes más hermosos que encerraban los secretos de sus guardarropas, mantenían el orden en las concurridas calles. Balcones y tablados con doseles de siemprevivas y tapetes por colgaduras, ocultaban á la vista las ventanas. El coche real, escoltado por un ejército de alabarderos y corredores á pie, y seguido de una larga fila de espléndidas carrozas, pasó bajo numerosos arcos que ostentaban ricos tallados y pinturas, en medio de incesantes aclamaciones de «Viva el Rey nuestro Estatuder.» La fachada de la casa de la ciudad y todo el circuito de la plaza Mayor estaban resplandecientes de brillantes colores. Por todas partes se veían coronas cívicas, trofeos, emblemas de las artes, de las ciencias, del comercio y de la agricultura. En un sitio vió Guillermo retratados los gloriosos hechos de sus antepasados. Allí estaba el taciturno Príncipe, el fundador de la República Bátava, pasando el Mosa con sus guerreros. Allí estaba el impetuoso Mauricio mandando la carga en Nieuport. Un poco más lejos podía el héroe recordar la interesante historia de su vida. Veíase allí cuando niño en las rodillas de su madre viuda. Veíase en el altar dando la mano á María. Veíase desembarcando en Torbay. Veíase atravesando á nado el Boyne. Allí también se veía un bote entre el hielo y la rompiente, y encima

había una inscripción muy adecuada en la majestuosa lengua de Roma. «¿Qué temes? César está contigo.» La tarea de dar las inscripciones latinas había sido confiada á dos hombres que hasta que Bentley apareció ocuparon el puesto más eminente entre los humanistas de aquel siglo. Spanheim, que no tenía rival en el conocimiento de las medallas romanas, imitó, no sin éxito, la noble concisión de aquellas antiguas leyendas que asíduamente había estudiado; y fué asistido por Grævio, que entonces tenía una cátedra en Utrecht, y cuya justa reputación había llevado á aquella Universidad multitud de estudiantes de todas partes de la Europa protestante (1). Cuando vino la noche, hubo fuegos artificiales en el gran estanque, cuyas aguas besan los muros del palacio de la Federación. El estanque estaba duro como el mármol; y los holandeses se jactaban de que nunca se había visto nada, ni aun en la terraza de Versalles, comparable en brillantez al efecto producido por las innumerables cascadas de fuego que se reflejaban en el liso espejo de hielo (2) Los lores ingleses congratularon á su amo por su inmensa popularidad. «Cierto,—les contestó;—pero yo no soy el favorito. Esto no es nada en comparación de lo que hubiera sido si María estuviera conmigo.»

---

(1) Los nombres de estos dos grandes humanistas aparecen juntos en una interesantísima carta de Bentley á Grævio, fechada a 29 de abril de 1698: «Sciunt omnes qui me norunt, si vitam mihi Deus O. M. prorogaverit, scient etiam posteri, ut te et τὸν πάνυ Spanhemium, geminos hujus ævi Dioscuros, lucida literarum sidera, semper prædicaverim, semper veneratus sim.»

(2) *Relation de la Voyage de Sa Majesté Britannique en Hollande*, 1692; *London Gazette*, feb. 2, 1890-91; *Le Triomphe Royal où l'on voit descrits les Arcs de Triomphe, Pyramides, Tableaux et Devises au Nombre de 65, erigez á la Haye á l'honneur de Guillaume Trois*, 1692; *Le Carnaval de la Haye*, 1691. Esta última obra es una pasquinada brutal contra Guillermo.

Pocas horas después de la entrada triunfal asistió el Rey á una sesión de los Estados Generales. La última vez que se había presentado ante ellos había sido el día que se embarcó para Inglaterra. Entonces, en medio de las palabras entrecortadas y del llanto de aquellos graves senadores, habíales dado gracias por la bondad con que habían velado por su infancia, disciplinando su joven espíritu, y más adelante sosteniendo su autoridad; y había encomendado solemnemente su amada esposa á sus cuidados. Al volver ahora á presentarse entre ellos, era rey de tres reinos, jefe de la mayor coalición que había visto Europa desde hacía ciento ochenta años; y no se oyeron en la sala más que aplausos y felicitaciones (1).

III.

Congreso del Haya.

Por este tiempo las calles del Haya rebosaban de coches y comitivas de príncipes y embajadores que acudían al gran congreso.

Apareció primero el ambicioso y ostentoso Federico, Elector de Brandenburgo, que pocos años después tomó el título de rey de Prusia. Llegaron luego el joven Elector de Baviera, el Regente de Wurtenberg, los Landgraves de Hesse Cassel y Hesse Darmstadt, y un largo séquito de príncipes soberanos

(1) *London Gazette*, feb. 5, 1690-91; Discurso de S. M. á la Asamblea de los Estados Generales de las Provincias Unidas en el Haya, el 7 de febrero N. S., juntamente con la respuesta de los altos y poderosos señores, sacados del Registro de las Resoluciones de los Estados Generales, 1691.

descendientes de las ilustres casas de Brunswick, de Sajonia, de Holstein y de Nassau. El Marqués de Gastañaga, gobernador de los Países Bajos españoles, acudió á la asamblea desde la vicerreal corte de Bruselas. El Emperador, los Reyes de España, Polonia, Dinamarca y Suecia, y el Duque de Saboya, habían enviado ministros extraordinarios. Apenas había sitio en la ciudad y sus cercanías para los lores y caballeros ingleses y para los condes y barones alemanes á quien la curiosidad ó el deber habían traído al lugar de la reunión. La grave capital de la más próspera é industriosa de las naciones ofrecía tan alegre aspecto como Venecia en los días de Carnaval. Las plumas, las condecoraciones, las flotantes pelucas, las bordadas casacas y las espadas de dorada guarnición de los elegantes de Londres, de Berlín y de Viena llenaban de animación las carreras abiertas entre los majestuosos tilos y los olmos en cuyo centro está situada la quinta de los Príncipes de Orange. Con los nobles se mezclaban petardistas vestidos con tanto lujo como ellos Por la noche las mesas de juego estaban muy concurridas, y el teatro de bote en bote. Seguíanse en rápida sucesión unos á otros, banquetes de regia esplendidez. Los manjares eran servidos en platos de oro; y según aquella antigua usanza teutónica que Shakespeare había vulgarizado entre sus compatriotas, siempre que uno de los grandes príncipes pronunciaba un brindis, sonaban los tambores y trompetas. Algunos lores ingleses, en particular Devonshire, daban banquetes que rivalizaban con los de los soberanos. Se observó que los potentados alemanes, aunque generalmente dispuestos á no ceder en lo más mínimo en cuestiones de etiqueta, se reunían en esta ocasión sin ceremonia, olvidando, al parecer, su pasión por la controversia genealógica y herál-

dica. La afición al vino, que era entonces característica en su nación, no la habían olvidado. En la mesa del Elector de Brandenburgo causaba gran regocijo la gravedad de los hombres de Estado holandeses, que completamente serenos, gracias á su sobriedad, refutaban con citas de Grocio y Puffendorf los disparates que la embriaguez hacía decir á los nobles del Imperio. Uno de éstos bebió en una ocasión tan gran cantidad de vino, que cayó en la chimenea, no pudiendo evitar, por más que acudieron á sacarlo en seguida, que se quemara el hermoso traje de terciopelo que tenía puesto (1).

En medio de todas estas fiestas no se descuidaban los negocios. Celebróse una reunión oficial del Congreso, presidida por Guillermo. En un discurso breve y solemne, que inmediatamente se hizo circular por toda Europa, expuso la necesidad de firme unión y acción enérgica. El profundo respeto con que era oído por aquella espléndida asamblea causó acerba mortificación á sus enemigos de Inglaterra y Francia. Los potentados alemanes fueron duramente censurados por ceder la precedencia á un advenedizo. Cierto que los más ilustres entre ellos le tributaban tales muestras de deferencia como apenas se hubieran dignado rendir á la majestad imperial; se confundían con la multitud que llenaba su antecámara, y en la mesa mostraban igual respeto que cualquier lord inglés que estuviera de servicio. En una caricatura se representaba á los príncipes aliados como osos con bozal, unos con coronas y otros con birretes de ceremonia Guillermo los tenía á todos sujetos con una cadena y les

---

(1) *Relation de la Voyage de Sa Majesté Britannique en Hollande;* Burnet, II, 72; *London Gazette,* feb. 12, 19 y 23, 1690-91; *Mémoires du Comte de Dohna; Memorias* de William Fuller.

enseñaba á danzar. En otra caricatura se le veía cómodamente sentado en un sillón, con cojín á los pies y el sombrero en la cabeza, mientras los electores de Brandenburgo y Baviera, descubiertos, ocupaban pequeños escabeles á derecha é izquierda: la multitud de landgraves y duques soberanos estaban á humilde distancia; y Gastañaga, el indigno sucesor del Duque de Alba, aguardaba las órdenes del herético tirano con la rodilla en tierra (1).

Pronto se anunció autorizadamente que antes que comenzara el verano estarían en campaña contra Francia doscientos veinte mil hombres (2). Dióse á conocer el contingente que cada una de las potencias aliadas había de presentar. Aquellos puntos, acerca de los cuales hubiera sido inoportuno publicar declaración alguna, fueron discutidos en secreto por el Rey de Inglaterra y sus aliados.

IV.

Guillermo, su propio ministro de Negocios Extranjeros.

En esta ocasión, como en todas las importantes de su reinado, fué Guillermo su propio ministro de Negocios Extranjeros. Era necesario para cumplir las fórmulas de procedimiento que le acompañara un secretario de Estado; y con este objeto le había seguido

(1) Wagenaar, LXII; *Le Carnaval de la Haye*, mars. 1691; Le Tabouret des Electeurs, abril. 1691; *Cérémonial de ce qui s'est passé á la Haye entre le roi Guillaume et los Electeurs de Bavière et de Brandebourg*. Este último opúsculo está manuscrito y fué regalado al Museo Británico por Jorge IV.

(2) *London Gazette*, feb. 23, 1690-91.

Nottingham á Holanda. Pero si bien Nottingham en materias relativas al gobierno interior de Inglaterra gozaba en gran manera de la confianza de su amo, respecto al Congreso muy poco más se le alcanzaba de lo que había visto en las *Gacetas*.

Esta manera de despachar los negocios hubiera parecido hoy de todo punto anticonstitucional; y muchos escritores, aplicando el criterio de su siglo á los sucesos de un siglo anterior, han censurado duramente á Guillermo por obrar sin el consejo de sus ministros, y á sus ministros por consentir en estar ignorantes de negociaciones que interesaban hondamente al honor de la Corona y á la prosperidad de la nación. Sin embargo, puede seguramente presumirse que aquello que los hombres más honrados y respetables de ambos partidos, por ejemplo, Nottingham entre los tories, y Somers entre los whigs, no sólo hicieron, sino que también lo declararon, debe haber tenido alguna excusa; y no será difícil encontrar una muy suficiente.

La doctrina de la irresponsabilidad del soberano, es indudablemente tan antigua como la parte más antigua de nuestra Constitución. La doctrina de que sus ministros son responsables, es también de antigüedad inmemorial. Que donde no hay responsabilidad no puede existir verdadera seguridad contra la mala administración, es una doctrina que en nuestro siglo y en nuestro país pocos pondrán en duda. De estas tres proposiciones síguese claramente que la administración será mejor dirigida cuando el soberano no haga ningún acto público sin el concurso y mediación de un ministro. Este argumento es perfectamente sólido. Pero debemos recordar que los argumentos se construyen de una manera y los gobiernos de otra. En lógica, sólo un idiota podrá admitir las premisas

y negar su legítima conclusión. Pero en la práctica vemos que sociedades grandes é ilustradas persisten á menudo, durante una y otra generación, en vindicar principios y en negarse á obrar de acuerdo con esos principios. Es dudoso que haya existido jamás en la realidad una política que correspondiera exactamente á la idea pura que representaba. Según la idea pura de la monarquía constitucional, el príncipe reina y no gobierna, y la monarquía constitucional, tal como ahora existe en Inglaterra, se acerca más que en ningún otro país á su idea pura. Y, sin embargo, sería gran error imaginar que nuestros príncipes reinan solamente y jamás gobiernan. En el siglo XVII whigs y toríes creían no sólo derecho, sino deber del primer magistrado el gobernar. Todos los partidos convenían en censurar á Carlos II por no ser su propio primer ministro; todos los partidos convenían en elogiar á Jacobo por ser su propio Lord Gran Almirante; y todos los partidos encontraban natural y razonable que Guillermo fuera su ministro de Negocios Extranjeros.

Puede observarse que los más entendidos y mejor informados entre los que censuraron la manera como fueron conducidas las negociaciones de aquel tiempo, apenas son consecuentes consigo mismos. Pues mientras censuran á Guillermo por hacer de embajador plenipotenciario en el Haya, le elogian por haber sido general en jefe en Irlanda. Y, sin embargo, en principio, ¿dónde está la distinción entre estos dos casos?

Seguramente cuantas razones puedan presentarse para probar que violaba la Constitución cuando, por su sola autoridad, hacía tratados con el Emperador y con el Elector de Brandenburgo, probarán igualmente que también violaba la Constitución cuando por su sola autoridad mandaba entrar en el río una colum-

na en Oldbridge, y ordenaba que otra cruzase el puente de Slane. Si la Constitución le daba el mando de las fuerzas del Estado, la Constitución le daba también la dirección de las relaciones exteriores del Estado. ¿Con qué principio puede, pues, mantenerse que tenía libertad para ejercer el primer poder sin consultar á nadie, pero que estaba obligado á ejercer el segundo de conformidad con el consejo de un ministro? ¿Se dirá que un error en diplomacia puede ser más perjudicial para el país que un error en estrategia? No, seguramente. No es casi concebible que cualquier error que Guillermo pudiera cometer en el Haya hubiera sido más perjudicial á los públicos intereses que una derrota en el Boyne. ¿O se dirá que había más razones para confiar en su talento militar que en su habilidad diplomática? De ningún modo. En la guerra desplegó algunas grandes cualidades intelectuales y morales; pero como táctico no ocupaba rango eminente, y de sus muchas compañas sólo en dos alcanzó triunfo decisivo. En sus talentos de negociador, por el contrario, jamás fué aventajado. De los intereses y actitud de las cortes del Continente, sabía él más que todos sus consejeros privados juntos. Algunos de sus ministros eran, á no dudar, hombres de gran talento, excelentes oradores en la Cámara de los Pares y muy versados en nuestra política insular. Pero en las deliberaciones del Congreso, Caermarthen y Nottingham le hubieran sido tan inferiores como él hubiera sido inferior á ellos en un debate parlamentario sobre una cuestión puramente inglesa. La coalición contra Francia era obra suya. El solo había unido las partes de aquel gran todo; y él solo podía mantenerlas unidas. Si hubiera confiado aquella vasta y complicada máquina en manos de cualquiera de sus súbditos, inmediatamente hubiera venido al suelo hecha pedazos.

Era necesario, realmente, hacer algunas cosas á que ninguno de sus súbditos se hubiera atrevido. El papa Alejandro era positivamente, aunque no de nombre, uno de los aliados; era de la mayor importancia tenerlo amigo, y, sin embargo, tal era la actitud de la nación inglesa que un ministro inglés muy bien podía negarse á tener trato alguno directo ó indirecto con el Vaticano. Los secretarios de Estado dejaban de muy buena gana materia tan delicada y tan llena de peligro á su amo, contentándose con quedar en situación de poder protestar con verdad que jamás había salido de sus oficinas una sola línea contra la cual pudiera objetar el protestante más intransigente.

V.

Obtiene Guillermo tolerancia para los Waldenses.

No hay que suponer, sin embargo, que Guillermo olvidara jamás que su misión especial, su misión hereditaria, era proteger la fe reformada. Constantemente interponía con todo empeño su influencia con los príncipes católicos en beneficio de sus súbditos protestantes. En la primavera de 1691, los pastores waldenses, larga y cruelmente perseguidos, y cansados de su género de vida, fueron sorprendidos por alegres nuevas. Los que habían estado presos por herejía regresaron á sus hogares. Niños que habían sido arrancados á sus padres para ser educados por sacerdotes, fueron devueltos á sus casas. Congregaciones que hasta aquí sólo habían podido reunirse furtivamente y con extremo peligro, adoraban ahora á Dios

sin molestia y en medio del día. Aquellos sencillos montañeses no supieron nunca, tal vez, que su suerte había sido objeto de discusión en el Haya, y que debían la felicidad de sus hogares y la seguridad de sus humildes templos al ascendiente ejercido por Guillermo sobre el Duque de Saboya (1).

VI.

Vicios inherentes á la naturaleza de las coaliciones.

Ninguna coalición de cuantas la historia conserva memoria ha tenido jefe más hábil que Guillermo. Pero aun Guillermo luchó muchas veces en vano, contra aquellos vicios que son inherentes á la naturaleza de todas las coaliciones. Ninguna empresa que requiera la cooperación cordial y constante de muchos Estados independientes tiene probabilidades de prosperar. Inevitablemente brotan las envidias. Unas disputas traen otras. Cada uno de los confederados quiere arrojar sobre los demás alguna parte de la carga que le toca soportar. Casi ninguno da honradamente el contingente prometido. Casi ninguno cumple con exactitud el día fijado. Pero tal vez no ha habido coalición alguna que se hallara en tan constante peligro de disolverse como la coalición que Guillermo había formado con infinita dificultad. La larga lista de potentados que acudieron personalmente ó por medio de sus representantes al Congreso, parecía muy bien en las *Gacetas*. La multitud de trenes regios, escoltados por

(1) El artículo secreto por el cual se obligaba el Duque de Saboya á conceder tolerancia á los waldenses se hallará en la colección de Dumont. Fué firmado á 8 de feb. de 1691.

guardias y lacayos vestidos de trajes de colores, parecían muy bien entre los tilos del Voorhout. Pero las mismas circunstancias que hacían el Congreso más espléndido que otros Congresos, hacían la liga más débil que otras ligas. Cuanto mayor fuera el número de aliados, más numerosos eran los peligros que amenazaban la alianza. Era imposible que veinte gobiernos, divididos por cuestiones de precedencia, cuestiones acerca del territorio, cuestiones de comercio, cuestiones de religión, pudieran obrar largo tiempo juntos en perfecta armonía. Si durante varios años obraron juntos, aunque en armonía imperfecta, debe atribuirse á la discreción, paciencia y firmeza de Guillermo.

La situación de su gran enemigó era muy diferente. Los recursos de la monarquía francesa, aun cuando ciertamente no igualaban á los de Inglaterra, Holanda, la Casa de Austria y el imperio de Alemania unidos, eran todavía muy formidables: estaban todos reunidos en lugar céntrico; estaban todos bajo la absoluta dirección de una sola voluntad. Luis XIV podía hacer en dos palabras lo que apenas podía Guillermo conseguir en una negociación de dos meses con Berlín, Munich, Bruselas, Turín y Viena. Así, Francia igualaba en fuerza efectiva á todos los estados que se habían unido contra ella. Porque en el mundo político, así como en el natural, puede haber una igualdad de momento entre cuerpos desiguales, cuando el cuerpo que es inferior en peso es superior en velocidad.

Esto se demostró muy pronto de una manera señalada. En marzo se separaron los príncipes y embajadores que habían estado reunidos en el Haya; y apenas se habían separado, cuando vino á desconcertar todos sus planes un hábil y atrevido movimiento del enemigo.

VII.

Sitio y rendición de Mons.

Luis XIV comprendía que la reunión del Congreso debía influir grandemente en el espíritu público de Europa. Determinó contrarrestar aquel efecto descargando un golpe súbito y terrible. Mientras sus enemigos se ocupaban en fijar las tropas con que cada uno de ellos debía concurrir, ordenaba que numerosas divisiones de su ejército situadas en puntos muy distantes marchasen hacia Mons, una de las más importantes, si no la más importante, de las fortalezas que protegían los Países Bajos españoles. Cuando su propósito fué descubierto, estaba ya casi terminado. Guillermo, que se había retirado á Loo á pasar unos días, supo con sorpresa y gran enojo que caballería, infantería, artillería, puentes de barcas, se acercaban rápidamente á la sentenciada ciudad por multitud de caminos convergentes. Habíanse reunido cien mil hombres. Louvois, el primero de los administradores de su tiempo, había suministrado con largueza todo el material de guerra. El mando fué confiado al mariscal de Luxemburgo, el primero de los generales de la época. Las operaciones científicas fueron dirigidas por Vauban, el primer ingeniero. Para que nada faltase de cuanto pudiera contribuir á encender la emulación en todas las filas de un ejército valiente y leal, el magnífico Rey salió de Versalles dirigiéndose al campamento.

Aún tenía Guillermo, á pesar de esto, alguna leve esperanza de que fuera posible hacer levantar el sitio.

Voló al Haya, puso todas las fuerzas de los Estados Generales en movimiento, y envió urgentes mensajes á los príncipes alemanes. A las tres semanas de haber recibido la primer noticia del peligro, se hallaba en la vecindad de la ciudad sitiada, á la cabeza de cerca de cincuenta mil soldados de diferentes naciones. Atacar un ejército superior mandado por un capitán como Luxemburgo, era empresa temeraria, casi desesperada. Sin embargo, estaba Guillermo tan convencido de que la pérdida de Mons sería un desastre y una deshonra casi irreparables, que se resolvió á correr el riesgo. No dudaba que el resultado del sitio determinaría la política de las cortes de Stockholmo y Copenhague. Aquellas cortes se habían mostrado recientemente inclinadas á entrar en la coalición. Si Mons caía, seguramente permanecerían neutrales y no era imposible que se convirtieran en enemigas. «El riesgo es grande—escribía Guillermo á Heinsius; —sin embargo, no pierdo la esperanza. Haré lo que se pueda. El resultado está en manos de Dios.» El mismo día que escribía esta carta Mons se rindió. El cerco había sido apretado vigorosamente. El mismo Luis XIV, á pesar de estar sufriendo de la gota, había dado el ejemplo de viril esfuerzo. Las tropas de su casa, el más hermoso cuerpo de soldados de Europa, combatiendo á la vista del Rey, se habían sobrepujado á sí mismas. Los jóvenes nobles de su corte habían tratado de fijar su atención exponiéndose al más vivo fuego del enemigo con el mismo alegre entusiasmo con que acostumbraban á ostentar sus graciosas figuras en los bailes de palacio. Sus soldados heridos quedaban encantados por la benigna cortesía con que andaba entre las camillas, se hallaba presente mientras los cirujanos curaban las heridas, y almorzaba un plato de sopa hecha con el caldo del hospital.

Mientras todo era obediencia y entusiasmo entre los sitiadores, todo era desunión y desaliento entre los sitiados. Tan bien cumplieron su deber los centinelas franceses, que ninguno de los mensajeros enviados por Guillermo fué capaz de cruzar las líneas. La guarnición no sabía que tenía socorros muy cerca. Los ciudadanos estaban aterrorizados á la idea de las horribles calamidades que acaecen á las ciudades tomadas por asalto. En las calles llovían las granadas y balas rojas. La ciudad estaba ardiendo por diez sitios á un tiempo. Los pacíficos habitantes sacaron valor inusitado del mismo exceso de su temor, y se arrojaron sobre los soldados. La resistencia fué, pues, imposible, y se trató una capitulación. Los ejércitos se retiraron á cuarteles. Las operaciones militares quedaron en suspenso durante algunas semanas; Luis XIV regresó en triunfo á Versalles, y Guillermo hizo una breve visita á Inglaterra, donde su presencia era muy necesaria (1).

VIII.

Regresa Guillermo á Inglaterra.— Procesos de Preston y Ashton.

Encontró á los ministros ocupados todavía en trazar las ramificaciones del complot que había sido descu-

(1) *London Gazette* desde el 26 de marzo al 13 de abril, 1691; el *Monthly Mercury* de marzo y abril; *Cartas de Guillermo á Heinsius* de 18 y 20 de marzo, y 7 y 9 de abril; *Memorias* de Dangeau; *El sitio de Mons*, tragicomedia, 1691. En este drama, el clero que es favorable á Francia aconseja á los ciudadanos que entreguen la plaza. Esta felonía arranca un apóstrofe de indignación: ¡Oh sacerdocio, oh comercio, cómo afemináis á los hombres!

bierto á principios de enero, cuando se disponía á partir. Preston, Ashton y Elliot habían sido acusados ante el tribunal de Old Bailey. Reclamaron el derecho de ser juzgados uno á uno. Fué, pues, necesario juzgarlos separadamente. El auditorio era numeroso y espléndido. Estaban presentes muchos Pares. Asistían el Lord Presidente y los dos Secretarios de Estado á fin de probar que los papeles presentados ante el tribunal eran los mismos que Billop había traído á Whitehall. En el banco había muchos jueces, y Holt ocupaba la presidencia. Ha llegado hasta nosotros una relación minuciosa del proceso, y bien merece ser estudiada atentamente y comparada con los relatos de otras causas que poco antes se habían visto en aquel mismo sitio. En pocos meses todo el espíritu del tribunal había sufrido cambio tan completo que más bien hubiera parecido obra de siglos. Doce años antes, católicos infelices, acusados de crímenes que nunca habían cruzado por su mente, habían estado en aquel banco. Los testimonios de la Corona habían repetido sus repugnantes ficciones en medio de los murmullos de aprobación del auditorio. Los jueces participaban ó fingían participar de la estúpida credulidad y de las salvajes pasiones del populacho, cruzaban sonrisas y cumplimientos con los perjuros delatores, refutaban con ira los argumentos que tímidamente presentaban los acusados, y al dictar sentencia de muerte no se avergonzaban de hacer groseros chistes sobre el purgatorio y la misa. Tan pronto como terminó la matanza de papistas, había comenzado la matanza de whigs; y los jueces se habían consagrado á la nueva tarea con barbarie mayor de la que habían desplegado anteriormente. La revolución había puesto fin á estos escándalos. Todo el que, después de leer los procesos de Ireland y Pickering, de Grove y Berry, de

Sidney, Cornish y Alicia Lisle, lea los procesos de Preston y Ashton, quedará asombrado del contraste. El *Solicitor* general, Somers, dirigió la causa con una moderación y humanidad de que sus predecesores no le habían dejado ningún ejemplo. «Nunca pensé, dijo, que fuera deber del abogado del Rey agravar el crimen de los acusados en casos de esta naturaleza, ó pintar con falsos colores las declaraciones de los testigos» (1). La conducta de Holt fué irreprochable. Pollexfen, que era de más edad que Holt y Somers, conservaba un poco—y aun esto era excesivo—del tono de aquella mala escuela en que había sido educado. Pero aunque una ó dos veces olvidó el austero decoro debido á la dignidad de su cargo, no puede acusársele de ninguna violación esencial de justicia. Hasta á los mismos reos parece haber sorprendido la equidad y blandura con que se les trataba. «No quisiera extraviar al jurado, os lo aseguro, dijo Holt á Preston, ni causar á vuestra señoría el más leve perjuicio.—No, Milord, dijo Preston; ya veo que vuestra señoría no lo hará.» «Sea cualquiera el resultado, decía Ashton, no puedo menos de declarar que se me ha juzgado con toda honradez.»

De nada sirvió á los reos la moderación del *Solicitor* general y la imparcialidad de los jueces: porque los

(1) Proceso de Preston en la *Colección de causas de Estado*. Una persona que se hallaba presente hace la siguiente descripción del discurso de apertura pronunciado por Somers: «Al comenzar la prueba no hubo afectada exageración de los hechos, ni ostentación de baja elocuencia por parte de los testigos, uno tras otro, como otros tantos gansos cacareando en hilera. Aquí no hubo más que honrada exposición de los hechos, ó las reflexiones justas y naturales á que daban lugar.» El opúsculo de donde tomo estas palabras se titula: *Relación de la horrenda conspiración ocurrida últimamente, por una persona que asistió á la vista de las causas*, 1691.

testimonios eran irrefutables. El significado de los papeles cogidos por Billop era tan claro que el jurado más torpe no podía dejar de entenderlo. Se probó con toda evidencia que parte de aquellos papeles fueran escritos por el mismo Preston. Parte era de letra de Ashton; pero el abogado de la acusación no pudo probarlo. Así, pues, fundaron la acusación contra Ashton en los hechos indisputables de que el paquete de documentos se le había encontrado en el pecho, y que el lenguaje empleado por él no tenía significado alguno sino en la suposición de que conociera el contenido de aquellos papeles (1).

Tanto Preston como Ashton fueron convictos y sentenciados á muerte. Ashton fué ejecutado en seguida. Podía haberse salvado revelando lo que sabía. Pero aunque declaró que si le perdonaban siempre sería súbdito fiel de SS. MM., estaba completamente resuelto á no dar los nombres de sus cómplices. En esta resolución le sostenían los sacerdotes *nonjurors* que le asistían en su calabozo. Probablemente á esta influencia se debe que entregara á los sheriffs en el cadalso una declaración escrita y firmada por él, pero que ni debe haber sido obra suya, ni debe haberla examinado atentamente. En este documento se quejaba de la injusticia de un proceso que él mismo había reconocido en público como eminentemente justo. También declaraba, bajo su palabra de moribundo, no saber nada de los papeles que le habían encontrado encima. Desgraciadamente, al examinar esta declaración se vió que la letra era igual á la de uno de los más importantes de aquellos papeles. Murió con varonil fortaleza (2).

---

(1) *Causas de Estado.*

(2) *Papel entregado por Mr. Ashton en el momento de su eje-*

IX.

Irresolución y revelaciones de Preston.

Elliot no fué sometido á un proceso. El testimonio contra él no era tan claro como el que había servido para condenar á sus asociados, y no mereció atraerse las iras del Gobierno. La suerte de Preston estuvo largo tiempo en suspenso. Los jacobitas fingían confiar en que el Gobierno no se atrevería á derramar su sangre. Era, decían, favorito de la corte de Versalles, y su muerte sería seguida de terribles represalias. Esparcieron por las calles de Londres papeles donde se aseguraba que si le sucedía algún daño, Mountjoy y todos los demás ingleses de rango que estaban prisioneros en Francia serían despedazados en el suplicio de la rueda (1). Estas absurdas amenazas no hubieran dilatado la ejecución ni un solo día. Pero los que tenían á Preston en su poder no se oponían á perdonarle con ciertas condiciones. Estaba enterado de todos los consejos del partido contrario y podía dar noticias de la más alta importancia. Se le hizo saber que de él dependía su suerte. La lucha fué larga y cruel. Peleaban de un lado el orgullo, la conciencia, el espíritu de partido; del otro el intenso amor de la vida. Durante algún tiempo fluctuó sin resolverse

---

cución á sir Francisco Child, sheriff de Londres; Contestación al papel entregado por Mr. Ashton. La *Contestación* fué escrita por el doctor Eduardo Fowler, más adelante obispo de Gloucester. Burnet, II, 70; Carta del Obispo Lloyd á Dodwell, en el tomo II de Gutch *Collectanea Curiosa*.

(1) *Diario de Narciso Luttrell.*

hacia uno ni otro lado. Prestaba oídos á sus compañeros jacobitas, y su valor se reanimaba. Escuchaba á los agentes del Gobierno, y sentía desfallecer su corazón. Por la noche, después de comer y beber, nada le arredraba. Quería morir como un hombre, antes que salvar la cabeza con una acción baja. Pero era muy diferente el estado de su ánimo al despertar al otro día, cuando el valor que le habían dado el vino y la compañía se había evaporado, cuando se veía solo entre rejas de hierro y muros de piedra, y cuando el pensamiento del tajo, del hacha y del serrín se alzaba en su mente. Durante algún tiempo, escribió con toda regularidad una confesión antes de mediodía cuando estaba sereno, y la quemaba todas las noches cuando estaba alegre (1). Sus amigos los *nonjurors* proyectaron que Sancroft viniera á visitarle á la Torre, en la esperanza, indudablemente, de que las exhortaciones de tan gran prelado y tan gran santo afirmasen la vacilante virtud del prisionero (2). Es dudoso que este plan hubiera tenido buen resultado: no se llevó á efecto; la hora fatal se acercaba, y la fortaleza de Preston hubo de ceder. Confesó su delito y nombró entre sus cómplices á Clarendon, Dartmouth, el Obispo de Ely y Guillermo Penn. Añadió una larga lista de personas contra las cuales no podía dar prueba alguna, pero que, de ser ciertas las afirmaciones de Penn, eran amigos del rey Jacobo. Entre estas personas se encontraban Devonshire y Dorset (3). No hay el más leve fundamento para creer que ninguno de estos grandes aristócratas haya tenido jamás relación al-

(1) *Diario de Narciso Luttrell;* Burnet, II, 71.
(2) Carta de Collier y Cook á Sancroft en los MSS. Tanner.
(3) Caermarthen á Guillermo, feb. 3, 1690-91; *Vida de Jacobo*, II, 443.

guna, directa ó indirecta, con Saint-Germain. No hay que acusar á Penn, sin embargo, de intencionada falsedad. Era crédulo y charlatán. El Lord Mayordomo y el Lord Chambelán habían participado del enojo con que su partido había observado la inclinación de Guillermo hacia los toríes, y probablemente habrían manifestado sin reserva aquel sentimiento. Un hombre tan débil como Penn, deseoso de hallar jacobitas en todas partes, y pronto á creer cuanto deseaba, podía fácilmente dar interpretación errónea á las invectivas que el altivo é irritable Devonshire estaba dispuesto á pronunciar, ó á las burlas que en momentos de mal humor se escapaban fácilmente de los labios del ingenioso Dorset. Caermarthen, que era tory, y tory que había sido perseguido sin piedad por los whigs, estaba dispuesto á sacar todo el partido posible de este ocioso rumor. Pero no encontró ningún apoyo en su amo, el cual fué, de todos los grandes políticos mencionados en la historia, el menos suspicaz. Cuando Guillermo regresó á Inglaterra, fué llevado Preston á su presencia y se le mandó repetir la confesión que ya había hecho á los Ministros. El Rey estaba detrás de la silla del Lord Presidente, y escuchó con gravedad mientras se habló de Clarendon, Dartmouth, Turner y Penn. Pero tan pronto como el prisionero, pasando de lo que él mismo podía testificar, comenzó á repetir las historias que Penn le había referido, Guillermo, tocando á Caermarthen en el hombro, le dijo: «Milord, basta ya de esto» (1). Tan prudente magnanimidad encontró la

(1) Que este relato de lo sucedido es cierto en lo esencial, se prueba suficientemente con la *Vida de Jacobo*, II, 443. He tomado uno ó dos detalles de Dalrymple, que los encontró, según creo, en los papeles, ahora irremisiblemente perdidos, que había visto en el Colegio Escocés de París.

merecida recompensa. Devonshire y Dorset se mostraron desde aquel día más celosos que nunca en la causa del amo, que á despecho de la calumnia, á que su propia indiscreción había dado tal vez algún fundamento, continuara confiando en su lealtad (1).

X.

Lenidad con que son tratados los conspiradores.—Clarendon.—Dartmouth.

Aun aquellos que eran indudablemente criminales fueron tratados, en general, con gran indulgencia. Clarendon estuvo en la Torre durante unos seis meses. Su delito fué plenamente demostrado, y una sección del partido whig pedía importunamente y sin rebozo su cabeza. Pero le salvaron las patéticas súplicas de su hermano Rochester, los buenos oficios del humano y generoso Burnet, y el respeto de María á la memoria de su madre. El confinamiento del acusado no era muy riguroso. Se le permitía convidar á comer á sus amigos. Cuando, por último, su salud empezó á resentirse á efecto del encierro, se le permitió ir al campo, bajo la vigilancia de un guardia: el guardia fué llamado muy pronto, y se hizo

(1) El triunfo de la «aparente clemencia» de Guillermo está admitido por el compilador de la *Vida de Jacobo*. El método del Príncipe de Orange, dice, «le dió tan buen resultado que, fueran cualesquiera las opiniones de aquellos Lores en la época en que Mr. Penn denunció sus nombres, es lo cierto que en lo sucesivo fueron los más encarnizados enemigos de la causa de Su Majestad.» II, 443.

saber á Clarendon que mientras hiciera tranquila vida rural no sería molestado (1).

La traición de Dartmouth no era de especie vulgar. Era un marino inglés, que había tenido el plan de entregar Portsmouth á los franceses, y había ofrecido tomar el mando de una escuadra francesa contra su patria. Contribuía á agravar seriamente su delito el ser una de las primeras personas que habían jurado fidelidad á Guillermo y María. Se le arrestó y fué conducido á la Cámara del Consejo. Hase conservado una relación de lo ocurrido allí, escrita por él mismo En esta relación confiesa que se le trató con gran cortesía y delicadeza. Protestó con vehemencia que era inocente. Declaró que nunca había estado en correspondencia con Saint-Germain, que no era favorito de aquella Corte, y que María de Módena, en particular, le tenía antiguo rencor. «Milores, dijo, yo soy inglés, y mientras fué aquí más poderosa la influencia de la casa de Borbón, rehuí todo trato con franceses y francesas. Perdería mi última gota de sangre antes que ver á Portsmouth en poder de extranjeros. No soy tan necio que vaya á creer que el rey Luis nos conquistase sólo para hacer un bien al rey Jacobo. Estoy cierto que no se me puede imputar con verdad otra cosa que alguna tonta confidencia inspirada por el vino.» Sus protestas produjeron al parecer algún efecto, porque al principio se le permitió quedar bajo la custodia nada severa del ujier de la Vara Negra. Sin embargo, á causa de nuevas investigaciones se determinó enviarlo á la Torre. Después de una prisión de algunas semanas, murió de apoplejía; pero vivió tiem-

(1) Véase su *Diario; Diario de Evelyn*, marzo 25, abril 22, julio 11, 1691; Burnet, II, 71; Cartas de Rochester á Burnet de marzo 21 y abril 2 de 1691.

po suficiente para completar su deshonra, ofreciendo su espada al nuevo Gobierno, y expresando en ferviente lenguaje su esperanza de que la bondad de Dios y de SS. MM. le darían ocasión de demostrar cuánto aborrecía á los franceses (1).

XI.

Turner.—Penn.

Turner no corrió peligro serio, porque el Gobierno en modo alguno deseaba enviar al cadalso uno de los siete que habían firmado la memorable petición. Dictóse, sin embargo, auto de prisión contra él, y sus amigos tenían pocas esperanzas de que se pudiera escapar, porque sus narices eran de tal suerte, que habiéndolas visto una vez no se olvidaban jamás, y de poco sirvió que se pusiera una gran peluca y se dejara crecer la barba. La persecución no fué probablemente muy rigurosa, porque después de estar oculto algunas semanas en Inglaterra, consiguió atravesar el Canal, y permaneció algún tiempo en Francia (2).

---

(1) *Vida de Jacobo*, II, 443, 450; Papeles de Legge en la Colección Mackintosh.

(2) Burnet, II, 71; *Diario de Evelyn*, enero 4 y 18, 1690-91; Carta de Turner á Sancroft, enero 19, 1690-91; Carta de Sancroft á Lloyd de Norwich, abril 2, 1692. Estas dos cartas se encuentran entre los MSS. de Tanner en la biblioteca Bodleiana, y han sido impresas en la *Vida de Ken por un laico*. La fuga de Turner á Francia es mencionada en el *Diario de Narciso Luttrell*, feb. 1690. Véase también el *Diálogo entre el Obispo de Ely y su conciencia*, 16 de febrero 1690 91. El diálogo es interrúmpido por el sonido de trompetas. El Obispo oye que le declaran traidor, y exclama: «Ven, hermano Penn; ya es tiempo de que nos marchemos.»

Se dictó auto de prisión contra Penn, y en muy poco estuvo que cayera en poder de sus perseguidores. Acaeció que el día que fueron enviados en su busca, estaba asistiendo á una notable ceremonia á alguna distancia de su casa. Había ocurrido un suceso que el historiador cuyo objeto sea referir la vida real de una nación no debe pasar en silencio. Mientras Londres estaba agitado por la nueva de que se había descubierto un complot, Jorge Fox, el fundador de la secta de los cuákeros, dejó de existir.

XII.

Muerte de Jorge Fox: su carácter.

Mas de cuarenta años habían trascurrido desde que Fox comenzara á ver visiones y exorcizar los diablos (1). Era entonces un mancebo de moral pura y grave porte, de inteligencia pervertida, con la educación de un trabajador y con el entendimiento en el estado más infeliz, es decir, muy trastornado para vivir en libertad, y no lo bastante para ser encerrado en un manicomio. Las circunstancias en que se vió colocado fueron tales, que no podían menos de hacer aparecer en la forma más enérgica las enfermedades constitucionales de su espíritu. En el tiempo en que sus facultades llegaban á su madurez, episcopales, presbiterianos, independientes, baptistas, luchaban por la supremacía, y en todos los confines

(1) Para muestra de sus visiones, véase su *Journal*, pág. 13; y para lo relativo á arrojar los demonios del cuerpo, la pág. 26. Cito la edición en folio de 1765.

del reino se ocupaban en disputaré insultarse Fox anduvo errante de congregación en congregación; oyó las arengas de los clérigos contra los puritanos; oyó arengar á los puritanos contra los clérigos, y en vano acudió en busca de dirección y consuelos espirituales á los doctores de ambos partidos. Un anciano eclesiástico de buen humor, de la comunión anglicana, le dijo que fumara y cantara salmos; otro le aconsejó que perdiera alguna sangre (1). El joven investigador se apartó con disgusto de estos consejeros y acudió á los disidentes; encontrando que eran tan malos guías como los otros (2). Después de algún tiempo llegó á la conclusión de que ningún sér humano era competente para instruirle en las cosas divinas, y que la verdad le fuera comunicada por inspiración directa desde el cielo. Sostenía que por haber comenzado en Babel la división de las lenguas y por haber puesto en la cruz los perseguidores de Cristo una inscripción en latín, griego y hebreo, el conocimiento de las lenguas, y más especialmente del latín, del griego y del hebreo, debía ser inútil á un ministro cristiano (3). Ciertamente,

---

(1) *Journal*, pág. 4.

(2) *Journal*, pág. 7.

(3) «Lo que saben, sábenlo naturalmente los que se apartan del dominio y se separan del espíritu cuyos frutos marchita, que dicen que el hebreo, que el griego y el latín son las lenguas primitivas. Antes de la torre de Babel no había en la tierra más que una lengua; y Nemrod el cazador astuto delante del Señor, que descendía de la maldecida casta de Cam, autor y edificador de Babel, donde Dios hizo la confusión de lenguas, y éste dicen fué el primero que se apartó del espíritu y dominio; y Pilatos sabía también hebreo, griego y latín, pues cuando crucificó á Cristo le puso el letrero en estas tres lenguas.»—*Mensaje del Señor al Parlamento de Inglaterra*, por Jorge Fox, 1654. El mismo argumento se hallará en los *Diarios*, pero ha sido puesto por el editor en inglés un poco mejor. «¿Crees hacer ministros de Cristo con estas confusas lenguas nacidas en Babel, que fueron admiradas en Babi-

distaba él tanto de saber muchas lenguas, que no sabía ninguna, ni hay pasaje de hebreo corrompido más ininteligible para los poco versados en aquella lengua, que lo es con frecuencia el inglés en que él se expresa para el lector más atento y perspicaz (1). Una de las preciosas verdades reveladas por la divinidad á este nuevo apóstol, fué que era una falsedad y una adulación emplear la segunda persona de plural en vez de la segunda persona de singular. Otra fué, que hablar del mes de marzo era rendir culto al sanguinario dios Marte, y que hablar del lunes era hacer idólatra homenaje á la Luna. Decir buenos días ó buenas noches

---

lonia y puestas sobre la cruz de Cristo, nuestra vida, por un perseguidor?»—Pág. 64.

(1) Su *Diario*, antes de ver la luz pública, fué revisado por hombres más discretos é ilustrados que él, y por tanto, con ser tan disparatado, no sirve para darnos idea de su estilo genuino. El siguiente pasaje es una buena muestra. Es el exordio de uno de sus manifiestos: «Aquellos que el mundo de los que viven exentos del temor de Dios llama cuákeros, niegan desdeñosamente todas las opiniones, y niegan todos los conceptos, y niegan todas las sectas, y niegan todas las imaginaciones, y todas las ideas y juicios que son producto de la voluntad y de los pensamientos, y niegan la hechicería y todos los juramentos, y el mundo y sus obras, y sus cultos, y sus costumbres con la luz, y niegan las falsedades y los cultos falsos, los seductores y engañadores que ahora se ven en el mundo con la luz, y con ella se condenan, cuya luz conduce por la muerte á la paz y á la vida, que ahora millares de personas ven el nuevo maestro Cristo, el que hizo el mundo, que reina entre los hijos de la luz, y con el espíritu y poder de Dios vivo les permite ver y distinguir la paja del trigo, y les hace distinguir lo que debe agitarse y lo que no debe agitarse ni moverse, que les permite ver lo que está agitado y movido, tal como vive en las ideas, opiniones, conceptos y pensamientos é imaginaciones, éstos son todos movidos y después se amontonan en pilas que los que ven las cosas antes mencionadas y movidas se van en paz, no vistas y descubiertas por los que pasan por aquellas cosas no movidas y no agitadas.»—*Advertencia al mundo de los que viven en tinieblas*, por Jorge Fox, 1655.

era altamente reprensible, por indicar tales frases evidentemente que Dios había hecho días malos y noches malas (1). Un cristiano estaba obligado hasta á arrostrar la muerte antes que llevarse la mano al sombrero para saludar al hombre más ilustre de la humanidad. Cuando retaron á Fox á que presentara algún texto de la Escritura en que fundar este dogma, citó aquel pasaje que dice que Shadrach, Meshech y Abednego fueron arrojados en el horno ardiendo, con los sombreros puestos; y si hemos de dar crédito á lo que él mismo nos dice, el Chief Justice de Inglaterra no fué capaz de contestar á este argumento sino gritando: «Llévale, carcelero» (2). Fox insistía mucho en el argumento, de no menor peso que el anterior, que los turcos no se descubren nunca delante de sus superiores; y preguntaba con gran animación por qué no han de ganar á los turcos en virtud los que llevan el noble nombre de cristianos (3). Prohibía severamente las reverencias, y parecía considerarlas en realidad como producidas por influencia satánica; pues como él mismo observó, mientras la mujer del Evangelio tuvo el espíritu enfermo, estaba completamente inclinada, y cesó de inclinarse tan pronto como el poder divino la libertó de la tiranía del enemigo (4). Tenía una manera muy particular de interpretar la Sagrada Escritura. Interpretaba literalmente pasajes que, en el sentir de todos los lectores de los Evangelios desde diez y seis siglos atrás, tenían

(1) Véase la obra titulada: *Sobre los buenos días y las buenas noches, costumbres del mundo puestas de manifiesto por la luz que en el mundo entra para todos los que viven en tinieblas*, por Jorge Fox, 1657.

(2) *Journal*, pág. 166.

(3) Epístola de Harlingen, undécima del sexto mes, 1677.

(4) *De las reverencias*, por Jorge Fox, 1657.

sentido figurado. Pasajes que ningún sér humano antes que él los había entendido jamás sino en sentido literal, él los interpretaba figuradamente. Así, de aquellas expresiones retóricas en que se manda sufrir con paciencia las injurias, deducía la doctrina de que el defenderse de piratas y asesinos era ilegal. Por otra parte, los sencillos mandamientos de bautizar con agua y compartir el pan y el vino en memoria de la redención de la humanidad, eran, según él, alegóricos.

Por largo tiempo anduvo errante de uno en otro sitio enseñando esta extraña teología, temblando como la hoja del álamo en sus paroxismos de excitación fanática, penetrando á viva fuerza en las iglesias á que daba el sobrenombre de casas de campanario, interrumpiendo las plegarias y sermones con gritos y burlas (1), y no dejando vivir á los rectores y justicias á fuerza de epístolas muy semejantes á parodias de aquellas odas sublimes en que los profetas hebreos anunciaron las calamidades de Babilonia y Tiro (2). Pronto adquirió gran notoriedad por tales hazañas. Su rara figura, su extraña salmodía, su sombrero que jamás se quitaba y sus calzones de cuero eran conocidos en todo el país, y se jactaba de que tan pronto se oía decir: «¡Ahí viene el hombre de los calzones de cuero!» los profesores hipócritas se sentían llenos de terror, y los sacerdotes mercenarios se apresuraban á apartarse de su camino (3). Repetidamente se vió

(1) Véase, por ejemplo, el *Diario*, págs. 24, 26 y 51.

(2) Véase, por ejemplo, la Epístola á Sawkey, justicia de paz, en el *Diario*, pág. 86; la Epístola á Guillermo Lampitt, eclesiástico, que empieza: «A ti la palabra del Señor, oh Lampitt,» pág. 80; y la Epístola á otro eclesiástico á quien llama el Sacerdote Tatham, pág. 92.

(3) *Diario*, pág. 55.

preso y puesto en el cepo, con justicia unas veces, por alterar el culto público de las congregaciones, y otras injustamente sólo por decir disparates. Pronto reunió en torno suyo un cuerpo de discípulos, algunos de los cuales fueron más allá que él en el absurdo. Refiere él mismo que uno de sus amigos recorrió desnudo el pueblo de Skipton anunciando la verdad (1), y que otro, obrando por inspiración divina, se presentó desnudo durante varios años en las plazas públicas y en las casas de los caballeros y eclesiásticos (2). Fox se queja amargamente de que estos piadosos actos inspirados por el Espíritu Santo, fueran pagados por una generación refractaria con silbidos, pedradas y latigazos. Pero aunque aplaudía el celo de los pacientes no incurría en sus extremos. Cierto que algunas veces se veía obligado á despojarse de parte de sus vestidos. Así, se quitó los zapatos y recorrió descalzo las calles de Lichfield gritando: «¡Ay de la sanguinaria ciudad!» (3). Pero no parece que nunca se creyera en el deber de presentarse en público sin aquella prenda indispensable del vestido á que debía su nombre popular.

Si formamos nuestro juicio de Jorge Fox atendiendo simplemente á sus acciones y escritos, no encontraremos razón para colocarle, moral ó intelectualmente, por encima de Ludowick Muggleton ó de Juana Southcote. Pero sería la mayor injusticia colocar la secta que le mira como su fundador á la misma altura que los partidarios de Muggleton ó de Juana Southcote. Ocurrió que entre los millares de personas que se sintieron llenas de entusiasmo por

(1) *Diario*, pág. 300.
(2) Ibíd., pág. 323.
(3) Ibíd., pág. 43.

sus doctrinas, había algunas cuyos talentos é ilustración eran de orden muy diferente de los del maestro. Roberto Barclay era hombre de notable talento y saber. Guillermo Penn, aunque inferior á Barclay en talentos naturales y adquiridos, era un caballero y un humanista. Que tales hombres hayan llegado á ser parciales de Jorge Fox, no debe asombrar á nadie que recuerde cómo en nuestro tiempo entendimientos perspicaces, vigorosos y muy cultivados se dejaron engañar por charlatanes profetas. Es lo cierto que no hay facultades del espíritu que constituyan una seguridad contra errores de esta índole. Respecto á Dios y á sus relaciones con el hombre, las más altas facultades humanas apenas aventajan en sus descubrimientos á las más inferiores. En teología es muy pequeño el intervalo que se nota entre Aristóteles y un niño, entre Arquímedes y un desnudo salvaje. No es, pues, extraño que hombres sabios, cansados de investigar, atormentados por la incertidumbre, ansiosos de creer algo, y sin embargo viendo objeciones á todo, se hayan sometido, en absoluto, á maestros que con fe ciega y firme pretenden estar encargados de una misión sobrenatural. Así vemos con frecuencia espíritus investigadores é inquietos buscar refugio contra su propio escepticismo en el seno de una iglesia que se declara infalible, y después de haber puesto en duda la existencia de la divinidad, someterse á rendir culto á una hostia. Y así fué que Fox hizo la conversión de algunos á quienes era inmensamente inferior en todo, menos en la energía de sus convicciones. Estos conversos pulimentaron sus rudas doctrinas, dándoles una forma algo menos contraria al buen sentido y al buen gusto. No se retiró ninguna proposición de las establecidas por él. No se condenó ningún acto indecoroso ó ri-

dículo que él hubiera hecho ó aprobado; pero lo que parecía más groseramente absurdo en sus teorías y prácticas, fué suavizado, ó por lo menos no se impuso al público violentamente: todo lo que parecía especioso fué puesto en plena luz; la jerga en que él se expresaba fué traducida al inglés; atribuyóse á sus frases una significación que él no hubiera sido capaz de comprender; y su sistema, tan mejorado que él mismo no lo conocería, fué defendido con numerosas citas de filósofos paganos y padres de la Iglesia cuyos nombres nunca había oído el maestro (1). Todavía, sin embargo, los que habían reformado su teología continuaron profesando, y así indudablemente la sentían, profunda reverencia hacia él; y sus desatinadas epístolas fueron siempre recibidas y leídas con respeto en las reuniones de cuáqueros de todo el país. No sólo entre sus discípulos produjo su muerte sensación. La mañana de su entierro se re-

---

(1) «Especialmente en los últimos tiempos—dice Leslie, el enemigo más encarnizado de la secta,—algunos de ellos se han acercado al cristianismo mucho más que hasta aquí; y entre ellos, el ingenioso Mr. Penn ha refinado últimamente algunas de sus groseras nociones, dándolas forma y expresándolas de manera racional y en inglés, todo lo cual Jorge Fox, su primero y mayor apóstol, ignoraba totalmente...... Se esfuerzan cuanto pueden por hacer ver que su doctrina es uniforme desde el principio, y que no ha sufrido alteración alguna, y para esto se comprometen á defender todos los escritos de Jorge Fox y otros de los primeros cuákeros, y los vuelven y revuelven para ponerlos de acuerdo (cosa imposible) con lo que ellos enseñan en el día.» (*La culebra en la hierba*, tercera edición, 1698, Introducción.) Leslie fué siempre más deferente con su correligionario político Penn que con ningún otro cuákero. El mismo Penn dice, hablando de su maestro: «Aun cuando algunas veces, hablando de las cosas divinas, se exprese en forma tan abrupta é inconexa, es bien sabido que sus sentencias sirvieron muchas veces de textos para declaraciones mucho más bellas.» Es decir, Jorge Fox decía desatinos y algunos de sus amigos los han puesto en forma racional.

unió una gran multitud frente á la casa de congregación en Gracechurch Street. De allí el cadáver fué conducido al cementerio de la secta, cerca de Bunhill Fields. Varios oradores se dirigieron á la multitud que llenaba el cementerio. Penn se distinguió entre los discípulos que dieron tierra al venerable cadáver. Apenas había terminado la ceremonia cuando supo que se había dado orden de prenderle. Inmediatamente emprendió la fuga, permaneciendo muchos meses oculto á los ojos del público (1).

XIII.

Entrevista de Penn con Sidney.

Poco tiempo después de su desaparición envió á Sidney un extraño mensaje. Penn solicitaba una entrevista, pero insistía en recabar la promesa de que se le había de permitir volver sin ser molestado á su escondrijo. Sidney obtuvo real permiso para hacer un pacto en estas condiciones. Acudió Penn á la cita y

(1) En la *Vida de Penn*, puesta al frente de sus obras, se nos dice que las órdenes para prenderle fueron dictadas en 16 de enero de 1690-91, á consecuencia de una acusación sustentada con juramento por Guillermo Fuller, á qu en con justicia se designa como un miserable embustero é impostor, y esta historia ha sido repetida por Mr. Clarkson. Es, sin embargo, evidentemente falsa. Caermarthen, escribiendo á Guillermo el 3 de febrero, dice que no había entonces mas que un testigo contra Penn, y que aquel testigo era Preston. Es, pues, evidente, que Fuller no fué el delator bajo cuyo juramento se dictó auto de prisión contra Penn. En efecto, de la *Vida de Fuller*, escrita por él mismo, resulta que por este tiempo se encontraba en el Haya. Cuando Nottingham escribió á Guillermo, el 26 de junio, ya se había presentado otro testigo.

habló extensamente en su defensa. Declaró ser súbdito fiel del rey Guillermo y de la reina María, y que si hubiera tenido noticia de que se proyectaba algo contra ellos, lo hubiera descubierto. Dando al olvido la manera sencilla de afirmar y negar de los de su secta, que sólo dicen sí ó no, tomó á Dios por testigo de que no tenía conocimiento de ningún complot, ni creía tampoco que existiera, á menos que se diera el nombre de complot á los ambiciosos proyectos del Gobierno francés. Sidney, sorprendido probablemente al oir á una persona que tanto aborrecía la mentira que por no mentir prescindía de las formas ordinarias de urbanidad, y que tanto aborrecía los juramentos que no juraría en un tribunal de justicia, decir algo muy semejante á una mentira, y confirmarlo con algo muy semejante á un juramento, preguntó cómo se explicaban, si no había realmente complot, las cartas y minutas encontradas á Ashton. Penn eludió la respuesta. «Si yo pudiera ver al Rey, dijo, le confesaría todo francamente. Le diría muchas cosas que le importa saber. Esta es la única manera como puedo serle útil. Yo no puedo ser testigo de la Corona, pues mi conciencia no me permite jurar» Aseguró á Sidney que los enemigos más formidables del gobierno eran los whigs descontentos. «Los jacobitas no son peligrosos. No hay entre ellos uno solo que tenga sentido común. Mucho más temibles son algunos que han venido de Holanda con el Rey.» Parece que Penn no citó nombre alguno. Se le dejó partir sano y salvo. No se hicieron activas pesquisas para encontrarlo. Permaneció oculto en Londres durante algunos meses, huyó luego á la costa de Sussex y de allí se fugó á Francia. Después de andar cerca de tres años errante y ocultándose, gracias á la mediación de algunos hombres eminentes que olvidaban sus faltas en gra-

cia á sus buenas cualidades, hizo la paz con el Gobierno, y otra vez se aventuró á asumir el ejercicio de su ministerio. El pago dado por él á la indulgencia con que fuera tratado no realza mucho su carácter. Apenas había comenzado á arengar en público acerca de la ilegalidad de la guerra, cuando envió un mensaje exhortando encarecidamente á Jacobo á hacer un desembarco en Inglaterra al frente de treinta mil hombres (1).

XIV.

Preston es perdonado.

Algunos meses trascurrieron antes que se decidiera la suerte de Preston. Después de varios aplazamientos, el Gobierno, convencido de que aun cuando había dicho mucho aun podía decir más, fijó el día de la

(1) Sidney á Guillermo, feb. 27, 1690-91. La carta puede verse en el apéndice de Dalrymple, parte 3.ª, libro VI. Narciso Luttrell, en su *Diario* de setiembre de 1691, menciona la fuga de Penn desde Shoreham á Francia. El 5 de diciembre de 1693 escribía Luttrell lo que sigue; «Guillermo Penn el cuákero, después de estar oculto algún tiempo, y habiendo arreglado la cuestión que tenía pendiente, se presenta ya en público, y el viernes último se le vió en el *Bull and Mouth*, en San Martin.» En 18 (28) de diciembre de 1692 se redactaba en Saint-Germain, bajo la dirección de Melfort, un documento, uno de cuyos pasajes, traducido, dice así: «Mr. Penn dice que V. M. ha tenido varias ocasiones, pero nunca ninguna tan favorable como la presente; y espera que V. M. se apresurará, en unión del Rey Cristianísimo, á no dejarla escapar: que un desembarco al frente de treinta mil hombres, no sólo restablecerá á V. M. en el trono, sino que, según todas las apariencias, servirá para romper la coalición.» Este documento se encuentra en los MSS. Nairne, y fué traducido por Macpherson.

ejecución, y dió orden á los sheriffs de que tuvieran pronta la máquina de la muerte (1). Pero otra vez se suspendió, y después de una dilación de algunas semanas obtuvo un perdón que sólo se extendía á su vida y dejaba su hacienda sujeta á todas las consecuencias de su delito. Tan pronto como fué puesto en libertad, dió nuevos motivos de enojo y de sospecha, y fué otra vez arrestado, interrogado y enviado á prisión (2). Finalmente, se le permitió retirarse, perseguido por las rechiflas y las maldiciones de ambos partidos, á un solitario castillo en el Riding septentrional de Yorkshire. Allí al menos no tuvo que sufrir las desdeñosas miradas de antiguos compañeros que un tiempo le habían creído hombre de indomable valor y honra inmaculada, pero que ahora lo menos que le llamaban era miserable cobarde, indicando la sospecha de que hubiera sido desde el principio un espía que se había fingido jacobita (3). Empleó el breve y triste resto de su vida en traducir al inglés el libro *De Consolatione* de Boecio. La traducción fué publicada después de la muerte del traductor. Es notable, principalmente por algunas tentativas muy poco afortunadas para enriquecer nuestra versificación con nuevos metros, y á causa de las alusiones de que está lleno el prefacio. Al través de un trasparente velo de lenguaje figurado, expone Preston á la compasión ó desprecio del público su empañada fama y lacerado corazón. Quéjase de que el tribunal que le había sentenciado á muerte le hubiera tratado con más in-

(1) *Diario de Narciso Luttrell*, abril, 11, 1691.

(2) *Diario de Narciso Luttrell*, agosto 1691; Carta de Vernon á Wharton, octubre 17, 1691, en la biblioteca Bodleiana.

(3) Esta opinión de los jacobitas aparece en una carta que se encuentra en los archivos del Depósito de la Guerra de Francia. Fué escrita en Londres en 25 de junio de 1691.

dulgencia que sus amigos de antes, y que muchos que no se habían visto nunca sujetos á tentaciones tan fuertes como él hubieran comprado á muy poca costa reputación de valientes, burlándose de su cobardía y desafiando á distancia horrores que cuando se ven de cerca se imponen aun á espíritus indomables.

XV.

Alegría de los jacobitas por la rendición de Mons.

El valor de los jacobitas, extinguido por algún tiempo al descubrirse el complot de Preston, renació al tener noticia de la rendición de Mons. La alegría de todo el partido no tuvo límites. Los clérigos *nonjurors* corrían del café de Sam á Westminster Hall, repitiendo elogios de Luis XIV, y riéndose del triste resultado de las deliberaciones del gran Congreso. En el Parque, los descontentos se mostraban más envalentonados que nunca, y tenían sin rebozo pláticas sediciosas. Entre estos fanfarrones, era el de más cuenta sir Juan Fenwick, el cual en el reinado anterior había ocupado puesto eminente en el favor real y en la milicia, y era por este tiempo agitador y conspirador infatigable. En su exaltación, olvidaba la cortesía que se debe á las mujeres. Más de una vez se había hecho notar por su conducta impertinente con la Reina. En este día se situó ostentosamente en el camino por donde paseaba, y mientras todos á su alrededor se descubrían y se inclinaban profundamente, él la miró con fijeza encasquetándose más el sombrero en su presencia. La afrenta no sólo era brutal, sino

cobarde, pues la ley no señalaba castigo alguno á la mera descortesía, aun cuando fuera grosera, y el Rey era el único caballero y militar del reino que no pudiera proteger á su esposa con las armas en la mano contra ultrajes semejantes. Lo único que la Reina pudo hacer fué dar orden á los guardas del Parque de no dejar entrar en lo sucesivo á sir Juan. Pero mucho tiempo después de la muerte de María, llegó un día en que sir Juan tuvo motivo para arrepentirse de su insolencia. Pudo ver demostrado de una manera terrible que de todos los jacobitas, sin exceptuar los asesinos más empedernidos, él era el único que inspiraba á Guillermo profunda aversión personal (1).

XVI.

Provisión de las sedes vacantes.

Pocos días después de este suceso la rabia de los descontentos comenzó á mostrarse con más furia que nunca. El descubrimiento de la conspiración de que Preston era jefe había precipitado una crisis en los asuntos eclesiásticos. Los obispos *nonjurors* habían continuado, durante el año que siguió á su destitución, residiendo en los palacios oficiales que ya no les pertenecían. A petición de María, Burnet había trabajado por llegar á una transacción. Su intervención

(1) Welwood, *Mercurius Reformatus*, abril 11, 24, 1691; *Diario de Narciso Luttrell*, abril de 1691; L'Hermitage á los Estados Generales, junio 19 (29), 1696; Calamy, *Vida*. La historia de la descortesía de Fenwick con María se ha referido de diferentes maneras. He seguido la versión que me parece más auténtica y que es ciertamente la menos deshonrosa.

directa hubiera producido probablemente más males que bienes. Así, pues, se valió discretamente de la mediación de Rochester, que de todos los hombres de Estado que no eran *nonjurors* era á quien éstos más estimaban, y de Trevor, el cual, á pesar de su insignificancia, tenía considerable influencia con el partido de la alta Iglesia. Se hizo saber á Sancroft y á sus colegas que si consentían en cumplir sus deberes espirituales, ordenando, instituyendo, confirmando é inspeccionando la fe y la moralidad del clero, se presentaría un bill al Parlamento excusándoles por no haber jurado (1). Este ofrecimiento era imprudentemente liberal; pero aquellos á quienes se hacía no podían aceptarlo si habían de ser consecuentes consigo mismos. Porque en el oficio de la ordenación y en casi todos los oficios de la Iglesia, se designaban como reyes á Guillermo y María. La única promesa que pudo obtenerse de los destituídos prelados fué la de vivir en paz; y aun esta promesa no fué cumplida por todos. Uno de ellos, por lo menos, se había hecho reo de traición con la circunstancia agravante de impiedad. Había declarado, bajo la presión del gran temor de morir á manos del populacho, que aborrecía la idea de solicitar la ayuda de Francia, y había invocado el nombre de Dios en testimonio de que su declaración era sincera. Sin embargo, poco tiempo después se descubrió que conspiraba por traer á Inglaterra un ejército francés, y había escrito asegurando á la corte de Saint-Germain que obraba de concierto con sus hermanos, y especialmente con Sancroft. Los whigs pedían á voz en grito al Gobierno que se mostrara severo. Hasta los consejeros tories de Guillermo confesaban que se había llevado la in-

(1) Burnet, II, 71.

dulgencia demasiado lejos. Hízose, sin embargo, una última tentativa de mediación. «¿Queréis vos y vuestros colegas, dijo Trevor á Lloyd, el obispo *non juror* de Norwich, desautorizar toda relación con el doctor Turner, y declarar que lo que en sus cartas os ha imputado es falso?» Lloyd eludió la pregunta. Era ya evidente que la indulgencia de Guillermo sólo servía para envalentonar á los adversarios á quienes había creído conciliar. Hasta Caermarthen, hasta Nottingham declararon que era ya tiempo de proveer las sedes vacantes (1).

XVII.

Tillotson, Arzobispo de Canterbury.

Tillotson fué nombrado Arzobispo, siendo consagrado el domingo de Pentecostés en la iglesia de Santa María Le Bow. Compton, cruelmente mortificado, se negó á tomar parte alguna en la ceremonia. Ocupó su puesto Mew, obispo de Winchester, á quien asistían Burnet, Stillingfleet y Hough. La congregación era la más espléndida que se había visto en todos los lugares del culto desde la coronación. Aquel día estuvo desierto el salón de la Reina. La mayor parte de los Pares que se hallaban en la ciudad se reunieron por la mañana en el palacio de Bedford, y desde allí fueron en corporación á Cheapside. Norfolk, Caermarthen y Dorset se distinguían entre todos. Devon-

(1) Lloyd á Sancroft, enero 24, 1691. Puede verse la carta en los MSS. Tanner, y ha sido impresa en la *Vida de Ken, por un laico.*

shire, que estaba impaciente por ver sus bosques de Chatworth en la espléndida belleza del estío, había aplazado su partida en señal de respeto á Tillotson. La multitud, que llenaba las calles, saludó con entusiasmo al nuevo Primado. Porque durante muchos años había predicado en la City; y su elocuencia, su probidad y la singular dulzura de su carácter y de sus maneras le habían hecho favorito de los londonenses (1). Pero las felicitaciones y aplausos de sus amigos no pudieron ahogar el rumor de execración levantado por los jacobitas. Según ellos, Tillotson era un ladrón que no había entrado por la puerta, sino que se había introducido escalando el vallado. Era un instrumento pagado á quien no pertenecía el rebaño, que había usurpado el cayado del buen pastor, y el cual de esperar era que dejase el rebaño á merced de cualquier lobo. Era arriano, sociniano, deísta, ateo. Había engañado al mundo con bellas frases y con apariencias de bondad; pero era realmente enemigo de la Iglesia mucho más peligroso que si se hubiera proclamado abiertamente discípulo de Hobbes y que si hubiera llevado la vida libre de Wilmot. Él había enseñado á las elegantes damas y caballeros que admiraban su estilo y que se veían constantemente en torno de su púlpito, que podían ser muy buenos cristianos, y sin embargo, considerar como alegórica la relación de la caída del hombre que refiere el Génesis. No les costaría ciertamente mucho trabajo ser tan buenos cristianos como él, porque él nunca había sido bautizado:

(1) *Gaceta de Londres*, 1.º de junio de 1691; Birch, *Vida de Tillotson; Poema felicitando al reverendo doctor Tillotson con motivo de su promoción*, 1691; Vernon á Wharton, mayo 28 y 30, 1691. Estas cartas á Wharton se encuentran en la biblioteca Bodleiana y forman parte de una colección en extremo curiosa que tuvo la bondad de indicarme el doctor Bandinel.

sus padres eran anabaptistas: niño todavía, había perdido la religión en que fuera educado, y nunca había vuelto á tener otra.

En sátiras indecentes le daban el sobrenombre de *Juan el no mojado*. En vano fué presentar su partida de bautismo. Sus enemigos continuaban siempre quejándose de que hubieran llegado á ser padres de la Iglesia los que nunca habían sido sus hijos. Inventaron una historia de que la Reina había sentido amargo remordimiento por el gran crimen á que debía el haber subido al trono; que en su angustia había acudido á Tillotson, y que éste la había consolado asegurándole que el castigo de los malos en la otra vida no sería eterno (1). Era, por naturaleza, el Arzobispo, de espíritu casi de femenil delicadeza, y habían contribuído á suavizarlo más todavía los hábitos de una larga vida, durante la cual sectas y facciones hostiles habían estado siempre unánimes en hablar con admiración de su talento y con respeto de su carácter. La tormenta de censuras que tuvo que arrostrar por vez primera, cuando ya pasaba de los sesenta años, fué superior á sus fuerzas. Desfalleció su espíritu; su salud se resintió; él, sin embargo, no retrocedió ante el cumplimiento de su deber ni intentó vengarse de sus perseguidores. Pocos días después de su consagración fueron cogidas algunas personas en el momento de esparcir libelos infamantes para el Arzobispo. Los

(1) Birch, *Vida de Tillotson;* Leslie, *Examen de la acusación de socinianismo formulada contra el doctor Tillotson, por un verdadero hijo de la Iglesia*, 1695; Hickes, *Discursos sobre el doctor Burnet y el doctor Tillotson*, 1695; *Catálogo de libros de última moda que se han de vender en remate en el café del Whig*, impreso evidentemente en 1693. Más de sesenta años después, descubrió Johnson un jacobita acérrimo, firmemente convencido de que Tillotson había muerto siendo ateo; *Idler*, núm. 10.

abogados de la Corona proponían que se les persiguiera criminalmente; pero él insistió en que nadie fuera castigado por su causa (1). En una ocasión, estando con él otras personas, pusieron en sus manos un paquete sellado; lo abrió, y cayó al suelo una máscara. Este cobarde insulto llenó de disgusto é indignación á sus amigos; pero el Arzobispo, tratando de ocultar su angustia con una sonrisa, señaló los libelos que cubrían su mesa, y dijo que el insulto representado por el emblema de la máscara podía calificarse de leve en comparación de otros que tenía que sufrir diariamente. Después de su muerte se encontró entre sus papeles un paquete de los más furibundos libelos que los *nonjurors* habían hecho circular contra él, con esta inscripción: «Ruego á Dios que les perdone» (2).

XVIII.

Conducta de Sancroft.

Muy diferente era la actitud del Primado depuesto. Al parecer, padecía completa alucinación respecto á su propia importancia. La inmensa popularidad que había disfrutado tres años antes, los llantos y oraciones de la multitud que había entrado en el Támesis implorando su bendición, el entusiasmo con que los centinelas de la Torre habían brindado por él bajo las ventanas de su prisión, el potente estrépito de alegría que partió de Palace Yard la mañana en que

(1) Tillotson á Lady Russell, junio 23, 1691.

(2) Birch, *Vida de Tillotson; Memorias de Tillotson, por su discípulo Juan Beardmore; Sermón predicado por Sherlock en la Iglesia del Temple á la muerte de la reina María*, 1694-95.

fuera absuelto, la noche de triunfo en que todas las ventanas desde Hyde Park hasta Mile End habían exhibido siete velas, la del medio y la más alta en representación de su persona, estaban todavía presentes en su memoria; ni su discreción llegó á advertir que todo este homenaje fuera tributado, no á él, sino á aquella religión y á aquellas libertades que por un momento había representado. La extremada indulgencia con que el nuevo Gobierno había persistido largo tiempo en tratarle, parece haberle confirmado en su error. Que le enviaran de Kensington una serie de mensajes conciliadores; que le ofrecieran condiciones tan liberales que apenas se compadecían con la dignidad de la Corona y la prosperidad del Estado; que sus frías y descorteses respuestas no agotasen la indulgencia real; que á despecho de las altas reclamaciones de los whigs y de las diarias provocaciones de los jacobitas continuara residiendo, quince meses después de su destitución, en el palacio metropolitano, todas estas cosas le parecían indicar, no indulgencia, sino temor por parte de los gobernantes. Lisonjeábase, al parecer, de que no se atreverían á expulsarle. Así, pues, la noticia de que se había proveído su sede le arrojó en un estado excepcional que duró tanto como su vida y que le hizo cometer multitud de acciones ridículas é indecorosas. Tillotson tan pronto como fué nombrado marchó á Lambeth, en la esperanza de poder, con su cortesía y benignidad, calmar la irritación de que era causa inocente. Permaneció largo tiempo en la antecámara y se hizo anunciar por varios criados. Pero Sancroft ni siquiera le mandó contestación (1). Pasaron tres semanas, y

(1) Wharton, *Collectanea* citada en la *Vida de Tillotson* por Birch.

todavía el arzobispo destituído no daba muestras de salir del palacio. Por último, recibió una orden intimándole la voluntad del Rey de que abandonase la morada que hacía largo tiempo había cesado de pertenecerle y en la cual no era más que un huésped. Esta orden le hizo sufrir amargamente, y declaró que no la obedecería. Permanecería allí hasta ser arrojado por los alguaciles. Se defendería ante los tribunales todo el tiempo que pudiera hacerlo sin verse obligado á reconocer la autoridad de los usurpadores (1). La cuestión era tan clara que por ningún artificio de la curia podía obtener más que una breve dilación. Cuando se hubo dictado sentencia contra él, abandonó el palacio, pero ordenó á su mayordomo conservar la posesión. Consecuencia de esto fué que el mayordomo fuera reducido á prisión y multado en una gran cantidad. Tillotson envió un mensaje cariñoso, asegurando á su predecesor que no se le haría pagar la multa. Pero Sancroft estaba determinado á tener un motivo de queja y quiso pagarla (2).

XIX.

Diferencia entre Sancroft y Ken.

Desde aquel tiempo el principal objeto del poco avisado y malicioso anciano fué destruir la Iglesia de que había sido principal ministro. En vano fué que algunos de aquellos *nonjurors* cuya virtud, talento y

(1) Wharton, *Collectanea* citada en la *Vida de Sancroft*, por D'Oyly; *Diario de Narciso Luttrell*.

(2) MS. de Lambeth, citado por D'Oyly en la *Vida de Sancroft*; *Diario de Narciso Luttrell*; Vernon a Wharton, junio 9 y 11, 1691.

saber eran orgullo de su partido objetasen contra sus designios. «Nuestra destitución—tal era el razonamiento de Ken—es nula á los ojos de Dios. Nosotros somos y seremos, hasta morir ó renunciar, los verdaderos obispos de nuestras sedes. Quienes asuman nuestros títulos y funciones serán reos de cisma; pero si cumplimos nuestro deber, con nosotros morirá el cisma, y la generación inmediata restablecerá la unidad de la Iglesia. Por otra parte, si consagramos obispos para que nos sucedan, la división durará siglos enteros, y con justicia se nos hará responsables, no ciertamente de su principio, sino de su continuación.» Estas consideraciones, con arreglo á los principios del mismo Sancroft, debieran haber pesado en su ánimo de manera decisiva. Ken se retiró tranquilamente del venerable palacio de Wells. Estaba resuelto, dijo, á no luchar más, y en lo sucesivo manifestaría sus sentimientos no en disputas, sino en himnos. Había sido tan pródigo en sus caridades con los desgraciados de todas las opiniones, y especialmente con los parciales de Monmouth y con los perseguidos hugonotes, que su fortuna particular consistía en setecientas libras y en una biblioteca de que nunca se hubiera desprendido. Pero Tomás Thynne. Vizconde de Weymouth, sin ser *nonjuror*, se honró ofreciendo al más virtuoso de los *nonjurors* un tranquilo y decoroso asilo en el regio palacio de Longleat. Allí pasó Ken una digna y feliz ancianidad, durante la cual nunca tuvo que arrepentirse del sacrificio que había hecho por cumplir lo que él creía su obligación, y todavía se hizo cada vez más indulgente con aquellos cuyas opiniones, en punto al cumplimiento del deber, se apartaban de la suya (1).

---

(1) Véase una carta de R. Nelson, fechada á 21 de febrero de

XX.

Odio de Sancroft á la Iglesia establecida.—Provee á la sucesión episcopal entre los "nonjurors".

La actitud de Sancroft era muy diferente. Tenía, en verdad, menos motivos de queja que ninguno á quien una revolución hubiera hecho descender de un puesto elevado. Tenía en Fress ingfield, condado de Suffolk, una hacienda patrimonial que, juntamente con lo que había ahorrado en los doce años que fuera primado, le permitía vivir, no ciertamente como había vivido cuando era el primer par del Parlamento, pero como vive un opulento caballero del campo. Se retiró á sus posesiones hereditarias y allí pasó el resto de su vida ocupado constantemente en recordar las injusticias de que fuera víctima. La aversión á la Iglesia establecida vino á ser en él sentimiento tan fuerte como lo había sido en Martín Marprelate. Consideraba á cuantos continuaban en la comunión de aquella Iglesia como gentiles y publicanos. Daba á Tillotson el sobrenombre de *el Mufti*. No se permitía, en la habitación que servía de capilla en Fressingfield, compartir el sagrado pan y vino á ninguna persona que hubiera prestado los juramentos ó que asistiera al ministerio de cualquier sacerdote que hubiera jurado. Hízose, no obstante, una distinción entre dos clases de delincuentes. Al seglar que continuaba en la co-

---

1709-10, en el Apéndice á la *Defensa de nuestra Constitución en la Iglesia y el Estado*, por N. Marshall, 1717; Hawkins, *Vida de Ken; Vida de Ken, por un laico.*

munión de la Iglesia se le permitía estar presente durante la lectura de las oraciones, y era excluído tan sólo del más alto de los misterios cristianos. Pero con los eclesiásticos que habían jurado obediencia á los actuales soberanos, Sancroft no quería ni aun rezar. Cuidó de que la regla que había establecido fuera universalmente conocida, y con el precepto y el ejemplo enseñó á sus parciales á considerar al más ortodoxo, al más devoto, al más virtuoso, si reconocía la autoridad de Guillermo, con un sentimiento semejante á aquel con que los judíos miraban á los samaritanos (1). Semejante intolerancia hubiera sido reprensible aun en un hombre que luchara por un gran principio. Pero Sancroft luchaba únicamente por un nombre. Él era autor del proyecto de regencia. Él estaba perfectamente dispuesto á hacer pasar todo el poder real de Jacobo á Guillermo. La cuestión que á esta inteligencia mezquina y displicente parecía bastante importante para justificar la excomunión de diez mil sacerdotes y de cinco millones de seglares, era determinar si el magistrado á quien fuera trasferido todo el poder real debía tomar el título de rey. Ni podía Sancroft tolerar el pensamiento de que la animosidad que había excitado hubiera de morir con él. Después de trabajar cuanto pudo por enconar la contienda, determinó hacerla eterna. Envió á Saint-Germain una lista de los eclesiásticos que habían sido arrojados de sus beneficios, solicitando de Jacobo que nombrase dos encargados de atender á la sucesión episcopal. Jacobo, complacido sin duda al ver añadida otra secta á aquella multitud de sectas que le habían enseñado á considerar como principal defecto del

(1) Véase un papel dictado por él en 15 de noviembre de 1693 en la carta escrita por Wagstaffe desde Suffolk.

protestantismo, nombró dos fieros é intransigentes *nonjurors*, Hickes y Wagstaffe, el primero recomendado por Sancroft, el último por Lloyd, el destituído obispo de Norwich (1). Tal fué el origen de una jerarquía cismática que, habiendo excitado la alarma durante breve tiempo, cayó pronto en la oscuridad y el desprecio, pero que en la oscuridad y el desprecio continuó arrastrando una existencia lánguida durante varias generaciones. La pequeña Iglesia, sin templos, rentas ni dignidades, se vió aún más dividida por disputas interiores que la grande, la cual conservaba la posesión de catedrales, diezmos y pairías. Algunos *nonjurors* se inclinaban del lado del ceremonial romano: otros no querían tolerar la más leve separación del *Libro de Oraciones*. Frente á un altar se levantaba otro. Un fantástico prelado declaraba anticanónica la consagración de otro prelado igualmente fantástico. Por fin, los pastores quedaron sin una sola oveja. Uno de estos lores espirituales, obrando con gran discreción, se hizo cirujano; otro abandonó lo que el llamaba su sede y se estableció en Irlanda; y finalmente, en 1805, el último obispo de aquella sociedad que había pretendido orgullosamente ser la sola verdadera Iglesia de Inglaterra, bajó á la tumba completamente ignorado (2).

(1) Kettlewell, *Vida*, III, 59.

(2) Véase D'Oyly, *Vida de Sancroft*; Hallam, *Historia Constitucional*, y el doctor Lathbury, *Historia de los Nonjurors*.

XXI.

Los nuevos obispos.

Las sedes de los obispos que fueran expulsados se proveyeron en personas que dieron crédito al Gobierno. Patrick sucedió al traidor Turner. Fowler fué destinado á Gloucester. Ricardo Cumberland, anciano sacerdote que no tenía influencia en la corte y cuyas únicas recomendaciones eran su piedad y erudición, se llenó de asombro al saber por una carta noticiera que encontró sobre la mesa de un café, que había sido nombrado para la sede de Peterborough (1). Beveridge fué elegido para suceder á Ken; aceptó, y el nombramiento fué publicado en la *Gaceta de Londres*. Pero aunque Beveridge era hombre honrado, tenía carácter débil. Algunos jacobitas se le quejaron; otros le censuraron duramente: faltóle el valor, y se retractó. Mientras los *nonjurors* se regocijaban de su victoria, cambió otra vez de opinión; pero era ya demasiado tarde. Su irresolución le hizo perder el favor de Guillermo, y no consiguió una mitra hasta que Ana ocupó el trono (2). El obispado de Bath y Wells fué concedido á Ricardo Kidder, hombre de notable ta-

(1) Véase la autobiografía de su descendiente y homónimo el dramaturgo. Véase también la nota de Onslow á Burnet, II, 76.

(2) *Vindicación de la autoridad de SS. MM. para proveer las sedes de los obispos destituidos,* mayo 20, 1691; *Gaceta de Londres,* abril 27 y junio 15, 1691. *Diario de Narciso Luttrell*, mayo, 1691. Entre los MSS. de Tanner hay dos cartas de jacobitas á Beveridge, una templada y digna, la otra llena de improperios hasta dejar atrás el estilo ordinario de los *Nonjurors*. La primera se hallará en la *Vida de Ken, por un laico.*

lento é intachable carácter, pero sospechoso de inclinarse al presbiterianismo. Por este mismo tiempo, Sharp, el anglicano de más alta jerarquía que se había mostrado celoso en pro de la asimilación, y el anglicano de jerarquía más baja que tenía escrúpulo en suceder á un prelado destituído, aceptó el arzobispado de York, vacante por muerte de Lamplugh (1).

XXII.

Sherlock, deán de San Pablo.

A consecuencia de la elevación de Tillotson á la sede de Canterbury, el deanato de San Pablo quedó vacante. Tan pronto como se supo el nombre del nuevo deán, se produjo un clamor como nunca tal vez ha excitado ningún nombramiento eclesiástico, clamor en que se mezclaban gritos de odio, silbidos de desprecio, y aclamaciones de triunfante y medio insultante bienvenida; porque el nuevo deán era Guillermo Sherlock.

La historia de su conversión merece ser relatada por extenso, pues arroja gran luz sobre el carácter de los partidos que entonces dividían la Iglesia y el Estado. Sherlock era en influencia y reputación, aunque no en rango, el primero entre los *nonjurors*. Su autoridad y ejemplo habían inducido á algunos de sus hermanos, que al principio habían vacilado, á renunciar sus beneficios. Vino el día de la suspensión,

(1) No resulta con toda claridad si el escrúpulo de Sharp, relativo á los prelados destituídos, era un escrúpulo de conciencia ó de delicadeza. Véase su *Vida*, por su hijo.

vino el día de la destitución, y él se mantuvo firme. Parecía que la conciencia de haber obrado con rectitud y la contemplación del mundo invisible le hubieran dado amplia compensación de cuanto había perdido. Mientras estuvo excluído del púlpito, donde su elocuencia había hecho un tiempo las delicias de los ilustrados y corteses vecinos del Temple, escribió aquel célebre *Tratado de la Muerte* que durante muchos años se veía al lado del *Deber del Hombre* en las librerías de graves arminianos. Pronto, sin embargo, se comenzó á sospechar de la firmeza de su resolución. Declaró que no sería partidario de un cisma; á los que le pedían consejo les decía que no abandonasen sus parroquias; y lo que aun es más, advirtiendo que la ley que le había expulsado de su curato no le prohibía ejercer el divino servicio, ofició en Saint-Dunstan, y oró por el rey Guillermo y la reina María. La prescripción apostólica, decía, mandaba orar por los que tenían la autoridad, y Guillermo y María eran visiblemente los que tenían la autoridad. Sus amigos jacobitas reprendían duramente su inconsecuencia. Si admitís que el Apóstol habla en este pasaje de autoridad efectiva, ¿cómo, le preguntaban, podéis mantener que en otros pasajes semejantes habla sólo de autoridad legítima? ¿Ó cómo podéis, sin incurrir en pecado, designar como rey en una solemne súplica dirigida á Dios, al mismo á quien no podéis, sin pecado, prometer obediencia como á vuestro rey? Estos razonamientos eran incontestables, y Sherlock empezó muy pronto á considerarlos así; pero la conclusión á que le llevaron fué diametralmente opuesta de la que parecía natural. Vaciló, sin embargo, hasta que una nueva luz, que procedía de un sitio de donde sólo había motivo para esperar las más espesas tinieblas, iluminó su espíritu. En el

reinado de Jacobo I, el doctor Juan Overall, obispo de Exeter, había escrito un elaborado tratado sobre los derechos de los gobernantes civiles y eclesiásticos. Este tratado había sido aprobado solemnemente por las convocaciones de Canterbury y York, y podía, por tanto, ser considerado como exposición autorizada de la doctrina de la Iglesia anglicana. Una copia del manuscrito se hallaba en poder de Sancroft; el cual, poco después de la revolución la envió á la imprenta. Esperaba indudablemente que esta publicación perjudicaría al nuevo gobierno; pero sufrió un triste desengaño. El libro condenaba ciertamente toda resistencia, en términos tan enérgicos como los que el mismo Sancroft pudiera haber usado; pero había un pasaje que hubo de escapar á su atención, el cual era decisivo contra él y contra sus compañeros de cisma. Overall y las dos convocaciones que habían sancionado la doctrina de Overall, enseñaban que un gobierno engendrado en la rebelión, después de establecido por completo, debía considerarse como ordenado por Dios y encontrar obediencia en todos los cristianos (1).

---

(1) Véase Overall, *Libro de la Convocación*, cap. XXVIII. No puede darse nada más claro, ni que mejor venga á nuestro propósito que lo que dice:

«Cuando habiendo realizado sus profanos deseos, bien se trate de reyes ambiciosos que hayan sometido á su domininación cualquier país, ó de súbditos desleales que se hubieran alzado en rebelión contra sus soberanos naturales, hayan establecido algunos de los dichos gobiernos degenerados entre su pueblo, la autoridad tan injustamente establecida ó arrancada por la fuerza de manos de su legítimo y verdadero poseedor, siendo siempre la autoridad de Dios, y no recibiendo, por tanto, disminución alguna por la maldad de los que la tienen, debe continuar, una vez completamente terminadas tales alteraciones, siendo reverenciada y obedecida; y el pueblo, de cualquier clase y condición que sea, ecle-

Sherlock leyó y quedó convencido. Su venerable madre la Iglesia había hablado; y él, con la docilidad de un buen hijo, acató su mandamiento. El gobierno que había salido de la revolución podía muy bien llamarse, al menos después de la batalla del Boyne y la fuga de Jacobo de Irlanda, gobierno establecido, y se debía, por tanto, prestarle obediencia pasiva hasta que fuera derribado por otra revolución y reemplazado por otro gobierno establecido.

Sherlock prestó los juramentos, y en seguida publicó, en justificación de su conducta, un folleto titulado: *Solución al caso de obediencia al poder soberano.* La sensación que esta obra produjo fué inmensa. *La Cierva y la Pantera*, de Dryden, no había promovido tan gran alboroto. *La Carta á un Disidente*, de Halifax, no había dado origen á tan gran número de respuestas. Las réplicas al doctor, las vindicaciones del doctor, los pasquines contra el doctor, llenarían una biblioteca. Redobló el clamor cuando se supo que el converso no sólo había sido otra vez nombrado maestro del Temple, sino que había aceptado el ser deán de San Pablo, vacante á consecuencia de la destitución de Sancroft y de la promoción de Tillotson. La rabia de los *nonjurors* llegó casi al frenesí. ¿No era bastante, preguntaban, abandonar la pura y verdadera Iglesia en esta hora de angustia y peligro, sin calumniarla también? Compren-

---

siásticos y seglares, están sujetos á ella, no sólo por temor, sino también por deber de conciencia.»

Sigue luego el Cánon:

«Si alguno afirmase que los gobiernos nuevos, entronizados por la rebelión y firmemente consolidados después, no tienen autoridad divina, ó que los que viven en los territorios de esos gobiernos no están obligados á sujetarse á la autoridad de Dios, sino que pueden rebelarse contra ella, incurrirá en gran error.»

díase fácilmente que un cobarde y codicioso hipócrita se negara á prestar los juramentos al usurpador mientras fuera probable la restauración del Rey legítimo, y que se hubiera apresurado á jurar después de la batalla del Boyne. Semejante cambio, en tiempos de discordias civiles, no era ninguna novedad. Pero sí era nuevo que el traidor tratase de arrojar su propia culpa y su vergüenza sobre la Iglesia anglicana, y proclamase que ella le había enseñado á volverse contra los débiles que tenían de su parte el derecho, y á incensar bajamente á los poderosos que sostenían la injusticia. ¿Por ventura había sido ésta la conducta y la práctica de la Iglesia en días infelices? ¿Había ella abandonado a su Real Mártir en la prisión ó en el cadalso? ¿Había ordenado á sus hijos que prestaran obediencia al Parlamento ó al Protector? Y sin embargo, ¿tenía menos derecho á ser llamado gobierno establecido el gobierno del Parlamento ó el del Protector que el gobierno de Guillermo y María? ¿No había sido la batalla de Worcester golpe tan formidable para las esperanzas de la casa de Estuardo como la batalla del Boyne? ¿No habían parecido tan contadas las probabilidades de restauración en 1657, como pudieran parecer á toda persona discreta en 1691? A despecho de insultos y burlas, sin embargo, allí estaba el tratado de Overall; allí estaban los votos de aprobación de las dos convocaciones; y era mucho más fácil desencadenarse contra Sherlock que encontrar explicación al tratado ó á los votos. Un escritor sostenía que por gobierno completamente establecido debía entenderse un gobierno cuyo título fuera incontestable. Así, decía, el gobierno de las Provincias Unidas vino á ser un gobierno establecido al ser reconocido por España, y á no haber sido aquel reconocimiento, nunca hubiera

sido gobierno establecido aunque durase hasta el fin de los tiempos. Otro casuista, algo menos severo, declaraba que un gobierno ilegítimo en su origen podría llamarse gobierno establecido después del trascurso de un siglo. El 13 de Febrero de 1789, y ni un día antes, estarían, pues, los ingleses en libertad de jurar obediencia a un gobierno salido de la revolución. La historia del pueblo elegido era entrada á saco en busca de precedentes. ¿Representaba Eglón el gobierno establecido cuando Ehúd le dió de puñaladas? ¿Era Joram el gobierno establecido cuando murió á manos de Jehú? Pero el caso más importante era el de Atalía. Era, en verdad, un caso que proporcionaba á los descontentos multitud de felices y punzantes alusiones: un reino del cual se había apoderado traidoramente; un usurpador unido al trono por lazos de parentesco; el legítimo príncipe desposeído largo tiempo; una parte del orden sacerdotal fiel, durante muchos años de infortunios, á la causa real; y finalmente, una contrarrevolución efectuada por el gran sacerdote á la cabeza de los levitas. ¿Quién, preguntaban, se atrevería á censurar la conducta del heroico pontífice que había restaurado al heredero de David? Y sin embargo, ¿no estaba el gobierno de Atalia tan sólidamente establecido como el del Príncipe de Orange? Centenares de páginas escritas en este tiempo acerca de los derechos de Joash y la atrevida empresa de Jehoiada están cubriéndose de polvo en las antiguas bibliotecas de Oxford y Cambridge. Mientras Sherlock era tan fieramente atacado por sus antiguos amigos, movíanse é inquietábanle sus enemigos de siempre; algunos whigs vehementes, entre los cuales se distinguía Julián Johnson, declararon que el jacobinismo era digno de respeto, si lo comparaban á la vil doctrina que había sido descubierta

en el Libro de la Convocación. Que se debiera obediencia pasiva á los reyes, era indudablemente precepto absurdo y pernicioso; sin embargo, era imposible no respetar la consistencia y fortaleza de aquellos hombres que se creían obligados á acatar y obedecer en todas circunstancias á un infortunado, depuesto y desterrado opresor. Pero en la teoría que Sherlock había aprendido de Overall no había más que bajeza é infamia. Debía abandonarse una causa, no porque fuera injusta, sino porque no era próspera. Que Jacobo hubiera sido un tirano ó hubiera sido padre de su pueblo, era completamente indiferente. Si hubiera ganado la batalla del Boyne, hubiéramos estado obligados como cristianos á ser esclavos suyos. Habíala perdido, y como cristianos teníamos que ser sus enemigos. Otros whigs felicitaban al prosélito por haber venido, por cualquier camino, á una conclusión muy práctica; pero no podían menos de burlarse de la historia forjada para cohonestar su conversión. Era, decían, hombre de gran saber y talento. Había hecho largos y profundos estudios acerca de la cuestión de la obediencia; había escrito mucho sobre ella. Fuéronle concedidos algunos meses para lecturas, plegarias y meditaciones antes de ser suspendido, y varios meses antes de que incurriera en la pena de destitución, había formado una opinión por la cual declaraba estar pronto á sufrir el martirio: enseñóla á algunos, y cambió luego de modo de pensar, sólo por haber descubierto que había sido, no refutada, sino dogmáticamente declarada errónea por las dos Convocaciones, más de ochenta años antes. Seguramente esto era renunciar á toda libertad de juicio propio y atribuir á los sínodos de Canterbury y York una infalibilidad que, según la Iglesia anglicana había declarado, no podían reclamar con justicia ni aun

los Concilios Ecuménicos. Si todas nuestras ideas sobre lo justo y lo injusto, decíase en son de burla, en materias de importancia vital para el bienestar de la sociedad, han de cambiarse súbitamente por algunas líneas de un manuscrito encontrado en un rincón de la librería de Lambeth, es, seguramente, muy de desear para la paz espiritual de humildes cristianos que todos los documentos que estén investidos de esta especie de autoridad salgan y sean enviados á la imprenta lo más pronto posible; porque de no hacerlo así, nos exponemos lo mismo que el doctor, cuando un año antes se negara á prestar los juramentos, á estar cometiendo pecados en la plena persuasión de cumplir nuestro deber. En realidad, no es fácil creer que el Libro de la Convocación hubiera dado á Sherlock más que un pretexto para poner por obra lo que ya estaba resuelto á hacer. La fuerza unida de la razón y el interés habíale convencido, á no dudar, de que sus pasiones y prejuicios le hicieran incurrir en un grave error. De aquel error determinó retractarse; y no le fué tan costoso decir que había cambiado de opinión por haber descubierto nuevos testimonios, como decir que había formado un juicio erróneo, teniendo delante todos los materiales para pensar con acierto. La opinión vulgar era que su retractación había sido efecto de las lágrimas, lamentaciones y reproches de su esposa. Era mujer de carácter altivo; su autoridad en la familia era grande, y daba mucha más importancia á lo relativo á su casa y á su coche, á que la mesa estuviera abundantemente servida y asegurado el porvenir de sus hijos, que al origen patriarcal del gobierno ó al significado de la palabra abdicación. Asegurábase que no había dejado en paz á su marido ni de día ni de noche hasta que logró vencer sus escrúpulos. En cartas, fábulas, canciones y

diálogos sinnúmero se elogiaban maliciosamente su poder para seducir é intimidar. Tan pronto era Jantipa arrojando el agua á Sócrates á la cabeza, ó Dalila cortando el cabello á Sansón, ó Eva introduciendo á Adán por fuerza, en la boca, el fruto prohibido. Era la esposa de Job impetrando de su arruinado marido que estaba sentado rascándose entre las cenizas, que en vez de maldecir y morir, prestase los juramentos y viviese. Mientras los poetas populares celebraban la victoria de Mistress Sherlock, enemigos de otra clase caían sobre la reputación teológica de su esposo. Hasta que prestó los juramentos, había sido siempre considerado como el más ortodoxo de los eclesiásticos. Pero la capciosa y maligna crítica á que ahora se veían sujetos sus escritos hubiera encontrado herejía en el sermón de la montaña; y él, desgraciadamente, se dejó llevar de la ira y publicó, en el mismo momento en que era mayor el clamor contra su cambio en política, sus pensamientos acerca del misterio de la Trinidad. Es probable que en otra ocasión su obra hubiera sido saludada por los buenos anglicanos como una contestación triunfante á los socinianos y sabelianos. Pero, desgraciadamente, en su celo contra el socinianismo y sabelianismo, empleaba expresiones que hubieran podido interpretarse en sentido triteísta. Jueces imparciales hubieran recordado que el camino de la verdad se encuentra á muy poca distancia por uno y otro lado del camino del error, y que no era casi posible mantenerse á mucha distancia del peligro por un lado sin acercársele mucho por el otro. Pero no era probable que Sherlock encontrara jueces imparciales entre los jacobitas. Sus antiguos aliados afirmaban que había incurrido en todas las terribles penas denunciadas en el credo de Atanasio contra aquellos que dividen la divina esencia. Escribíanse

voluminosos *in quartos* para demostrar que él sostenía la existencia de tres divinidades distintas; y algunos descontentos burlones, á quienes importaba muy poco la verdad católica, divertían á la ciudad con sátiras en inglés y en latín contra la heterodoxia de Sherlock. «Nosotros empeñamos nuestra fe, decía uno de estos burlones, á un rey é invocamos á un Dios para que sea testigo de nuestra promesa. No debe extrañarnos que el doctor haya jurado obediencia á más de un rey, cuando consideramos que tiene más de un Dios por quien jurar» (1).

---

(1) La lista de todos los documentos que he leido relativos á la apostasía de Sherlock sería fatigosa para el lector. Mencionaré algunos de diferentes clases. Parkinson, *Exámen del Caso de Obediencia del doctor Sherlock*, 1691; *Contestación al Caso de Obediencia del doctor Sherlock, por un aprendiz de Londres*, 1691; *Razones del nuevo converso para prestar los juramentos al actual gobierno*, 1691; *¿Utrum horum? ó sea de las maneras que tiene Dios de disponer de los reinos y de las que tienen algunos eclesiásticos*, 1691; *Sherlock y Jantipa*, 1691; *Triunfo de San Pablo en sus sufrimientos por Cristo, por Mateo Bryan, doctor en letras, dedicado á la Ecclesiae sub cruce gementi; Una palabra á un levita; El tribunal teoló ico equilibrista; Proteus Ecclesiasticus, ó sea observaciones sobre el reciente caso de Obediencia del doctor Sherlock; La comadreja descubierta; Látigo para la comadreja; Las anticomadrejas*. Se hallarán numerosas alusiones á Sherlock y su esposa en los escritos picarescos de Tom Brown, Tom Durfey y Ned Ward. Véase la *Vida de Jacobo*, II, 318. En los MSS. Tanner se encuentran algunas cartas curiosas acerca de la apostasía de Sherlock. Daré dos ó tres muestras de los versos que contiene el Caso de Obediencia. «Cuando Eva probó el fruto prohibido, se apresuró á pasarlo á su marido, dándole con él un golpe en la barba.—Caro pimpollo, le dijo, ven y prueba de este fruto: lo encontrarás muy bueno para tu paladar; comerlo no es pecado.»—«Cuando el triste Job había ya perdido hasta la camisa, y con la cara cubierta de coliflor languidecía en el muladar, su esposa murmuraba en su oído:—Jura, esposo, jura, si me amas, y te verás libre de miserias.»—«Al principio había dudado, y por eso rogó al cielo que le enseñara el camino recto, que le dijera á quién debía

XXIII.

Traición de algunos servidores de Guillermo.

Tal vez hubiera dudado Sherlock de que el gobierno al cual se había sometido tuviera derecho á ser llamado gobierno establecido, si hubiera tenido conocimiento de todos los peligros que lo amenazaban. Apenas se había descubierto el complot de Preston, cuando un nuevo complot de clase muy diferente se formó en el ejército, en la armada, en la tesorería, hasta en el mismo dormitorio del Rey. Este misterio de iniquidad ha ido descubriéndose gradualmente en el trascurso de cinco generaciones pero todavía no es completamente conocido. Algunas partes que aun están oscuras podrán tal vez, con el descubrimiento de cartas ó diarios que ahora reposan bajo el polvo de siglo y medio, ser aclaradas á nuestra posteridad. Sin embargo, los materiales accesibles al presente, bastan para formar una relación que no puede leerse sin rubor y repugnancia (1).

Hemos visto que, en la primavera de 1690, Shrewsbury, irritado al ver que sus consejos eran recha-

obedecer, si á Jacobo ó á Guillermo; pero nadie puede negar que el paso del Boyne vino á sacarle de dudas, y el precepto ocupó entonces el lugar de la Providencia: no creyó deshonroso el cambiar de opinión, y esto nadie lo puede negar. Pero esto en modo alguno está conforme con la Escritura, como en los libros VIII y IV de *Oseas* podéis ver: *Hánse establecido reyes, mas no por mí*, lo cual nadie puede negar.»

(1) La principal autoridad para esta parte de mi historia es la *Vida de Jacobo*, particularmente el interesantísimo é importante pasaje del tomo II, que comienza en la pág. 444 y termina en la pág. 450.

zados, y seguidos los de sus rivales toríes, en una hora fatal se dejó llevar de la idea de ponerse en correspondencia con la familia desterrada. Hemos visto también con cuán crueles sufrimientos físicos y morales había expiado su falta. Torturado por el remordimiento y por la enfermedad que el remordimiento le había producido, había abandonado la corte; pero había dejado tras de sí hombres de moral tan poco severa como la suya y de corazón mucho más duro y frío.

A principios de 1691, algunos de éstos se pusieron en secreta comunicación con Saint Germain. Infame y baja como era su conducta, no tenía nada de sorprendente. Obraban con arreglo á su condición. Los tiempos eran turbulentos. Una espesa nube se cernía sobre el porvenir. El más sagaz y experimentado político no podía descubrir con probabilidades de acertar los cambios que pudieran ocurrir en tres meses. Cierto que para un hombre virtuoso y honrado esto importaba poco. Su incertidumbre acerca de lo que pudiera suceder mañana podría inquietar su espíritu, pero no podía hacerle cometer una perfidia. Aun cuando se hallara en completa oscuridad en lo concerniente á sus intereses, tenía la guía segura de sus principios. Pero desgraciadamente los hombres virtuosos y honrados no abundaban entre los cortesanos de aquel tiempo. Por espacio de treinta años, Whitehall había sido escuela de toda clase de vicios públicos y privados, y estaba llena de políticos cuya conducta era siempre vil, doble y atenta sólo á la propia conveniencia. Estos políticos obraron actualmente como era natural que obrasen hombres profundamente inmorales en una crisis cuyo desenlace nadie podía prever. Algunos de ellos podrían tener leve predilección por Guillermo; otros por Jacobo; pero no era

ninguna predilección de esta clase el móvil de su conducta. Si hubiera parecido cierto que Guillermo continuaría en el trono, todos hubieran estado en favor de Guillermo. Si hubiera parecido cierto que Jacobo había de ser restaurado, todos hubieran estado en favor de Jacobo. Pero ¿qué había de hacerse cuando las probabilidades parecían estar casi equilibradas? Había hombres honrados de un partido que hubieran contestado: defender al verdadero rey y la verdadera Iglesia, y en caso necesario morir por ellos como Laud. Había hombres honrados del otro partido que hubieran contestado: defender las libertades de Inglaterra y la religión protestante, y en caso necesario morir por ellas como murió Sidney. Pero semejante consecuencia era incomprensible para muchos de los nobles y de los poderosos. Su objeto era salir bien, fuera cualquiera el resultado. Así, pues, prestaron el juramento de obediencia á un rey y empeñaron secretamente su palabra al otro. Eran infatigables en obtener comisiones, títulos de nobleza, pensiones, concesiones de tierra de la Corona, y todo autorizado con el gran sello de Guillermo; y tenían en sus cajones secretos promesas de perdón escritas de mano de Jacobo.

Entre aquellos que se hicieron reos de esta infamia, tres hombres ocupan lugar preeminente: Russell, Godolphin y Marlborough. No podrían hallarse tres hombres cuyo corazón y cuya cabeza difiriesen más entre sí; y las cualidades peculiares de cada uno daban peculiar carácter á su villanía. La traición de Russell ha de atribuirse en parte á su condición irritable: la traición de Godolphin ha de atribuirse por completo á cobardía: la traición de Marlborough era la traición de un hombre de gran genio y ambición sin límites.

XXIV.

Russell.

Podrá parecer extraño que Russell hubiera estado enojado. Acababa de aceptar el mando de las fuerzas navales unidas de Inglaterra y Holanda con el grado de almirante de la escuadra. Era tesorero de la armada. Tenía una pensión de tres mil libras anuales. Habíanle concedido tierras de la Corona, cerca de Charing Cross, por valor de diez y ocho mil libras. Sus ganancias indirectas deben haber sido inmensas. Y aun no estaba satisfecho. Es lo cierto que con valor indomable, con notable talento para la guerra y la administración, y con cierto espíritu público que se mostraba por llamaradas aun en los períodos más deshonrosos de su vida, era propiamente un mal hombre, insolente, malicioso, lleno de codicia, sin fe. Imaginaba que los grandes servicios que había prestado en tiempo de la revolución no habían tenido la debida recompensa. Parecíale que le quitaban á él todo lo que se daba á los demás. Todavía se conserva una carta que escribió á Guillermo por este tiempo. Está llena de jactancias, reproches y burlas. El Almirante con irónicas protestas de humildad y lealtad empieza por pedir permiso para poner sus quejas por escrito, porque su timidez no le permitiría explicarse de palabra. Las ofensas que había recibido eran intolerables. Otros obtenían la concesión de fincas reales; pero él apenas podía conseguir nada. Otros podían hacer la suerte de sus servidores; pero sus recomendaciones eran constantemente desatendidas. La renta que de-

bía al favor real podía parecer cuantiosa; pero tenía parientes pobres, y el Gobierno en vez de hacer por ellos lo que era de su deber, los había dejado sin miramiento alguno á su cuidado. Tenía una hermana á quien debían dar una pensión; única manera de que ella pudiera dotar á sus hijas. Tenía un hermano que por falta de empleo se había visto reducido á la triste necesidad de casarse con una vieja por ser rica. Russell seguía quejándose de que los whigs fueran desatendidos, de que la revolución hubiera engrandecido y enriquecido á hombres que habían hecho los mayores esfuerzos por combatirla, y hay razón de creer que esta queja le salía del corazón. Porque después de sus propios intereses, los de su partido eran para él los más caros, y aun en aquellas ocasiones en que se sentía más inclinado á hacerse jacobita, no mostró la menor disposición á hacerse tory. Dado el estado de ánimo que indica esta carta, prestó oídos sin dificultad á las sugestiones de David Lloyd, uno de los emisarios más hábiles y activos que por este tiempo andaban constantemente yendo y viniendo entre Francia é Inglaterra. Lloyd llevó á Jacobo la seguridad de que tan pronto se presentara oportunidad favorable, Russell trataría de hacer por medio de la escuadra lo que Monk había hecho en la generación precedente por medio del ejército (1). Hasta qué punto eran sinceras estas seguridades, era una cuestión acerca de la cual los que conocían bien á Russell y estaban minuciosamente informados de su conducta, no sabían á qué atenerse. Parece probable que durante muchos meses él mismo no supiera qué hacer.

---

(1) Russell á Guillermo, mayo 10, 1691, en el apéndice de Dalrymple, parte 2.ª, libro VII. Véanse también las *Memorias de sir John Leake.*

Su interés le ordenaba estar bien todo el tiempo que fuera posible con ambos reyes. Su carácter irritable é imperioso le impulsaba constantemente á luchar con ambos. Su mal humor era excitado una semana por una seca respuesta de Guillermo, y la siguiente por una absurda proclama de Jacobo. Por fortuna, el día más importante de su vida, el día cuya gloria cubrió el resto de su existencia, le encontró de mal humor con el rey desterrado.

XXV.

Godolphin.

Godolphin no tenía ni pretendía tener motivo alguno de queja contra el Gobierno que servía. Era primer comisario del Tesoro. Habían depositado gran confianza en él; había sido protegido, halagado. Ciertamente el favor de que fuera objeto había sido causa de muchas murmuraciones. ¿Era propio, preguntaban los whigs con indignación, que un hombre que había tenido altos empleos en el reinado anterior, que había prometido votar por la Declaración de Indulgencia, que se había sentado en el Consejo Privado al lado de un jesuita, que había formado parte de la dirección del Tesoro en unión de dos papistas, que había acompañado hasta el altar á una reina idólatra, figurase entre los principales ministros de un príncipe cuyo título al trono se derivaba de la Declaración de Derechos? Pero este clamor no produjo efecto alguno en Guillermo, y no parece que ninguno de sus servidores ingleses haya tenido, por este tiempo, parte tan grande en su confianza como Godolphin.

Sin embargo, los jacobitas no desesperaban. Uno de los más celosos de su partido, un caballero llamado Bulkeley, que había estado anteriormente en intimidad con Godolphin, se propuso tentar el terreno. Fué á la Tesorería y trató de hacer entrar en conversación política al Primer Lord. Esto no era cosa fácil, porque Godolphin no era hombre que se pusiera fácilmente en poder de los demás. Su reserva era proverbial, y era especialmente famoso por la habilidad con que en toda su vida había sabido apartar la conversación de los asuntos de Estado á una pareja de gallos ó al árbol genealógico de un caballo de carreras. La visita terminó sin que él pronunciara una palabra que hiciera ver que se acordaba siquiera de que el rey Jacobo existía.

Bulkeley, sin embargo, no era hombre que se dejara vencer por tan poco. Volvió otra vez, y habló del asunto que principalmente ocupaba su espíritu. Godolphin preguntó entonces por sus antiguos señores en el tono triste de un hombre que desesperase de poderse reconciliar jamás con ellos. Bulkeley le aseguró que el rey Jacobo estaba pronto á perdonar todo lo pasado. «¿Puedo decir á S. M. que trataréis de merecer su favor?» A esto Godolphin se levantó, habló algo acerca de las trabas del poder y de su deseo de verse libre de ellas, y puso término á la entrevista.

Pronto hizo Bulkeley una tercera tentativa. Por este tiempo había sabido Godolphin algunas cosas que conmovieron su confianza en la estabilidad del gobierno que servía. Empezó á pensar, según el mismo hubiera dicho, que se había metido demasiado en la revolución y que era tiempo de detenerse. Las evasivas no podrían serle ya de utilidad. Era necesario hablar claro. Habló claro, y se declaró devoto servidor del rey Jacobo. «Aprovecharé la primera ocasión de

renunciar mi empleo. Pero hasta entonces estoy sujeto. No debo hacer traición á la confianza que se ha depositado en mí.» Para realzar el valor del sacrificio que se proponía hacer, presentó una carta muy amistosa y confidencial que había recibido últimamente de Guillermo. «Ya veis cuán entera es la confianza que pone en mí el Príncipe de Orange. Me dice que sin mí no puede gobernarse, y que no hay inglés con quien él se muestre tan benigno; pero todo esto no tiene para mí peso alguno en comparación de mi deber para con mi legítimo rey.»

Si el primer Lord de la Tesorería tenía realmente algún escrúpulo en vender la confianza en él depositada, estos escrúpulos desaparecieron pronto tan eficazmente, que con mucha complacencia continuó, durante seis años, comiendo el pan de un amo, al mismo tiempo que secretamente enviaba declaraciones de adhesión y promesas de servicio á otro.

La verdad es que Godolphin se hallaba bajo la influencia de un espíritu mucho más poderoso y mucho más depravado que el suyo. Había participado sus perplejidades á Marlborough, con quien le había unido largo tiempo la amistad que pueden sentir dos hombres destituídos de principios, y con quien le unieron posteriormente lazos de próximo parentesco

XXVI.

Marlborough.

Marlborough se hallaba en situación muy diferente de la de otros servidores de Guillermo. Lloyd podía hacer proposiciones á Russell, y Bulkeley á Godol-

phin. Pero todos los agentes de la corte desterrada se mantenían alejados del traidor de Salisbury. Aquella noche vergonzosa parecía haber separado para siempre al perjuro desertor del príncipe cuya ruina había causado. Hasta en la última extremidad, cuando su ejército se hallaba en completa retirada, cuando todo su reino se había levantado contra él, había declarado Jacobo que jamás perdonaría á Churchill, jamás, jamás. Todos los jacobitas tenían especial aborrecimiento al nombre de Churchill; y en la prosa y en los versos que diariamente salían de sus prensas secretas se le asignaba una precedencia en infamia entre la multitud de traidores de aquel siglo. En el orden de cosas á que había dado origen la revolución, era uno de los personajes principales de Inglaterra, ocupando puesto elevado en el Estado y puesto elevado en el ejército. Le habían hecho conde. Tenía gran participación en la administración militar. Los emolumentos directos é indirectos de los puestos y mandos que tenía de la Corona, ascendían, en opinión de los embajadores holandeses, á doce mil libras anuales. En el caso de una contrarrevolución no tenía, al parecer, otro porvenir que una buhardilla en Holanda ó un cadalso en Tower Hill. De esperar era, por tanto, que sirviera á su nuevo amo con fidelidad; no ciertamente con la fidelidad de Nottingham, que era la fidelidad del hombre de conciencia, ni con la fidelidad de Portland, que era la fidelidad del cariño, pero con la fidelidad no menos obstinada de la desesperación.

Los que así pensaban conocían muy poco á Marlborough. Confiado en sus facultades para el engaño, resolvió, ya que los agentes jacobitas no le buscaban, buscarlos á ellos. Solicitó, en efecto, una entrevista con el coronel Eduardo Sackville.

Sackville quedó asombrado y no muy complacido por el mensaje. Era un acérrimo *Caballero* de la antigua escuela. Había sido perseguido cuando la conjura papista por decir virilmente lo que pensaba y lo que ahora piensa todo el mundo acerca de Oates y Bedloe (1). Desde la revolución había puesto en peligro su cabeza por el rey Jacobo, le habían perseguido para prenderle, y fuera designado como traidor en una proclama en la que el mismo Marlborough había tenido parte (2). No sin repugnancia atravesó el firme realista el aborrecido umbral del desertor. Vió pagado su esfuerzo con el edificante espectáculo de un arrepentimiento tan contrito como jamás lo había visto hasta entonces. «¿Queréis—dijo Marlborough—ser mi intercesor con el Rey? ¿Queréis decirle cuánto sufro? Mis crímenes aparecen ahora á mis ojos con sus verdaderos colores, y al contemplarlos retrocedo lleno de horror. La idea de lo que he hecho me persigue día y noche. Me siento á la mesa y no puedo comer. Me arrojo en el lecho y no puedo dormir. Estoy dispuesto á sacrificarlo todo, á afrontar todos los peligros, á arruinar para siempre mi porvenir, con tal de verme libre de los tormentos de un espíritu lacerado.» Si las apariencias merecían algún crédito, este gran pecador era tan sincero penitente como lo habían sido David ó San Pedro. Sackville refirió á sus amigos lo ocurrido. No pudieron menos de reconocer que si el architraidor que hasta aquí había opuesto á la conciencia y á la opinión pública el mismo frío y plácido atrevimiento que le distinguía en los campos de batalla, empezaba realmente á sentir remordimien-

(1) *Commons' Journals*, marzo 21 y 24, 1679; Grey, *Debates*; *Observator*.

(2) *Gaceta de Londres*, 21 de junio, 1690.

to, hubiera sido absurdo rechazar, á causa de la indignidad de su conducta, los inestimables servicios que podía prestar á la buena causa. Él formaba parte del Consejo interior; tenía mando importante en el ejército; se le había confiado recientemente, y sin duda se le volvería á confiar, la dirección de importantes operaciones militares. Era cierto que nadie había cometido crimen que igualase al suyo; pero también lo era que nadie tenía en su mano hacer tan cumplida reparación. Si era sincero, podía indudablemente ganar el perdón que tanto deseaba. Pero ¿cómo saberlo? ¿Acaso no había hecho iguales protestas de lealtad en la misma víspera de su crimen? Era necesario ponerle á prueba. Sackville y Lloyd le sometieron á varias pruebas. Se exigió de Marlborough que diera noticia minuciosa de la fuerza y distribución de todas las divisiones del ejército inglés, y él así lo hizo. Se le exigió que revelase todo el plan de la próxima campaña, y también lo hizo. Los jefes jacobitas trataron con gran cuidado de descubrir inexactitudes en sus informes; pero no pudieron hallar ninguna.

Se consideró todavía prueba más fuerte de su fidelidad el haber dado noticias importantes acerca de aquello en que se ocupaba como secretario de Estado. Habíase prestado bajo juramento una declaración contra un celoso realista. Se preparaba un auto de prisión contra otro. Estas intimaciones libraron de la prisión, si no de la horca, á algunos descontentos, y era imposible no sentir algo aplacada la ira contra el pecador arrepentido á quien tanto debían.

Él, sin embargo, en sus conversaciones secretas con sus nuevos aliados no hacía mérito de estas cosas. Decía que no pedía confianza. ¿Cómo podía esperar, después de las infamias que había cometido con el mejor de los reyes, que se volviera jamás á tener con-

fianza en él? Bastante era que se permitiera á un miserable como él dar, á costa de su vida, alguna pobre satisfacción al magnánimo soberano á quien era cierto que había injuriado bajamente, pero á quien nunca había cesado de amar. No dejaba de ser probable que en el verano fuera encargado del mando de las fuerzas inglésas en Flandes. ¿Queríase que se pasara con todo el ejército al campo francés? Si tal era la voluntad real, así trataría de hacerlo. Pero, bien mirado, parecíale que sería mejor aguardar hasta la próxima legislatura del Parlamento. Y entonces indicaba un plan, que después maduró por completo, para expulsar al usurpador por medio de la legislatura inglesa y del ejército inglés. Entretanto, esperaba que Jacobo ordenase á Godolphin que no saliera del Tesoro. Un particular podía hacer poco por la buena causa. Él, que era director de la Hacienda nacional y depositario de los más graves secretos de Estado, podía prestar inestimables servicios.

El pretendido arrepentimiento de Marlborough engañó tan completamente á los encargados de manejar los negocios de Jacobo en Londres, que enviaron á Lloyd á Francia con la alegre noticia de que el más depravado de todos los rebeldes se había transformado maravillosamente en súbdito leal. La noticia llenó á Jacobo de contento y esperanza. Si hubiera sido discreto, sólo hubiera excitado en él desconfianza y aversión. Era absurdo imaginar que un hombre realmente atormentado por el remordimiento y la vergüenza á causa de un acto de perfidia, determinase aligerar su conciencia cometiendo un segundo acto de perfidia tan odioso y tan deshonroso como el primero. La prometida reparación era tan infame y baja, que jamás podría hacerla ningún hombre sinceramente deseoso de reparar pasadas infamias y bajezas. La verdad era

que cuando Marlborough dijo á los jacobitas que la conciencia de su crimen le impedía comer por el día y descansar de noche, se estaba riendo de ellos. La pérdida de media guinea hubiera contribuído más á quitarle el apetito y alterar su reposo que todos los terrores de una conciencia atormentada. Lo que sus ofrecimientos demostraban realmente era que su crimen anterior había nacido, no de un celo desordenado por los intereses de su país y de su religión, sino de una enfermedad moral profunda é incurable que había infectado toda su persona. Jacobo, sin embargo, parte por torpeza y parte por egoísmo, no pudo ver nunca inmoralidad alguna en ninguna acción en la cual saliera beneficiado. Conspirar contra él, hacerle traición, faltar al juramento de obediencia prestado á su persona, eran crímenes para los cuales no había castigo excesivamente severo aquí ni en la otra vida. Pero asesinar á sus enemigos, faltarles á la fe prometida, no sólo eran acciones inocentes, sino laudables. La deserción de Salisbury había sido el peor de los crímenes, porque había causado su ruina. Una deserción semejante en Flandes sería una hazaña honrosa, porque podía restablecerle en el trono.

Informaron al penitente sus amigos jacobitas de que estaba perdonado. La noticia fué por él recibida con gran alegría; pero se necesitaba algo más para restituirle la perdida paz del espíritu. ¿Sería posible conseguir dos renglones escritos por la real mano conteniendo la promesa de perdón? Naturalmente que esto no lo solicitaba por sí mismo. Pero confiaba que con tal documento en su poder podría hacer volver al camino recto á algunas personas de gran nota que seguían la causa del usurpador, solamente porque imaginaban que no podían encontrar gracia en el rey legítimo. Volverían á su deber tan pronto vieran

que hasta el peor de todos los criminales, al haberse arrepentido, fuera perdonado generosamente. La promesa fué escrita, enviada y guardada con gran cuidado. Marlborough había conseguido entonces uno de sus objetos, el cual le era común con Russell y Godolphin. Pero tenía otros objetos en que ni Russell ni Godolphin habían pensado jamás. Hay razón poderosa, como veremos muy pronto, para creer que este hombre, prudente, esforzado é infame, meditaba un plan digno de su fértil entendimiento y atrevido espíritu, y no menos digno de su corazón profundamente corrompido, plan que, á no haber sido frustrado por extraños medios, hubiera causado la ruina de Guillermo sin beneficiar á Jacobo, y hubiera hecho al traidor triunfante, dueño de Inglaterra y árbitro de Europa.

XXVII.

Vuelve Guillermo al Continente

Así estaban las cosas cuando, en mayo de 1690 Guillermo, tras una breve y laboriosa permanencia en Inglaterra, marchó otra vez al Continente, donde estaba próxima á abrirse la ordinaria campaña. Llevó consigo á Marlborough, cuyos talentos apreciaba con justicia y de cuyas recientes negociaciones con Saint-Germain no tenía la más leve sospecha. En el Haya se celebraron varias importantes consultas políticas y militares, y en todas ocasiones los más distinguidos soldados y estadistas de las Provincias Unidas hubieron de experimentar la superioridad del ilustre inglés. Mucho tiempo después solía Heinsius relatar una

conversación que habían tenido por este tiempo Guillermo y el Príncipe de Vaudemont, uno de los mejores generales al servicio de Holanda. Vaudemont habló con elogio de varios oficiales ingleses, y entre ellos de Talmash y Mackay, pero declaró á Marlborough superior sin comparación á los demás. «Tiene todas las cualidades de un general. Su mismo aspecto lo demuestra. No podrá menos de realizar alguna gran empresa. «En verdad, primo», contestó el Rey», creo realmente que Milord hará bueno cuanto de él habéis dicho.»

Hubo todavía un breve intervalo antes que comenzaran las operaciones militares. Guillermo pasó aquel intervalo en su querido parque de Loo. Marlborough permaneció con él dos ó tres días, siendo despachado para Flandes con orden de reunir todas las tropas inglesas, formar un campamento en las cercanías de Bruselas y tenerlo todo dispuesto para cuando el Rey llegase.

Entonces tuvo Marlborough ocasión de demostrar la sinceridad de aquellas protestas por las cuales había obtenido, de un corazón muy bien descrito por él diciendo que era más duro que el mármol de una chimenea, el perdón de una ofensa capaz de inspirar mortal resentimiento hasta en un carácter bondadoso. Recibió un mensaje de Saint-Germain reclamando la inmediata ejecución de su promesa de desertar á la cabeza de las tropas. Decíasele que este era el mayor servicio que podía prestar á la Corona. Su palabra estaba empeñada; y el magnánimo señor que había perdonado todos los pasados errores esperaba confiadamente que sería cumplida. El hipócrita general eludió la demanda con característica habilidad. En el lenguaje más respetuoso y afectuoso se excusó de no obedecer inmediatamente las órdenes rea-

los. La promesa, cuyo cumplimiento se le exigía, no había sido bien entendida. Había habido alguna mala inteligencia por parte de los encargados de comunicársela. Pasarse con un regimiento ó dos, hubiera causado mayor daño que provecho. Pasarse con todo un ejército era empresa que requería mucho tiempo y mucho tacto (1). Mientras Jacobo murmuraba por estas disculpas, y se arrepentía de haberse mostrado tan indulgente, llegó Guillermo al cuartel general del ejército aliado, y tomó el mando en jefe.

XXVIII.

Campaña de 1691 en Flandes.

Las operaciones militares en Flandes se reanudaron á principios de junio y terminaron á fines de setiembre. No se dió ninguna acción importante. Los dos ejércitos hicieron marchas y contramarchas, avanzaron y retrocedieron. Durante algún tiempo estuvieron frente á frente á menos de una legua de distancia. Pero ni Guillermo ni el mariscal de Luxemburgo querían pelear como no fuese con ventaja; y ninguno de los dos le dió ventaja al otro. No obstante la languidez de la campaña, es, en cierto modo, importante. Desde hacía más de un siglo, nuestro país no había enviado ningún gran ejército á hacer la guerra por tierra fuera de las Islas Británicas. Nuesta aristocracia había cesado, pues, desde hacía largo tiempo, de ser una clase militar. Los nobles de Francia, de Alemania, de Holanda eran general-

(1) *Vida de Jacobo*, II, 449.

mente soldados. Hubiera sido difícil seguramente, encontrar en el brillante círculo que rodeaba á Luis XIV en Versalles, un sólo marqués ó vizconde que hubiera llegado á los cuarenta sin haber estado en alguna batalla ó en algún cerco. Pero la inmensa mayoría de nuestros pares, baronets y opulentos *esquires* no habían servido nunca, excepto en las milicias, y nunca habían tenido parte en ninguna empresa militar más importante que apaciguar un motín ó hacer despejar una calle para que pasara una procesión. Había desaparecido casi toda la generación que había peleado en Edgehill y Lansdowne. Las guerras de Carlos II habían sido casi exclusivamente marítimas. Durante su reinado, el servicio en la marina había estado mucho más en moda que en el ejército de tierra, y repetidas veces, cuando nuestra escuadra se hacía á la vela, para ir al encuentro de los holandeses, iba á bordo tan gran número de elegantes que los paseos y teatros quedaban desiertos. Por fin, en 1691, por primera vez desde que Enrique VIII había puesto sitio á Boulogne, un ejército inglés apareció en el Continente al mando de un rey de Inglaterra. Un campamento que al mismo tiempo era también corte, tenía irresistibles atractivos para muchos jóvenes patricios llenos de natural intrepidez y ambiciosos del favor que los que se distinguen por su bravura encuentran siempre á los ojos de las mujeres. El alistarse voluntariamente para Flandes vino á hacer furor entre los elegantes caballeros que lucían sus flotantes pelucas y tomaban su rapé de rico perfume en el café de Saint James. Daba animación al cuartel general de Guillermo una multitud de espléndidos trenes y la rápida sucesión de suntuosos banquetes. Porque entre los mancebos de elevada alcurnia y ánimo esforzado que acudían en torno de su

estandarte había algunos que, aunque plenamente dispuestos á arrostrar el fuego de una batería, en modo alguno lo estaban á privarse de las comodidades de que estaban rodeados en Soho Square. A los pocos meses, Shadwell hizo salir á escena á estos valientes petimetres y epicureos. Causó el regocijo de toda la ciudad el carácter de un animoso, pero pródigo y afeminado elegante, que estaba impaciente por cruzar su espada con los mejores soldados de las tropas francesas de la casa real, pero que se llena de desesperación al saber que tal vez sea difícil que le puedan servir diariamente el champagne helado durante el verano. Lleva consigo cocineros, confiteros y lavanderas, un carro de vajilla, un guardarropa de trajes llenos de encajes y bordados, y multitud de ricos muebles de campaña que adornan la tienda, cuyas telas han sido elegidas por una comisión de bellas damas (1).

Mientras los ejércitos hostiles se observaban mutuamente en Flandes, en otras partes de Europa se conducían las hostilidades con algún más vigor. Los franceses obtuvieron algunas ventajas en Cataluña y en el Piamonte. Sus aliados los turcos, que amenazaban en Oriente los dominios del Emperador, fueron derrotados por Luis de Baden en una gran batalla. Pero en ninguna parte alcanzaron los acontecimientos del verano tanta importancia como en Irlanda.

---

(1) Los *Voluntarios* de Shadwell.

XXIX.

La guerra en Irlanda.

Desde octubre de 1690 hasta mayo de 1691, no se intentó en aquel reino operación militar alguna en gran escala. La superficie de la isla estuvo durante el invierno y la primavera dividida casi por igual entre las razas contendientes. Todo el Ulster, la mayor parte de Leinster y como una tercera parte de Munster se habían sometido á los ingleses. Todo el Connaught, la mayor parte de Munster, y dos ó tres condados de Leinster se mantuvieron por los irlandeses. La tortuosa frontera formada por las guarniciones de Guillermo se extendía en dirección nordeste desde la bahía de Castlehaven hasta Mallow, y desde allí inclinándose todavía más al Oriente continuaba hasta Cashel. Desde Cashel seguía la línea hasta Mullingar, desde Mullingar hasta Longford, y desde Longford hasta Cavan, bordeaba Lough Erne por el Oeste, saliendo otra vez el Océano en Ballyshannon (1).

XXX.

Estado del partido inglés en Irlanda

En la parte inglesa de esta frontera el orden era muy incompleto. Dos lores justicias, Coningsby y

---

(1) Story, *Continuación;* Proclama de 21 de febrero, 1690-91; *Gaceta de Londres* de 12 de marzo.

Porter, asistidos de un Consejo privado, representaban al rey Guillermo en el castillo de Dublín. Habíanse nombrado jueces, sheriffs y justicias de paz, y después de un largo intervalo se reunierron los tribunales en varias capitales de condado. En tanto, los colonos habían constituído una fuerte milicia, al mando de oficiales que tenían sus nombramientos de la Corona. Las milicias de la capital se componían de dos mil quinientos infantes, dos escuadrones de caballería y dos escuadrones de dragones, todos protestantes, y todos bien uniformados y armados (1). El 4 de noviembre, aniversario del nacimiento de Guillermo, y el quinto aniversario de su desembarco en Torbay, apareció toda esta fuerza con toda la pompa de la guerra. Los vencidos y desarmados naturales asistieron con encubierta pena y enojo al triunfo de la casta que cinco meses antes habían oprimido y despojado con toda impunidad. Los Lores Justicias fueron en corporación á la catedral de San Patricio; repicaban las campanas; encendiéronse hogueras; pusiéronse á disposición de los transeuntes en las calles toneles de cerveza y de vino; hubo fuegos artificiales en College Green; gran número de nobles y funcionarios públicos celebraron un banquete en el Castillo, y terminado el segundo servicio, sonaron las trompetas, y el rey de armas de Ulster proclamó en latín, en francés y en inglés á Guillermo y María, por la gracia de Dios, reyes de la Gran Bretaña, de Francia y de Irlanda (2).

Dentro del territorio en que dominaba la raza sajona, el comercio y la industria habían comenzado ya

(1) Story, *Continuación*.
(2) Story, *Impartial History; Gaceta de Londres*, 17 de noviembre, 1690.

á renacer. Las monedas de bronce con la imagen é inscripción de Jacobo fueron reemplazadas por plata. Los fugitivos que se habían asilado en Inglaterra regresaban en multitud, y merced á su inteligencia, laboriosidad y economía, la devastación causada por dos años de confusión y pillaje fué pronto reparada en parte. Buques mercantes con grandes cargamentos pasaban y repasaban constantemente el canal de San Jorge. Los ingresos de las aduanas de la costa oriental, desde Cork hasta Londonderry, ascendieron en seis meses á sesenta y siete mil quinientas libras, suma que hubiera parecido extraordinaria aun en los tiempos más prósperos (1).

Los irlandeses que permanecieron en el territorio inglés eran, sin excepción, enemigos de la dominación inglesa. Se les sujetó, por tanto, á un sistema riguroso de policía, natural aunque lamentable efecto de extremado peligro y provocación extremada. No se permitió á ningún papista conservar una espada ni un fusil. No se le permitía apartarse más de tres millas de su parroquia, excepto á la ciudad en días de mercado. Para que no diera noticias ni género alguno de ayuda á sus hermanos, que ocupaban la mitad occidental de la isla, se le prohibió vivir á menos de diez millas de distancia de la frontera. Para que no convirtiera su casa en centro de reunión de los descontentos, se le prohibió la venta de bebidas al menudeo. Un bando anunciaba que si los bandidos destruían la propiedad de cualquier protestante, sería indemnizado de sus pérdidas á expensas de sus vecinos católicos. Otro

(1) Story, *Impartial History*. El año de 1684 ha sido considerado como época de notable prosperidad, y la renta de aduanas fué aquel año extraordinariamente crecida. Pero el ingreso de todos los puertos de Irlanda durante todo el año fué sólo de 1[illegible].900 libras. Véanse las *Memorias de Clarendon*.

anunciaba que todo católico que no llevara por lo menos tres meses domiciliado en Dublín, al ser encontrado allí sería tratado como espía. No se permitian en la capital y sus cercanías reuniones de más de cinco católicos, fuese cualquiera el pretexto con que se reunieran. Sin la protección del Gobierno ningún miembro de la Iglesia de Roma estaba seguro, y el Gobierno no concedería protección á ningún miembro de la Iglesia de Roma que tuviera un hijo en el ejército irlandés (1).

A despecho de todas las precauciones y rigores, sin embargo, el celta encontraba muchas oportunidades de tomar disimulada venganza. Frecuentemente eran quemadas casas y granjas; con frecuencia aparecían soldados asesinados; y era casi imposible obtener testimonios contra los malhechores, que contaban con las simpatías de toda la población. En tales ocasiones, el Gobierno cometía algunas veces actos que parecían más propios de la administración turca que de la inglesa. Uno de estos actos vino á ser tema favorito de los libelistas jacobitas, y fué objeto de una seria información parlamentaria en Westminster. Seis mosqueteros aparecieron asesinados á muy pocas millas de Dublín. Los habitantes de la aldea donde se había cometido el crimen, hombres, mujeres y niños, fueron llevados como carneros al Castillo, donde se reunía el Consejo privado. Faltó el valor á uno de los asesinos, llamado Gafney, el cual consintió en ser testigo; fué examinado por el Consejo, confesó su delito y nombró algunos de sus cómplices. Fué después llevado preso; pero un sacerdote consiguió entrar en la prisión y permaneció con él algunos minutos. Lo que

(1) Story, *History* y la *Continuación; Gaceta de Londres* de 29 de setiembre, 1690, y 8 de enero y 12 de marzo de 1690 91.

pasó durante aquellos minutos pudo verse cuando fué llevado por segunda vez ante el Consejo. Tuvo el descaro de negar que hubiera confesado nada ni acusado á nadie. Los oyentes, algunos de los cuales habían escrito su declaración, estaban furiosos ante tal desvergüenza. Los Lores Justicias prorrumpieron: «Sois un canalla: sois un villano: seréis ahorcado: ¿dónde está el Mariscal Preboste?» Vino el Mariscal Preboste. «Coged á ese hombre—dijo Coningsby, señalando á Gafney;—coged á ese hombre y ahorcadle.» La horca no estaba pronta; pero la cureña de un cañón sirvió para el intento; y el prisionero fué inmediatamente ahorcado sin proceso, sin una orden escrita siquiera para la ejecución; y esto á pesar de hallarse los tribunales de justicia abiertos á poca distancia de allí. Algunos años después, la Cámara de los Comunes de Inglaterra resolvió por unanimidad, después de una larga discusión, que la orden de ejecución de Gafney era arbitraria é ilegal, pero que la falta de Coningsby estaba tan atenuada por las circunstancias en que se encontró colocado, que no podía ser fundamento de una acusación (1).

No era solamente la hostilidad implacable de los irlandeses lo que inquietaba por este tiempo al sajón de

(1) Véanse los *Lords' Journals* de 2 y 4 de marzo 1692-93, y los *Commons' Journals* de 16 de dic. 1693, y 29 de enero 1693-94. El hecho, bastante deshonroso, aun teniendo en cuenta todas las atenuaciones posibles, fué referido por los enemigos políticos y personales de los Lores Justicias, con adiciones que la Cámara de los Comunes consideró á no dudar como calumniosas, y que realmente así me parecen á mí también. Véase el *Gallienus Redivivus*. La relación que el coronel Roberto Fitzgerald, consejero privado y testigo presencial, entregó por escrito á la Cámara de los Lores, bajo la sanción de un juramento, me parece perfectamente digna de crédito. Es extraño que Story, aun cuando menciona el asesinato de los soldados, no traiga nada acerca de Gafney.

la frontera. Sus aliados le causaban casi tanta molestia como sus ilotas. La ayuda de tropas de fuera érale ciertamente necesaria; pero tenía que pagarla muy cara. Hasta Guillermo, en quien estaba concentrada toda la autoridad civil y militar, había podido difícilmente mantener la disciplina en un ejército reunido en muchas tierras y compuesto en gran parte de mercenarios acostumbrados á vivir á discreción. Los poderes que habían estado unidos en él se hallaban ahora divididos y subdivididos. Los dos Lores Justicias consideraban la administración civil como de su jurisdicción, dejando la dirección del ejército á Ginkell, que era general en jefe. Ginkell mantenía orden excelente entre los auxiliares holandeses, los cuales se hallaban bajo su mando más inmediato. Pero su autoridad sobre los ingleses y daneses no era tan completa; y desgraciadamente durante una parte del invierno la paga de estas tropas estuvo retrasada. Ellos se indemnizaban con excesos y exacciones en pago de lo que se les debía; y casi no era posible castigar con severidad á los soldados por no dejarse morir de hambre con las armas en la mano. Por fin en la primavera llegaron víveres y dinero en gran cantidad: se pagaron los atrasos: las raciones fueron abundantes, y se impuso una disciplina más rigurosa. Pero hasta la terminación de la guerra se conservaron de una manera perceptible las huellas de los malos hábitos contraídos por los soldados (1).

(1) Burnet, II, 66: Leslie, *Respuesta á King*.

XXXI.

Estado de la parte de Irlanda sometida á Jacobo.

Entretanto, en aquella parte de Irlanda que todavía reconocía como rey á Jacobo, apenas podía decirse que hubiera ley, ni propiedad, ni gobierno. Los católicos de Ulster y Leinster habían huído á millares hacia el Oeste, llevando consigo una gran parte del ganado que escapara de la matanza de aquellos dos años terribles. La oferta de víveres en la región céltica distaba mucho, sin embargo, de hallarse al nivel de la demanda. Escaseaban los artículos de primera necesidad. Costaba gran trabajo á los nobles y generales procurarse aquellas comodidades que cualquier labrador ó burgués de Inglaterra solía disfrutar. No se veía moneda alguna, como no fueran pedazos de metal de bajo precio á que llamaban coronas y chelines. Los precios nominales eran enormes. Media azumbre de cerveza costaba dos chelines y seis peniques; media azumbre de aguardiente costaba tres libras esterlinas. Las únicas ciudades de alguna importancia en la costa occidental eran Limerick y Galway; y la opresión que los comerciantes de aquellas ciudades hubieron de sufrir fué tal, que muchos huyeron con los restos de sus mercancías al territorio inglés, donde si bien un papista se veía sujeto á muchas trabas y humillaciones, podía al menos poner á sus mercancías el precio que tuviera por conveniente, y recibir aquel precio en plata. Los comerciantes que quedaron en la infeliz región se arruinaron. Cuantos almacenes contenían alguna hacienda de valor fueron

abiertos á viva fuerza por miserables que se decían comisionados para reunir provisiones para el servicio público; y el dueño recibía á cambio de fardos de paño y barricas de azúcar algunos pedazos de calderos y cazos viejos que en París ó en Londres no hubiera querido recibir un mendigo. Tan pronto llegaba un barco mercante á la bahía de Galway ó al Shannon, era abordado por estos bandidos. Se apoderaban del cargamento, y el dueño tenía que contentarse con la cantidad de cueros, lana y sebo que la gavilla que le había despojado quería darle. La consecuencia fué que, mientras entraban en abundancia mercancías extranjeras en los puertos de Londonderry, Carrick-fergus, Dublín, Waterford y Cork, todos los marinos huían de Limerick y Galway como de nidos de piratas (1).

La diferencia entre el soldado de infantería irlandés y el *rapparee* no había sido nunca muy marcada. En este tiempo desapareció. Gran parte del ejército quedó en libertad de vivir del merodeo. Una guerra incesante de depredación devastaba toda la línea que se extendía entre los dominios de Guillermo y los de Jacobo. Bandas de merodeadores, cubiertos algunas veces de paja trenzada que les servía de armadura, penetraban diariamente en el territorio inglés, quemaban, saqueaban, entregaban todo al pillaje y retirábanse apresuradamente á su territorio. No era fácil guardarse contra estas incursiones, porque el paisanaje de la región devastada profesaba gran simpatía

(1) *Macariae Excidium;* Fumeron á Louvois, enero 31 (febrero 10), 1691. Es de observar que Kelly, el autor del *Macariae Excidium*, y Fumeron, el intendente francés, son testigos de mayor excepción. Ambos se hallaban en este tiempo dentro de los muros de Limerick. No hay motivo para dudar de la imparcialidad del francés, y en cuanto al irlandés, era parcial con sus compatriotas.

á los devastadores. Vaciar el granero, incendiar la casa, llevarse las vacas de un hereje, era á los ojos de los escuálidos moradores de las miserables cabañas una buena obra. La banda que á tal obra se consagrase podía esperar confiadamente encontrar siempre, á pesar de los bandos de los Lores Justicias, algún amigo que le indicase el más rico botín, el camino más corto y el escondrijo más seguro. Quejábanse los ingleses de que no era empresa fácil apresar un *rapparee*. A veces, cuando veía aproximarse el peligro, se tendía entre la crecida hierba del pantano; y entonces era tan difícil hallarle como encontrar una liebre sentada. Otras veces se arrojaba al río y, semejante á una nutria, se dejaba estar con la boca y la nariz únicamente fuera del agua. Y aun había más: en un abrir y cerrar de ojos, una gavilla entera de bandidos se trasformaba en una multitud de indefensos labradores. Cada uno de ellos desarmaba su fusil en piezas, ocultaba la llave en sus vestidos, con un corcho tapaba el cañon, cerraba el oído con una pluma y arrojaba el arma en el más próximo pantano. Sólo se veía entonces un grupo de pobres rústicos que entre todos apenas si llevaban un garrote, y cuyo humilde aspecto y andar abatido parecía indicar que su valor fuera completamente quebrantado por la esclavitud. Cuando el peligro había pasado, cuando se daba la señal, volaba cada uno al lugar donde había escondido sus armas, y pronto se veía á los bandidos en marcha sobre la morada de algún protestante. Una banda penetró en Clonmel; otra en la vecindad de Marlborough; una tercera hizo su guarida en una frondosa isleta de terreno firme, rodeada por el gran pantano de Allen, saqueó el condado de Wicklow y llevó la alarma hasta los arrabales de Dublín. Cierto que no siempre eran tales expediciones coronadas

por el éxito. Algunas veces los devastadores tropezaban con partidas de milicia, ó con destacamentos de las guarniciones inglesas en ocasión en que el disfraz, la fuga y la resistencia eran igualmente imposibles. Cuando esto sucedía, cuantos paisanos caían prisioneros eran ahorcados sin ceremonia del arbol más próximo (1).

XXXII.

Disensiones entre los irlandeses de Limerick.

En el cuartel general del ejército irlandés no hubo durante el invierno autoridad capaz de hacerse obedecer ni aun en el radio de una milla. Tyrconnel estaba ausente en la corte de Francia. Había dejado el gobierno supremo en manos de un Consejo de Regencia compuesto de doce personas. El mando nominal del ejército fuera confiado por él á Berwick; pero Berwick, aunque, según más adelante se probó, era hombre de no común valor y capacidad, todavía era joven y sin experiencia. Sus facultades eran ignoradas de los demás y de él mismo (2), y se sometió sin repugnancia á la tutela de un Consejo de Guerra nombrado por el Lord Lugarteniente. Ni el Consejo de Re-

(1) Story, *Impartial History* y *Continuation*, y las *Gacetas de Londres* de diciembre, enero, febrero y marzo, 1690-91.

(2) Es muy de notar que Avaux, aunque era muy sagaz conocedor de los hombres, se equivocase grandemente en el juicio que formó de Berwick. En una carta á Louvois, fechada el 15 (25) de octubre de 1689, dice Avaux: «Je ne puis m'empescher de vous dire qu'il est brave de sa personne, á ce que l'on dit mais que c'est un aussy mechant officier qu'il en ayt, et qu'il n'a pas le sens commun.»

gencia ni el Consejo de Guerra eran populares en Limerick. Quejábanse los irlandeses de que se hubiera confiado gran parte en la administración á hombres que no habían nacido en Irlanda. El descontento era mayor contra un oficial llamado Tomás Maxwell, porque se sabía de cierto que era escocés: se dudaba que fuera católico, y no había ocultado el disgusto que le inspiraba aquel Parlamento celta que había revocado el acta de *establecimiento* y aprobado la de alta traición (1). El descontento fomentado por las artes de intrigantes, entre los cuales parece haber sido el más activo el astuto y corrompido Enrique Luttrell, pronto se manifestó en abierta rebelión. Celebróse una gran asamblea. Halláronse presentes muchos oficiales del ejército, algunos pares, abogados de gran nota y prelados de la Iglesia católica. Se resolvió que el gobierno establecido por el Lord Lugarteniente no era mencionado por la Constitución. Díjose que Irlanda, en ausencia del Rey, sólo podía ser gobernada legalmente por un Lord Lugarteniente, por un Lord Delegado ó por Lores Justicias. El Rey estaba ausente. El Lord Lugarteniente lo estaba también. No había Lord Delegado. No había Lores Justicias. La ley por la cual Tyrconnell había delegado su autoridad en una junta compuesta de hechuras suyas, era completamente nula. La nación había quedado, pues, sin ningún jefe legítimo, y podía, sin violar la obediencia debida á la Corona, proveer temporalmente á su propia seguridad. Envióse una diputación que informara á Berwick de que había asumido un poder para el cual no tenía derecho, pero que sin embargo el ejército y el pueblo de Irlanda le reconocerían gustosos como su jefe si consentía en gobernar con asistencia de un

(1) Leslie, *Respuesta á King*; *Macariae Excidium.*

Consejo verdaderamente irlandés. Berwick lleno de indignación, manifestó su asombro de que hubiera militares que se reunieran á deliberar sin permiso de su general. Contestáronle que allí no había general, y que si su Gracia no quería encargarse de la administración en las condiciones propuestas, fácil sería encontrar otro caudillo. Berwick cedió con gran repugnancia, y continuó siendo un maniquí en manos de los nuevos consejeros (1).

Los autores de esta revolución consideraron prudente enviar á Francia una comisión encargada de vindicar su conducta. Fueron miembros de esta comisión el Obispo católico de Cork y los dos Luttrell: en el barco que los conducía desde Limerick á Brest encontraron un compañero de viaje cuya presencia en modo alguno les fué agradable, pues era su enemigo Maxwell. Sospecharon, no sin razón, que iba como ellos á Saint-Germain, pero encargado de misión muy diferente. Es lo cierto que Berwick había enviado á Maxwell á vigilar sus movimientos y oponerse á sus designios. Enrique Luttrell, el hombre de menos escrúpulos, propuso arreglar la cuestión de un golpe, arrojando al mar al escocés. Pero el Obispo, que era hombre de conciencia, y Simón Luttrell, que era hombre de honor, se opusieron á semejante proceder (2).

En tanto, en Limerick, el poder supremo estaba como en suspenso. Berwick, al ver que no tenía autoridad real, descuidó completamente los negocios, y se entregó á los placeres que aquel desolado lugar de destierro ofrecía. Entre los jefes irlandeses no había

(1) *Macariae Excidium.*

(2) *Macariae Excidium; Vida de Jacobo,* II, 422; *Mémoires de Berwick.*

hombre de suficiente peso é importancia para imponerse á los demás. Por algún tiempo Sarsfield se puso al frente; pero si bien Sarsfield era eminente por su bravura y actividad en el campo, no era muy perito en la administración de la guerra, y éralo mucho menos en los asuntos civiles. Los que estaban más deseosos de apoyar su autoridad hubieron de confesar que su carácter era demasiado confiado é indulgente para un puesto en el cual no era casi posible ser demasiado desconfiado ni demasiado severo. Creía todo lo que le decían. Firmaba cuanto le ponían delante. Los comisarios, animados por su lenidad, robaban y derrochaban con más descaro que nunca. Salían diariamente, guardados por picas y fusiles, á apoderarse, nominalmente para el servicio público, pero en realidad para ellos, de lana, ropa blanca, cuero, sebo, utensilios domésticos, instrumentos de labranza; registraban todas las despensas, los guardarropas, las bodegas, y hasta ponían sus manos sacrílegas en los bienes de sacerdotes y prelados (1).

XXXIII.

Regreso de Tyrconnel á Irlanda.

A principios de la primavera, el Gobierno, si así puede llamarse, de que Berwick era cabeza visible, fué disuelto por el regreso de Tyrconnel. Los Luttrell, en nombre de sus compatriotas, habían suplicado á Jacobo que no sometiera pueblo tan leal á un virey tan aborrecido é incapaz. Tyrconnel, decían, era viejo,

(1) *Macariae Excidium.*

estaba achacoso, necesitaba dormir mucho, no conocía la guerra, era amigo de dilaciones, era parcial, era rapaz, la nación entera desconfiaba de él y le aborrecía. Los irlandeses, cuando él se separó de ellos, habían resistido valientemente y habían obligado al ejército victorioso del Príncipe de Orange á retirar. Esperaban muy pronto salir de nuevo á campaña, en número de treinta mil; y conjuraban á su Rey á que les enviara algún capitán digno de mandar fuerza semejante. Tyrconnel y Maxwell, por otra parte, decían que los Delegados eran gente revoltosa, demagogos traidores, é instaban á Jacobo á que enviara á Enrique Luttrell á hacer compañía á Mountjoy en la Bastilla. Jacobo, extraviado por estas acusaciones y recriminaciones, vaciló largo tiempo; y, por último, con su característica prudencia, salió del paso dando á todos los contendientes buenas palabras y enviándolos á dirimir su contienda á Irlanda. Al mismo tiempo Berwick fué llamado á Francia (1).

Tyrconnel fué recibido en Limerick con decoroso respeto hasta por sus enemigos. Aun cuando le odiaban mucho, no podían discutir la validez de su nombramiento; y aun cuando sostenían haber tenido perfecto derecho para anular durante su ausencia los anticonstitucionales arreglos que él había hecho, reconocían que mientras se hallara presente, él era el legítima jefe. No carecía totalmente de medios de conciliarlos. Traía multitud de amables mensajes y promesas, un título de par para Sarsfield, algún dinero que no era de bronce, y algunas ropas que eran todavía más de agradecer que el dinero. Los nuevos trajes no eran ciertamente muy finos. Pero hasta los generales andaban desde hacía largo tiempo con los

(1) *Vida de Jacobo*, II, 422 y 423; *Mémoires de Berwick.*

codos al aire, y había pocos en la clase vulgar cuyos trajes hubieran parecido suficientes para un mendigo en un país más próspero. Ahora, por fin, por vez primera después de muchos meses, ningún soldado carecía de un par de calzones y un par de borceguíes. El Lord Lugarteniente iba también autorizado á anunciar la pronta llegada de varios barcos cargados de municiones de boca y guerra. Este anuncio fué recibido con entusiasmo por las tropas, que desde hacía mucho tiempo no tenían pan, ni otra bebida sino agua (1).

Durante algunas semanas las provisiones fueron aguardadas con impaciencia. Por último, Tyrconnel se vió obligado á encerrarse, porque siempre que se presentaba en público los soldados corrían detrás de él pidiendo provisiones. Hasta la carne de vaca y de carnero que, mitad cruda, mitad quemada, sin legumbres, sin sal, había sido el único alimento del ejército hasta aquí, había llegado á escasear, y los soldados estaban á ración de carne de caballo cuando las anunciadas velas aparecieron en la embocadura del Shannon (2).

XXXIV.

Llegada de una escuadra francesa á Limerick.

Un distinguido general francés llamado Saint Ruth venía á bordo con su Estado Mayor. Traía un real despacho que le nombraba general en jefe del ejército

---

(1) *Vida de Jacobo*, II, 433, 451; Story, *Continuation*.

(2) *Vida de Jacobo*, II, 438; *Luz á los ciegos;* Fumeron á Louvois, abril 22 (mayo 2), 1691.

irlandés. El despacho no declaraba expresamente que hubiera de ser independiente de la autoridad del Virey; pero Jacobo le había asegurado que Tyrconnel recibiría instrucciones secretas para no intervenir en la dirección de la guerra. Saint-Ruth iba asistido de otro oficial general llamado D'Usson. Los barcos franceses traían algunas armas, municiones y provisión abundante de trigo y harina. Los irlandeses cobraron ánimo, y se cantó el *Te-Deum* con ferviente devoción en la catedral de Limerick (1).

Tyrconnel no había hecho preparativo alguno para la próxima campaña. Pero Saint Ruth, tan pronto desembarcó, trabajó vigorosamente por recobrar el tiempo perdido. Era hombre de valor, actividad y resolución, pero de natural duro é imperioso. En su patria había adquirido fama de ser el más cruel perseguidor que habían tenido los hugonotes en tiempo de las *dragonadas*. Los whigs aseguraban que era conocido en Francia con el sobrenombre de el *Verdugo;* que en Roma los mismos cardenales se habían mostrado indignados por su crueldad, y que hasta la reina Cristina, que no tenía motivos para mostrarse escrupulosa por la efusión de sangre, se había apartado de él con repugnancia. Recientemente había tenido un mando en Saboya. Los regimientos irlandeses al servicio de Francia habían formado parte de su ejército y se habían portado muy bien. Suponíase, pues, que tenía peculiar talento para manejar tropas irlandesas. Pero había una gran diferencia entre los irlandeses bien vestidos, armados y disciplinados que tenía costumbre de tratar, y los harapientos bandidos que encontraba por todas partes en las calles de Limerick.

(1) *Macariae Excidium; Mémoires de Berwick; Vida de Jacobo,* II, 451 y 452.

Acostumbrado al esplendor y disciplina de los campamentos y guarniciones francesas, se disgustó al ver que en el país á donde fuera enviado, un regimiento de infantería significaba una multitud de gente tan mal vestida, tan sucia y tan desordenada como los mendigos que acostumbraba á ver en el Continente asediando la puerta de los monasterios ó persiguiendo las diligencias en las cuestas. Con mal encubierto desprecio se consagró, sin embargo, vigorosamente, á la tarea de disciplinar aquellos extraños soldados, y estaba día y noche á caballo, galopando de puesto en puesto, desde Limerick á Athlone, de Athlone á la extremidad septentrional de Lough Rea, y de Loug Rea otra vez á Limerick (1).

XXX .

Salen á campaña los ingleses.—Toma de Ballymore.

Era en verdad necesario que no se descuidara, pues á los pocos días de su llegada supo que al otro lado de la frontera todo estaba pronto para entrar en acción. La mayor parte de las fuerzas inglesas se había concentrado antes de fin de mayo en las cercanías de Mullingar. Ginkell tenía el mando en jefe. A sus órdenes se hallaban los dos mejores oficiales, después de Marlborough, de que nuestra isla podía entonces envanecerse, Talmash y Mackay. El Marqués de Ruvigny, jefe hereditario de los emigrados y hermano mayor del valiente Caillemot, que había muerto en la batalla del Boyne, se había incorporado al ejército

---

(1) *Macariae Excidium;* Burnet. II, 78; Dangeau; *Mercurius Reformatus*, junio, 5, 1691.

con el grado de mayor general. El lord justicia Coningsby, aunque no era soldado de profesión, vino desde Dublín para estimular el celo de las tropas. El aspecto del campo demostraba que no se había economizado el dinero votado por el Parlamento inglés. Los uniformes eran nuevos; las filas resplandecían de color escarlata, y el tren de artillería era como nunca se había visto en Irlanda (1).

El 6 de junio, Ginkell movilizó su cuartel general de Mullingar. El 7 llegó á Ballymore. En Ballymore, en una península casi rodeada por algo entre pantano y lago, se alzaba una antigua fortaleza, que había sido reparada recientemente bajo la dirección de Sarsfield, y que estaba defendida por más de mil hombres. Los ingleses plantaron inmediatamente sus cañones. En pocas horas los sitiadores tuvieron la satisfacción de ver á los sitiados corriendo como conejos de una en otra madriguera. El Gobernador, que al principio había empleado lenguaje lleno de altanería, pidió cuartel en tono lastimero, y lo obtuvo. Hízose marchar á toda la guarnición á Dublín. Los vencedores sólo habían tenido ocho bajas (2).

Ginkell empleó algunos días en reconstruir las defensas de Ballymore. Apenas había terminado esta operación cuando se le unieron los auxiliares daneses al mando del Duque de Wirtemberg. Todo el ejército se puso entonces en marcha hacia el Oeste, y el 19 de junio apareció delante de los muros de Athlone (3).

(1) *Diario exacto de la victoriosa marcha de las fuerzas de SS. MM., al mando del general Ginkell este verano en Irlanda*, 1791; Story, *Continuation;* Mackay, *Memorias*.

(2) *Gaceta de Londres*, junio 18 y 22, 1691; Story, *Continuation; Vida de Jacobo*, II, 452. El autor de la *Vida* acusa al Gobernador de traición ó cobardía.

(3) *Gaceta de Londres*, junio 22 y 25, julio 2, 1691; Story, *Continuation; Diario exacto*.

XXXVI.

Sitio y toma de Athlone.

Athlone era, tal vez, desde el punto de vista militar, la plaza más importante de la isla. Rosen, que conocía bien la guerra, había sostenido siempre que allí era donde los irlandeses podrían con más ventaja resistir á los ingleses (1). La ciudad, que estaba rodeada de murallas de tierra, pertenecía, parte á Leinster, y parte á Connaught. El barrio de los ingleses que correspondía á Leinster había consistido en otro tiempo en casas nuevas y hermosas, pero fuera quemado por los irlandeses algunos meses antes, y era actualmente un montón de ruinas. El barrio céltico, que estaba en Connaught, era viejo y mal edificado (2). El Shannon, que sirve de límite entre las dos provincias, al pasar por Athlone tiene corriente rápida y profunda, y movía las ruedas de dos grandes molinos que se levantaban sobre los arcos de un

(1) *Vida de Jacobo*, II, 373, 376, 377.

(2) *Macariae Excidium*. Debo observar que este es uno de los muchos pasajes que me hace creer que el texto latino es el original. Dice en latín: «Oppidum ad Salaminium amnis latus recentibus ac sumptuosioribus ædificiis attollebatur; antiquius et ipsa vetustate incultius quod in Paphiis finibus exstructum erat.» La versión inglesa es como sigue: «La ciudad, del lado de Salamina, estaba mejor edificada que por la parte de Paphia.» Es evidente que el texto latino contiene un detalle particular, que solo podía darlo una persona que hubiera conocido Athlone antes de la guerra. La versión inglesa es detestable. Casi no es necesario decir que la parte de Paphia es Connaught, y el lado de Salamina Leinster.

puente de piedra. Sobre el puente, del lado de Connaught, un castillo, construído, según se decía, por el rey Juan, se elevaba á una altura de setenta pies, y se extendía doscientos á lo largo del río. Cincuenta ó sesenta yardas más abajo del puente, había un estrecho vado (1).

Durante la noche del 19, los ingleses plantaron sus cañones. El 20 por la mañana comenzó el fuego. Á las cinco de la tarde se dió el asalto. Un valiente emigrado francés fué el primero en lanzarse á la brecha con una granada en la mano. Fué muerto y al exhalar el último aliento excitaba á sus compañeros á imitarle. Tales eran los corazones esforzados que el fanatismo de Luis XIV había enviado á engrosar, cuando le eran más necesarios, los ejércitos de sus mortales enemigos. El ejemplo no fué perdido.

Caían las granadas en espesa lluvia. Los sitiadores subían á centenares á la brecha. Cedieron los irlandeses, y emprendieron la fuga hacia el puente. Allí era tan grande el aprieto, que algunos de los fugitivos murieron aplastados en el estrecho paso, y otros se vieron forzados á entrar en los parapetos situados dentro de las aguas que corrían debajo, entre las ruedas del molino.

En pocas horas, Ginkell se hizo dueño del barrio inglés de Athlone; y este triunfo sólo le había costado veinte muertos y cuarenta heridos (2).

---

(1) He consultado varios mapas contemporáneos de Athlone. Se hallará uno en Story, *Continuation*.

(2) *Diario del sitio de Athlone, por un ingeniero del ejército, testigo de la acción*, con licencia de 11 de julio, 1691; Story, *Continuation; Gaceta de Londres*, julio 2, 1691; Fumeron á Louvois, junio 28 (julio 8), 1691. La relación de este ataque en la *Vida de Jacobo*, II, 453, es una absurda novela. No debe haber sido tomada de las memorias originales del Rey.

Pero no había hecho más que empezar. Entre él y la ciudad irlandesa rugía amenazador el Shannon. El puente era tan estrecho, que algunos hombres resueltos podían defenderlo contra un ejército. Los molinos situados en el puente estaban fuertemente guardados, y lo dominaban los cañones del castillo. Aquella parte de la orilla de Connaught donde el río era vadeable estaba defendida por obras que el Lord Lugarteniente, á despecho de las murmuraciones de un partido poderoso, había obligado á Saint Ruth á confiar al cuidado de Maxwell. Este había vuelto de Francia siendo más impopular que antes de su partida. Murmurábase que en Versalles había hablado deshonrosamente de la nación irlandesa, y que por este motivo, pocos días antes había sido insultado públicamente por Sarsfield (1). El 21 de junio los ingleses se ocuparon en plantar baterías á lo largo de la orilla de Leinster. El 22, poco después de amanecer, empezó el cañoneo. El fuego continuó durante todo aquel día y la noche siguiente. Cuando amaneció nuevamente, un lado entero del castillo había venido abajo; las callejuelas cubiertas de paja de la ciudad céltica fueron reducidas á cenizas, y uno de los molinos había sido quemado con sesenta soldados que lo defendían (2).

(1) *Macariae Excidium.* Aquí vuelvo á ver una clara prueba de que la versión inglesa de esta curiosa obra es sólo una mala traducción del latín. El inglés dice únicamente: «Lisandro—Sarsfield—le acusó pocos días antes en presencia del general,» sin decir de qué le había acusado. El original latino dice así: «Acriter Lysander, paucos ante dies, coram præfecto copiarum illi exprobraverat nescio quid, quod in aula Syriaca in Cypriorum opprobrium effutivisse dicebatur.» El traductor inglés, omitiendo las palabras más importantes y usando el aoristo en vez del pretérito pluscuamperfecto, ha hecho todo el pasaje ininteligible.

(2) Story, *Continuation; Macariae Excidium*; Daniel Macneal á sir Arthur Rawdon, junio 28. 1691, en los *Rawdon Papers*.

Los irlandeses, sin embargo, todavía defendieron con resolución el puente. Durante varios días hubo vivo fuego á boca de jarro en el estrecho pasaje. Los sitiadores ganaban terreno, pero lo ganaban palmo á palmo. Sostenía el valor de la guarnición la esperanza de pronto socorro. Saint Ruth había, al fin, terminado sus preparativos, y la nueva de que Athlone estaba en peligro, le había inducido á salir á campaña apresuradamente á la cabeza de un ejército superior en número, aunque inferior en más importantes elementos de fuerza militar, al ejército de Ginkell. Según parece, creía el general francés que el puente y el vado podían defenderse fácilmente hasta que las lluvias del otoño y la pestilencia que de ordinario las acompañaba obligaran al enemigo á retirar. Contentóse, pues, con enviar sucesivos destacamentos para reforzar la guarnición. Confió la dirección inmediata de la defensa á su segundo en el mando D'Usson, y fijó su cuartel general á dos ó tres millas de la ciudad. Manifestó su asombro de que caudillo tan experimentado como Ginkell persistiera en una empresa desesperada. «Su amo debería ahorcarle por intentar la toma de Athlone, y el mío debería ahorcarme á mí si se la dejo tomar» (1).

Saint-Ruth, sin embargo, en modo alguno estaba tranquilo. Había advertido con gran mortificación que no tenía la plena autoridad que las promesas que le hicieran en Saint-Germain le daban derecho á esperar. El Lord Lugarteniente estaba en el campo. Sus enfermedades físicas y mentales habían aumentado visiblemente en las últimas semanas. El paso lento é inseguro con que ahora, el que un tiempo fuera re-

(1) *Gaceta de Londres*, julio 6, 1691; Story, *Continuation; Macariae Excidium; Luz á los ciegos*.

nombrado por el vigor y la agilidad, se trasladaba desde su poltrona al lecho, era semejanza no muy imperfecta del perezoso y vacilante movimiento de aquel espíritu que un tiempo había perseguido sus objetos con vehemencia no contenida por el temor ni la piedad, por la conciencia ni por la vergüenza. Sin embargo, con entera fuerza, tanto física como intelectual, el quebrantado anciano se agarraba pertinazmente al poder. Si había recibido órdenes secretas de no mezclarse en la dirección de la guerra, las desatendió. Asumió toda la autoridad de un soberano, presentóse ostentosamente á las tropas como su jefe supremo, y fingía tratar á Saint-Ruth como á su lugarteniente. Pronto excitó la intervención del Virey la vehemente indignación de aquel partido poderoso del ejército que le odiaba desde hacía largo tiempo. Muchos oficiales firmaron un documento declarando que no le consideraban con derecho á exigir la obediencia en el campo. Algunos le infirieron groseros insultos personales. Dijéronle en su cara que si se obstinaba en permanecer donde no era necesario, cortarían las cuerdas que sostenían su pabellón. Él, por otra parte, enviaba sus emisarios á todos los vivacs del campo y trataba de hacer un partido entre los soldados contra el general francés (1).

La única cosa en que Tyrconnel y Saint Ruth estaban de acuerdo era en mirar con temor y disgusto á Sarsfield. El cual, no sólo era popular entre la gran mayoría de sus compatriotas, sino que estaba rodeado de un grupo de parciales que le profesaban devoción semejante á la de los asesinos ismaelitas que obedecían al Viejo de la Montaña. Sabíase que uno de estos fanáticos, un coronel, había empleado un lenguaje que,

(1) *Macariae Excidium; Luz á los ciegos.*

en boca de un oficial de tan alta graduación, muy bien podía causar inquietud. «El Rey—había dicho—no es nada para mí. Yo obedezco á Sarsfield. Si Sarsfield me manda matar á cualquier individuo de todo el ejército, yo así lo haré.» Cierto que Sarsfield era un caballero demasiado honrado para abusar del inmenso poder que tenía sobre el espíritu de sus adoradores. Pero no era extraño que el Virey y el General en jefe se inquietaran á la idea de que el honor de Sarsfield era su única garantía contra el motín y el asesinato. La consecuencia fué que en la crisis en que se decidió la suerte de Irlanda no se utilizaron los servicios del primer militar irlandés, ó fueron empleados con recelosa precaución, y que si se aventuraba á sugerir alguna idea era recibida con burla ó con des agrado (1).

Un grande é inesperado desastre puso fin á estas disputas. El 30 de junio, Ginkell convocó un consejo de guerra. El forraje empezaba á escasear; los sitiadores se veían en la alternativa de forzar el paso á través del río ó retirar. La dificultad de cruzar por encima de los derruidos restos del puente parecía casi insuperable. Se propuso tentar el vado. El Duque de Wirtemberg, Talmash y Ruvigny dieron sus votos en favor de este plan, y Ginkell con algunos recelos consintió (2).

Se determinó hacer la tentativa aquella misma tarde. Los irlandeses, creyendo que los ingleses se disponían á retirar, tenían descuidada la guardia. Parte de la guarnición estaba descansando, los demás bebiendo. D'Usson estaba á la mesa. Saint-Ruth se hallaba

---

(1) *Vida de Jacobo*, II, 460; *Vida de Guillermo*, 1702.

(2) Story, *Continuation;* Mackay, *Memorias; Diario exacto; Diario del sitio de Athlone.*

en su tienda escribiendo una carta á su amo llena de cargos contra Tyrconnel. En tanto, mil quinientos granaderos, cada uno con una rama verde en el sombrero, formaban en la orilla del Shannon que corresponde á Leinster. Muchos de ellos recordaban indudablemente que en aquel día del año anterior, habían puesto, por mandato del rey Guillermo, ramas verdes en los sombreros á orillas del Boyne. Habíanse distribuído liberalmente guineas entre estos hombres escogidos; pero su entusiasmo era del que el oro no puede comprar. Seis batallones estaban prontos para sostener el ataque. El mando fuera confiado á Mackay. No aprobaba el plan; pero lo ejecutaba con tanto celo y energía como si él mismo hubiera sido su autor. El Duque de Wirtemberg, Talmash, y otros varios valientes oficiales á quienes no se había encomendado misión alguna en la empresa, insistieron en servir aquel día como voluntarios, y su presencia en las filas excitó el más vehemente entusiasmo entre los soldados.

Eran las seis; un toque de campana de la iglesia dió la señal. El príncipe Jorge de Hesse Darmstadt y Gustavo Hamilton, el bravo jefe de los de Enniskillen, descendieron primero al Shannon. Entonces los granaderos levantaron al Duque de Wirtemberg sobre sus hombros y con gran vocerío entraron de veinte en fondo hasta el corbatín en el río; la corriente era rápida y profunda; pero en pocos minutos la cabeza de la columna había llegado á tierra firme. Talmash fué el quinto en pisar la orilla del lado de Connaught. Los irlandeses, cogidos de improviso, hicieron una confusa descarga y emprendieron la fuga, dejando prisionero á Maxwell, su jefe. Los vencedores subieron á la orilla por encima de los restos de muralla esparcidos por un cañoneo de diez días. Mackay oyó

á sus soldados que juraban y maldecían al tropezar entre los escombros. «Hijos míos — exclamó el viejo é impertérrito puritano, en medio del tumulto,—sois brava gente; pero no juréis. Más razón tenemos para dar gracias á Dios por la bondad que nos ha mostrado en este día, que para tomar su nombre en vano.» La victoria fué completa. Pusieron tablas sobre los arcos rotos del puente y pontones en el río, sin oposición alguna por parte de la aterrorizada guarnición. Con pérdida de doce muertos y unos treinta heridos, los ingleses habían forzado el paso en pocos minutos, entrando en Connaught (1).

XXXVII.

Retirada del ejército irlandés.

A la primera alarma D'Usson acudió apresuradamente al río; pero tropezó con el torrente de los fugitivos, siendo arrastrado, pisoteado y casi muerto por ellos. Fué llevado al campo en tal estado que hubo necesidad de sangrarle. «¡Tomada la ciudad!—exclamaba Saint-Ruth, lleno de desaliento.—No puede ser. ¡Tomar una ciudad estando yo á un paso con un ejército para socorrerla!» Lleno de cruel mortificación, levantó el campo á favor de la noche, y retiró en dirección de Galway. Al amanecer los ingleses vieron á lo lejos, desde lo alto del arruinado castillo del rey Juan, al ejército irlandés que atravesaba la

(1) Story, *Continuation*; *Macariae Excidium*; Burnet, II, 78, 79; *London Gazette*, julio 6, 13, 1689; Fumeron á Louvois, junio 30 (julio 10) 1690; *Diario del sitio de Athlone; Relación exacta*.

desolada región que separa el Shannon del Suck. Antes de mediodía la retaguardia se había perdido de vista (1).

Aun antes de la pérdida de Athlone, estaba el campo celta dividido por las distintas facciones. Fácilmente se comprende, por tanto, que después de tan gran desastre no se oyeran más que recriminaciones y cargos. Los enemigos del Lord Lugarteniente estaban más alborotados que nunca. Él y sus hechuras habían traído el reino al borde de su perdición. Había querido mezclarse en lo que no entendía. Había atropellado los planes de verdaderos militares. Había confiado el puesto más importante á su instrumento, su espía, el infame Maxwell, que no era irlandés de nacimiento ni sincero católico; cuando más un fanfarrón, y muy probablemente un traidor. Afirmábase que Maxwell había dejado á sus soldados desprovistos de municiones. Cuando le habían pedido pólvora y balas, había contestado si por ventura querían matar alondras. Justamente antes del ataque les había dicho que se retirasen á cenar y á descansar, pues nada más había de hacerse aquel día. Cuando se entregó prisionero había pronunciado algunas palabras que parecían indicar una previa inteligencia con los vencedores. Los pocos amigos del Lord Lugarteniente daban muy distinta versión del suceso. Según ellos, Tyrconnel y Maxwell habían indicado algunas precauciones que hubieran hecho imposible toda sorpresa. El general francés, impaciente de toda intervención, había omitido el tomar aquellas precauciones. Habían dicho groseramente á Maxwell que si tenía miedo, mejor le sería renunciar el mando. Maxwell había cumplido

(1) Story, *Continuation*; *Vida de Jacobo*, II, 455; Fumeron á Louvois, junio 30 (julio 10) 1691; *London Gazette*, julio 13.

su deber con bravura. Había resistido mientras sus soldados huían; por eso había caído en manos del enemigo; y ahora, en su ausencia, era calumniado por aquellos á quienes podía atribuirse con justicia su cautividad (1). No es fácil decir después de tanto tiempo de parte de quién estaba la razón. La voz general de tal modo era entonces contraria á Tyrconnell, que éste hubo de ceder retirándose de muy ma'a gana á Limerick. D'Usson, que aun no se había restablecido de los golpes que recibiera de sus propios soldados fugitivos, marchó á Galway (2).

XXXVIII.

Saint-Ruth determina combatir.

Saint-Ruth, que había quedado ahora dueño absoluto del mando supremo, se inclinaba á probar la suerte de una batalla. La mayor parte de los oficiales irlandeses, con Sarsfield á la cabeza, eran de muy diferente opinión. No debía olvidarse, decían, que en disciplina, el ejército de Ginkell era muy superior al suyo. Lo más prudente era, pues, sin duda alguna, conducir la guerra de manera que la diferencia entre el soldado disciplinado y el soldado sin disciplina

(1) La historia, tal como la referían los enemigos de Tyrconnel, se hallará en el *Macariae Excidium*, y en una carta escrita por Felix O'Neill á la Condesa de Antrim el 10 de julio de 1691. La carta se encontró sobre el cadáver de Félix O'Neill después de la batalla de Aghrim. Ha sido impresa en los *Rawlon Papers*. La otra versión puede verse en las *Memorias de Berwick* y en la *Luz á los ciegos*.

(2) *Macariae Excidum; Vida de Jacobo*, II, 456; *Luz á los ciegos*.

fuera la menor posible. Era bien sabido que muchas veces reclutas indisciplinados cumplían bien con su deber en una incursión, en una lucha de calle ó en la defensa de una trinchera, pero que en el campo de batalla tenían pocas probabilidades de triunfo peleando contra veteranos. «Haced que la mayor parte de nuestra infantería se reuna detrás de las murallas de Limerick y Galway. El resto, en unión de los caballos, que siga la retaguardia del enemigo y le corte los víveres. Si se interna en Connaught, nosotros invadiremos Leinster. Si se establece delante de Galway, que puede ser bien defendida, haremos una entrada hacia Dublín, que está sin defensa alguna» (1). Este consejo tal vez hubiera parecido bueno á Saint-Ruth si las pasiones no hubieran extraviado su juicio. Pero se hallaba bajo la dolorosa impresión de una derrota humillante. A la vista de su tienda, los ingleses habían pasado un río de rápida corriente, y se habían apoderado de una plaza fuerte. No podía menos de comprender que aun cuando otros eran dignos de censura, su conducta no era del todo intachable. Por lo menos, había tomado las cosas con demasiada calma. Luis XIV, acostumbrado durante muchos años al servicio de generales que no solían dejar á la suerte nada que pudiera asegurarse por la prudencia, no juzgaría probablemente que era bastante excusa que su general no hubiera esperado ataque tan atrevido y repentino. El Lord Lugarteniente había de referir lo sucedido, como era natural, de la manera más desfavorable; y cuanto dijera el Lord Lugarteniente encontraría eco en Jacobo. Una viva reprimenda, una carta llamándole á Francia eran tal vez de temer. Volver á Versalles como culpable; acercarse al gran Rey presa

(1) *Macariae Excidium.*

de terrible angustia; verle encogerse de hombros, fruncir el ceño y volver la espalda; ser enviado lejos de las cortes y de los campamentos, á languidecer en alguna oscura residencia campestre; esto era demasiado, y sin embargo esto era muy de temer. Quedaba un recurso: pelear, y vencer ó morir.

En tal situación de ánimo, Saint-Ruth plantó su campo á unas treinta millas de Athlone, en el camino de Galway, cerca del arruinado castillo de Aghrim, y determinó aguardar la aproximación del ejército inglés.

Cambió radicalmente de conducta. Hasta aquí había tratado á los soldados irlandeses con despreciativa severidad. Pero ahora que estaba resuelto á aventurar vida y fama en el valor de la despreciada raza, se convirtió en otro hombre. Durante los pocos días que le quedaban trató de granjearse con indulgencia y con halagos los corazones de cuantos se hallaban á sus órdenes (1). Al mismo tiempo administraba á sus tropas estimulantes morales del más poderoso efecto. El era celoso católico, y es probable que la severidad con que había tratado á los protestantes de su país haya de atribuirse en parte al odio que sentía por sus doctrinas. Actualmente trató de dar á la guerra el carácter de una cruzada. Los eclesiásticos fueron los agentes de que echó mano para sostener el valor de sus soldados. Todo el campo ardía en excitación religiosa. En todos los regimientos había sacerdotes predicando, orando, confesando, alzando la hostia y el cáliz. Mientras los soldados juraban sobre el pan de la eucaristía no abandonar sus banderas, el General dirigió á los oficiales un llamamiento que hubiera hecho capaces del heroísmo á los caracteres más

(1) Story, *Continuation.*

lánguidos y afeminados. Peleaban, les dijo, por su religión, por su libertad y por su honra. Sucesos infelices, demasiado conocidos, habían arrojado una mancha sobre su carácter nacional. Los soldados irlandeses eran en todas partes mencionados con desprecio. Si deseaban rescatar la fama de su país, este era el tiempo y el lugar de hacerlo (1).

El sitio donde había determinado que se decidiera la suerte de Irlanda fuera elegido al parecer con gran acierto. Su ejército ocupaba la pendiente de una colina que estaba casi rodeada por un pantano. Enfrente, cerca de la línea del agua, había algunos vallados con los cuales sin dificultad se podía construir un fuerte.

El 11 de julio, Ginkell, después de haber reparado las fortificaciones de Athlone y dejado allí guarnición, fijó su cuartel general en Ballinasloe, á unas cuatro millas de Aghrim, y se adelantó á caballo á inspeccionar la posición irlandesa. A su vuelta dió orden de que distribuyeran municiones, que todos los mosquetes y bayonetas estuvieran en disposición de entrar en acción, y que al día siguiente por la mañana todos los soldados estuvieran sobre las armas sin que tocaran los tambores. Dos regimientos quedarían encargados del campo. Los demás, libres de la molestia del bagaje, debían marchar contra el enemigo.

(1) Burnet, II, 79; Story, *Continuation.*

XXXIX.

Batalla de Aghrim.

Á la mañana siguiente, poco después de las seis, estaban los ingleses camino de Aghrim. Pero hubo alguna dilación ocasionada por una espesa niebla que envolvió hasta mediodía el húmedo valle del Suck: una nueva dilación fué producida por la necesidad de dasalojar á los irlandeses de algunos puestos avanzados; y ya estaba la tarde muy adelantada cuando al fin los dos ejércitos se encontraron frente á frente, sin que los separase más que el pantano y el parapeto. Los ingleses y sus aliados eran menos de veinte mil; los irlandeses pasaban de veinticinco mil.

Ginkell celebró una breve conferencia con los principales jefes. ¿Atacaría en el acto, ó aguardaría á la mañana siguiente? Mackay opinó que se debía atacar inmediatamente, y su opinión prevaleció. A las cinco dió principio la batalla. La infantería inglesa, en el orden que permitía aquel suelo inseguro y desigual, marchó, hundiéndose en el fango á cada paso, contra las obras irlandesas. Pero aquellas obras fueron defendidas con tal resolución que arrancó algunas palabras de involuntario elogio aun de hombres que tenían las más arraigadas preocupaciones contra la raza céltica (1). Una y otra vez fueron rechazados los asaltantes. Una y otra vez volvieron á la pelea. En

(1) «Mantuvieron el campo mucho más tiempo del que solían.» dice Burnet. «Se portaron como hombres de otra nación,» dice Story. «No se sabe que los irlandeses hayan peleado nunca con más resolución,» dice la *Gaceta de Londres*.

una ocasión fueron derrotados y perseguidos á través del tremedal; pero Talmash los reunió, y obligó á los perseguidores á retirar. Hacía dos horas que comenzara la lucha; la noche se echaba encima, y todavía la ventaja estaba del lado de los irlandeses. Ginkell comenzó á pensar en la retirada. Saint-Ruth tenía cada vez mayores esperanzas. «La jornada es nuestra, hijos míos,—exclamaba, agitando en el aire el sombrero.—Los haremos huir hasta las murallas de Dublín.» Pero la fortuna iba á cambiar. Mackay y Ruvigny, con la caballería inglesa y hugonote habían conseguido pasar el pantano por un sitio por donde apenas podían marchar de frente dos jinetes. Saint-Ruth se rió al principio cuando vió á los *azules* de uno en fondo luchando á través del tremedal bajo un fuego que á cada momento abatía un valeroso soldado. «¿Qué pretenden?» preguntó; y luego juró que era lástima ver tan lucida gente corriendo á una muerte cierta.» Dejadles pasar, sin embargo, dijo. Cuantos más sean, más tendremos que matar.» Pero pronto les vió poniendo zarzas sobre el fango. De este modo formaron un camino más ancho y seguro; uno tras otro llegaron los escuadrones á terreno firme; el flanco del ejercito irlandés fué en seguida puesto en desorden. El General francés corría en su socorro cuando una bala de cañón le llevó la cabeza. Los que le rodeaban creyeron peligroso que se tuviera noticia de lo sucedido. Envolvieron su cadáver en una capa, lo llevaron del campo y lo sepultaron con todo secreto en tierra sagrada, entre las ruinas del antiguo monasterio de Loughrea. Hasta que se terminó la batalla, ninguno de los dos ejércitos tuvo noticia de lo sucedido. El ocultar su muerte á los soldados tal vez había sido prudente, pero ocultarla á sus lugartenientes fué una locura. Había llegado el

momento decisivo de la batalla y no había quien diera órdenes. Sarsfield estaba al frente de la reserva. Pero Saint-Ruth le había encargado muy encarecidamente que no se moviera sin orden expresa; y no recibió ninguna orden. Mackay y Ruvigny con su caballería cargaron á los irlandeses por el flanco. Talmash y su infantería volvieron al ataque por el frente con obstinada resolución. Fué tomado el parapeto. Los irlandeses siempre peleando se retiraron de vallado en vallado. Pero á medida que iban abandonando cada una de estas defensas, sus esfuerzos eran más y más débiles. Por fin rompieron las filas y huyeron. Entonces se siguió una horrible carnicería. Los vencedores estaban muy irritados. Porque durante la primera parte de la batalla había corrido entre ellos el rumor de que algunos prisioneros ingleses que fueran admitidos á cuartel habían recibido la muerte. Sólo fueron cogidos cuatrocientos prisioneros. El número de los muertos fué, en relación á la cifra de ambos ejércitos, mayor que en ninguna otra batalla de aquel siglo. A no haber sido porque se echó encima la noche, noche sin luna que hacía más oscura una lluvia de niebla, no hubiera escapado uno sólo de los vencidos. La oscuridad permitió á Sarsfield, con algunos escuadrones que aun estaban intactos, cubrir la retirada. Los vencedores tuvieron seiscientos muertos y unos mil heridos.

Los ingleses durmieron aquella noche en el campo de batalla. Al día siguiente dieron sepultura á sus compañeros de armas y después marcharon hacia Occidente. Los vencidos quedaron insepultos, espectáculo extraño y horripilante. Se contaron cuatro mil cadáveres irlandeses en el campo de batalla. Ciento cincuenta yacían en un pequeño cercado, en otro ciento veinte. Pero la matanza no se había limitado al

campo de batalla. Un testigo presencial nos dice que desde la cima de la colina donde había estado el campo celta, vió el terreno, en una extensión de cuatro millas próximamente, blanco con los desnudos cuerpos de los muertos. El llano, dice, presentaba el aspecto de un inmenso pasto cubierto por rebaños de carneros. Como siempre acontece, se formaron diferentes cálculos aun por testigos oculares. Mas lo que parece probable es que el número de irlandeses que perecieron no bajó de siete mil. Pronto acudió una multitud de perros á regalarse en la carnicería. De tal modo se hicieron fieros, y tal afición cobraron á la carne humana, que durante mucho tiempo fué peligroso atravesar por aquel camino como no fuese en compañía (1).

El ejército derrotado perdió toda apariencia militar, y parecía una multitud regresando de una feria después de una riña de paisanos. Un gran torrente de fugitivos corría hacía Galway; otro hacia Limerick. Los caminos que conducían á ambas ciudades estaban cubiertos de armas que habían sido arrojadas en la fuga. Ginkell ofreció seis peniques

(1) Story. *Continuation; London Gazette*, julio 20 y 23, 1691; *Mémoires de Berwick; Vida de Jacobo*, II, 456; Burnet, II, 79; *Macariae Excidium; Luz á los ciegos*; Carta escrita desde el campamento inglés á sir Arthur Rawdon en los *Rawdon Papers; Historia de Guillermo III*, 1702.

Las narraciones citadas difieren grandemente entre sí. Y no puede atribuirse esta diferencia, única ni principalmente á parcialidad, pues las dos relaciones que más difieren entre sí son las que trae la *Vida de Jacobo*, y la que se hallará en las Memorias de su hijo.

Supongo que á consecuencia de la muerte de Saint-Ruth y de la ausencia de D'Usson, no hay en el Depósito de la Guerra de Francia ningún despacho que contenga una relación detallada de la batalla.

por cada mosquete. En poco tiempo cargaron tantos carros, que rebajó el precio á dos peniques, y aun á este precio le trajeron gran número (1)

XL.

Toma de Galway.

Los vencedores marcharon primero contra Galway, donde estaba D'Usson con siete regimientos, mermados por la matanza de Aghrim, y completamente desorganizados y llenos de desaliento. La última esperanza de la guarnición y de los habitantes católicos era que Baldearg O'Donnel, el prometido libertador de su raza, viniera en su socorro. Pero Baldearg O'Donnel no se dejó engañar por la supersticiosa veneración de que era objeto. Mientras hubo alguna duda acerca del resultado de la lucha entre ingleses é irlandeses, se mantuvo apartado. El día de la batalla había permanecido á distancia segura con su tumultuoso ejército; y tan pronto había sabido que sus compatriotas fueran derrotados, huyó, devastando y quemando cuanto halló á su paso, á las montañas de Mayo. Desde allí envió á Ginkell ofrecimientos de sumisión y servicio. Ginkell aprovechó de muy buen grado la oportunidad de disolver una formidable banda de merodeadores, y de sacar partido de la influencia que el nombre de una dinastía céltica ejercía aún sobre la raza céltica. La negociación, sin embargo, no dejó de presentar algunas dificultades. El vagabundo aventurero pedía al principio nada menos

---

(1) Story, *Continuation*.

que un condado. Después de regatear algo, consintió en vender el amor de todo un pueblo y sus pretensiones á la dignidad real por una pensión de quinientas libras anuales. A pesar de esto, el talismán que unía á sus parciales no quedó roto del todo. Algunos entusiastas de Ulster quisieron pelear bajo el O'Donnel contra su propia lengua y su propia religión. Con un pequeño cuerpo de estos devotos servidores se incorporó á una división del ejército inglés, y en varias ocasiones prestó útiles servicios á Guillermo (1).

Cuando se supo que no había que esperar socorro alguno del héroe cuya venida fuera anunciada por tan gran número de adivinos, los irlandeses que estaban encerrados en Galway perdieron todo valor. D'Usson había dado enérgica respuesta á las primeras intimaciones de los sitiadores; mas pronto vió que la resistencia era imposible, y se apresuró á capitular. Permitióse á la guarnición retirar á Limerick con los honores de la guerra. A los ciudadanos se concedió plena amnistía por delitos anteriores; y quedó estipulado que, dentro de los muros, los sacerdotes católicos podrían celebrar privadamente los ritos de su religión. Con estas condiciones los sitiados abrieron las puertas. Ginkell fué recibido con profundo respeto por el Mayor y los Aldermen, siendo cumplimentado en un aparatoso discurso por el Recorder. D'Usson, con unos dos mil trescientos hombres, marchó sin ser molestado á Limerick (2).

En Limerick, último asilo de la raza vencida, la

(1) Story, *Continuation; Macariae Excidium; Vida de Jacobo*, II, 464, *London Gazette*, julio 30 y agosto 17, 1691; *Luz á los ciegos*.

(2) Story, *Continuation; Macariae Excidium; Vida de Jacobo*, II, 459; *London Gazette*, julio 30 y agosto 3, 1691.

autoridad de Tyrconnel era suprema. No había ahora ningún general que pudiera pretender que su nombramiento le eximía de obedecer al Lord Lugarteniente; ni tampoco el Lord Lugarteniente era ahora tan impopular como lo había sido quince días antes. Después de la batalla se había operado un cambio en la opinión pública. No podía achacarse parte alguna en aquel gran desastre al Virey. Su opinión, ciertamente, había sido contraria á que se corriera el riesgo de una batalla campal, y podía asegurar de una manera en cierto modo plausible, que el no atender sus consejos había causado la ruina de Irlanda (1).

Hizo algunos preparativos para defender á Limerick, reparó las fortificaciones, y despachó destacamentos en busca de víveres. Estas partidas barrieron todo el país en muchas millas á la redonda, reuniendo dentro de los muros una cantidad considerable de ganado y forrajes. También había gran provisión de galleta importada de Francia. La infantería reunida en Limerick ascendía á unos quince mil hombres. La caballería y los dragones irlandeses, en número de tres ó cuatro mil, estaban acampados en la ribera del Shannon que corresponde á Clares. Mantenía la comunicación entre este campamento y la ciudad un puente llamado el Thomond Bridge, que estaba protegido por un fuerte. Estos medios de defensa no eran despreciables. Pero la toma de Athlone y la matanza de Aghrim habían quebrantado el valor del ejército. Un pequeño partido, á cuya cabeza se encontraban Sarsfield y un bravo oficial escocés llamado Wauchop, alimentaban la esperanza de que la triunfante expe-

---

(1) Empleaba este lenguaje en una carta á Luis XIV, fechada el 5 (15) de agosto. Esta carta, escrita en una letra muy difícil de entender, se encuentra en el Depósito de la Guerra de Francia. *Macariae Excidium; Luz á los ciegos.*

dición de Ginkell terminara delante de aquellas murallas que el año precedente habían hecho retirar á Guillermo. Pero muchos jefes irlandeses declaraban en alta voz que era tiempo de pensar en la capitulación. Enrique Lutrell, aficionado siempre á la política torcida y tenebrosa, entabló una negociación secreta con los ingleses. Una de sus cartas fué interceptada; pusiéronle en arresto; pero muchos de los que censuraban su perfidia convenían con él en considerar inútil la prolongación de la lucha. El mismo Tyrconnel tenía el convencimiento de que todo estaba perdido. Su única esperanza era poder prolongar la resistencia hasta que recibiera de Saint-Germain permiso para tratar. Escribió solicitando aquella licencia, y consiguió con alguna dificultad que sus desesperados compatriotas se obligaran con juramento á no capitular hasta que llegara respuesta de Jacobo (1).

XLI.

Muerte de Tyrconnel.

Pocos días después de haber prestado aquel juramento, Tyrconnel dejó de existir. El 11 de agosto comió con D'Usson. La comida fué alegre. El Lord Lugarteniente parecía haber arrojado la carga que abrumaba su cuerpo y su espíritu; bebió: estuvo decidor; volvió á ser el Dick Talbot compañero de juego y de francachela de Grammont. Poco después de haberse levantado de la mesa, un ataque apoplético le privó del habla y del conocimiento. El día 14 exhaló

(1) *Macariæ Excidium; Vida de Jacobo*, II, 461 y 462.

el último suspiro. Los destruídos restos de aquel cuerpo que un tiempo había sido modelo de escultores, fueron depositados bajo el pavimento de la catedral; pero ninguna inscripcion, ninguna tradición conserva memoria del sitio (1).

Tan pronto como el Lord Lugarteniente dejó de existir, Plowden, que había sido Superintendente de la Hacienda irlandesa mientras había habido alguna Hacienda irlandesa en que ejercer este cargo, presentó un Real despacho sellado con el gran sello de Jacobo. Este despacho nombraba al mismo Plowden, á Fitton y á Nagles Lores Justicias para el caso de que muriera Tyrconnel. Hubo muchas murmuraciones cuando se tuvo noticia de estos nombramientos, pues tanto Plowden como Fitton eran sajones. El nombramiento, sin embargo. resultó completamente nulo; pues iba acompañado de instrucciones que prohibían á los Lores Justicias intervenir en la dirección de la guerra; y en el estrecho espacio á que los dominios de Jacobo estaban ahora reducidos, la única ocupación era la guerra. El gobierno quedó, pues, realmente, en manos de D'Usson y de Sarsfield (2).

---

(1) *Macariae Excidium*; *Vida de Jacobo*, II, 459, 462; *London Gazette*, agosto 31, 1691; *Luz á los ciegos*; D'Usson y Tessé á Barbesieux, agosto 13 (23).

(2) Story. *Continuation*; D'Usson y Tessé á Barbesieux, agosto 15 (25), 1691. Una carta inédita de Nagle á Lord Merion de 15 de agosto. Cita esta carta Mr. O'Callaghan en una nota al *Macariae Excidium*.

XLII.

Segundo sitio de Limerick.

El día que murió Tyrconnel las avanzadas del ejército inglés llegaron á la vista de Limerick. Ginkell acampó en el mismo sitio que Guillermo había ocupado un año antes. Las baterías, en las cuales plantaron cañones y bombas muy diferentes de aquellos que Guillermo había tenido que usar, jugaron día y noche; y muy pronto no hubo rincón de la ciudad donde no hubiera techos ardiendo, murallas desplomadas. Calles enteras fueron reducidas á cenizas. Al mismo tiempo varios barcos de guerra ingleses subían por el Shannon, y anclaban á una milla próximamente más abajo de la ciudad (1).

La plaza continuaba resistiendo; la guarnición era en fuerza numérica poco inferior al ejército sitiador; y no dejaba de ser probable que la defensa se prolongase hasta que las lluvias equinocciales obligaran segunda vez á los ingleses á retirar. Ginkell determinó dar un golpe atrevido. Ningún punto en todo el círculo de las fortificaciones era más importante ni parecía máe seguro que el puente de Thomond, que unía la ciudad con el campamento de la caballaría irlandesa en la orilla del Shannon que correspondía á Clare. El plan del General holandés era separar la infantería que estaba dentro de los muros de la caballería acampada fuera; plan que ejecutó con gran habilidad, energía y buen resultado. Echó un puente de

(1) *Macariae Excidium*; Story, *Continuation*.

barcas sobre el río, lo atravesó con un fuerte cuerpo de tropas, hizo huir en confusión á mil quinientos dragones que hicieron una débil muestra de resistencia, y marchó hacia los cuarteles de la caballería irlandesa. En este día la caballería irlandesa no supo sostener la reputación que había ganado en el Boyne. Cierto que habían comprado aquella reputación con la pérdida casi total de los mejores regimientos. No había sido difícil encontrar reclutas. Pero la pérdida de mil quinientos soldados excelentes no se pudo reparar. El campo fué abandonado sin descargar un solo golpe. Algunos soldados de caballería se refugiaron en la ciudad. El resto llevando delante todo el ganado que pudieron reunir en aquel momento de pánico, se retiró á las montañas. En los almacenes se encontró gran provisión de carne, aguardiente y arreos; y la pantanosa llanura del Shannon quedó cubierta de fusiles y granadas arrojados por los fugitivos (1).

Los vencedores regresaron en triunfo á su campo. Pero Ginkell no se contentó con la ventaja obtenida. Quiso cortar toda comunicación entre Limerick y el condado de Clare. Así, pues, á los pocos días volvió á pasar el río á la cabeza de varios regimientos, y atacó el fuerte que protegía el puente de Thomond. En poco tiempo el fuerte fué tomado. Los soldados que lo guarnecían huyeron en confusión á la ciudad. El Mayor de plaza, oficial francés que mandaba en la puerta del Thomond, temeroso de que los sitiadores entraran con los fugitivos, mandó levantar aquella

(1) Story, *Continuation*; *London Gazette*, setiembre 28, 1691; *Vida de Jacobo*, II, 463; *Diario del sitio de Limerick*, 1692; *Luz á los ciegos*. En la relación del sitio que se conserva en el archivo del Depósito de la Guerra de Francia, se dice que la caballería irlandesa se portó peor que la infantería.

parte del puente que estaba más cerca de la ciudad. Muchos irlandeses cayeron de cabeza al río y allí perecieron. Otros gritaban pidiendo cuartel y levantaban pañuelos en señal de sumisión. Pero los vencedores estaban ciegos de rabia: su crueldad no pudo ser enfrenada en el momento, y no se hicieron prisioneros hasta que los montones de cadáveres llegaban más arriba de los parapetos. La guarnición del fuerte consistía en unos ochocientos hombres. De estos sólo ciento veinte lograron entrar en Limerick (1).

Este desastre estuvo á punto de producir una sublevación general en la ciudad sitiada. Los irlandeses pedían á gritos la sangre del Mayor de plaza que había mandado levantar el puente delante de sus fugitivos compatriotas. Los jefes superiores se vieron obligados á prometer que se le llevaría ante un tribunal marcial. Felizmente para él, había recibido una herida mortal en el acto de cerrar la puerta de Thomond, salvándose con la muerte del soldado de la furia de la multitud (2).

---

(1) Story, *Continuation*; *Macariae Excidium*; R. Dowglas á sir A. Rawdon, setiembre 28, 1691, en los *Rawdon Papers*; *London Gazette*, octubre 8; *Diario del sitio de Limerick*; *Luz á los ciegos*; *Relación del sitio de Limerick*, en los archivos del Depósito de la Guerra de Francia.

La relación de este suceso en la *Vida de Jacobo*, II, 464, merece mencionarse tan sólo por sus grandes desatinos. El autor nos dice que setecientos irlandeses resistieron algún tiempo contra fuerza mucho mayor, y elogia calurosamente su heroísmo. No sabía ó no quiso mencionar un hecho que es esencial para la verdadera inteligencia del suceso, á saber, que estos setecientos hombres estaban en un fuerte. Que una guarnición defendiera un fuerte durante algunas horas contra fuerzas superiores, no es ciertamente de extrañar. Los fuertes se construyen para ser defendidos por pocos contra muchos.

(2) *Relación del sitio de Limerick*, en los archivos del Depósito de la Guerra de Francia; Story, *Continuation*.

XLIII.

Los irlandeses desean capitular.

El clamor pidiendo capitulación llegó á ser tan fuerte y tan importuno, que los Generales no pudieron resistirlo. D'Usson informó á su Gobierno de que el combate del puente de tal modo había quebrantado el valor de la guarnición que era imposible continuar la lucha (1) El testimonio de D'Usson debemos acogerlo con algunas reservas; pues él indudablemente, como todos los franceses que habían tenido algún mando en el ejército irlandés, estaba cansado de su destierro é impaciente por volver á París. Pero es lo cierto que hasta Sarsfield había perdido la esperanza. Hasta este tiempo había aconsejado siempre obstinada resistencia. Actualmente no sólo quería sino que estaba impaciente por capitular (2). Pareciale que la ciudad estaba perdida. No había esperanza de socorro del interior ni de fuera. En toda Irlanda los sajones habían impuesto el yugo á los naturales. Sligo había caído en su poder. Hasta aquellas islas salvajes que separan las bramadoras olas del Atlántico de la bahía de Galway habían reconocido la autoridad de Guillermo. Los habitantes de Kerry, reputados como la gente más fiera é ingobernable de la población indígena, habían resistido largo tiempo, pero al fin habían sido derrotados teniendo que refugiarse en sus bosques y en sus montañas (3). Una escuadra

(1) D'Usson á Barbesieux Octubre 4 (14), 1691.
(2) *Macariae Excidium.*
(3) Story, *Continuation; Diario del sitio de Limerick.*

francesa, caso de que tal escuadra llegase ahora á la costa de Munster, encontraría la boca del Shannon guardada por navíos de guerra ingleses. Las provisiones dentro de Limerick empezaban ya á escasear. Si el sitio se prolongaba, la ciudad, según todas las humanas probabilidades, sería reducida por fuerza ó por bloqueo. Y si Ginkell entraba por la brecha, ó una multitud muerta de hambre le suplicaba dictar las condiciones que fueran de su agrado, ¿qué podía esperarse sino una tiranía más inexorable y severa que la de Cromwell? ¿No sería, pues, más prudente ver qué condiciones podían obtenerse mientras los vencedores tenían aún algo que temer de la rabia y desesperación de los vencidos; mientras el último ejército irlandés podía aún hacer alguna muestra de resistencia detrás de los murallas de la última fortaleza irlandesa?

XLIV.

Negociaciones entre los jefes irlandeses y los sitiadores.

Al otra día del combate de la puerta de Thomond, por la tarde, los tambores de Limerick tocaron á parlamento; y Wauchop, desde una de las torres, saludó á los sitiadores y pidió á Ruvigny que concediera una entrevista á Sarsfield. El valiente francés, emigrado por su apego á una religión, y el valiente irlandés que estaba á punto de emigrar por su adhesión á otra, se encontraron y conferenciaron, indudablemente con mutua simpatía y respeto (1). Gin-

(1) *London Gazette*, octubre 8, 1691; Story, *Continuation; Diario del sitio de Limerick*.

kell, á quien Ruvigny dió cuenta de lo sucedido, consintió de buen grado en conceder un armisticio. Pues si bien hasta ahora había triunfado constantemente, no estaba completamente seguro del éxito. Las probabilidades estaban decididamente en favor suyo. Pero también era posible que una tentativa de tomar la ciudad por asalto fracasara, como ya había sucedido un año antes. Si el sitio se convertía en bloqueo, era probable que la pestilencia que había sido fatal al ejército de Schomberg, que había hecho retirar á Guillermo, y casi había prevalecido hasta contra el genio y energía de Marlborough, vengase pronto la matanza de Aghrim. Recientemente las lluvias habían sido abundantes. En poco tiempo todo el llano podía convertirse en un inmenso charco de agua estancada. Podría ser necesario trasladar las tropas á lugar más saludable que la orilla del Shannon, y proveerlas de abrigo más recio que el que ofrecían las tiendas. El enemigo estaría seguro hasta la primavera. En la primavera un ejército francés podía desembarcar en Irlanda: si los naturales se alzaban otra vez en armas desde Donegal hasta Kerry, la guerra que ahora estaba casi terminada ardería con más fuerza que nunca.

Entabláronse, pues, las negociaciones con sincero deseo, por ambas partes, de poner término á la lucha. Los jefes del ejército irlandés celebraron diferentes consultas á las cuales fueron invitados algunos prelados católicos y algunos eminentes abogados. Sometióse á la decisión de los obispos una cuestión preliminar que tenía perplejos á los de conciencia timorata. El difunto Lord Lugarteniente había hecho jurar á los oficiales de la guarnición que no rendirían la plaza hasta recibir respuesta á la carta en que se explicaba á Jacobo la situación en que se hallaban Los obispos

opinaron que el juramento no los obligaba ya. Había sido prestado en una ocasión en que las comunicaciones con Francia estaban expeditas, y en la plena creencia de que la respuesta de Jacobo llegaría de allí á tres semanas. Había trascurrido más del doble de aquel tiempo. Cuantos caminos conducían á la ciudad estaban estrechamente guardados por el enemigo. Al resistir hasta que había sido imposible que el Rey les significara su voluntad, los fieles súbditos de S. M. habían cumplido con el espíritu de su promesa (1).

La cuestión inmediata fué qué condiciones se pedirían. Envióse al campo de los sitiadores un documento conteniendo proposiciones que á los hombres de Estado de nuestro tiempo parecerían razonables, pero que á los más humanos y liberales protestantes ingleses del siglo XVII parecerían extravagantes. Pedíase que todos los delitos quedaran cubiertos con el olvido; que se concediera completa libertad de cultos á la población indígena; que cada parroquia tuviera su sacerdote, y que los católicos pudieran desempeñar todos los empleos civiles y militares, y disfrutar todos los privilegios municipales (2).

Ginkell conocía poco las leyes y opiniones de los ingleses; pero estaba rodeado de personas que tenían competencia para dirigirle. Una semana antes le habían impedido despedazar á un *rapparee* en el suplicio de la rueda; y ahora le indicaron lo que había de responder á las proposiciones del enemigo. «Yo soy aquí un extraño—decía Ginkell.—Ignoro la constitución de estos reinos; pero estoy seguro de que lo que pedís es contrario á esa constitución; y por tanto no puedo decorosamente concedéroslo.» Inmediata-

(1) *Vida de Jacobo*, 464 y 465.

(2) Story, *Continuation*.

mente hizo levantar una nueva batería, plantando en ella cañones y morteros. Pero sus preparativos fueron interrumpidos muy pronto por otro mensaje de la ciudad. Los irlandeses solicitaban que ya que él no podía otorgar lo que habían pedido, les dijera lo que estaba dispuesto á conceder. Ginkell llamó entonces á sus consejeros, y después de una breve consulta envió un papel á los sitiados con las principales condiciones de un tratado que esperaba sería aprobado por el Gobierno á quien servia. Lo que ofrecía era ciertamento mucho menos de lo que los irlandeses deseaban; pero era todo lo que podían esperar teniendo en cuenta su situación y la actitud de la nación inglesa. Inmediatamente notificaron su conformidad. Convínose en una suspensión de hostilidades, no sólo por tierra, sino también en los puertos y bahías de Munster, y que se permitiera á una es cuadra francesa de trasportes llegar al Shannon y partir sin ser molestada. Se aplazó el firmar el tratado hasta que los Lores Justicias, que representaban á Guillermo en Dublín, llegaran á los cuarteles de Ginkell. Pero durante algunos días se descuidó la vigilancia militar por ambas partes. Dióse libertad á los prisioneros. Las avanzadas de los dos ejércitos charlaban entre sí y se reunían á comer. Los oficiales ingleses vagaban por la ciudad. Los oficiales irlandeses iban á comer al campamento. Circularon con profusión anécdotas de lo sucedido en las amistosas reuniones de estos hombres que tan poco ha eran mortales enemigos. Una historia en particular fué repetida en toda Europa. «¿No habéis reformado vuestra opinión acerca de los soldados irlandeses en esta última campaña?» dijo Sarsfield á algunos oficiales ingleses.—Si va á decir verdad, contestó uno de ellos, seguimos pensando casi lo mismo que antes.—Por muy mala que

sea la opinión que tengáis de nosotros, replicó Sarsfield, si queréis cambiar de rey no tenemos inconveniente en emprender de nuevo la lucha.» Al decir esto, pensaba indudablemente en aquel día en que había visto á los dos soberanos á la cabeza de dos grandes ejércitos, Guillermo el primero en el ataque, y Jacobo el primero en la fuga (1).

XLV.

Capitulación de Limerick.

El 1.° de octubre Connigsby y Porter llegaron al cuartel general inglés. El 2 se discutieron largamente los artículos de la capitulación, quedando definitivamente arreglados. El 3 se firmaron. Estaban divididos en dos partes, un tratado militar y otro civil. El primero fué suscrito únicamente por los Generales de una y otra parte. Los Lores Justicias pusieron sus nombres en el segundo (2).

Por el tratado militar se convenía en que los oficiales y soldados irlandeses que declarasen su deseo de marchar á Francia fueran trasportados allá permaneciendo entretanto á las órdenes de sus propios generales. Ginkell se comprometió á proporcionar considerable número de trasportes. Permitióse también á los barcos franceses pasar y repasar libremente entre Bretaña y Munster. Parte de Limerick debía ser entregada inmediatamente á los ingleses. Pero la isla

(1 Story, *Continuation*; *Diario del sitio de Limerick*; Burnet, II, 81; *London Gazette*, octubre 12, 1691.

(2) Story, *Continuation*; *Diario del sitio de Limerick*; *London Gazette*, octubre 15, 1691.

en la cual estaban la catedral y el castillo había de quedar, por el momento, bajo la custodia de los irlandeses.

Las condiciones del tratado civil eran muy diferentes de las que Ginkell se había negado severamente á conceder. No se estipuló que los católicos de Irlanda quedaran habilitados para el desempeño de los empleos políticos ni militares, ni que pudieran formar parte de las corporaciones municipales. Pero obtuvieron la promesa de gozar en el ejercicio de su religión cuantos privilegios fuesen compatibles con la ley, ó hubieran disfrutado ya en el reinado de Carlos II.

Prometióse entera amnistía á todos los habitantes de Limerick y á todos los oficiales y soldados del ejército jacobita que se sometieran al Gobierno y notificaran su sumisión prestando el juramento de obediencia. Se les dejaría en la posesión de sus bienes; se les permitiría ejercer cualquier profesión que hubieran tenido antes de los disturbios; no serían castigados por ninguna traición, crimen ó desacato cometidos desde el advenimiento del Rey anterior; y lo que aun era más, no se les exigiría responsabilidad de perjuicios ocasionados por cualquier acto de despojo ó cualquier atropello que pudieran haber cometido durante los tres años de lucha. Esto era más de lo que los Lores Justicias podían conceder según la Constitución. Añadióse, pues, que el Gobierno haría cuanto le fuera posible por obtener del Parlamanto la ratificación del tratado (1).

Tan pronto como estuvieron firmados ambos documentos, los ingleses entraron en la ciudad, y ocuparon uno de sus barrios. Un brazo estrecho, pero pro-

---

(1) Los artículos del tratado civil han sido impresos con frecuencia.

fundo, del Shannon, los separaba del barrio que estaba todavía en poder de los irlandeses (1).

A las pocas horas surgió una disputa que estuvo á punto de producir una renovación de hostilidades. Sarsfield había resuelto probar fortuna al servicio de Francia, y como era natural deseaba llevar consigo al Continente un cuerpo de tropas que pudiera ser importante refuerzo al ejército de Luis XIV. Ginkell, como también era natural, no quería enviar millares de soldados á engrosar las fuerzas del enemigo. Ambos generales apelaron al tratado. Cada uno lo interpretó como mejor convenía á su propósito, quejándose de que el otro lo hubiera violado. Se acusó á Sarsfield de haber hecho arrestar á uno de sus oficiales por negarse á ir al Continente. Ginkell, lleno de irritación, declaró que iba á enseñar á los irlandeses que con él no se jugaba, y comenzó á hacer preparativos para un bombardeo. Sarsfield vino al campo inglés y trató de justificar lo que había hecho. El altercado fué muy vivo. «Me someto, dijo Sarsfield al último; estoy en vuestro poder.—De ningún modo, dijo Ginkell; idos y haced lo que queráis.» El oficial arrestado fué puesto en libertad; pudo impedirse una sangrienta lucha, y los dos generales se contentaron con una guerra de palabras (2).

Ginkell publicó algunas proclamas asegurando á los irlandeses que si querían vivir tranquilos en su tierra encontrarían protección y favor, y si preferían la vida militar serían admitidos al servicio del rey Guillermo. Añadíase que todo el que rechazara esta magnánima invitación y se hiciera soldado de Luis XIV, renunciara á volver á poner el pie en la isla. Sarsfield

---

(1) Story, *Continuation; Diario del sitio de Limerick.*
(2) Story, *Continuation; Diario del sitio de Limerick.*

y Wauchop emplearon su elocuencia en sentido contrario. Triste era, á no dudar, decían, el presente aspecto de los negocios; pero detrás de la nube resplandecía el firmamento. El destierro sería de corta duración. La vuelta sería triunfante. Antes de que trascurriera un año los franceses harían una invasión en Inglaterra. En esta invasión las tropas irlandesas, con solo permanecer unidas, tendrían parte principal. Entretanto, era para ellos mucho mejor vivir en una nación vecina y amiga, bajo el paternal cuidado de su legítimo rey, que fiarse del Príncipe de Orange que probablemente los enviaría al otro extremo del mundo á pelear por su aliado el Emperador contra los jenízaros.

XLVI.

Dase á elegir á las tropas irlandesas entre su país y Francia.

Solicitóse la ayuda del clero católico. El día en que los que se habían resuelto á ir á Francia tuvieron que anunciar su determinación, los sacerdotes se ocuparon infatigablemente en exhortarlos. A la cabeza de cada regimiento se predicaba un sermón sobre el deber de abrazar la causa de la Iglesia, y sobre el pecado y peligro de asociarse con descreídos (1). Todo el que entre al servicio de los usurpadores, decían, lo hará con peligro de su alma. Los herejes afirmaban que después de la peroración se sirvió aguardiente

(1) Story, *Continuation*. Confirma su relato el testimonio que en mal latín nos ha dejado un capitán irlandés que estuvo presente: «Hic apud sacrum omnes advertizantur a capellanis ire potius in Galliam.»

en abundancia al auditorio, y que después del aguardiente recibieron la bendición de un obispo. De este modo, debidamente preparada con estimulantes físicos y morales, la guarnición, compuesta de unos catorce mil infantes, fué conducida á la vasta pradera situada en la margen del Shannon, del lado de Clare. Allí se distribuyeron con profusión ejemplares de la proclama de Ginkell; y oficiales ingleses recorrían las filas suplicando á los soldados que no se perdieran para siempre, y explicándoles las ventajas que se disfrutaban al servicio del rey Guillermo. Por fin, llegó el momento decisivo. Las tropas recibieron orden de desfilar. Los que deseaban permanecer en Irlanda debían separarse de las filas en un lugar determinado. Todos los que pasaran de aquel sitio se entendía que optaban por Francia. Sarsfield y Wauchop, de una parte, Porter, Coningsby y Ginkell por la otra, parecían llenos de dolorosa ansiedad. D'Usson y sus compatriotas, aun cuando no dejaban de interesarse en el espectáculo, á penas podían conservar su gravedad. La confusión, los gritos, la grotesca apariencia de un ejército en el cual apenas se veía una camisa ó un par de pantalones, un zapato ó una media, presentaba tan ridículo contraste con el aspecto ordenado y brillante de las tropas de su amo, que se divertían considerando lo que hubieran dicho los parisienses al ver semejante ejército formado en el llano de Grenelle (1).

(1) D'Usson y Tessé á Barbesieux, octubre 7 (17), 1691.

XLVII.

La mayoría de las tropas irlandesas pasan voluntariamente al servicio de Francia.

Iba delante el llamado regimiento real, fuerte de mil cuatrocientos hombres. Todos menos siete pasaron del punto fatal. Ginkell mostró en su rostro cuán profunda era su mortificación. Se consoló, sin embargo, al ver que el regimiento siguiente, formado de naturales de Ulster, rompió filas sin exceptuar un solo soldado. Había surgido, no obstante la comunidad de sangre, de lengua y de religión, una antipatía entre los celtas de Ulster y los de las otras tres provincias; y no deja de ser probable que el ejemplo é influencia de Baldearg O'Donnel haya producido algún efecto en los habitantes del país que sus antepasados habían regido (1). En la mayor parte de los regimientos la opinión estuvo dividida; pero la gran mayoría se declaró por Francia. Enrique Luttrell fué uno de lós que rompieron filas. Fué recompensado por su deserción, y tal vez por otros servicios, con la gran hacienda de su hermano mayor Simón, que permaneció fiel á la causa de Jacobo, con una pensión de quinientas libras anuales cedida por la Corona, y con el aborrecimiento de la población católica. Despues de vivir en la opulencia, el lujo y la infamia durante veinticinco años, Enrique Luttrell fué asesinado en

(1) Que no existía mucha simpatía entre los celtas de Ulster y los de las provincias meridionales, resulta con toda evidencia del curioso memorial que el agente de Baldearg O'Donnel entregó á Avaux.

Dublín yendo en su silla de manos; y la Cámara de los Comunes de Irlanda declaró que había razón para sospechar que había caído bajo la venganza de los católicos (1).

Ochenta años después de su muerte fué violada su tumba, cerca de Luttrellstown, por los descendientes de aquellos á quienes él hiciera traición, y su cráneo fué hecho pedazos con un azadón (2). El odio mortal de que era objeto fué heredado por su hijo y su nieto: desgraciadamente, ninguna de las cualidades del carácter de su hijo ni de su nieto tendió á mitigar el sentimiento que el nombre de Luttrell excitaba (3).

Cuando la larga procesión hubo terminado, se vió que próximamente mil hombres querían entrar al servicio de Guillermo. Unos dos mil aceptaron pases de Ginkell, y se fueron tranquilamente á sus casas. Unos

(1) *Treasury Letter Book*, junio 19, 1696; *Diario de la Cámara de los Comunes de Irlanda*, noviembre 7, 1717.

(2) Refiero esto, fundado en la autoridad de Mr. O'Callaghan. *Historia de las brigadas irlandesas*, nota 47.

(3) Ochenta años después de la capitulación de Limerick, escribía Junius lo que sigue: «Hay una cierta familia en este país en la cual la naturaleza parece haber vinculado cierta bajeza de carácter hereditaria. En todo lo que sabemos de su historia, vemos que los hijos han aumentado siempre con toda regularidad los vicios de los padres, cuidando de trasmitirlos sin mezcla ni quebranto á sus sucesores.» En otra parte dice, hablando del diputado por Middlesex: «Ha degradado hasta el nombre de Luttrell.» Aludiendo al matrimonio del Duque de Cumberland con Mrs. Horton, que pertenecía á la familia de Luttrell, exclama: «Que el Parlamento ponga mano en esto. Un Luttrell no debe suceder nunca en la Corona de Inglaterra.» Es lo cierto que muy pocos ingleses pueden haber simpatizado con este odio de Junius á los Luttrells, ni siquiera lo habrán comprendido. ¿Por qué, pues, se vale de expresiones que para la gran mayoría de sus lectores deben haber sido ininteligibles? A esto respondo yo que Philip Francis nació y pasó los diez primeros años de su vida en las inmediaciones de Luttrells town.

once mil regresaron con Sarsfield á la ciudad. Pocas horas después de haber pasado revista la guarnición, la caballería, que estaba acampada á algunas millas de la ciudad, recibió la intimación de elegir patria; y la mayor parte se decidieron por Francia (1).

XLVIII.

Deserción de gran número de irlandeses que habían abrazado el servicio de Francia.

Sarsfield consideró á las tropas que quedaron con él bajo la obligación irrevocable de salir de Irlanda; y para que no les diera la tentación de volverse atrás las confinó dentro de las murallas y mandó cerrar y guardar estrechamente las puertas. Ginkell, aun cuando en su mortificación murmuró algunas amenazas, comprendió al parecer que no podía justificadamente intervenir. Pero las precauciones del General irlandés distaron mucho de dar completo resultado. En modo alguno era extraño que un supersticioso y excitable rústico, después de un sermón y un trago de aguardiente, estuviera dispuesto á prometer cuanto sus sacerdotes le pidieran; tampoco era extraño que después de haber dormido el aguardiente, y cuando los anatemas no resonaban en sus oídos, sintiera dolorosos recelos. Se había obligado á ir desterrado, tal vez por toda la vida, allende la inmensa extensión de agua que llenaba su ruda inteligencia de misterioso

(1) Story, *Continuation*; *London Gazette*, octubre 22, 1691; D'Usson y Tessé á Luis XIV, octubre 4 (14), y á Barbesieux, octubre 7 (17); *Luz á los ciegos*.

terror. Pensaba en todo lo que iba á dejar, en el bien conocido montón de turba, y en el sembrado de patatas, y en la miserable choza que, humilde y todo, era al fin su casa. No volvería á ver los rostros que le eran familiares en derredor del fuego de turba, ni oiría las tan sabidas notas de las antiguas canciones célticas. El Océano le separaría de la morada de sus ancianos padres y de su sonrosada prometida. Hubo algunos que, incapaces de soportar el dolor de tal separación, y no pudiendo burlar la vigilancia de los centinelas que guardaban las puertas, se arrojaron al río y ganaron la orilla opuesta. El número de estos atrevidos nadadores no fué grande, sin embargo; y el ejército probablemente hubiera sido trasportado casi entero si hubiera permanecido en Limerick hasta el día de embarque. Pero muchos de los barcos en que habían de hacer el viaje estaban en Cork; y fué necesario que Sarsfield pasara allí con algunos de sus mejores regimientos. La marcha no duró menos de cuatro días á través de un país desierto. Era imposible impedir que ágiles mancebos familiarizados con todas las astucias de la vida errante y de bandidaje huyesen á los pantanos y á los bosques á favor de la noche. Muchos soldados tuvieron la audacia de fugarse en pleno dia, antes de perder de vista la catedral de Limerick El regimiento real, que el día de la revista había dado tan notable ejemplo de fidelidad á la causa de Jacobo, disminuyó desde mil cuatrocientos hombres hasta quinientos. Antes de la partida de los últimos barcos se tuvo noticia de que los que habían salido primero fueran mal recibidos en Brest. Habían sido mal alimentados: no habían conseguido que les dieran paga ni ropa: aun que el invierno se acercaba, tenían que dormir en el campo sin otro abrigo que el de los cercados. A mu-

chos se había oído decir que hubiera sido mucho mejor morir en la vieja Irlanda que vivir en la inhospitalaria tierra á donde fueran desterrados. El efecto producido por tales rumores fué que cientos de soldados que desde largo tiempo persistían en su intención de emigrar, en el último momento no quisieron embarcarse, arrojaron las armas y regresaron á sus aldeas (1).

XLIX.

Sale de Cork para Francia la última división del ejército irlandés.

Sarsfield advirtió que una de las causas principales de la deserción que mermaba su ejército era la natural repugnancia de los soldados á dejar sus familias en completo abandono. Cork y sus cercanías estaban llenas de parientes de los que se ausentaban. Gran número de mujeres, muchas llevando de la mano á sus niños, otras llevándolos en brazos, otras dándoles de mamar, cubrían todos los caminos que conducían al punto de embarque. El General irlandés, temeroso del efecto que las súplicas y lamentos de estas pobres criaturas no podrían menos de producir, publicó una proclama en la cual aseguraba á sus soldados que se les permitiría llevar á sus mujeres y familias á Francia. Sería injurioso para la memoria de caballero tan bravo y leal suponer que cuando hizo esta promesa pensaba faltar á ella. Mucho más probable es que hubiera formado un cálculo erróneo

(1) Story, *Continuation*; *London Gazette*, enero 4, 1691-92.

del número de los que pedirían pasaje, encontrándose, cuando era ya demasido tarde para modificar sus disposiciones, incapaz de cumplir su palabra. Después de haber embarcado los soldados, se pudo hacer sitio para muchas familias. Pero aun quedaban en la orilla una gran multitud pidiendo con lastimeros gritos que las llevaran á bordo. Cuando los últimos botes se alejaron la multitud se precipitó hasta el borde mismo del agua. Algunas mujeres se agarraron á las cuerdas, siendo arrastradas al mar, hasta que hubieron de soltar su presa, pereciendo en las olas. Un alarido salvaje y terrible se alzó en la orilla y excitó compasión inusitada en corazones endurecidos por el odio á la raza irlandesa y á la fe católica. Hasta el severo cromwelliano, que ahora por fin, después de una lucha desesperada de tres años, era el señor indiscutible de la ensangrentada y devastada isla, no pudo oir sin conmoverse aquel terrible grito en que se manifestaba toda la rabia y el dolor de una nación vencida (1).

Las velas desaparecieron. La macilenta y desalentada multitud de aquellas á quienes un golpe más cruel que la muerte había hecho viudas y huérfanos, se dispersaron. Algunos llegaron á sus casas mendigando á través de un país devastado, otros se tendieron al borde del camino muriendo allí de pena y de hambre. Los desterrados partieron á aprender en tierra extraña la disciplina sin la cual el valor natural sirve de poco, y á rescatar en lejanos campos de batalla el honor perdido en su patria en una larga serie de derrotas.

---

(1) Story, *Contenuation*; *Macariae Excidium*, y la nota de Mr. O'Callaghan; *London Gazette*, enero 4, 1691-92.

L.

Estado de Irlanda después de la guerra.

En Irlanda reinaba la paz. La dominación de los colonos era absoluta. La población nativa estaba tranquila, con la horrible tranquilidad del agotamiento y la desesperación. Había ciertamente atropellos, incendios, robos, asesinatos. Pero trascurrió más de un siglo sin que hubiera una insurrección general. Durante aquel siglo, los partidarios de la casa de Estuardo alzaron dos rebeliones en la Gran Bretaña. Pero ni cuando el viejo pretendiente fué coronado en Scone, ni cuando el joven tuvo su corte en Holyrood, se levantó el estandarte de aquella casa en Connaught ni en Munster. Al contrario, en 1745, cuando los montañeses marchaban sobre Londres, los católicos de Irlanda estaban tan tranquilos que el Lord Lugarteniente pudo, sin el menor riesgo, enviar varios regimientos al otro lado del canal de San Jorge á engrosar el ejército del Duque de Cumberland. Y no era esta sumisión efecto del contento, sino de mera estupefacción y desfallecimiento. El hierro había penetrado hasta el alma. La memoria de pasadas derrotas, el hábito de sufrir diariamente el insulto y la opresión, habían acabado con el valor de aquel infeliz pueblo. Había ciertamente católicos irlandeses de gran talento, energía y ambición; pero se les encontraba donde quiera, excepto en Irlanda: en Versalles y en San Ildefonso, en los ejércitos de Federico y en los ejércitos de María Teresa. Uno de los desterrados llegó á ser mariscal de Francia, otro fué

primer ministro de España. Si hubiera permanecido en su tierra natal, hubiera sido mirado como inferior por todos los ignorantes é insignificantes *squires* que brindaban por la inmortal y gloriosa memoria de la sumisión de la isla. En su palacio de Madrid tuvo el placer de verse asiduamente cortejado por el Embajador de Jorge II, y de desafiar altivamente al Embajador de Jorge III (1). Esparcidos por toda Europa, se encontraban valientes generales irlandeses, hábiles diplomáticos irlandeses, condes irlandeses, barones irlandeses, caballeros de San Luis y de San Leopoldo, del Aguila Blanca y del Toisón de Oro, que si hubieran permanecido en la tierra de servidumbre no hubieran podido ser abanderados de un regimiento, ni individuos de pequeños municipios. Fuera de estos hombres, jefes naturales de su raza, los demás eran totalmente pasivos é indefensos. No era más de temer un levantamiento de los irlandeses contra los ingleses que un levantamiento de las mujeres y niños contra los hombres (2).

---

(1) Se hallarán algunos hechos interesantes relativos á Wall, que fué ministro de Fernando VI y Carlos III, en las cartas de sir Benjamín Keene y Lord Bristol, publicadas en las *Memorias de España*, de Coxe.

(2) Tal es el lenguaje en que se expresa Swift, lenguaje que empleó no sólo una vez, sino repetidamente y á largos intervalos. En la carta sobre la Prueba Sacramental, escrita en 1708, dice: «Si nosotros (el clero) tuviéramos realmente algún temor á los católicos en este reino, nadie nos creería tan estúpidos que no mostráramos los mismos temores que otros, pues somos probablemente los más amenazados y á quien tocaría más de cerca; pero, al contrario, nosotros los consideramos tan inofensivos como las mujeres y los niños..... El pueblo llano, sin jefes, sin disciplina ni valor natural, compuesto casi todo de leñadores y aguadores, es incapaz de hacer daño aun cuando tal fuera su deseo.» En la Carta VI del Comerciante de Paños, escrita en 1724, dice: «Respecto al pueblo de este reino, se compone de católicos

Hubo, es cierto, en aquellos días, fieras disputas entre la madre patria y la colonia; pero en aquellas disputas la población indígena mostraba el mismo interés que los pieles rojas en la disputa entre la vieja Inglaterra y la nueva Inglaterra, con motivo de la ley del timbre. Los pocos que dominaban, hasta cuando se sublevaban contra el Gobierno, eran implacables con todo lo que trascendiese á sublevación por parte de los muchos sometidos. Ninguno de aquellos patriotas romanos que asesinaron á Julio César por aspirar á la monarquía, hubiera tenido el menor escrúpulo en crucificar toda una escuela de gladiadores por querer escapar de la más odiosa y degradante de todas las servidumbres. Ninguno de aquellos patriotas de Virginia que vindicaron su separación del Imperio británico, proclamando como verdad evidente por sí misma que todos los hombres fueran dotados por el Creador de un imprescriptible derecho á la libertad, hubiera tenido el menor escrúpulo en fusi-

---

irlandeses, tan poco temibles en punto á poder, como las mujeres y niños, y de protestantes ingleses.» Más adelante, en la *Presbyterian's Plea of Merit*, escrita en 1731, dice: «Las tierras de los católicos son de muy poca consideración; están distribuídas en pequeñas porciones, y de día en día disminuyen; el pueblo llano está sumido en la pobreza, la ignorancia y la cobardía, y son tan poco de temer como las mujeres y los niños. La mitad por lo menos de la nobleza y de la clase media están arruinadas, desterradas ó convertidas. Todos sienten y tienen todavía presente el daño sufrido en la última guerra de Irlanda. Algunos se han retirado ya á extraños países: otros, según me dicen, piensan seguirlos, y el resto de los que todavía poseen algunas tierras, sin excepción de uno solo, están firmemente resueltos á no volverlas á arriesgar jamás por establecer su superstición.»

Debo observar que, al menos que yo sepa, Swift no ha usado nunca en ninguno de sus escritos la palabra irlandés para denotar una persona de raza anglo-sajona nacida en Irlanda. Él no se creía irlandés, del mismo modo que no se tiene por indio el inglés nacido en Calcuta.

lar á cualquier esclavo negro que reclamara el derecho imprescriptible. Y de igual modo los amos protestantes de Irlanda, al mismo tiempo que profesaban ostentosamente las doctrinas políticas de Locke y Sidney, sostenían que un pueblo que hablaba lengua céltica y oía misa, no tenía derecho al beneficio de aquellas doctrinas. Molyneux ponía en duda la supremacía de la legislatura inglesa. Swift atacaba con el ridículo é invectiva más punzantes todas las partes del sistema de gobierno. Lucas puso en peligro la administración de lord Harrington. Boyle derribó el gobierno del Duque de Dorset. Pero ni Molyneux, ni Swift, ni Lucas, ni Boyle pensaron nunca en apelar á la población indígena. Así se les hubiera ocurrido hacerlo como apelar á los cerdos (1). En época posterior, Enrique Flood excitaba á la clase dominante á que pidiera la reforma parlamentaria, y empleara hasta medios revolucionarios con tal de obtener aquella reforma. Pero ni él ni los que le miraban como jefe, y que por obedecerle llegaron al dintel de la traición, hubieran consentido en conceder á la clase sometida la participación más pequeña en el poder político. El virtuoso é ilustrado Charlemont, whig entre los whigs, pasó su larga vida en contender por lo que llamaba la libertad de su país. Pero votó contra la ley que daba la franquicia electoral á los propietarios católicos; y murió fijo en su opinión de que en el Par-

(1) En 1749 Lucas era el ídolo de la democracia de su casta. Es curioso ver lo que pensaban de él los de la casta sometida. Uno de los principales parias, Carlos O'Connor, escribía lo siguiente: «No tengo el menor interés, como ninguno de los de nuestra infortunada raza, en esta cuestión de Lucas. Un verdadero patriota no hubiera manifestado tan malas intenciones para tan infortunados esclavos como nosotros.» Añade, con gran verdad, que aquellos fanfarrones de whigs que tanto hablaban de libertad, la querían sólo para ellos.

lamento no debía haber ningún miembro católico. Es lo cierto, que durante el siglo que siguió á la revolu ción, el deseo del protestante inglés de atropellar á los irlandeses era, en general, proporcionado al celo que profesaba por la libertad política en abstracto. Si dejaba escapar alguna frase de compasión en favor de la mayoría oprimida por la minoría, podía desde luego pasar plaza de fanático tory y partidario de la Alta Iglesia (1).

Durante todo este tiempo el odio, acallado por el temor, se albergó en los corazones de los hijos del suelo. Seguía siendo el mismo pueblo que había corrido á las armas en 1641 al llamamiento de O'Neill, y en 1689 al llamamiento de Tyrconnel. Para ellos, todas las fiestas instituídas por el Estado eran días de luto, y todos los públicos trofeos erigidos por el Estado, monumentos de vergüenza. Nunca hemos conocido y apenas podemos concebir los sentimientos de una nación condenada á ver constantemente en todos los sitios públicos los monumentos de su humillación. Tales monumentos encontraba por doquiera la vista del católico irlandés. Frente al palacio del Senado de su patria, veía la estatua de su vencedor. Si entraba en el edificio, podía ver los muros cubiertos de tapices que representaban las derrotas de sus padres. Finalmente, después de cien años de servidumbre, sufrida sin un vigoroso ó combinado esfuerzo

(1) En este punto era Johnson el político más liberal de su tiempo. «Los irlandeses, dice con gran energía se hallan en el estado más contrario á las leyes naturales, porque vemos allí á la minoría imponiéndose á la mayoría.» Sospecho que el alderman Beckford y el alderman Sawbridge hubieran distado mucho de simpatizar con el. Carlos O'Connor, cuya desfavorable opinión acerca del whig Lucas he citado antes, hace, en el prólogo á las *Disertaciones acerca de la Historia de Irlanda*, un gran elogio de las ideas liberales del tory Johnson.

por conseguir la emancipación, la Revolución francesa despertó una salvaje esperanza en los corazones de los oprimidos. Hombres que habían heredado todas las pretensiones y todas las pasiones del Parlamento reunido por Jacobo en Dublín, no pudieron oir sin conmoverse la relación de la caída de una rica Iglesia oficial, de la fuga de una espléndida aristocracia, de la confiscación de un inmenso territorio. Viejas antipatías que jamás habían cesado fueron excitadas á nueva y terrible energía por la combinación de estimulantes que en cualquier otra sociedad se hubieran compensado mutuamente. El espíritu del catolicismo y el espíritu del jacobinismo, antagonistas irreconciliables en todas partes, viéronse esta vez confundidos en una unión portentosa y antinatural. Su influencia unida produjo la tercera y última sublevación de la población nativa contra la colonia. Los biznietos de los soldados de Galmoy y Sarsfield lucharon con los biznietos de los soldados de Wolseley y Mitchelburn. El celta aguardó otra vez con impaciencia las velas que habían de traerle socorros de Brest; y el sajón tuvo otra vez á sus espaldas todo el poderío de Inglaterra. Otra vez fué la victoria para la educada y organizada minoría. Mas felizmente el pueblo vencido encontró protección donde antes sólo hubiera podido esperar severidad implacable. Por este tiempo la filosofía del siglo XVIII había purificado la doctrina whig de aquella profunda mancha de intolerancia contraída durante una larga y estrecha alianza con los puritanos del siglo XVII. Hombres ilustrados habían comenzado á sentir que los argumentos con que Milton y Locke, Tillotson y Burnet habían vindicado los derechos de la conciencia, podían presentarse con igual fuerza en favor de los católicos que en favor de los independientes ó de

los baptistas. El gran partido cuyo origen llega á través de los exclusionistas hasta los *Cabezas redondas*, continuó durante treinta años, á despecho del real desagrado y de los clamores populares, pidiendo parte en todos los beneficios de nuestra libre Constitución para aquellos papistas irlandeses á quienes los *Cabezas redondas* y los exclusionistas habían considerado únicamente como bestias de caza ó como bestias de carga. Pero será empresa de otro historiador relatar las vicisitudes de aquel gran conflicto, y el triunfo final de la razón y de la humanidad. Desgraciadamente habrá también de relatar que el triunfo conseguido por tales esfuerzos y sacrificios fué inmediatamente seguido del desengaño; que resultó mucho más difícil desarraigar malas pasiones que revocar malas leyes, y que mucho después de haber borrado del libro de estatutos toda huella de animosidad nacional y religiosa, millones de personas siguieron albergando en sus pechos animosidades religiosas y nacionales. ¡Ojalá pueda también relatar que la prudencia, la justicia y el tiempo hicieron gradualmente en Irlanda lo que habían hecho en Escocia, y que todas las razas que habitan las islas Británicas se unieron al fin indisolublemente en un solo pueblo!

CAPÍTULO OCTAVO.

1691.

I.

Apertura del Parlamento.

El 19 de octubre de 1691 llegó Guillermo á Kensington de vuelta de los Países Bajos (1). Tres días después abrió el Parlamento. El aspecto de los negocios era en general satisfactorio. Por tierra había habido ganancias y pérdidas; pero el resultado del balance era favorable á Inglaterra. Para compensar la rendición de Mons bien podia servir la toma de Athlone, la victoria de Aghrim, la entrega de Limerick y la pacificación de Irlanda. Por mar no se había ganado ninguna gran victoria, pero había habido una gran demostración de fuerza y de actividad; y aunque muchos estaban descontentos porque no se hubiera hecho más, nadie podía negar que se había mejorado. Habíase reparado la ruina causada por las debilidades y vicios de Torrington; la flota había estado bien equipada; las ra-

---

(1) *Gaceta de Londres*, octubre 22, 1691.

ciones habían sido abundantes y sanas, y la salud de las tripulaciones había sido, por tanto, para aquel siglo, maravillosamente buena. Russell, que mandaba las fuerzas marítimas de los aliados, había en vano presentado batalla á los franceses. La bandera blanca que el año anterior había recorrido el Canal de la Mancha sin encontrar resistencia desde el cabo Lands'-End hasta el estrecho de Dover, ahora, tan pronto se descubrían los topes de nuestros barcos á veinte leguas de distancia, abandonaba el mar abierto y se retiraba al abrigo del puerto de Brest. La aparición de una escuadrilla inglesa en la embocadura del Shannon había decidido la suerte de la última fortaleza que se había mantenido por el rey Jacobo; y una flota de buques mercantes que venía de Oriente, valuada en cuatro millones de libras esterlinas, había pasado sin novedad, librándose de peligros que muchas noches quitaron el sueño á los consignatarios de Lombard Street, entrando con toda seguridad en el Támesis (1). Los Lores y Comunes escucharon con muestras de satisfacción el discurso en que el Rey les felicitaba por el resultado de la guerra de Irlanda; y expresaba su confianza en que continuarían ayudándole en la guerra contra Francia. Díjoles que sería necesaria una gran escuadra, y que, en su opinión, la guerra terrestre no podría mantenerse eficazmente con menos de sesenta y cinco mil hombres (2).

(1) Burnet, II, 78, 79; Burchett's, *Memoirs of Transactions at Sea*; *Diario de la escuadra anglo-holandesa*, en la Carta de un oficial á bordo del *Lennox*, en Torbay, con licencia, de 21 de agosto de 1691. Dice el autor: «Atribuimos nuestro buen estado sanitario, después de Dios, al extraordinario cuidado que se tiene en lo relativo á nuestras provisiones, tanto en la comida como en la bebida.»

(2) *Lords' and Commons' Journals*, octubre 22, 1691.

II.

Debate sobre los sueldos y derechos de los empleados.

Dieron gracias al Rey en términos afectuosos; votóse la fuerza que pedía, y concedieron con poca dificultad grandes servicios. Pero cuando se trató de discutir los medios que habían de emplearse para cubrir estos gastos, comenzaron á aparecer síntomas de descontento. Año y medio antes, cuando se había fijado en la Cámara de los Comunes la lista civil, muchos diputados habían comenzado á quejarse, y no sin motivo, del importe de los sueldos y derechos que recibían los empleados. Habíanse pronunciado violentos discursos, y se habían impreso, lo cual era mucho menos usual. Había habido gran excitación fuera de la Cámara, pero nada se había hecho. La cuestión fué resucitada actualmente. Un informe de la comisión nombrada el año precedente para examinar las cuentas públicas reveló algunos hechos que excitaron indignación, y otros que dieron margen á graves sospechas. La Cámara se mostraba completamente decidida á hacer una gran reforma; y en realidad, sólo la insensatez y violencia de los reformadores pudo impedir que tal reforma se llevase á cabo. No es extraño que fuera grande la indignación. Las enormes ganancias, directas é indirectas, de los servidores del Estado, iban en aumento, al mismo tiempo que las ganancias de todos los demás disminuían. Bajaban las rentas; el comercio languidecía; los que vivían de lo que sus mayores les dejaran ó con el fruto de su trabajo se veían obligados á reducir sus

gastos. El empleado era el único que prosperaba en medio de la general escasez. «Mirad al Interventor de Aduanas — exclamaban los irritados *squires*. — Hace diez años él iba á pie y nosotros en coche. Nuestras rentas han sufrido quebranto; él tiene doble sueldo: nosotros hemos vendido nuestros caballos; él los ha comprado, y ahora nosotros vamos á pie y su coche tirado por seis caballos nos salpica de lodo.» En vano se esforzó Lowther por hacer frente á la tormenta. Mostrábanle escaso favor los caballeros del campo que poco antes le miraban como á uno de sus jefes. Decían que se había separado de ellos, que se había hecho cortesano. Tenía dos buenos empleos, uno en el Tesoro, otro en la Casa Real. Había recibido últimamente de la propia mano del Rey una gratificación de dos mil guineas (1). Parecía perfectamente natural que defendiera abusos de los cuales sacaba provecho. Los insultos y reproches con que le atacaban se hacían insoportables á su natural susceptibilidad. Perdió la cabeza, estuvo á punto de caer desmayado en mitad de la Cámara, y hablaba de exigir satisfacción en otro sitio (2). Desgraciadamente ningún diputado se levantó en esta ocasión á proponer que se

(1) Así resulta de una carta escrita por Lowther, siendo ya Lord Lonsdale, á su hijo. En los MSS. de Mackintosh hay una copia de esta carta.

(2) Véanse los *Diarios de los Comunes*, 3 de dic., 1691, y Grey, *Debates*. Es de lamentar que no se haya conservado el Informe de la Comisión de Cuentas. Lowther, en la carta á su hijo, alude con gran enojo á lo que hubo de sufrir en este dia. «¿Qué hombre, pregunta, teniendo pan que comer, puede sufrir, después de haber servido con toda la diligencia y aplicación de que es capaz, después de haber contentado al Rey de quien derivan su autoridad todos los funcionarios del Estado, después de haber obrado rectamente con todos, verse aborrecido por hombres que detestan por sistema á todo gobieno?»

revisaran cuidadosamente los empleos civiles del reino, que se abolieran las sinecuras, que se redujeran las rentas oficiales exorbitantes, y que ningún servidor del Estado pudiera, bajo ningún pretexto, obtener nada, fuera de su remuneración conocida y legal. De esta manera hubiera sido posible disminuir las cargas públicas, aumentando al mismo tiempo la eficacia de todos los departamentos de la administración. Mas, por desgracia, los que más gritaban contra los abusos carecían completamente de las cualidades necesarias para llevar á cabo la obra de reforma. El 12 de diciembre, un necio, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, presentó una moción para que ningún empleado civil, á excepción del Presidente de la Cámara de los Comunes, de los jueces y embajadores, pudiera tener más de quinientas libras anuales; y esta moción no sólo fué aprobada, sino que se aprobó sin una sola voz en contra (1). Los más interesados en oponerse á esta medida vieron, á no dudar, que la oposición en aquel momento no haría más que irritar á la mayoría, y se reservaron para más favorable ocasión. Esta ocasion más favorable no se hizo esperar. Ninguna persona de sentido común pudo á sangre fría recordar, sin avergonzarse, que había votado en favor de una resolución que no establecía diferencia entre los empleados que no hacían más que cobrar el sueldo y los laboriosos servidores del Estado; entre escribientes cuya sola ocupación consistía en copiar cartas, y ministros de cuya prudencia é integridad podría depender la suerte de la nación. El sueldo del portero de la Dirección de Consumos fuera elevado por virtud de un escandaloso agio á quinientas libras anuales. Debía haberse rebajado á cincuenta. Por otra

(1) *Diarios de los Comunes*, dic. 12, 1690-91.

parte, los servicios de un secretario de Estado que supiera desempeñar bien su cargo, estarían escasamente retribuídos con cinco mil libras. Si la resolución de los Comunes se hubiera llevado á efecto, tanto el sueldo que no debía haber excedido de cincuenta libras como el sueldo que sin impropiedad podría haberse elevado hasta cinco mil, se fijarían en quinientas. Absurdo semejante debe haber saltado á la vista aun al más rudo y torpe de los diputados rurales. Operóse una reacción; y cuando después de un intervalo de algunas semanas se propuso insertar en un bill de subsidios una cláusula de conformidad con la resolución de 12 de diciembre, los que decían *no*, se opusieron resueltamente; el Speaker fué de opinión que la ventaja estaba de su parte; los que decían *sí*, no se atrevieron á poner en duda esta opinión: el insensato plan que había sido aprobado sin votación fué también sin votación rechazado, y no se volvió á mencionar el asunto. De este modo un abuso tan escandaloso que ninguno de los que se aprovechaban de él se atrevió á defenderlo, quedó perpetuado, solamente por la imbecilidad é intemperancia de los que lo atacaron (1).

III.

Acta excluyendo á los católicos de los empleos públicos en Irlanda.

En los comienzos de la legislatura, el tratado de Limerick fué objeto de discusión grave y acalorada.

(1) *Diarios de los Comunes*, feb. 15, 1690-91; Baden á los Estados Generales, enero 26, feb. 5.

Los Comunes, ejerciendo aquel poder supremo que poseia la legislatura inglesa sobre todas las dependencias de Inglaterra, enviaron á los Lores un bill disponiendo que nadie pudiera formar parte del Parlamento irlandés, ni desempeñar en Irlanda ningún empleo civil, militar ni eclesiástico, ni ejercer la abogacía ó la medicina en Irlanda, sin haber prestado los juramentos de obediencia y supremacía, y suscrito la declaración contra la transustanciación. Los Lores no se mostraban más inclinados que los Comunes á favorecer á los irlandeses. Ningún par estaba dispuesto á conceder capacidad política á los católicos. Y, lo que aún es más, parece que ningún par objetó al principio de la absurda y cruel regla que excluía á los católicos de las profesiones liberales. Pero se creyó que esta regla, aunque incuestionable en principio, sería, de adoptarse sin algunas excepciones, una infracción de un convenio positivo. Sus señorías pidieron el tratado de Limerick, mandaron que se leyera desde la mesa y procedieron á examinar si la ley presentada por la Cámara Baja era compatible con los compromisos en que el Gobierno había entrado. Se advirtió que había una discrepancia. Por el artículo segundo del tratado civil se estipulaba que todo el que se hallara residiendo en cualquier fortaleza ocupada por guarnición irlandesa pudiera, después de prestar el juramento de obediencia, seguir ejerciendo cualquier profesión que hubiera tenido antes de la revolución. No hay duda que hubiera sido una violación de este pacto exigir que un abogado ó un médico que se hubieran hallado dentro de las murallas de Limerick durante el sitio tuvieran que prestar el juramento de supremacía y suscribir la declaración contra la transustanciación para poder exigir el pago de sus honorarios. Fué consultado Holt, y se le encargó la redac-

ción de algunas enmiendas de conformidad con las condiciones de la capitulación. El bill enmendado por Holt fué enviado otra vez á los Comunes. Al principio rechazaron la enmienda y pidieron una conferencia. Concedióseles la conferencia. Rochester entregó en la Cámara Pintada una copia del tratado de Limerick á los *managers* de la Cámara Baja, representando encarecidamente la importancia de no violar la fe pública. Semejante invocación era de aquellas á que ningún hombre honrado, aunque esté encendido en animosidad nacional y religiosa, puede resistir. Los Comunes volvieron á examinar el asunto, y después de oir la lectura del tratado, convinieron, con leves modificaciones, en lo propuesto por los Lores (1).

El bill llegó á ser ley. En aquel tiempo llamó poco la atención, pero después del trascurso de varias generaciones fué objeto de una controversía muy acalorada. Muchos de nosotros pueden recordar muy bien cuán fuertemente conmovió la opinión pública, en tiempo de Jorge III y de Jorge IV, la cuestión de si debía permitirse á los católicos la entrada en el Parlamento. Es dudoso que haya habido disputa, que haya producido más extrañas alteraciones de la historia. Todo el pasado se falsificó para servir al presente. Todos los grandes acontecimientos de tres siglos nos fueron presentados en desorden y confusión á efecto de una niebla producida por nuestras propias teorías y nuestras propias pasiones. Algunos amantes de la libertad religiosa, no contentos con la ventaja que poseían en la honrada lucha de la razón con la razón, debilitaron su causa manteniendo que la ley que excluía á los irlandeses católicos del Parlamento era

(1) Stat. 3. W. and. M. C. 2, *Lords' Journals*; *Lords' Journals*, 16, nov. 1691; *Commons' Journals*, dic. 1, 9, 5.

contraria al tratado civil de Limerick. El artículo primero de aquel tratado, decían, aseguraba á los católicos irlandeses los mismos privilegios en el ejercicio de su religión que habían disfrutado en tiempo de Cárlos II. En tiempo de Cárlos II ninguna prueba religiosa excluía á los católicos del Parlamento de Irlanda. Semejante prueba no podía pues, decían ellos, ser impuesta sin una infracción de la fe pública. En 1828 especialmente, se presentaba este argumento en la Cámara de los Comunes como si en él hubiera estribado la principal fuerza de una causa que no necesitaba semejante apoyo. Los campeones del ascendiente protestante estaban muy satisfechos al ver que el debate se apartaba de una cuestión política en que tenían la razón en contra suya, á una cuestión histórica en la cual tenían la razón de su parte. No les fué difícil demostrar que el artículo primero, tal como lo habían entendido las partes contratantes, significaba únicamente que sería tolerado el culto católico como en tiempos anteriores. Aquel artículo fuera redactado por Ginkell; y justamente antes de redactarlo había declarado que primero volvería á fiarlo todo á la suerte de las armas que consentir en que los católicos irlandeses pudieran desempeñar empleos civiles ó militares, ejercer las profesiones liberales, y formar parte de las corporaciones municipales. ¿Cómo es posible creer que de propio consentimiento hubiera prometido que la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes estarían abiertas para hombres á quienes no permitía entrar en un gremio de curtidores ni en un gremio de zapateros? ¿Ni cómo es posible creer que los pares ingleses, al mismo tiempo que hacían alarde de profesar el más escrupuloso respeto á la fe pública, al mismo tiempo que recordaban á los Comunes el deber de observar aquella

fe, al mismo tiempo que se aconsejaban con el más sabio é íntegro jurisconsulto de la época sobre la mejor manera de mantener la fe pública, hubieran cometido tan flagrante violación de aquella fe sin que un solo Lord, por honrado ó por faccioso, protestara contra un acto de monstruosa perfidia agravado por la hipocresía? O bien, dado que pudiéramos creer esto, ¿cómo podemos creer que en parte alguna del mundo nadie hubiera levantado la voz contra semejante infamia; que la corte de Saint-Germain y la corte de Versalles hubieran guardado profundo silencio; que ningún emigrado irlandés, ningún descontento de Inglaterra hubieran dejado escapar la más leve murmuración; que ninguna palabra de censura ó de burla, siendo la materia tan á propósito, aparezca en toda la literatura jacobita, y que estuviera reservado á políticos del siglo XIX descubrir que un tratado hecho en el siglo XVII, á las pocas semanas de firmarse, había sido escandalosamente violado á la vista de toda Europa? (1).

---

(1) Los católicos irlandeses se quejaron, y con sobrada razón, de que en época posterior se violase el tratado de Limerick; pero estas mismas quejas son otras tantas declaraciones de que el estatuto del tercer año de Guillermo y María, cap. II, no era una violación del tratado. Así, el autor de *Una luz para los ciegos*, hablando del primer artículo, dice: «Siete años después fué violado este artículo por un Parlamento de Irlanda convocado por el Príncipe de Orange, en el cual se aprobó una ley desterrando á los obispos, dignidades y clero regular de los católicos.» Seguramente no se hubiera expresado de este modo, si en efecto hubiera violado el Parlamento inglés el artículo en cuestión, sólo dos meses después de haber sido firmado. El abate Mac Geoghegan se queja también de que se hubiera violado el tratado algunos años después de hecho. Pero no pretende que fuera violado por el Estatuto del año tercero de Guillermo y María, cap. II.

IV.

Debate sobre el comercio con la India Oriental.

El mismo día que los Comunes leían por primera vez el bill que sometía á Irlanda á la absoluta dominación de la minoría protestante, tomaron en consideración otra materia de gran importancia. En todo el país, pero especialmente en la capital, en los puertos de mar y en las ciudades manufactureras, los ánimos estaban grandemente excitados con motivo del comercio con las Indias Orientales; desde hacía algún tiempo venía haciéndose una terrible guerra por medio de la pluma, y habían surgido graves cuestiones constitucionales y comerciales que sólo la legislatura podía decidir.

Hase repetido con frecuencia, y nunca debe olvidarse, que nuestro sistema político difiere radicalmente de aquellos que en los últimos ochenta años han sido metódicamente construídos, expuestos en artículos y ratificados por asambleas constituyentes. Se desarrolló en una época de rudeza. No se encuentra contenido en ningún documento oficial. En toda la línea que separa las funciones del príncipe de las del legislador hubo durante largo tiempo un territorio disputado. Perpetuamente se cometían usurpaciones, y como no fueran muy escandalosas, á menudo eran toleradas. Las intrusiones, en calidad de tales, comúnmente se dejaban pasar en silencio. Sólo cuando la intrusión producía algún daño positivo, la parte agraviada acudía á su derecho, y pedía que se determinase la frontera con metas y límites, y que en lo sucesivo fueran los postes escrupulosamente respetados.

Muchos de los puntos que habían ocasionado las más violentas disputas entre nuestros soberanos y sus parlamentos habían sido definitivamente resueltos por el Bill de Derechos. Pero una cuestión, casi tan importante como cualquiera de las que habían quedado resueltas para siempre, faltaba todavía por determinar. En realidad aquella cuestión no había sido nunca, al menos que sepamos, ni aun mencionada en la Convención. El rey, por las antiguas leyes del reino, tenía indudablemente grandes poderes para regular el comercio; pero hubiera sido difícil al juez más entendido decir cuál era la extensión precisa de aquellos poderes. Reconocíase universalmente que al rey correspondía fijar los pesos y medidas y acuñar la moneda; que no podía celebrarse feria ni mercado sin autorización suya; que ningún barco podía descargar en ninguna bahía ni en la embocadura de ningún río que no hubiera sido declarado puerto por el rey. Además de su indudable derecho á conceder especiales privilegios comerciales á sitios particulares, reclamó también durante largo tiempo el derecho de conceder especiales privilegios mercantiles á sociedades particulares y á individuos; y nuestros antepasados, como de ordinario, no creyeron que merecía la pena de disputar este derecho hasta que produjo serios inconvenientes. Por último, en el reinado de Isabel se comenzó á abusar grandemente del poder de crear monopolios; y tan pronto como empezó el grosero abuso de este poder, empezó también á ser puesto en duda. La Reina rehuyó prudentemente la lucha con una Cámara de los Comunes detrás de la cual estaba toda la nación. Recònoció francamente que había razón para quejarse; canceló las patentes que habían excitado los clamores públicos; y el pueblo, complacido por esta concesión y por la manera

magnánima como había sido hecha, no le exigió renuncia expresa de la disputada prerrogativa.

El descontento que su prudencia había calmado renació á efecto de la política pusilánime y de mala fe que su sucesor llamaba habilidad en el uso del poder real. Concedía sin dificultad opresivas patentes de monopolio; mas cuando necesitaba la ayuda del Parlamento, con igual facilidad las anulaba. Tan pronto el Parlamento se había disuelto, ponía su gran sello á documentos más odiosos que los que recientemente había cancelado. Por último, aquella excelente Cámara de los Comunes que se reunió en 1623 determinó poner al mal enérgico remedio. El Rey se vió obligado á dar su asentimiento á una ley que declaraba nulos y de ningún valor los monopolios establecidos de autoridad real. Hacíanse, sin embargo, algunas excepciones que, desgraciadamente, no se definían con mucha claridad. Establecíase especialmente que toda sociedad de mercaderes que hubiera sido instituída para el desarrollo de cualquier tráfico conservara todos sus privilegios legales (1). La cuestión de si un monopolio concedido por la Corona á tales compañías era ó no un privilegio legal, quedó sin resolver, y durante muchos años continuó ejercitando el ingenio de los abogados (2). La nación, sin embargo,

(1) Stat., 21, Jac., 1, c. III.

(2) Véanse especialmente *Dos Cartas por un Abogado respecto á la Compañía de la India Oriental* (1676), y la *Respuesta á las dos Cartas*, publicada el mismo año. Véase también la opinión de Lord Jeffreys respecto á la gran cuestión de los monopolios. Esta opinión fué publicada en 1689, después de la caída de Jeffreys. Pareció necesario disculpar en el prólogo la impresión de nada que llevara nombre tan odioso. «No trataré de recomendar este argumento, dice el editor, en atención al nombre del autor. Diré, sin embargo, que me han asegurado que es muy digno de leerse.» El lenguaje de Jeffreys es de lo más injurioso, unas veces inde-

viéndose súbitamente libre de una multitud de imposiciones y vejámenes cuyos efectos se experimentaban penosamente todos los días en el seno de todas las familias, no éstaba dispuesta á poner en duda la validez de las cartas por las cuales algunas compañías de Londres comerciaban con remotas partes del mundo.

De estas compañías era, sin comparación, la más importante, aquella que en el último día del siglo XVI fuera constituída por la reina Isabel con el nombre de Gobernador de la Compañía de Mercaderes de Londres que comercian con las Indias Orientales (1). Cuando esta célebre corporación empezó su existencia, hallábase la monarquía Mogola en el zenit del poder y de la gloria. Akbar, el más capaz y el mejor de los príncipes de la casa de Tamerlán, acababa de ser depositado, lleno de años y de honores, en un mausoleo que excedía en magnificencia á cuanto Europa pudiera mostrar. Legaba á su posteridad un imperio que contenía más de veinte veces la población y producía más de veinte veces la renta de la Inglaterra, que en tiempo de nuestra gran Reina ocupó lugar principal entre las potencias europeas. Es curioso é interesante considerar cuán poco se conocían entonces los dos países destinados á estar un día tan estrechamente unidos. Los ingleses más ilustrados miraban la India con ignorante admiración. Los más ilustrados naturales de la India apenas tenían noticia de que Inglaterra existía. Nuestros antepasados tenían una confusa idea de bazares interminables llenos de compra-

---

cente, otras adulador hasta la bajeza; pero su razonamiento, en lo que únicamente se refiere á la cuestión legal, es en realidad de importancia, si no del todo concluyente.

(1) *Governor and Company of Merchants ot London trading to the East Indies.*

dores y vendedores, resplandecientes de paño de oro, con sedas de variados colores y piedras preciosas; de tesoros, en que los diamantes estaban apilados en montones y los cequíes en montañas; de palacios, en cuya comparación Whitehall y Hampton Court eran miserables cabañas; de ejércitos diez veces más numerosos que el que habían visto reunido en Tilbury para rechazar la Invencible. Por otra parte, es probable que ni uno solo de los hombres de Estado del Durbar de Agra tuviera noticia de que existía cerca del Poniente una gran ciudad de infieles llamada Londres, donde reinaba una mujer, y que ella había dado á una asociación de mercaderes francos el privilegio exclusivo de fletar barcos en sus dominios para los mares de la India; que esta asociación había de dominar un día en toda la India, desde el Océano hasta las nieves perpetuas, y reduciría á completa obediencia grandes provincias que no se habían sometido nunca á la autoridad de Akbar; que enviaría Gobernadores Generales á presidir en su capital, y que asignaría una pensión mensual á su heredero: todo esto hubiera parecido al más sabio político de Europa ó de Oriente tan imposible, como que los habitantes de nuestro globo encontrasen un imperio en Venus ó en Júpiter.

Pasaron tres generaciones, y nada indicaba todavía que la Compañía de la India Oriental pudiera llegar á ser una gran potencia de Asia. El imperio Mogol, aunque minado por causas interiores de decadencia, y vacilando para caer, aun presentaba á los ojos de naciones distantes la apariencia de no disminuída prosperidad y vigor. Aurengzebe, que el mismo mes de la muerte de Oliverio Cromwell asumió el magnífico título de Conquistador del mundo, reinó hasta mucho tiempo después de ocupar Ana el trono de

Inglaterra. Ninguno de sus predecesores había dominado tan vasta extensión de territorio. Era grande su nombre en las más apartadas regiones de Occidente. Entre nosotros habíale hecho Dryden héroe de una tragedia que por sí sola bastaría á demostrar cuán escasas noticias tenían los ingleses de aquel siglo del vasto imperio que sus nietos habían de conquistar y regir. Los príncipes musulmanes del poeta hacen el amor en el estilo de Amadís, predican acerca de la muerte de Sócrates y adornan sus discursos con alusiones á las leyendas mitológicas de Ovidio. La metempsícosis brahmánica está representada como un artículo de la doctrina musulmana, y las sultanas musulmanas se queman con sus maridos según la usanza brahmánica. Este drama, que un tiempo fué aplaudido con entusiasmo por la multitud que llenaba los teatros, y que elegantes caballeros y bellas damas sabían de memoria, está hoy olvidado. Pero aun vive un hermoso pasaje que repiten millares de personas sin tener noticia de la obra á que pertenece (1).

Aunque nada indicaba todavía el alto destino político de la Compañía de la India Oriental, aquella sociedad tenía ya gran imperio en la City de Londres. Las oficinas, que ocupaban parte muy pequeña del terreno donde se levantan las actuales, se habían librado de las devastaciones del gran incendio. La India House de aquellos días era un edificio de madera y yeso, adornado según el gusto dominante en la época de Isabel. Sobre las ventanas había una

(1) La *Clarinda* de Addison, en la semana cuyos sucesos apuntó en su diario, no leyó más que Aurengzebe; *Spectator*, 323. Soñaba que Mr. Froth estaba á sus pies y la llamaba Indamora. Su amiga miss Kitty repetía de memoria los ocho versos mejores de la comedia. Seguramente aquellos que empiezan: «Trust on, and think to-morrow will repay.» No tiene Lucrecio ocho versos mejores.

pintura que representaba una flota de buques mercantes combatida por las olas. Cubría todo el edificio una figura colosal de madera que representaba un marinero entre dos delfines, el cual miraba desdeñosamente á la multitud que transitaba por Leadenhall Street (1). En esta morada, estrecha y humilde ciertamente en comparación del vasto laberinto de pasillos y habitaciones á que ahora se da el mismo nombre, alcanzó la Compañía, durante la mayor parte del reinado de Carlos II, una prosperidad sin rival en la historia del comercio, y que excitó la maravilla, la codicia y la envidiosa animosidad de toda la capital. La riqueza y el lujo aumentaban entonces rápidamente. Hízose mayor de día en día la afición á las especias, á los tejidos y á las joyas de Oriente. El té, que cuando Monk vino á Londres con el ejército de Escocia era pasado de mano en mano para que todos lo vieran y no se hacía más que tocarlo con los labios como una gran rareza de China, era ocho años después un artículo regular de importación y consumo, y adquirió pronto tal desarrollo, que los hacendistas empezaron á considerarlo como un artículo que debía pagar derechos. Los progresos que se hacían en el arte de la guerra habían aumentado en grado sin precedente la demanda de los ingredientes de que se compone la pólvora. Calculábase que difícilmente produciría toda Europa en un año salitre bastante para el sitio de una ciudad fortificada según los principios de Vauban (2). A no haber sido por las importaciones de la India, decíase que el Gobierno inglés no hubiera podido equipar una flota sin hacer excavaciones en los

(1) Se hallará un curioso grabado que representa la India House del siglo XVII, en el *Gentleman's Magazine* de dic. de 1781.
(2) Véase la Carta de Davenant á Mulgrave.

sótanos de Londres con objeto de recoger las partículas nitrosas de las paredes (1). Antes de la restauración apenas había un barco del Támesis que hubiera visitado el delta del Ganges. Pero durante los veintitrés años que siguieron á la restauración, el valor de las importaciones anuales de aquel rico y populoso distrito aumentaron, desde ocho mil libras, hasta trescientas mil.

Las ganancias de la sociedad que tenía la posesión exclusiva de tan próspero comercio eran verdaderamente increíbles. El capital efectivo no excedía de trescientas setenta mil libras; pero la Compañía podía sin dificultad tomar dinero al seis por ciento, y este dinero, colocado en el negocio, producía, según los rumores corrientes, el treinta por ciento. Las utilidades eran tales, que en 1676 todos los accionistas obtuvieron un beneficio igual al valor de su parte respectiva. Sobre el capital así duplicado se pagaron, durante cinco años, dividendos que ascendían próximamente al veinte por ciento anual. Había habido un tiempo en que cien libras de papel de la Compañía se podían comprar por sesenta. Aun en 1664 el precio en el mercado era solamente de sesenta. Pero en 1677 el precio había subido hasta doscientas cuarenta y cinco; en 1681 era de trescientas; posteriormente llegó á trescientas sesenta, y se dice que algunas ventas se efectuaron á quinientas (2).

Las enormes ganancias del comercio de la India no hubieran causado, tal vez, gran descontento si hubieran sido distribuídas entre numerosos accionistas.

(1) *Respuesta á las Dos Cartas relativas á la Compañía de la India Oriental*, 1676.

(2) *Diccionario* de Anderson; G. White. *Relación del comercio de la India Oriental*, 1691; *Tratado del comercio de la India Oriental*, por Filopatris, 1681.

Pero mientras el valor del papel iba creciendo, el número de accionistas era cada vez menor. En la época en que la prosperidad de la Compañía llegó al punto más alto, la dirección estaba completamente en manos de algunos comerciantes inmensamente ricos. Cada propietario entonces tenía un voto por cada quinientas libras en acciones apuntadas á su nombre. En los folletos de la época se aseguraba que cinco personas tenían la sexta parte de los votos, y catorce una tercera parte (1). Decíase que más de un afortunado especulador sacaba del monopolio una renta anual de diez mil libras; y en la Bolsa real señalaban con el dedo á un hombre de gran riqueza que, gracias á afortunadas ó juiciosas compras de papel, había reunido en poco tiempo una fortuna de veinte mil libras anuales. Este gran señor del comercio, que en riqueza y en la influencia que acompaña á la riqueza competía con los primeros nobles de su tiempo, era sir Josiah Child. Había todavía quien recordaba haberle visto cuando era aprendiz barriendo uno de los escritorios de la City. Pero desde esta humilde posición su talento le había elevado rápidamente á la opulencia, el poder y la fama. En tiempo de la restauración era muy considerado en el mundo comercial. Poco después de aquel suceso publicó sus pensamientos sobre la filosofía del comercio. Sus teorías no siempre eran sólidas; pero eran las teorías de un hombre ingenioso y pensador. Sean cualesquiera los errores en que puede haber incurrido como teórico, es lo cierto que como hombre práctico de negocios pocos le igualaban. Casi desde el momento en que entró á

(1) *Razones para formar en Londres una nueva Compañía de la India Oriental*, 1681; *Observaciones acerca del actual estado de los negocios de la Compañía de la India Oriental*, 1690.

formar parte del comité que dirigía los negocios de la Compañía, se hizo sentir su ascendiente. Al poco tiempo muchos de los puestos más importantes, tanto en Leadenhall Street como en las factorías de Bombay y Bengala, fueron ocupados por parientes y hechuras suyas. Sus riquezas, aunque gastadas con ostentosa profusión, continuaron creciendo y multiplicándose. Obtuvo una baronía; compró una residencia señorial en Wanstead, y allí gastó inmensas sumas en hacer estanques y en plantar de nogales millas enteras de tierra estéril. Casó á su hija con el hijo mayor del Duque de Beaufort, dándole en dote cincuenta mil libras esterlinas (1).

Pero esta maravillosa prosperidad no dejó de tener sus eclipses. Hacia el fin del reinado de Carlos II la Compañía comenzó á ser fieramente atacada de fuera, estando al mismo tiempo dividida por disensiones interiores. Las utilidades del comercio de la India eran de tal modo tentadoras, que muchas veces aventureros particulares, á despecho de la carta real, habían equipado bajeles para los mares orientales. Pero la competencia de estos intrusos no había llegado á ser, en realidad, formidable, hasta el año 1680. Estaba entonces la nación violentamente agitada por la disputa acerca del Bill de Exclusión. Las gentes tímidas anunciaban otra guerra civil. Los dos grandes partidos, recientemente llamados whigs y tories, luchaban fieramente en todos los condados y ciudades de Inglaterra; y la lucha cundió pronto hasta todos los rincones del mundo civilizado donde había ingleses.

La Compañía era considerada vulgarmente como una corporación whig. Entre los miembros de la co-

(1) Evelyn, marzo 16, 1682-83.

misión directiva había algunos de los más vehementes exclusionistas de la City. Dos de ellos, en efecto, sir Samuel Barnardistone y Tomás Papillon, se atrajeron una persecución severa por su celo contra el catolicismo y el poder arbitrario (1). Child había sido elevado al principio á la dirección por estos mismos; durante largo tiempo había obrado de concierto con ellos, y se le suponían sus mismas opiniones políticas. Durante muchos años le habían mostrado gran estimación los jefes de la oposición parlamentaria, y había sido especialmente mal visto del Duque de York (2). Los intrusos determinaron, pues, afiliarse entre los leales que estaban dispuestos á defender el trono contra los insolentes tribunos de la City. Esparcieron rumores en todas las factorías de Oriente de que Inglaterra estaba revuelta, que se había desnudado la espada ó se desnudaría inmediatamente y que la Compañía figuraba en primera línea en la rebelión contra la Corona. Estos rumores, que realmente no dejaban de ser probables, encontraron fácil crédito entre gente separada de Londres por lo que era entonces viaje de un año. Algunos servidores de la Compañía que estaban descontentos de sus jefes, y otros que eran celosos realistas, se unieron á los comerciantes particulares. En Bombay la guarnición y la gran mayoría de los habitantes ingleses declararon que no obedecerían á quien no obedeciese al Rey; prendieron al delegado del gobernador, y declararon la isla por la Corona. En Santa Elena hubo una sublevación. Los insurgentes tomaron el nombre de soldados del Rey, y desplegaron el estandarte real. Fueron vencidos con dificultad, y al-

(1) Véanse las *Causas de Estado*.
(2) *Diario de Pepys*, abril 2 y mayo 10, 1669.

gunos sufrieron todo el rigor de la ley marcial (1).

Si la Compañía hubiera continuado siendo whig cuando las nuevas de estos alborotos llegaron á Inglaterra, es probable que el Gobierno hubiéra apoyado la conducta de los amotinados, y que la carta que concedía el monopolio hubiera sufrido la suerte que por este tiempo tuvieron tantas otras cartas. Pero mientras los intrusos estaban á muchos miles de leguas haciendo la guerra á la Compañía en nombre del Rey, la Compañía y el Rey se habían reconciliado. Cuando se disolvió el Parlamento de Oxford, cuando era evidente que se acercaba una fuerte reacción en favor de la prerrogativa, cuando todas las corporaciones que habían incurrido en el desagrado del Rey empezaban á temblar por sus franquicias, efectuóse una rápida y completa revolución en la dirección de la Compañía. Child, que era entonces gobernador, ó, según el nombre moderno, presidente, se separó de sus antiguos amigos, los hizo excluir de la dirección, y negoció un tratado de paz y estrecha alianza con la Corte (2). Es probable que el próximo parentesco en que acababa de unirse con la gran casa tory de Beaufort hubiera influído algo en este cambio de política. Papillon, Barnardistone y sus parciales vendieron su papel; los puestos que ocupaban en la dirección fueron dados á personas devotas á Child, por donde vino á ser el autócrata de la Compañía. Los tesoros de ésta quedaron por completo á su disposición. Los más importantes papeles de la Compañía se guardaban, no en el archivo de la dirección,

(1) Tench, *Justa y modesta vindicación de la Compañía de la India Oriental*, 1690.

(2) *Observaciones acerca del estado actual de los negocios de la Compañía de la India Oriental*, 1690; Hamilton, *Nueva descripción de las Indias Orientales*.

en Leadenhall Street, sino en su despacho en Wanstead. El ilimitado poder que ejercía en India House le permitió llegar á ser favorito en Whitehall, y el favor que gozaba en Whitehall afirmó su poder en la Compañía de la India. Carlos recibió de él magnánimamente un presente de diez mil guineas. Jacobo aceptó otro de diez mil, consintiendo sin dificultad en hacerse accionista. Cuantos podían favorecer ó perjudicar en la corte, ministros, favoritas, clérigos, los tenían propicios regalándoles chales y sederías, nidos de pájaros y esencias de rosas, bolsas de diamantes y talegas de guineas (1). De lo que gastaba el dictador, sus colegas no pedían cuenta; y, en realidad, parece haber merecido la confianza que en él ponían. Sus donativos, distribuídos con juiciosa prodigalidad, no tardaron en producir pingüe ganancia. Justamente cuando la Corte vino á ser omnipotente en el Estado, él fué omnipotente en la Corte. Jeffreys pronunció una decisión en favor del monopolio y de los actos más violentos que en defensa del monopolio se habían hecho. Jacobo mandó poner su sello á una nueva carta que confirmaba y extendía todos los privilegios concedidos á la Compañía por sus predecesores. Todos los capitanes de barcos de la India recibieron sus nombramientos de la Corona y se les permitió lucir las reales insignias (2). Juan Child, hermano de sir Josiah y gobernador de Bombay, fué creado baronet con el título de sir Juan Child de Surat; fué nombrado general de todas las fuerzas inglesas de Oriente, y se le autorizó á tomar el título de excelencia. Por otra

(1) White, *Relación del comercio de la India Oriental*, 1691; *Cuento de Pierce Butler*, 1691.

(2) White, *Relacion del comercio de las Indias Orientales*, 1691; Hamilton, *Nueva descripción de las Indias Orientales*; Sir John Wyborne á Pepys, desde Bombay, enero 7, 1687-88.

parte, distinguíase la Compañía entre muchas corporaciones serviles por su obsequioso homenaje al Trono, y dió el ejemplo á todos los comerciantes del reino de pagar sin dificultad y hasta con gusto los derechos de aduanas que Jacobo, al principio de su reinado, exigió sin autorización del Parlamento (1).

Parecía que el comercio particular sería ahora extinguido totalmente, y que el monopolio, protegido con toda la fuerza de la regia prerrogativa, sería más provechoso que nunca. Pero, por desgracia, precisamente entonces se originó una contienda entre los agentes que tenía la Compañía en la India y el Gobierno mogol. De parte de quién estuviera la falta, es una cuestión discutida con vehemencia en aquel tiempo y que es ahora imposible decidir. Los intrusos echaron toda la culpa á la Compañía. El Gobernador de Bombay, afirmaban ellos, había sido siempre rapaz y violento, pero su baronía y el nombramiento militar le habían vuelto el seso por completo. Hasta los mismos indígenas que trabajaban en la factoría habían notado el cambio, y murmuraban en su inglés chapurrado que debía haber alguna extraña maldición que acompañara á la palabra excelencia, pues desde que el jefe de los extranjeros era llamado excelencia todo había ido mal. En tanto, decíase que el hermano que estaba en Inglaterra había sancionado todos los actos injustos é impolíticos del hermano que estaba en la India, hasta que al fin la insolencia y la rapiña, deshonrosas para la nación inglesa y para la religión cristiana, habían encendido el justo enojo de las autoridades indígenas. La Compañía volvió los cargos contra sus acusadores. Lo que se refería en India House era que la disputa fuera completamente

---

(1) *London Gazette*, febrero 16 (26), 1684 85.

obra de los intrusos, á los cuales ahora se designaba no sólo como intrusos, sino también como traidores. Alegábase que valiéndose de la adulación, de regalos y falsas acusaciones habían inducido á los vireyes del Mogol á oprimir y perseguir la corporación que en Asia representaba la Corona inglesa. Y, en realidad, parece que este cargo no carecía por completo de fundamento. Es cierto que uno de los más pertinaces enemigos de los Childs fué á la corte de Aurengzebe, se plantó á la puerta del palacio, detuvo al gran Rey en el momento de ir á montar á caballo, y levantando en alto una petición, pidió justicia en nombre del Dios común á los cristianos y musulmanes (1). Es dudoso que Aurengzebe fijara mucho la atención en las acusaciones que unos contra otros formulaban los infieles francos. Pero es cierto que hubo una ruptura completa entre sus delegados y los servidores de la Compañía. En el mar, los barcos de sus súbditos fueron cogidos por los ingleses. Por tierra, los establecimientos ingleses fueron tomados y saqueados. Suspendióse el comercio; y aunque todavía se pagaban en Londres grandes dividendos anuales, no se pagaban ya con las utilidades del año.

Precisamente en esta ocasión, cuando todos los barcos de la India que llegaban al Támesis traían malas nuevas de Oriente, la Revolución vino á confundir totalmente la política de sir Josiah. Habíase lisonjeado de haber asegurado la corporación de que era jefe contra las maquinaciones de los intrusos, uniéndola estrechamente con el Gobierno más fuerte de cuantos recordaba. Aquel Gobierno había caído, y todo lo que se apoyaba en la arruinada fábrica empezó á vacilar. Los donativos habían sido dinero per-

---

(1) Hamilton, *Nueva descripción de las Indias Orientales.*

dido. Las relaciones que habían sido la fuerza y el orgullo de la corporación, eran ahora su debilidad y su vergüenza. El Rey, que fuera uno de sus miembros, estaba desterrado. El juez que había declarado legítimas sus más exorbitantes pretensiones estaba preso. Todos los antiguos enemigos de la Compañía, reforzados con aquellos grandes comerciantes whigs á quien Child había expulsado de la dirección, pidieron justicia y venganza á la Cámara whig de los Comunes, que acababa de poner en el trono á Guillermo y María. Nadie se mostró más violento en la acusación que Papillon, el cual pocos años antes había sido quien más celo había mostrado en Londres por la carta (1). Los Comunes censuraron en términos severos á los que habían aplicado la pena de muerte, según la ley marcial, en Santa Elena, y hasta resolvieron que algunos de aquellos criminales fueran excluídos de la ley de Indemnidad (2). La cuestión principal, ó sea cómo había de arreglarse para lo futuro el comercio con Oriente, fué sometida á una comisión. Esta debía haber informado en 27 de enero de 1690; pero aquel mismo día cesó de existir el Parlamento.

Las dos primeras legislaturas del Parlamento siguiente fueron tan breves y laboriosas, que se habló muy poco de la India en las dos Cámaras. Pero, fuera del Parlamento, ambos partidos hicieron uso de todas las artes de la controversia y de la intriga. Se publi-

(1) Como era natural, Papillon fué atacado por su inconsecuencia. Entre los libelos de la época hay uno que se titula: *Tratado concerniente al comercio de la India Oriental, escrito á instancias de Tomás Papillon, Esquire, y en su casa, é impreso en el año de* 1680, *y reimpreso ahora para satisfacción suya y de los demás.*

(2) *Commons' Journals*, junio 8, 1689.

caron casi tantos folletos acerca del comercio de la India, como acerca de los juramentos. El déspota de Leadenhall Street se vió perseguido en sátiras en prosa y verso. Hacían con su nombre juegos de palabras. Comparábanle con Cromwell, con el Rey de Francia, con Goliath de Gath, con el Diablo. Declarábase con vehemencia la necesidad de que en cualquier ley que fuese aprobada para reglamentar nuestro comercio en los mares de Oriente, sir Josiah fuera excluído expresamente de hacer este comercio (1).

Había, sin embargo, gran diferencia de opinión entre los que convenían en odiar á Child y la corporación de que era jefe. Los fabricantes de Spitalfields, de Norwich, de Yorkshire y de los condados occidentales consideraban el comercio de Oriente como más perjudicial que beneficioso para el reino. Cierto que admitían que la importación de especias de la India era inofensiva y que la importación de salitre era necesaria; pero la importación de sedas y de bengalas, como entonces llamaban á los chales, se declaró altamente perjudicial para el país. El efecto producido por la afición creciente á estas galas era que nuestro oro y nuestra plata saliesen del reino, y que muchas excelentes telas inglesas permanecieran en nuestros almacenes hasta ser devoradas por la polilla. Días felices para los habitantes de nuestras ciudades manufactureras y de nuestras tierras de pasto, solía decirse, eran aquellos en que todas las túnicas, todas las colgaduras, todos los lechos se hacían con materiales que nuestros rebaños habían suministrado á nuestros te-

(1) Entre los libelos en que Child es atacado con más saña, se cuentan los siguientes: *Observaciones acerca del estado actual de los negocios de la Compañía de la India Oriental*, 1690; *El Cuento de Pierce Buller*, 1691; y White, *Descripción del comercio de las Indias Orientales*, 1691.

lares. ¿Dónde estaban ahora aquellas excelentes colgaduras antiguas de tapicería que habían adornado los muros de palacios señoriales en tiempo de Isabel? ¿Y no era vergonzoso ver á un caballero cuyos antepasados no habían usado más que telas hechas por artífices ingleses con lanas de Inglaterra, pavoneándose con una camisa de tela de algodón y con su par de medias de seda? Reclamaciones como éstas habían arrancado pocos años antes al Parlamento el acta que obligaba á envolver en lana á los muertos; y no faltaban comerciantes de paño que esperasen que la legislatura, excluyendo de nuestros puertos todos los tejidos de la India, impusiera la misma necesidad á los vivos (1).

Pero de este sentir era únicamente la minoría. El público se inclinaba más bien á exagerar que á disminuir los beneficios que podría sacar Inglaterra del comercio con la India. Cuál fuera el modo más eficaz de extender aquel comercio, era una cuestión que excitaba general interés, y á la que se contestaba de muy diferentes maneras.

Un pequeño partido, formado principalmente de comerciantes residentes en Bristol y otros puertos de mar, sostenía que la mejor manera de extender el comercio era dejarlo libre. Presentaban los bien sabidos argumentos que demuestran que el monopolio es perjudicial al comercio, y después de establecer por extenso la ley general, preguntaban por qué motivo había de considerarse como una excepción á aquella

---

(1) *Discurso concerniente al comercio de la India Oriental, donde se demuestra que no aprovecha nada al Reino*, por Mr. Cary; *Cuento de Pierce Buller, donde se representa el actual estado del comercio de lanas, ó sea exposición verdadera de la cuestión de la Ind a Oriental*, 1691. Se hallarán varias peticiones con igual objeto en los *Diarios de la Cámara de los Comunes*.

ley el comercio entre Inglaterra y la India. Decían que debía permitirse á todo comerciante enviar un cargamento desde cualquier puerto á Surat ó á Cantón con la misma libertad con que lo podía enviar á Hamburgo ó á Lisboa (1). En nuestro tiempo parecerán estas doctrinas tal vez no solamente sanas, pero vulgares y fáciles. En el siglo XVII, sin embargo, se las consideraba como paradojas. Teníase entonces por cierto, y casi por verdad axiomática, que nuestro comercio con los países situados allende el cabo de Buena Esperanza sólo podría ser ventajoso estando en manos de una gran compañía por acciones. Decíase que no había analogía entre nuestro comercio con Europa y nuestro comercio con la India. Nuestro Gobierno tenía relaciones diplomáticas con los Estados europeos. En caso de necesidad, podría enviarse desde aquí fácilmente una escuadra á la embocadura del Elba ó del Tajo. Pero los Reyes de Inglaterra no tenían representante en la corte de Agra ni de Pekín. Apenas se encontraba un navío de guerra á diez mil millas de la bahía de Bengala ó del golfo de Siam. Como nuestros mercaderes no podían ser protegidos por su Soberano en aquellos remotos mares, tenían que protegerse ellos mismos, para cuyo fin debían ejercer algunos derechos de soberanía. Veíanse precisados á tener fortalezas, guarniciones y buques armados. Debían estar facultados para enviar y recibir embajadas, para hacer un tratado de alianza con un príncipe asiático, para declarar la guerra á otro. Era evidentemente imposible que todos los comerciantes tuvieran este poder independientemente de los de-

(1) *Razones en contra de los que pretenden el establecimiento de una Compañía de la India Oriental con privilegio exclusivo.* 1691.

más. Los mercaderes que comerciaran con la India debían, pues, unirse en una corporación que obrara como un solo hombre. En apoyo de estos argumentos se citaba el ejemplo de los holandeses, y generalmente era tenido por decisivo. Porque en aquella época la inmensa prosperidad de los holandeses era donde quiera mirada con admiración, admiración que en nada disminuía el que en ella entrara por mucho la envidia y el aborrecimiento. En todo lo relativo al comercio, sus hombres de Estado eran considerados como oráculos, y sus instituciones como modelos.

La gran mayoría, pues, de los que atacaban la Compañía, hacíanlo, no porque comerciase con fondos que eran resultado de la asociación y poseyera privilegios exclusivos, sino por estar regida por un hombre, y porque el régimen de éste había sido perjudicial al público y beneficioso únicamente para él y para sus hechuras. El único remedio, se decía, á los daños que su mala administración había producido, era transferir el monopolio á una nueva corporación constituída de tal modo que no hubiera peligro de que cayera bajo el dominio de un déspota ó de una pequeña oligarquía. Muchos que deseaban formar parte de tal corporación se constituyeron en sociedad, firmaron un compromiso, y confiaron el cuidado de sus intereses á una comisión en la que entraron algunos de los principales comerciantes de la City. Esta sociedad, aun cuando á los ojos de la ley no tenía personalidad, fué designada muy pronto por el vulgo con el nombre de Nueva Compañía; y muypronto las hostilidades entre la Nueva Compañía y la Antigua fueron causa de tan gran excitación y ansiedad, al menos en aquella atareada colmena de que era centro la Bolsa Real, como las hostilidades entre los aliados

y el Rey de Francia. El cuartel general de la nueva asociación estaba en Dowgate; los peleteros prestaron su soberbio local, y las reuniones se celebraban en una sala famosa por la fragancia que se exhalaba del magnífico entablamento de cedro (1).

Cuando era más acalorada la contienda, llegaron importantes nuevas de la India, que la *Gaceta de Londres* anunció como satisfactorias en el más alto grado. Habíase hecho la paz entre el Gran Mogol y los ingleses. Aquel gran potentado no sólo había retirado sus tropas de las factorías, sino que había concedido á la Compañía mayores privilegios de los que hasta entonces disfrutara. Pronto, sin embargo, apareció una versión diferente del suceso. Los enemigos de Child le habían acusado, antes de este tiempo, de tener por sistema el publicar falsas noticias. Esta vez, decían, se había engañado á sí mismo. Habían obtenido una copia fiel del Firmán que había puesto término á la guerra, y lo imprimieron después de hacerlo traducir. Resultaba que Aurengzebe había concedido despreciativamente á los ingleses, en atención á su arrepentimiento y á un gran tributo, el perdón de sus pasadas culpas, les encargaba portarse mejor en lo futuro, y les ordenaba, adoptando el tono de amo, separar al principal delincuente, sir John Child, del poder y la confianza. La muerte de sir John ocurrió tan oportunamente, que estas órdenes no pudieron ser obedecidas. Pero se vió con toda evidencia que la pacificación que los jefes de India House habían presentado como ventajosa y honrosa, se había efectuado, en realidad, en

(1) El compromiso se publicó y ha sido reimpreso varias veces. Respecto al Tanners'Hall, véase Seymour, *Historia de Londres*, 1734.

condiciones deshonrosas para el nombre inglés (1).

Durante el verano de 1691, la controversia promovida por este asunto entre la Compañía de Leadenhall Street y la Compañía de Dowgate tuvo á la City en constante agitación. En el otoño, no bien se hubo reunido el Parlamento, ambos partidos contendientes presentaron peticiones á la Cámara de los Comunes (2). Las peticiones fueron en seguida tomadas en seria consideración, y se aprobaron resoluciones de grave importancia. Fué la primera resolución, que el comercio con las Indias Orientales era beneficioso para el reino: la segunda fué, que el comercio con dichas Indias sería más provechoso en manos de una Compañía por acciones poseedora de privilegio exclusivo (3). Era, pues, evidente que ni los fabricantes que deseaban que el comercio se prohibiese, ni los comerciantes de los puertos de mar que deseaban que fuese libre, tenían la menor probabilidad de alcanzar su objeto. La sola cuestión que se dejó sin resolver fué la cuestión entre la Antigua y la Nueva Compañía. Diez y siete años trascurrieron antes que aquella cuestión cesase de agitar los círculos políticos y comerciales. Fué fatal á la honra y poderío de un gran Ministro y á la paz y prosperidad de muchas familias. Los folletos que las corporaciones rivales publicaron una contra otra son innumerables. Si hemos de dar crédito al drama de aquel siglo, la lucha entre la India House y la sala de los Peleteros fué algunas veces obstáculo tan grave al desarrollo del verdadero amor en Londres, como lo había sido en

---

(1) *London Gazette*, mayo 11, 1691; White, *Relación del comercio de la India Oriental*.

(2) *Commons' Journals*, octubre 28, 1681.

(3) *Commons' Journals*, octubre 29, 1691

Verona la lucha entre Capuletos y Montescos (1). No es fácil decir cuál de las dos partes contendientes fué la más fuerte. La Nueva Compañía estaba sostenida por los whigs, la Antigua por los toríes. La Nueva Compañía era popular, pues prometía con largueza y no se la podía acusar de haber faltado á sus promesas; no repartía dividendos, y, por tanto, no era envidiada; no tenía poder para oprimir, y, por tanto, no había incurrido en opresión alguna. La Antigua, aunque generalmente era mal vista del público, tenía la inmensa ventaja de estar en posesión, bastándole con sólo permanecer á la defensiva. A la Nueva Compañía tocaba el redactar un plan para reglamentar el comercio de la India y demostrar que aquel plan era mejor que el que había servido hasta aquí. La Antigua Compañía no tenía más que presentar objeciones á los cambios que se propusieran; objeciones que no le sería difícil hallar. Los miembros de la Nueva Compañía estaban escasos de medios para comprar la ayuda de la Corte y del Parlamento. No tenían existencia como corporación, ni tesoro común. Si alguno de ellos hacía un donativo, lo sacaba de su bolsillo con pocas probabilidades de reembolsarse. Pero la Antigua Compañía, aunque rodeada de peligros, tenía todavía sus privilegios exclusivos y aún realizaba enormes utilidades. Su papel había bajado considerablemente desde los días de oro de Carlos II; pero cien libras vendíanse todavía por ciento veintidos (2). Después de haber pagado á los

---

(1) Rowe en el *Biter*, que fué silbado, como lo merecía, presentaba un anciano caballero, que amonestaba á su hija de esta manera: «Tú has sido educada como doncella honrada y virtuosa, ¿y quieres unirte con un miserable libertino que vendió el papel que tenía de la Antigua Compañía de la India Oriental?»

(2) Hop á los Estados Generales, octubre 30 (nov. 9), 1691.

accionistas un gran dividendo, aún quedaba un sobrante más que suficiente, en aquella época, para comprar la mitad del Gabinete; y este sobrante estaba en absoluto á disposición de un hombre listo, resuelto y nada escrupuloso, que sostenía la lucha con admirable arte y constancia.

La mayoría de la Cámara de los Comunes deseaba que se hiciera una transacción: conservar la Antigua Compañía, pero reorganizarla, imponerle nuevas condiciones y hacer entrar en ella á los miembros de la Nueva. Con esta mira se resolvió, después de largos y acalorados debates y reñidas votaciones, que el capital se aumentase en un millón y medio. Para impedir que una sola persona ó un pequeño grupo llegara á dominar á toda la sociedad, se determinó fijar en cinco mil libras el máximum de la cantidad de papel que pudiera tener un solo accionista, obligando á los que tuvieran más á vender el exceso á cualquier precio que no fuese menos que á la par. En cambio del privilegio exclusivo del comercio de los mares orientales, la Compañía quedaba obligada á dar anualmente á la Corona quinientas toneladas de salitre á bajo precio, y á exportar todos los años manufacturas inglesas por valor de doscientas mil libras (1).

Se presentó un bill fundado en estas resoluciones, se leyó dos veces y pasó á una comisión; pero no prosperó á consecuencia de la rotunda negativa de Child y sus asociados á aceptar las condiciones ofrecidas. Presentó objeciones á todas las partes del proyecto, y sus objeciones son altamente curiosas y divertidas. El gran monopolista se fundaba para defenderse en los principios de la libertad de comercio.

(1) Hop menciona la gran duración y acaloramiento de los debates, nov. 13 (23), 1691. Véanse los *Commons' Journals*, diciembre 17 y 18.

En un documento luminoso y escrito con gran fuerza de lógica, exponía lo absurdo de los procedimientos ideados por la Cámara de los Comunes. Limitar la cantidad de papel que pudiera estar en una sola mano, hubiera sido, según él, un absurdo. No ofrecía duda que aquel accionista cuya fortuna entera dependiese del resultado del comercio de la India ejercería todas sus facultades vigorosamente para promover aquel comercio, mucho más que aquel accionista que sólo arriesgaba lo que podría perder sin que fuera para él un gran desastre. A la petición de que se debía dar á la Corona el salitre por una suma fija, contestaba Child con aquellos argumentos tan conocidos en nuestro tiempo, y que demuestran que los precios deben dejarse en entera libertad. A la demanda de que la Compañía se obligase á exportar anualmente manufacturas inglesas por valor de doscientas mil libras, respondía muy oportunamente que la Compañía tendría mucho gusto en exportar valor de dos millones si las condiciones del mercado así lo exigían, y que si en el mercado la oferta era excesiva hubiera sido vana locura enviar á correr la mitad del mundo buenos paños para ser comidos por las hormigas blancas. Declaraba con mucho ingenio que nunca había parecido prudente poner al comercio cotilla demasiado estrecha, que en vez de hacerlo crecer esbelto y desarrollarse, debía matarlo ó hacerlo contrahecho.

Los Comunes, irritados por la obstinación de Child, presentaron una instancia solicitando del Rey la disolución de la Antigua Compañía y la concesión de una carta en las condiciones que juzgase oportunas la sabiduría de Su Majestad para establecer otra Nueva Compañía (1). Claramente indicaban los términos de

(1) *Commons' Journals*, feb. 4 y 6, 1691.

esta instancia que los Comunes consideraban al Rey constitucionalmente autorizado para conceder privilegio exclusivo de comerciar con las Indias orientales.

Contestó el Rey que el asunto era de la mayor importancia, que lo examinaría maduramente, y que más adelante daría á la Cámara contestación más categórica (1). En el Parlamento no se volvió á hablar del asunto durante aquella legislatura; pero fuera del Parlamento la guerra era más empeñada que nunca, y los beligerantes no mostraban el menor escrúpulo acerca de los medios á que acudían. Las principales armas de la Nueva Compañía eran los libelos; las principales armas de la Antigua, el soborno.

En la misma semana que se dejó morir el bill de reglamentación del comercio de la India, otro bill, que había producido gran excitación y había producido una lucha parlamentaria en que se desplegó habilidad sin precedente, sufrió la misma suerte.

V.

Debate del bill reglamentando los procesos en casos de alta traición.

Durante los ocho años que precedieron á la revolución, habíanse quejado los whigs amargamente, y no con más amargura que justicia, de la dura medida adoptada con las personas acusadas de delitos políticos. ¿No era monstruoso, preguntaban, que se negase al culpado la vista de su acusación? Muchas veces un

(1) *Commons' Journals*, feb. 11, 1691.

infeliz preso no había sabido de qué se le acusaba hasta que había llegado á la barra. El crimen que se le atribuía podía ser que tratara de hacer fuego contra el Rey; podía ser que tratara de envenenarlo. Cuanto mayor era su inocencia, era menos probable que pudiera adivinar la naturaleza de la acusación por la cual iba á ser juzgado; ¿y cómo había de tener preparados los testimonios para rechazar un cargo cuya naturaleza no podía adivinar? La Corona tenía poder para obligar á los testigos á asistir. El preso no tenía semejante poder. Si los testigos venían voluntariamente á hablar en su favor, no podía exigírseles juramento. Su testimonio hacía, pues, menos impresión en un jurado que el de los testigos de la acusación, cuya veracidad garantizaban las más solemnes sanciones de la religión y de la ley. Los jurados, cuidadosamente elegidos por los sheriffs á quienes la Corona había nombrado, eran hombres animados del más fiero espíritu de partido, hombres que sentían la misma compasión por un exclusionista ó un disidente que por un perro rabioso. El Gobierno estaba servido por una banda de abogados hábiles, experimentados y sin moralidad, quienes con sólo ojear un extracto sabían distinguir todos los puntos débiles y fuertes de una causa, abogados á quienes nunca faltaba presencia de espíritu, cuyo raudal de palabras era inagotable, y que habían pasado su vida en presentar la peor razón de tal manera que pareciese la mejor. ¿No era cosa horrible ver á tres ó cuatro de estos astutos, sabios y empedernidos oradores dispuestos á arrojarse sobre un pobre infeliz que en toda su vida había pronunciado una palabra en público, que ignoraba la definición legal de la traición y de los primeros principios de la ley de testimonios, y cuyo entendimiento, incapaz en las mejores circunstancias para una

lucha singular con gladiadores de profesión, se encontraba confundido por la próxima perspectiva de una muerte cruel é ignominiosa? Sin embargo, tal era la regla; y ni aun por un hombre á quien la enfermedad tuviera aletargado en términos de no poder levantar la mano ni hacer oir su voz, ni aun por una pobre anciana que no entendía nada de lo que estaba pasando, sino que la iban á asar viva por haber hecho una obra de caridad, se permitía á ningún abogado pronunciar una palabra. Que una causa de Estado conducida de este modo era poco menos que un asesinato jurídico, había sido, durante la proscripción del partido whig, un artículo fundamental de la doctrina de aquel partido. Los toríes, por otra parte, aunque no podían negar que se habían cometido algunas injusticias, sostenían que, en general, en lo más importante se había hecho justicia. Tal vez hubieran sufrido la pena de traidores algunos sediciosos que habían llegado muy cerca de los lindes de la traición, pero que no los habían pasado. ¿Pero era esta razón suficiente para permitir á los jefes de la conjuración de Rye House y de la insurrección del Oeste eludir por mera habilidad curial el castigo de su culpa? ¿Por virtud de qué principio había de tener el traidor probabilidades de escapar, que no fueran concedidas al criminal? El reo acusado de latrocinio estaba sujeto á las mismas desventajas que tratándose de regicidas y rebeldes parecían tan injustas; sin embargo, nadie se apiadaba de él. Nadie consideraba monstruoso que no se le dejara tiempo para estudiar una copia de su acusación; que sus testigos fueran examinados sin prestar juramento; que tuviera que defenderse á sí mismo, sin la ayuda de abogado, contra los primeros talentos de los tribunales de justicia. Los whigs, al parecer, reservaban toda su compasión para aquellos crímenes

que trastornan el gobierno y disuelven toda la fábrica de la sociedad humana. Guy Faux debiera ser tratado con una indulgencia que no debía alcanzar á ningún ratero. Bradshaw debía tener privilegios que se negaban á un muchacho que hubiera robado una gallina.

La revolución produjo, como era natural, algún cambio en los sentimientos de los dos grandes partidos. En la época en que sólo los *Cabezas redondas* y los disidentes eran acusados de traición, hasta los caballeros más rectos y humanos se inclinaban á opinar que las leyes que eran la salvaguardia del trono no podían ser demasiado severas. Pero tan pronto como algunos leales *gentlemen* toríes y venerables padres de la Iglesia se vieron en peligro de ser sometidos al tormento por estar en correspondencia con Saint-Germain, una nueva luz brilló en muchas inteligencias que no habían sido capaces de descubrir la menor injusticia en los procesos contra Algernon Sidney y Alicia Lisle. Ya no parecía del todo absurdo mantener que debían concederse al acusado de traición algunas ventajas que no disfrutaba el criminal vulgar. ¿Qué probabilidad había de que ningún sheriff reuniera un jurado adicto, que ningún abogado empleara todas las artes del sofisma y la retórica, que ningún juez violentara la ley y falseara los testimonios para declarar á un inocente, convicto de robo con escalamiento ó de robo de ganado? Pero en una causa de alta tración el veredicto de absolución debe siempre considerarse como una derrota del Gobierno; y había demasiada razón para temer que muchos sheriffs, abogados y jueces se dejaran llevar del espíritu de partido ó de algún motivo más bajo para hacer cualquier cosa que pudiera salvar al Gobierno de los inconvenientes y vergüenza de una derrota. La voz general de todo el partido tory era que las vidas de

buenos ingleses que no fueran agradables al poder dominante no estaban suficientemente protegidas; y á esta voz unían la suya algunos abogados que se habían distinguido por el maligno celo y deshonroso ingenio con que habían dirigido persecuciones de Estado en tiempo de Carlos y de Jacobo.

La opinión de los whigs, aun cuando no había sufrido cambio completo como la de los toríes, no era sin embargo la misma de antes. Algunos de los que habían considerado como la mayor de las injusticias que Russell no hubiera tenido abogado y que Cornish no hubiera tenido copia de la acusación, empezaban ahora á murmurar que los tiempos habían cambiado, que los peligros del Estado eran muy grandes; que se trataba de la libertad, la propiedad, la religión, la independencia nacional; que muchos ingleses estaban comprometidos en proyectos que tenían por objeto hacer á Inglaterra esclava de Francia y de Roma, y que sería la mayor imprudencia, en tal momento, suavizar las leyes contra los delitos políticos. Era cierto que había producido gran escándalo la injusticia con que se habían conducido las causas de Estado en los últimos reinados. Pero esta injusticia debía atribuirse á los malos reyes y malos jueces, que habían sido la maldición del país. Ahora estaba Guillermo en el Trono. Holt ocupaba el banco de los jueces por toda su vida; y ni Guillermo exigiría nunca ni Holt prestaria jámas servicios tan vergonzosos é infames como aquellos por los cuales el desterrado tirano había recompensado á Jeffreys con riquezas y títulos. Este lenguaje, sin embargo, fué empleado al principio por muy pocos. Los whigs, como partido, debían comprender que no podían decorosamente defender en su época de prosperidad aquello mismo que en la época de desgracia

habían designado siempre como un abuso que clamaba remedio. Fué presentado en la Cámara de los Comunes y recibido con general aplauso un bill reglamentando los procesos en casos de alta traición. Treby tuvo el valor de hacer algunas objeciones; pero no se procedió á votación. Las principales disposiciones del bill eran que á ningún procesado se le declarase convicto de alta traición cometida más de tres años antes de ser acusado; que á toda persona acusada de alta traición se le permitiera la asistencia de un abogado, y que le fuera entregada diez días antes de la vista una copia de la acusación, y una lista de las personas entre las cuales se había de elegir el jurado; que sus testigos prestaran juramento y que se les citara por el mismo procedimiento por el cual se aseguraba la asistencia de los que iban á declarar contra él.

El bill pasó á la alta Cámara, y fué devuelto con una enmienda importante. Desde hacía mucho se quejaban los Lores de la anómala é inicua constitución de aquel tribunal que tenía jurisdicción sobre ellos cuando se trataba de una causa capital. Cuando un gran jurado ha presentado un bill de acusación contra un Par temporal por cualquier acto calificado de crimen, la Corona nombra un Lord Gran Senescal, y en el tribunal de este Lord Senescal se juzga el caso. Este tribunal se componía en lo antiguo de dos maneras muy diferentes. Si el Parlamento estaba reunido, lo formaban todos los miembros de la alta Cámara. Cuando el Parlamento no estaba reunido, el Lord Senescal citaba á doce ó más pares cualesquiera á su discreción para formar un jurado. La consecuencia era que un par acusado de alta traición durante las vacaciones del Parlamento era juzgado por un jurado reunido por sus perseguidores. Los Lores pidieron

ahora que así durante las vacaciones como estando abierto el Parlamento, el par acusado de alta traición fuera juzgado por todo el cuerpo de la nobleza.

La Cámara de los Comunes resistió á esta demanda con una obstinación y vehemencia que difícilmente comprenderá nuestra generación. Lo cierto es que algunos odiosos privilegios de la nobleza abolidos desde entonces, y otros que desde entonces han caído en completo desuso, se hallaban á la sazón en pleno vigor y eran aplicados diariamente. Ningún *gentleman* que hubiera tenido una disputa con un noble podía pensar sin indignación en las ventajas que disfrutaba la casta favorecida. Si su señoría era llevado ante los tribunales, su privilegio le permitía detener el curso de la justicia. Si se decía de él una palabra desagradable, palabra que él podía pronunciar con perfecta impunidad, tenía medio de vindicar su dignidad ofendida tanto por un proceso civil como criminal. Si un abogado, en el cumplimiento de su deber defendiendo un cliente, hablaba con severidad de la conducta de un aristócrata libertino; si un honrado *squire* aplicaba en las carreras de caballos los epítetos más propios á las trampas de un noble estafador, el afrentado patricio no tenía sino quejarse al altivo y poderoso cuerpo de que era miembro. Sus colegas consideraban su causa como causa propia. El ofensor era entregado en manos del ujier de la Vara Negra, llevado á la barra, arrojado en un calabozo y tenido allí hasta que conseguía ser perdonado merced á las más degradantes sumisiones. Nada más natural, por lo tanto, que cualquier tentativa de los pares encaminada á obtener nuevas ventajas para su orden fuera mirada por los Comunes con extremado recelo. Hay grandes razones para sospechar que algunos hábiles políticos whigs, que consideraban peli-

groso suavizar en aquel momento las leyes contra los delitos políticos, pero que no podían, sin incurrir en el cargo de inconsecuencia, declararse contrarios á ninguna medida en tal sentido, concibieron la esperanza de poder diferir al menos por un año, fomentando la disputa acerca del tribunal del Lord Senescal, la aprobación de un bill que les disgustaba, pero que no podían decorosamente combatir. Si tal era en realidad su plan, les salió perfectamente. La Cámara baja rechazó la enmienda; la alta Cámara insistió; celebróse una conferencia libre, y la cuestión fué defendida por ambas partes con gran energía é ingenio.

Las razones en favor de la enmienda eran bien sencillas, y desde luego á primera vista parecían incontestables. Era seguramente difícil encontrar defensa para un sistema que permitía al soberano nombrar un cónclave de hechuras suyas para decidir la suerte de aquellos á quienes consideraba como sus mortales enemigos. ¿Y podía darse nada más absurdo que un noble acusado de alta traición tuviera derecho á ser juzgado por todo el cuerpo de sus pares si la acusación era presentada en la Cámara de los Lores un minuto antes de la clausura del Parlamento, pero que si la acusación llegaba un minuto después, tuviera que quedar á merced de una pequeña junta nombrada por la misma autoridad que le perseguía? Lo extraño es que pudiera decirse algo en sentido contrario; pero los encargados de asistir á la conferencia en representación de los Comunes no eran hombres vulgares, y en esta ocasión parece que desplegaron todas sus fuerzas. Entre ellos se distinguía Carlos Montague, el cual se iba haciendo rápidamente un lugar en primer término entre los oradores de aquel siglo. A él debieron dejarle en esta ocasión la iniciativa, y á su

pluma debemos un relato de la discusión que da muy alta idea de sus facultades para el debate. «Hemos hecho una ley—tal era en sustancia su razonamiento —que no tiene nada de exclusiva, ley que será un beneficio para todas las clases, desde la más alta á la más baja. Las nuevas seguridades que proponemos dar á la inocencia oprimida por el poder, son comunes al primer par y al más humilde jornalero. La cláusula que establece tiempo limitado para las persecuciones nos protege á todos igualmente. A todo inglés acusado del crimen mayor contra el Estado, sea cualquiera su rango, le damos el privilegio de poder ver su acusación, el privilegio de ser defendido por abogado, el privilegio de que sus testigos sean citados por edicto *sub pœna* y presten juramento sobre los Santos Evangelios. Tal es el bill que hemos enviado á vuestras señorías; y vosotros nos lo devolvéis con una cláusula cuyo efecto es dar ciertas ventajas á la clase noble de que formáis parte á expensas de las antiguas prerrogativas de la Corona. Es indudable que antes de consentir en quitar al Rey cualquiera de los poderes que sus predecesores han poseído durante siglos, y dárselo á vuestras señorías, tenemos que estar satisfechos de que vosotros lo emplearéis mejor que él. Algo debemos arriesgar; en alguien debemos poner nuestra confianza; y puesto que nos vemos forzados, muy contra nuestra voluntad, á instituir lo que necesariamente ha de ser una envidiosa comparación, debemos declararnos incapaces de descubrir razón alguna para creer que un príncipe es menos de fiar que una aristocracia. ¿Es razonable, preguntáis, que se nos juzgue en causa capital, sólo por algunos miembros de nuestra Cámara, elegidos por la Corona? ¿Es razonable, preguntamos nosotros á nuestra vez, que tengáis el privilegio de ser juzgados por

todos los miembros de vuestra Cámara, es decir, por vuestros hermanos, vuestros tíos, vuestros primos en primero y segundo grado, vuestros suegros, vuestros cuñados, vuestros más íntimos amigos? De tal manera os casáis los de una familia con los de otra, de tal manera vivís en continuo trato, que apenas hay un noble que no esté enlazado por consanguinidad ó afinidad con varios otros, y que no sea amigo de muchos más. Ha habido grandes señores cuya muerte ha hecho vestir luto á la tercera ó cuarta parte de la nobleza de Inglaterra. Ni hay gran peligro que aquellos pares que no estén enlazados con un lord acusado se muestren dispuestos á enviarlo al cadalso como puedan decorosamente decir: *No es culpable por mi honor* (1). Porque la muerte ignominiosa de un solo miembro de una pequeña aristocracia deja necesariamente una mancha en la reputación de sus iguales. Si, en efecto, vuestras señorías propusieran que todos los de vuestro cuerpo fueran obligados á asistir y votar, aún tendría la Corona alguna probabilidad de obtener justicia contra un par culpable, por muy poderosas que fueran sus relaciones. Pero vosotros proponéis que la asistencia sea voluntaria. ¿Es posible dudar cuál ha de ser la consecuencia? Todos los parientes y amigos del preso estarán en sus puestos para votar por él. La bondad natural y el temor de crearse poderosos enemigos mantendrán alejados á muchos que caso de votar, se verían obligados por conciencia y honor á votar contra el reo. El nuevo sistema que proponéis sería, pues, evidentemente injusto para la Corona; y no presentáis razón alguna que haga creer que el antiguo sistema ha resultado en

---

(1) Véase el apéndice al tomo II de la *Historia de la Revolución de Inglaterra*, pág. 343. —N. del T.

la práctica injusto para vosotros. Podemos afirmar con toda confianza que aun con un gobierno que no fuera tan justo y clemente como aquel bajo el cual tenemos la dicha de vivir, un Par inocente tiene poco que temer de aquellos Pares que puedan reunirse en Westminster Hall para juzgarle. ¿Qué dicen los hechos? ¿En qué solo caso ha caído una cabeza inocente por el veredicto de un jurado elegido de este modo? Fácil sería hacer una larga lista de squires, mercaderes, abogados, cirujanos, pequeños propietarios, artesanos, labradores, cuya sangre bárbaramente vertida en tiempos calamitosos no lejanos clama venganza al cielo. Pero ¿qué solo miembro de vuestra Cámara, en nuestros días, en los días de nuestros padres ó nuestros abuelos, ha sufrido la muerte injustamente por sentencia del tribunal del Lord Gran Senescal? Centenares de individuos del pueblo llano fueron enviados á la horca por los jurados ordinarios en tiempo de la conspiración de Rye House y de la insurrección del Oeste. Un Par, y uno tan solo, Lord Delamere, fué llevado en aquel tiempo ante el tribunal del Lord Senescal, y fué absuelto. Pero, se dice, los testimonios presentados contra él eran legalmente insuficientes. Sea así. También lo fueron los presentados contra Sidney, contra Cornish, contra Alicia Lisle; y, sin embargo, fueron bastantes para hacerlos morir. Pero, se dirá, los Pares ante los cuales se hizo comparecer á Lord Delamere fueran elegidos con desvergonzada mala fe por el rey Jacobo y por Jeffreys. Enhorabuena. Pero esto sólo prueba que con el peor rey posible y con el peor Senescal posible, un lord, juzgado por otros lores, tiene más probabilidades de salvarse que el plebeyo que se entrega á la justicia del país. No podemos, pues, con el gobierno templado que ahora poseemos, sentir gran

temor por la seguridad de cualquier Par inocente. ¡Ojalá pudiéramos estar tan tranquilos por la seguridad de aquel gobierno! Pero es notorio que las instituciones con que nuestras libertades se encuentran inseparablemente ligadas están atacadas á un tiempo por enemigos de dentro y de fuera. En semejante crisis no podemos consentir en aflojar las restricciones que, según parece, han sido ya muy débiles para impedir que algunos hombres de alto rango conspiren por la ruina de su país. En suma, lo que se nos pide es que consintamos en trasferir á vuestras señorías un cierto poder que hoy tienen Sus Majestades. Nuestra respuesta es que en la ocasión presente, el poder de Sus Majestades no es, en nuestra opinión, excesivo, mientras que vuestras señorías tienen bastante poder.»

Estos argumentos, aunque eminentemente ingeniosos y no desprovistos de verdadera fuerza, no pudieron convencer á la alta Cámara. Los Lores insistieron en que todos los Pares habían de ser jueces. Los Comunes consintieron con dificultad en que el número de jueces no fuese nunca menor de treinta y seis, y se negaron positivamente á hacer nuevas concesiones. El bill no pudo, pues, prosperar (1).

Es cierto que los que en la conferencia celebrada con ocasión de este bill representaron á los Comunes, no exageraron los peligros de que el Gobierno estaba amenazado. Mientras se discutía la constitución del tribunal que debía juzgar á los Pares en los

(1) La historia de este bill debe trazarse con el mismo bill, que se encuentra en los archivos de la Alta Cámara, con los *Diarios* de las dos Cámaras en los meses de noviembre y diciembre de 1690 y enero de 1691; particularmente con los *Diarios de los Comunes* de 11 de dic. y de 13 y 25 de enero, y los de los Lores de 20 y 23 de enero. Véase también Grey, *Debates*.

delitos do traición, una traición, ideada por un Par con rara habilidad, estuvo á punto de ser puesta por obra.

VI.

Complot formado por Marlborough contra el gobierno de Guillermo.

Marlborough nunca había cesado de asegurar á la corte de Saint-Germain que el gran crimen que había cometido estaba constantemente presente en su pensamiento, y que su vida no tenía otro objeto que el arrepentimiento y la reparación. No sólo se había convertido él; había convertido también á la princesa Ana. En 1688, los Churchils la habían inducido sin gran dificultad á huir del palacio de su padre. En 1691 la indujeron, con tan poca dificultad como antes, á copiar y firmar una carta manifestando que sentía hondamente los infortunios de su padre, y estaba animada del más ardiente deseo de reparar la falta que había cometido (1). Al mismo tiempo, Marlborough manifestaba su esperanza de poder él solo efectuar la restauración de su antiguo amo de la mejor manera posible, sin la ayuda de un solo soldado ni marino extranjero, con los votos de los Lores y Comunes ingleses y con el apoyo del ejército inglés. No estamos bien informados de todos los detalles de su plan. Pero conocemos el bosquejo por un interesantísimo documento escrito por Jacobo, del cual hay una copia en

(1) La carta con fecha 1.º de dic. de 1691 se encuentra en la *Vida de Jacobo*, II, 477.

la librería Bodleiana y otra en los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia.

Era, por este tiempo, muy intensa la envidia con que los ingleses miraban á los holandeses. Nunca había sido cordial la amistad entre las dos naciones Había ciertamente gran afinidad entre una y otra. Hablaban dos dialectos de una lengua muy extendida. Ambas hacían gala de su libertad política. Ambas profesaban la religión reformada. Ambas estaban amenazadas del mismo enemigo, y sólo estarían seguras mientras estuvieran unidas. Y, sin embargo, no había entre ellas cordial afecto. Probablemente se hubieran amado más si en algunas cosas se hubieran parecido menos. Eran las dos grandes naciones comerciales, las dos grandes naciones marítimas. En todos los mares se veían juntas sus banderas, en el Báltico y en el Mediterráneo, en el golfo de Méjico y en el estrecho de Malacca. Donde quiera el comerciante de Londres y el comerciante de Amsterdam trataban de aventajarse el uno al otro y de conseguir la preferencia. En Europa la lucha no era sangrienta. Pero muchas veces, en países bárbaros donde no había más ley que la fuerza, se habían encontrado los competidores, abrasados de la codicia, ardiendo en animosidad, armados para el combate, sospechando cada uno hostiles designios en el otro, y cada uno resuelto á no conceder al otro ventaja alguna. En tales circunstancias no es extraño que se hayan perpetrado muchos actos violentos y crueles. Lo sucedido en aquellas distantes regiones rara vez podía saberse con exactitud en Europa. Todo se exageraba y alteraba por el vago rumor y la preocupación nacional. Entre nosotros era creencia popular que los ingleses jamás tenían culpa, y que todas las disputas habían de atribuirse á la avaricia y crueldad de los holandeses. Lamentables sucesos ocu-

rridos en las islas de las Especias eran con frecuencia representados en nuestra escena. Los ingleses eran todos santos y héroes; los holandeses, demonios en forma humana, embusteros, ladrones, forzadores, asesinos, verdugos. Las irritadas pasiones que indicaban estas piezas, más de una vez habían encontrado desahogo en la guerra. Por tres veces, en el trascurso de una generación, ambas naciones habían luchado con igual valor y varia fortuna por la soberanía del mar de Alemania. La tiranía de Jacobo, así como había reconciliado á toríes y whigs, anglicacanos y disidentes, también había reconciliado á los ingleses con los holandeses. Mientras nuestros antepasados aguardaban la liberación del Haya, parecieron dadas al olvido la matanza de Amboyna y la gran humillación de Chatham. Pero después de la revolución el antiguo sentimiento volvió á renacer. Aunque Inglaterra y Holanda estaban ahora estrechamente unidas por un tratado, distaban más que nunca de estar unidas por el afecto. Una vez, inmediatamente después de la batalla del cabo Beachy, nuestros compatriotas se habían mostrado inclinados á la justicia; pero inmediatamente se siguió una violenta reacción. Torrington, que merecía ser fusilado, llegó á ser favorito del vulgo; y los aliados á quienes había abandonado vergonzosamente fueron acusados de perseguirle sin causa. La parcialidad mostrada por el Rey á los compañeros de su juventud era el tema favorito de los propagadores de la sedición. Los puestos más lucrativos de su casa, decían, estaban en manos de holandeses: la Cámara de los Lores se iba llenando rápidamente de holandeses: los mejores castillos de la Corona eran dados á los holandeses: el ejército estaba mandado por holandeses. Es perfectamente cierto que Guillermo hubiera obrado con prudencia en no mos-

trar de manera tan marcada el laudable amor que sentía por su país natal y en remunerar con alguna más parquedad á sus amigos de la infancia. Pero no es fácil probar que en ninguna ocasión importante, en todo su reinado, haya sacrificado los intereses de nuestra isla á los intereses de las Provincias Unidas. Los ingleses, sin embargo, se entregaban en esta parte á arrebatos de envidia que los incapacitaban totalmente de prestar oidos á la razón. Uno de estos accesos más violentos ocurrió en el otoño de 1691. La antipatía á los holandeses era en aquel tiempo muy grande en todas las clases, y en ninguna parte era mayor que en el Parlamento y en el ejército (1).

Marlborough determinó aprovecharse de aquella antipatía con el propósito, según aseguraba á Jacobo y á los jacobitas, de hacer la restauración. La actitud de ambas Cámaras era tal que no parecía imposible, manejándolas hábilmente, hacerlas presentar juntas una petición solicitando que todos los extranjeros fueran separados del servicio de Sus Majestades. Marlborough trató de proponer esta petición en la Cámara de los Lores, y no parecía difícil encontrar algún diputado de gran peso que hiciera moción semejante en la de los Comunes.

Si la petición era aprobada, ¿qué haría Guillermo? ¿Cedería? ¿Se desprendería de todos sus más caros, sus más antiguos, sus más fieles amigos? Casi no era

(1) Burnet, II, 85; y Burnet, MS. Harl. 6584. Véase también un memorial firmado por Holmes, pero consistente en noticias proporcionadas por Ferguson, en los extractos de los *Nairne Papers* publicados por Macpherson. Lleva la fecha de octubre de 1691. «El Príncipe de Orange, dice Holmes, es aborrecido de muerte por los ingleses, que ven con toda claridad que no les tiene amor ninguno ni se fia de ellos, antes toda la confianza es para sus holandeses..... Nadie duda que el Parlamento no se dejará llevar del diestro por los extranjeros como hasta aquí.»

posible creer que hiciera concesión tan dolorosa, tan humillante. Si no cedía, habría una ruptura entre él y el Parlamento, y el Parlamento tendría el pueblo á sus espaldas. Aun un monarca que reinase por derecho hereditario podría muy bien retroceder ante lucha semejante con los estados del Reino. Mas para un rey cuyo título se fundaba en una resolución de los estados del Reino, semejante lucha debía casi necesariamente ser fatal. La última esperanza de Guillermo sería el ejército, y el ejército Marlborough se proponía manejarlo; y es muy probable que pudiera realizar lo que intentase. Su valor, su talento, sus nobles y simpáticos modales, el espléndido éxito que había coronado sus empresas en cuantas ocasiones había tenido el mando, le habían hecho, á pesar de sus sórdidos vicios, favorito de sus compañeros de armas. Estaban orgullosos de tener un compatriota que no necesitaba más que la ocasión para competir con el más entendido mariscal de Francia. Las tropas inglesas miraban á los holandeses todavía con más disgusto que la nación inglesa en general. Si, pues, Mar borough, después de asegurar la cooperación de algunos distinguidos oficiales, se presentaba en el momento crítico á aquellos regimientos que había llevado á la victoria en Flandes y en Irlanda; si los llamaba en torno suyo para proteger el Parlamento y echar fuera á los extraños, hay razón poderosa para creer que el llamamiento sería obedecido. Entonces podría cumplir las promesas que tan solemnemente había hecho á su antiguo amo.

De cuantos planes se han formado para la restauración de Jacobo ó de sus descendientes, éste era el que prometía mejor resultado. Aquel orgullo nacional, aquel aborrecimiento del poder arbitrario que hasta aquí habían estado de parte Guillermo, se volverían

ahora en contra suya. Cientos de millares de personas que hubieran arriesgado la vida por no consentir que un ejército francés impusiera el gobierno á los ingleses, no hubieran hecho nada para impedir que un ejército inglés arrojara á los holandeses. Los mismos whigs apenas podrían, sin renunciar á sus antiguas doctrinas, sostener á un príncipe que obstinadamente se negaba á cumplir el deseo general de su pueblo manifestado por el Parlamento. El plan marchaba bien; habíase urdido una vasta intriga. Muchos miembros de la Cámara de los Comunes, que ni remotamente sospechaban que hubiera ningún designio ulterior, prometieron votar contra los extranjeros. Marlborough se mostraba infatigable en encender el descontento del ejército. Su casa estaba siempre llena de oficiales que aumentaban su mutua furia hablando contra los holandeses. Pero antes de estar completos los preparativos surgió una extraña sospecha en la mente de algunos jacobitas. No había duda que el autor de este atrevido y artero plan deseaba derribar el gobierno existente. ¿Pero sabíase de cierto qué gobierno pensaba establecer? ¿No podía deponer á Guillermo sin restaurar á Jacobo? ¿No era posible que hombre tan prudente, tan ambicioso y tan malvado estuviera meditando una doble traición, que hubiera parecido una obra maestra de política á los grandes estadistas italianos del siglo xv, traición que Borgia hubiera envidiado, y Maquiavelo hubiera puesto en las nubes? ¿Y si este consumado disimulador engañaba á los dos reyes rivales? ¿Y si al encontrarse jefe del ejército y protector del Parlamento, proclamaba reina á Ana? ¿No era posible que la cansada y abatida nación consintiera de buen grado en arreglo semejante? Jacobo era impopular porque era católico y se dejaba influir por sacerdotes católicos. Guillermo era impopular

porque era extranjero y dado á favoritos extranjeros. Ana reunía las dos circunstancias de ser protestante y de ser inglesa. Bajo su gobierno el país no correría peligro de ser dominado por jesuitas y por holandeses. Era evidente que Marlborough tenía los motivos más poderosos para colocarla en el trono. En la corte de su padre nunca podía ser más que un criminal arrepentido, cuyos servicios estaban sobradamente pagados con el perdón. En la Corte de Ana el marido de su adorada amiga sería lo que Pepino Heristal y Carlos Martel habían sido con los Chilpericos y Childebertos. Sería el principal director de la administración civil y militar, tendría en sus manos todo el poder de Inglaterra. Sería el árbitro de Europa. Grandes reyes y repúblicas se disputarían su favor, y agotarían sus tesoros en la vana esperanza de saciar su avaricia. Temíase, pues, que si llegaba á tener en sus manos la corona de Inglaterra, quisiera ceñirla á las sienes de la Princesa. No se sabe en qué testimonios se fundaba esta presunción; pero es lo cierto que algo ocurrió que hubo de convencer á algunos de los más devotos amigos de la familia desterrada de que Marlborough estaba meditando una segunda perfidia, mayor todavía que la hazaña que había ejecutado en Salisbury. Temían que si en aquel momento conseguían librarse de Guillermo, la situación de Jacobo fuese más desesperada que nunca. Tan plenamente persuadidos estaban de la doblez de su cómplice, que no sólo se negaron á pasar adelante en la ejecución del plan formado por él, sino que revelaron todo el proyecto á Portland.

VII.

Descubren los jacobitas el complot de Marlborough.

Esta noticia alarmó y llenó de ira á Guillermo en un grado en él muy inusitado. En general, era indulgente y hasta cerraba los ojos á las bajezas de los estadistas ingleses que le servían. Sospechaba y hasta sabía de cierto que algunos de sus servidores estaban en correspondencia con su competidor; y, sin embargo, no los castigaba, no incurrían en su desgracia ni aun les mostraba ceño adusto. Tenía mal concepto, y le sobraba razón para ello, de todos aquellos hombres políticos que se habían formado en la restauración y que ésta había legado á la revolución. Los conocía demasiado bien para quejarse por no encontrar en ellos veracidad, fidelidad, consistencia, desinterés. Lo más que esperaba de ellos era que le sirvieran mientras en servirle no corrieran grave peligro. Si sabía que formando parte de su Consejo y enriquecidos por sus bondades trataban de crearse una influencia en Saint-Germain que pudiera serles útil en caso de una contrarrevolución, se inclinaba más á concederles los despreciativos elogios concedidos en lo antiguo á la mundana sabiduría del injusto mayordomo, que no llamarlos á rendir estrecha cuenta. Pero el crimen de Marlborough era de especie muy diferente. No era su traición la del hombre de débil espíritu, deseoso de tener abierta la retirada en cualquier evento, sino la del hombre de valor indomable, sagacidad profunda y ambición sin medida. Guillermo no era dado al temor; pero si algo había en la tierra capaz de atemo-

rizarle, era Marlborough. Tratar al criminal como merecía, era ciertamente imposible; porque aquellos que habían hecho conocer sus designios al Gobierno no hubieran consentido nunca en presentarse á declarar contra él en calidad de testigos. Pero dejarle mando superior en aquel ejército que él entonces trataba de seducir, hubiera sido una locura.

VIII.

Marlborough en desgracia.—Diferentes rumores acerca de la causa de la desgracia de Marlborough.

El 9 de enero, á hora avanzada de la noche, tuvo la Reina una dolorosa explicación con la princesa Ana. Al día siguiente, de madrugada, fué informado Marlborough que SS. MM. no necesitaban ya sus servicios, y que no debía volver á comparecer en la real presencia. Habíanle colmado de honores y de lo que él estimaba más, de riquezas. Todo lo perdió juntamente.

La historia verdadera de estos sucesos fué sabida de muy pocas personas. Evelyn, que en general bebía en muy buenas fuentes, creyó que la corrupción y las violencias de que Marlborough era notoriamente culpable, habían excitado la regia indignación. Los Ministros holandeses sólo pudieron decir á los Estados Generales que los enemigos de Marlborough habían hecho correr seis historias diferentes. Unos decían que había dejado escapar indiscretamente un importante secreto militar; otros, que había hablado con poco respeto de SS. MM.; otros, que había hecho indisponer á la Reina y á la Princesa; otros, que estaba conspirando con el ejército; otros, que sin autorización se

había puesto en correspondencia con el Gobierno danés acerca de la política general de Europa; y otros, que había tenido tratos con los agentes de la corte de Saint-Germain (1). Sus amigos negaban todos estos rumores, y afirmaban que su solo crimen era no querer á los extranjeros que estaban enseñoreando á sus compatriotas, y que había sido víctima de las maquinaciones de Portland, al cual, según era sabido, no quería bien y á quien muy irreverentemente había calificado de pedazo de alcornoque. El misterio que desde el principio cubrió la historia de la desgracia de Marlborough se hizo más tenebroso todavía después del trascurso de cincuenta años por la desvergozada manera de mentir de su viuda. La concisa narración de Jacobo descubre el misterio y hace ver claramente la causa, no sólo de la desgracia de Marlborough, sino también de algunos de los rumores con que se trató de explicar la causa de esta desgracia (2).

(1) *Diario de Evelyn*, enero 24; Hop á los Estados Generales, enero 22 (feb. 1.º), 1691-92; Baden á los Estados Generales, febrero 16 (26).

(2) He aquí las palabras de Jacobo; fueron escritas en noviembre de 1692:

«Mes amis, l'année passée avoient dessein de me rappeler par le Parlement. La maniére étoit concertée; et Milord Churchill devoit proposer dans le Parlement de chasser tous les étrangers tant des conseils et de l'armée que du royaume. Si le Prince d'Orange avoit consenti á cette proposition, ils l'auroient eu entre leurs mains. S'il l'avoit refusée, il auroit fait déclarer le Parlement contre lui; et en méme temps Milord Churchill devoit se déclarer avec l'armée pour le Parlement; et la flotte devoit faire de méme; et l'on devoit me rappeler. L'on avoit déjá commencé d'agir dans ce projet; et on avoit gagné un gros parti, quand quelques fideles sujets indiscrets, croyant me servir, et s'imaginant que ce que Milord Churchill faisoit n'étoit pas pour moi, mais pour la Princesse de Danemarck, eurent l'imprudence de découvrir le tout á Benthing, et détournérent ainsi le coup.»

IX.

Ruptura entre María y Ana.

Aunque Guillermo no dió públicamente razón alguna al ejercer su indiscutible prerrogativa dimi-

---

Hace ochenta años que publicó Macpherson una traducción de este notabilísimo pasaje, que resuelve juntamente muchos interesantes y oscuros problemas. Pero, cosa extraña, á nadie llamó la atención, y nunca, que yo sepa, ha sido mencionado por ningún biógrafo de Marlborough.

La narración de Jacobo no necesita confirmación; pero está plenamente confirmada por el Burnet MS. Harl. 6584. «Marleburrough,» escribía Burnet en setiembre de 1693, «se ha puesto á desacreditar la conducta del Rey y á hablar mal de él en todas sus conversaciones, tratando de inspirar á los ingleses aversión á los holandeses, que, según él, tienen parte mucho mayor en el favor y confianza del Rey que nó ellos—supongo que los ingleses.—En este punto los ingleses, que siempre están dispuestos á despreciar á todas las demás naciones, y á exagerar la propia valía, se dejaban irritar fácilmente. Y así vino á ser este tema universal de las conversaciones, y era la comidilla constante en casa de Marleburrough, donde siempre se reunían los oficiales ingleses.» Acerca de la destitución de Marlborough, escribía Burnet por el mismo tiempo: «El Rey me dijo, hablando de esto asunto, que tenía razón muy fundada para creer que Marlborough había hecho las paces con el rey Jacobo, y que estaba en correspondencia con Francia. Es cierto que él hacía cuanto podía por formar un partido en el ejército y en la nación contra los holandeses.»

Es curioso comparar este sencillo relato, escrito cuando los hechos estaban recientes, con la artificiosa narración que preparó Burnet para el público muchos años después, cuando Marlborough estaba estrechamente unido con los whigs y prestando á la patria grandes y brillantes servicios. Burnet, II, 90.

La duquesa de Marlborough, en su *Vindicación*, tuvo el descaro de declarar que «nunca había podido saber la causa que produjo el disgusto del Rey.» Indica que tal vez fuera resultado

tiendo á su servidor, Ana había sido informada de la verdad, dejando á su juicio el determinar si un oficial que había sido reo de una horrible traición debía continuar viviendo en palacio. Pasaron tres semanas. Lady Marlborough conservaba todavía su empleo y sus habitaciones en Whitehall. Su marido continuaba residiendo con ella; y todavía ni el Rey ni la Reina habían dado muestras de desagrado. Por último, la altanera y vengativa Condesa, envalentonada por la paciencia de los Reyes, determinó arrostrarlos cara á cara, y acompañó á su ama una noche al salón del palacio de Kensington. Esto era demasiado aun para la bondadosa María. Hubiera ciertamente expresado su indignación ante la multitud que rodeaba las mesas de juego á no recordar que su hermana se hallaba en un estado que obliga á tener con las mujeres peculiar indulgencia. Nada se dijo aquella noche; pero al día siguiente recibió la Princesa una carta de la Reina. María declaraba que no quería disgustar á una hermana á quien amaba, y á la cual dejaría pasar cualquier falta sin importancia; pero actualmente se trataba de una cosa seria. Lady Marlborough debía ser despedida. Mientras ella viviese en Whitehall, su

---

de las calumnias de Young. Ahora bien: ella debia saber que Young no forjó sus calumnias hasta algunos meses después de la desgracia de su marido. Era, en efecto, lamentable, su falta de memoria, facultad que es proverbial considerar como indispensable en personas de la clase á que ella pertenecia. El tomo publicado por ella basta para convencerla de falsedad. Trae una carta de María á Ana, en la cual dice la Reina: «No necesito repetir el motivo que ha dado Milord Marlborough al Rey para hacer lo que ha hecho.» Estas palabras indican claramente que Ana tenía conocimiento de este motivo. Y si no lo tenia, ¿no lo hubiera dicho en la respuesta? Pero también tenemos la respuesta, y no contiene una palabra acerca del asunto. Érale, pues, conocido el citado motivo; ¿y es posible creer que lo tuviera secreto á su adorada mistress Freeman?

marido viviría allí también. ¿Era propio que se permitiera á un hombre en su situación hacer su casa del palacio de su ofendido amo? Sin embargo, tan enemigo era el Rey de mostrar severidad con los peores criminales, que aun esto lo hubiera tolerado y tal vez hubiera durado más si Ana no hubiera traído á la Condesa á desafiar al Rey y á la Reina en su propia Cámara de recepción. «Esto está mal—escribía María —en una hermana; en un igual hubiera sido descortesía, y no necesito decir que tengo derecho á exigir más.» La Princesa en su contestación no intentó disculpar ni excusar á Marlborough; pero expresó la firme convicción de que su esposa era inocente, é imploró de la Reina que no insistiera en tan terrible separación. «No hay desgracia—escribía Ana—que yo no esté dispuesta á sufrir antes que la idea de separarme de ella.»

La Princesa hizo llamar á su tío Rochester, y le suplicó que llevara su carta á Kensington y que fuera allí su abogado. Rochester se negó á ser mensajero, y aunque trató de restablecer la armonía entre sus parientes, en modo alguno estaba dispuesto á defender la causa de los Churchills. En efecto, desde hacía largo tiempo veía con inquietud extremada el absoluto dominio que aquella cínica pareja ejercía sobre su sobrina más joven. La respuesta de Ana fué enviada á la Reina por un criado. La única respuesta fué un mensaje del lord Chambelán, Dorset, ordenando á Lady Marlborough salir del Palacio. Mistress Morley no quiso separarse de Mistress Freeman. En cuanto á Mister Morley, para él todos los sitios donde pudiera tener sus tres servicios y sus tres botellas eran lo mismo. La Princesa con toda su familia se retiró, pues, á Sion House, quinta perteneciente al Duque de Somerset y situada á orillas del Támesis. En Londres ocu-

paba el palacio de Berkeley, que estaba en Piccadilly, en el sitio en que ahora se encuentra el palacio de Devonshire (1). Su renta estaba asegurada por una ley del Parlamento; pero no se perdonó ningún castigo de cuantos la Corona podía imponer. Se le quitó la guardia de honor. Los ministros extranjeros cesaron de visitarla. Cuando iba á Bath, el Secretario de Estado escribía al Mayor de aquella ciudad que no la recibiera con el ceremonial que solía emplearse con los regios visitantes. Cuando asistía á los oficios divinos en la iglesia de Saint-James encontraba que el Rector tenía prohibición de hacer las ordinarias demostraciones de respeto, inclinarse ante ella desde su púlpito, y enviar una copia de su texto para ser colocada en el cojín de la Princesa. Hasta el coplero de Piccadilly, se decía, tal vez falsamente, tenía orden de no cantar sus alabanzas en sus coplas bajo las ventanas del palacio de Berkeley (2).

Que Ana no tenía razón es bien claro; pero no lo es igualmente que los Reyes la tuvieran. Debían ó haber disimulado su disgusto, ó declarar abiertamente las verdaderas razones que lo produjeran. Por desgracia, dejaron ver á todo el mundo el castigo sin permitir casi á nadie conocer la provocación. Debían haber recordado que no teniendo noticia de la causa de la

---

(1) Me he visto obligado á tomar el relato de estos sucesos de la narración de la Duquesa de Marlborough, narración que siempre debe leerse con desconfianza, excepto en aquellos casos, bastante frecuentes, en que relata algún ejemplo de su propia maldad é insolencia.

(2) *Vindicación de la Duquesa de Marlborough*; Dartmouth, nota á Burnet, II, 92; *Versos del Campanero nocturno de Piccadilly con la orden de Milord Nottingham sobre estos versos*, 1691. Hay una terrible sátira contra lady Marlborough, de la misma fecha, titulada *La Salud Universal, verdadera unión de la Reina y la Princesa.*

disputa, el público se inclina naturalmente del lado del más débil, y que esta inclinación adquiere peculiar fuerza cuando una hermana es sin ninguna razón aparente tratada duramente por otra hermana. Debían también haber recordado que exponían al ataque lo que era por desgracia la única parte vulnerable del carácter de María. Un destino cruel la había enemistado con su padre. Sus detractores la declararon totalmente destituída de afecciones naturales; y aun sus apologistas, cuando hablaban de la manera como ella había cumplido los deberes filiales, se veían obligados á hablar en tono sumiso y de disculpa. No podía darse, pues, nada peor, sino que por segunda vez pareciera olvidar los lazos de la sangre. Estaba ahora en guerra abierta con las dos personas que le eran más próximas en parentesco. Muchos que creían su conducta para con su padre completamente justificada por el peligro extremo que había amenazado á su patria y su religión, eran incapaces de defender su conducta para con su hermana. Mientras María, que en esta cuestión era sólo culpable de imprudencia, á los ojos del mundo, aparecía como un opresor, Ana, que era tan culpable como sus limitadas facultades se lo permitían, asumió el interesante papel de dulce y resignada víctima. En aquellas cartas particulares, por supuesto firmadas con el nombre de Morley, la Princesa desahogaba su furia en estilo de pescadora, insultaba groseramente á toda la nación holandesa, y llamaba á su cuñado unas veces el aborto, otras el monstruo, otras Caliban (1). Pero la nación, de su

(1) No es posible suponer que Ana leyese á Shakespeare. Había visto sin duda muchas veces la *Isla Encantada*. Este desdichado *rifacimento* de la *Tempestad* era entonces una de las obras favoritas de la capital por la maquinaria y las decoraciones.

lenguaje y de su porte no escuchaba ni veía más que lo decoroso y sumiso. La verdad parece ser que la rencorosa y grosera Condesa dió el tono á la correspondencia confidencial de S. A., mientras al agraciado, sagaz é imperturbable Conde se le permitió prescribir la actitud que debía tomarse á los ojos del público. Durante breve tiempo la Reina fué generalmente censurada. Pero el encanto de su carácter y de sus maneras era irresistible, y en pocos meses recobró la popularidad que había perdido (1).

X.

Complot de Fuller.

Fué circunstancia afortunadísima para Marlborough que justamente en el mismo tiempo en que en todo Londres se hablaba de su desgracia y se trataba de adivinar la causa del súbito enojo del Rey contra aquel á quien siempre había tratado como favorito, Guillermo Fuller presentara una acusación de traición contra muchas personas de gran importancia, que se abriera estrecha información sobre el asunto, y resultara la acusación falsa y maliciosa. La consecuencia fué que el público, que rara vez hace distinciones, no pudiera en aquel momento convencerse fácilmente de que hubiera en realidad ninguna conspiración jacobita.

Si el complot de Fuller no es tan célebre como el

(1) Burnet, MS. Harl. 6584.

complot papista, culpa es de los historiadores más que de Fuller, que hizo cuanto puede hacer un hombre por asegurarse un puesto eminente entre los infames. Toda persona versada en la historia habrá observado que la depravación tiene sus modas pasajeras que aparecen y desaparecen como las modas de vestidos y de muebles. Es dudoso que haya habido en nuestro país, antes de 1678, nadie que inventase y relatase bajo juramento una historia circunstanciada, totalmente ficticia, de una conspiración, con el propósito de darse importancia haciendo morir á personas que no le habían hecho daño alguno. Pero en el año 1678 este execrable crimen se puso en moda, y así continuó durante los veinte años siguientes. Los predicadores lo designaban como nuestro pecado nacional, anunciando que traería sobre nosotros algún terrible castigo que alcanzaría á toda la nación. Los legisladores proponían nuevas penas de severidad terrible para esta nueva atrocidad (1). No fué, sin embargo, preciso acudir á tales penas. Cambió la moda, y durante el último siglo y medio no ha habido, tal vez, un solo ejemplo de esta particular especie de maldad.

La explicación es sencilla. Oates fué el fundador de una escuela. Su triunfo demostró que no hay novela que no pueda ser acogida con fe por inteligencias trastornadas por el temor y el odio. Sus calumnias eran monstruosas, pero venían en tiempo oportuno. Hablaba á un pueblo á quien sus pasiones habían hecho crédulo; y de este modo con mentiras desvergonzadas y crueles, en una semana, se elevó desde la

---

(1) Puede estudiarse en los *Diarios de los Comunes* de 1692-93 la historia de una tentativa para legislar en esta materia, que no dió resultado alguno.

oscuridad y la indigencia al lujo, el renombre y el poder. En otro tiempo había vivido con los escasos diezmos de un miserable curato, diezmos que él aumentaba hurtando cerdos y aves á sus feligreses (1). Ahora estaba alojado en un palacio; la multitud le seguía llena de admiración; tenía en su mano las vidas y haciendas de los Howards y los Herberts. Un sinnúmero de imitadores aparecieron inmediatamente. Parecía que se ganara mucho más y que se arriesgaba mucho menos dando testimonio de una conspiración imaginaria que robando en los caminos ó cercenando la moneda. Así, pues, los Bedloes, Dangerfields, Dugdales, Turberviles se apresuraron á aplicar su industria á un empleo más provechoso y menos arriesgado que cualquiera de los que solían ejercer. Hasta la disolución del Parlamento de Oxford, consistió la principal manufactura en conspiraciones papistas. Después, durante siete años, los complots whigs eran los únicos que se pagaban. Después de la revolución llegó el turno á los complots jacobitas; pero el público se había hecho precavido, y aunque los nuevos falsarios no eran en ningún respecto menos arteros que sus predecesores, encontraron mucho menos estímulo. La historia del primer golpe importante contra las prácticas de estos miserables bien merece ser relatada con minuciosidad.

En 1689 y á principios de 1690, Guillermo Fuller había prestado al Gobierno servicios de esos que los mejores gobiernos exigen algunas veces, y que solo los hombres más infames harían jamás. Su útil traición había sido recompensada por los que le habían empleado, como era propio, con dinero y con desprecio. Esta liberalidad le permitió vivir durante al-

(1) North, *Examen*.

gunos meses como un caballero de distinción. Se hacía llamar coronel, tenía criados, los vestía con lujosas libreas, compró hermosos caballos, vivía en Pall Mall, y mostraba su frente de bronce, coronada de una peluca que valía cincuenta guineas, en las antecámaras de palacio y en el palco proscenio en el teatro. Hasta se daba aire de favorito del Rey, y como si creyera que Guillermo no podía vivir sin él, siguió á Su Majestad, primero á Irlanda y después al Congreso de Príncipes en el Haya. Fuller posteriormente se alababa de que en esta ciudad se había presentado con un tren digno de un embajador, que pagaba diez guineas semanales por su habitación, y que el peor chaleco que se dignaba poner era de tela de plata que costaba á cuarenta chelines la yarda. Semejante profusión, como era natural, le redujo á la pobreza. Poco después de su regreso á Inglaterra tuvo que refugiarse, huyendo de los alguaciles, en Axe Yard, lugar situado dentro del recinto de Whitehall. Su situación era desesperada; debía grandes sumas; del Gobierno nada tenía que esperar; sus pasados servicios habían sido pagados con usura; ningún servicio futuro había que esperar de él: después de haberse presentado en el banco de los testigos á declarar por la Corona, no podía ser ya útil como espía de los jacobitas; y todas las personas virtuosas y honradas, fuera cualquiera el partido á que perteneciesen, le aborrecían y evitaban su trato. Precisamente en este tiempo, cuando se encontraba en una situación de espíritu en que los hombres se sienten inclinados á las peores tentaciones, tropezó con el peor de los tentadores, en realidad, con el mismo demonio en forma humana. Oates había conseguido la libertad, el perdón, y una pensión que le hacía mucho más rico que las diez y nueve vigésimas partes de los miem-

bros de aquella profesión que le deshonraba. Pero aun no estaba satisfecho. Quejábase de que no llegaba á trescientas libras lo que tenía anualmente. En los días de oro del complot había tenido el triplo de aquella suma, había estado suntuosamente alojado en palacio, comía en vajilla de plata y se vestía de seda. Reclamaba un aumento de su estipendio. Más todavía; tenía el descaro de aspirar á un beneficio eclesiástico, y encontraba mal que mientras se distribuían tantas mitras él no pudiera coger un deanato, ni una prebenda, ni siquiera un beneficio. No perdía oportunidad de recordar sus pretensiones. Frecuentaba las oficinas públicas y los pasillos de las Cámaras del Parlamento. Todos los días se le podía ver y oir cuando iba apresuradamente, con toda la rapidez que sus desiguales piernas permitían, entre Charing Cross y Westminster Hall, con la respiración agitada por la prisa y la importancia que se daba hablando de lo que había hecho por la buena causa é insultando en el estilo de los barqueros del río á todos los clérigos y hombres de Estado de quienes sospechaba que le hacían la guerra en la corte y le impedían llegar á ser obispo. Cuando se convenció de que no podía esperar nada de la Iglesia anglicana, se volvió á los baptistas. Ellos al principio le recibieron muy fríamente; pero él hacía tan conmovedoras relaciones de la maravillosa obra de gracia que se había operado en su alma, y juraba tan solemnemente delante de Jehová y los santos ángeles que sería en lo sucesivo una luz ardiente y brillante, que no fué posible que gente sencilla y bondadosa le creyera completamente falto de sinceridad. El se lamentaba, decía, como una tórtola. En un día del Señor creyó morirse de pena al ser arrojado de la compañía de los Santos. Fué, por último, admitido á comunión; pero aun no llevaba

un año entre sus nuevos amigos cuando éstos descubrieron su verdadero carácter y le arrojaron solemnemente por hipócrita. Desde entonces fué mortal enemigo de los principales baptistas, y los persiguió con la misma traición, los mismos embustes, la misma desvergüenza, la misma negra maldad con que muchos años antes había trabajado por la destrucción de más ilustres víctimas. Los que últimamente fueran edificados por el relato de sus benditas experiencias se quedaban asombrados al oirle gritar que tomaría venganza, que la venganza era manjar de Dios, que los miserables que le habían excomulgado serían arruinados, que se verían obligados á huir de su patria y que perderían hasta el último chelin. Viéronse al cabo frustrados sus designios por un equitativo decreto del tribunal de la Cancillería, decreto que hubiera arrojado negra mancha en el carácter de un hombre vulgar, pero que no añade nada perceptiblemente á la infamia de Tito Oates (1). A través de todos los cambios, sin embargo, veíase rodeado de un pequeño grupo de agitadores exaltados y deslenguados, los cuales, aborrecidos y despreciados por todos los whigs respetables, continuaban llamándose whigs, considerándose ofendidos porque sus burlas y calumnias no eran recompensadas con los mejores empleos de que disponía la Corona.

En 1691, Tito, á fin de hallarse en el foco principal de los partidos é intrigas políticas, había tomado una casa dentro del recinto de Whitehall. Fuller, que vivía muy cerca, fué admitido en esta casa. La obra de perdición que habían comenzado en él siendo todavía niño, las memorias de Dangerfield, se completó

(1) North, *Examen;* Ward, *El Espía de Londres;* Crosby, *Baptistas Ingleses*, tomo III, cap. II.

ahora con la conversación de Oates. El Doctor de Salamanca no era ya formidable como testigo; pero veíase impelido, parte por la salvaje maldad que sentía hacia cuantos consideraba como sus enemigos, y parte por mero desasosiego, propio de un mono, y por su amor al mal, á hacer por mediación de otros lo que ya no podía hacer en persona. En Fuller encontró el corazón corrompido, la lengua expedita y la impávida frente, que son las primeras condiciones para el oficio de falso acusador. Surgió la amistad, si tal palabra puede aquí usarse, entre esta pareja. Oates abrió su casa y aun su bolsa á Fuller. El pecador veterano, tanto directamente como por medio de sus inferiores, intimaba al novicio, que nada hace á un hombre tan importante como el descubrimiento de un complot, y que los tiempos eran á propósito para que un joven que no cejara ante nada y no temiese á nadie hiciera maravillas. La revolución—tal era el lenguaje empleado constantemente por Tito y sus parásitos—había producido pocos bienes. Los *alegres muchachos* de Shaftesbury no habían sido recompensados con arreglo á su mérito. Hasta el Doctor, tal era la ingratitud de los hombres, era mirado con frialdad en la nueva corte. Miserables toríes formaban parte del Consejo y eran admitidos en el gabinete del Rey. Hubiera sido noble empresa hacerles subir al cadalso. Sobre todo, hubiera sido cosa deliciosa ver la cara larga y solemne de Nottingham en Tower Hill. Porque el odio que estos malvados sentían por Nottingham no tenía límites, y era excitado probablemente, no tanto por sus opiniones políticas, en las cuales había sin duda mucho que condenar, como por su carácter moral, en el que la más minuciosa investigación descubriría muy poco que no fuera digno de aplauso. Oates, con la autoridad que dan á un preceptor la experiencia y

el éxito, dió á su discípulo una lección del arte de prestar falso testimonio. «Debierais haber sacado más partido—le decía entre muchos juramentos y maldiciones,—pero mucho más, de lo que habéis visto y oído en Saint-Germain. Nunca ha habido más bello fundamento para un complot. Pero sois un tonto: sois un elegante ridículo: debiera pegaros: yo no hubiera hecho eso. Yo solía ir á ver á Carlos á decirle lo que venía al caso. A Lauderdale le llamaba bribón en su cara. Yo me hice temer del Rey, de los Ministros, de Lores y Comunes. Pero vosotros los jóvenes no tenéis valor para nada.» Fuller se sentía grandemente edificado con estas exhortaciones. Sin embargo, algunos de sus asociados le indicaron que si pensaba dedicarse al comercio de las vidas ajenas por medio del juramento, haría bien en no mostrarse en los cafés con tanta frecuencia en compañía de Tito. «El Doctor—decía uno de los de la gavilla—es persona excelente y ha hecho grandes cosas en su tiempo; pero hay mucha gente que le tiene prevención, y si vais realmente á descubrir un complot, cuanto menos os vean con él, mejor será.» Fuller, pues, cesó de frecuentar la casa de Oates, pero continuó recibiendo secretamente las instrucciones de su gran maestro.

En justicia para Fuller, debe decirse que, según parece, no tomó el oficio de testigo falso hasta que no pudo sostenerse más tiempo mendigando ó estafando. Vivió una temporada de la caridad de la Reina. Después hizo algún dinero fingiendo pertenecer á la noble familia de Sidney. Logró sacar á Tillotson algunas cantidades, y recompensó la caridad del buen Arzobispo haciéndose pasar por el sobrino favorito de Su Gracia. Pero en el otoño de 1691 se agotaron todos estos ardides. Después de estar detenido en varias cárceles por deudas, Fuller se vió al fin alojado en la

prisión del Banco del Rey, y creyó que era tiempo de anunciar que había descubierto un complot (1).

Dirigióse primeramente á Tillotson y á Portland; pero Tillotson y Portland advirtieron en seguida que estaba mintiendo. Lo que él decía, sin embargo, fué referido al Rey, que, como era de esperar, trató la noticia y al que la daba con frío desprecio. Sólo faltaba ver si podía prender la llama en el Parlamento.

Poco después de la reunión de las Cámaras, Fuller hizo una petición á los Comunes solicitando ser oído y prometiendo hacer maravillosas revelaciones. Fué llevado desde su prisión á la barra de la Cámara, y allí repitió una larga novela. Jacobo, decía, había delegado la autoridad real en seis comisarios, el primero de los cuales era Halifax. Más de cincuenta lores y caballeros habían firmado una solicitud implorando del Rey de Francia que hiciera un gran esfuerzo para restaurar la casa de Estuardo. Fuller declaró que había visto esta solicitud, y repitió muchos de los nombres que la suscribían. Algunos diputados hicieron severas observaciones sobre la inverosimilitud de la historia y el carácter del testigo. Era, decían, uno de los más grandes bribones que había en toda la haz de la tierra; y las cosas que decía, sólo hubieran podido creerse siendo el un ángel bajado del cielo. Fuller se comprometió audazmente á presentar pruebas que pudieran convencer al más incrédulo. Dijo que estaba en comunicación con algunos agentes de Jacobo. Aquellas personas estaban prontas á reparar la falta que habían cometido con su país. Su testimonió sería decisivo, porque estaba en posesión de documentos que confundirían á los culpables. Guardaban reserva

(1) He tomado la historia de esta parte de la vida de Fuller de su propia narración.

solamente porque veían algunos de los traidores en altos empleos y cerca de la real persona, y temían incurrir en la enemistad de hombres tan poderosos y tan infames. Fuller terminó pidiendo una cantidad de dinero y asegurando á los Comunes que sería bien empleada (1). Si su desvergonzada petición hubiera sido satisfecha, tal vez hubiera pagado sus deudas, obtenido la libertad y después se habría ocultado; pero la Cámara insistió muy acertadamente en ver primero sus testimonios. Entonces el falsario comenzó á embrollarse. Aquellas personas estaban en el Continente y no podían venir sin pasaportes. Dierónsele los pasaportes; pero él se quejó de que eran insuficientes. Por último, los Comunes, completamente determinados á saber la verdad, presentaron una solicitud al Rey pidiendo que enviara á Fuller un salvoconducto en blanco en los términos más amplios (2). Fuéle enviado el salvoconducto. Pasaron seis semanas y no se sabía nada de los testigos. Los amigos de los lores y caballeros que habían sido acusados representaban enérgicamente que la Cámara no debía separarse en el verano sin haber decidido algo sobre cargos tan graves. Hízose comparecer á Fuller. Alegó estar enfermo, asegurando, y no por primera vez, que los jacobitas le habían envenenado. Pero todos sus planes fueron confundidos por la laudable prontitud y energía con que obraron los Comunes. Envióse una comisión al lado de su lecho, con orden de certificar si tenía realmente algunos testigos y el lugar donde aquellos testigos residían. Los diputados que formaban parte de esta comisión se presentaron en la cárcel del Banco del Rey, y le encontraron sufriendo á

(1) *Commons' Journals*, dic. 2 y 9, 1691: Grey, *Debates*.
(2) *Commons' Journals*, enero 4, 1691 92; Grey, *Debates*.

causa de un trastorno producido, según toda probabilidad, por algún emético que había tomado con objeto de engañarlos. En contestación á sus preguntas, dijo que dos de sus testigos, Delaval y Hayes, estaban en Inglaterra, y vivían en casa de un boticario católico en Holborn. Los Comunes tan pronto hubo informado la comisión enviaron algunos diputados á la casa indicada. Registróse aquella casa y todas las inmediatas. Delaval y Hayes no parecieron, ni había nadie en la vecindad que hubiera visto ni aun oído hablar nunca de tales sujetos. La Cámara, por tanto, el último día de la legislatura, momentos antes que el ujier de la Vara Negra llamase á la puerta, resolvieron por unanimidad que Guillermo Fuller era un embustero y un falsario; que había insultado al Gobierno y al Parlamento; que había calumniado personas honradas, y que debía hacerse una instancia al Trono pidiendo que se le persiguiera por su infamia (1). Fué, pues, juzgado, convicto y sentenciado á multa, encarcelamiento y exposición en la picota. Esta última pena, más terrible que la muerte para quien no hubiera perdido hasta el último resto de vergüenza, la sufrió con una osadía digna de sus dos modelos favoritos, Dangerfield y Oates. Tuvo la desvergüenza de insistir uno y otro año en que había caído víctima de las maquinaciones del Rey Jacobo, quien había gastado seis mil libras con el solo objeto de causar su ruina. Delaval y Hayes—tal era la fábula—habían recibido instrucciones del mismo Jacobo en persona. En obediencia á las órdenes que de él tenían, habían inducido á Fuller á comprometer su palabra de que ya estaban ellos en Inglaterra, ausentándose después y dejándole expuesto al enojo de la Cámara de los Co-

(1) *Commons' Journals*, feb. 22, 23 y 24, 1691-92.

munes (1). La historia encontró la acogida que merecía, y Fuller cayó en la oscuridad, de la cual salió nuevamente dos ó tres veces, á largos intervalos, para conseguir infamia momentánea.

XI.

Fin de la legislatura.—Es rechazado el bill fijando los sueldos de los jueces.

El 24 de febrero de 1692, como una hora después de haber votado los Comunes que Fuller era un impostor, fueron llamados á la Cámara de los Lores. El Rey dió gracias á las Cámaras por su lealtad y su liberalidad, anunció que debía partir en breve al Continente, y mandó que suspendieran las sesiones. Dió su sanción en aquel día á muchos bills de interés público y particular; pero cuando el Secretario de la Corona leyó el título de un bill que sin una sola votación había aprobado la Cámara Baja y la Alta Cámara sin una sola protesta, el Secretario del Parlamento declaró, según la antigua fórmula, que el Rey y la Reina examinarían el asunto. Aquellas palabras fueron pronunciadas muy rara vez antes del advenimiento de Guillermo. Sólo una vez han sido pronunciadas después de su muerte. Pero él ejerció en varias ocasiones importantes el poder de oponer su veto á leyes que habían sido aprobadas por los Estados del Reino. Sus detractores aseguraban con verdad que había rechazado mayor número de bills importantes

(1) Fuller, *Cartas originales del rey Jacobo y otros á sus mayores amigos en Inglaterra.*

que todos los reyes de la casa de Estuardo juntos, de donde sacaban la absurda deducción de que él había respetado la opinión de los Estados del Reino mucho menos que sus tíos y su abuelo. Al juicioso lector de la Historia no le será difícil descubrir por qué Guillermo ejerció repetidas veces una prerrogativa á que sus predecesores habían acudido muy rara vez, y que sus sucesores han dejado caer completamente en desuso.

Sus predecesores aprobaban las leyes con facilidad porque con la misma facilidad las infringían. Carlos I dió su asentimiento á la Petición de Derechos, é inmediatamente violó todas las disposiciones de aquel gran estatuto. Carlos II sancionó una ley que disponía que el Parlamento se reuniera, por lo menos, de tres en tres años; pero cuando murió, hacía cuatro próximamente que el país estaba sin Parlamento. Las leyes que abolían el Tribunal de la Comisión Eclesiástica, las leyes que instituían la Prueba Sacramental, fueron aprobadas sin la menor dificultad; pero no impidieron á Jacobo II restablecer la Comisión Eclesiástica, y llenar el Consejo Privado, las oficinas públicas, los tribunales de justicia, y las corporaciones municipales de personas que nunca se habían sometido á la Prueba. Nada más natural que no creyera un rey que mereciera la pena de retirar su sanción á un estatuto del cual podía eximirse cuando lo creyera conveniente.

La situación de Guillermo era muy diferente. No podía, como los que habían gobernado antes que él, aprobar una ley en la primavera y violarla en el verano. Al dar su asentimiento al Bill de Derechos, había renunciado solemnemente la prerrogativa de dispensa; y se veía obligado, tanto por prudencia como por conciencia y honor, á no infringir el pacto

á que debía la corona. Podría una ley ser personalmente ofensiva para él, podría parecerle perniciosa para su pueblo; pero tan pronto como la había aprobado, era á sus ojos cosa sagrada. Tenía, pues, un motivo, que no habían tenido los Reyes anteriores, para reflexionar antes de aprobar una ley semejante. Los otros daban su palabra con facilidad porque no tenían escrúpulo alguno en faltar á ella. Él tardaba en dar su palabra porque nunca dejaba de cumplirla.

Pero si bien su situación difería en gran manera de la de los Príncipes de la Casa de Estuardo, no era precisamente la de los Príncipes de la Casa de Brunswick. Un príncipe de la Casa de Brunswick se guía, para el uso de todas las regias prerrogativas, por el consejo de un Ministerio responsable; y este Ministerio debe estar elegido en el partido que predomina en las dos Cámaras, ó por lo menos, en la Cámara Baja. Casi no es posible concebir que haya circunstancias en que un soberano en tal situación pueda negar su asentimiento á un bill que ha sido aprobado por los dos Cuerpos colegisladores. Semejante negativa significaría necesariamente, ó que el soberano obraba en oposición al consejo del Ministerio, ó que el Ministerio tenía en contra suya, en una cuestión de importancia vital, una mayoría de los Comunes y de los Lores. En cualquiera de estas suposiciones, el país se hallaría en una situación muy crítica, situación que, de continuar largo tiempo, acabaría necesariamente en una revolución. Pero en los primeros tiempos del reinado de Guillermo no había Ministerio. Los jefes de los principales departamentos de la administración no habían sido nombrados exclusivamente de uno de los dos partidos. Unos eran celosos whigs, otros celosos tories; los más ilustrados estadistas no tenían por anticonstitucional

que el Rey ejerciera sus más altas prerrogativas en las ocasiones más importantes sin otro guía que su propio juicio. Así, pues, su negativa á sancionar un bill que habían aprobado ambas Cámaras no indicaba, como una negativa semejante lo hubiera indicado ahora, que toda la máquina del gobierno se hallaba en estado de temible desorden, sino tan sólo que había una diferencia de opinión entre él y las otras dos ramas de la legislatura respecto á la oportunidad de una ley determinada. Semejante diferencia de opinión podía existir, y como veremos en seguida, existió en efecto, en una época en que el Rey estaba, no sólo en relaciones puramente amistosas, sino afectuosisímas, con los estados del Reino.

Nunca se han establecido puntualmente las circunstancias en que por vez primera hizo uso de su veto. Habíase hecho una tentativa honrada, pero inhábil, para completar una reforma que el bill de Derechos había dejado imperfecta. Aquella gran ley había privado á la Corona del poder de separar arbitrariamente los jueces, pero no les había hecho del todo independientes. Su remuneración consistía parte en derechos y parte en salarios. En los derechos el Rey no tenía intervención; pero tenía pleno poder para reducir ó retirar los sueldos. No se pretendía que Guillermo hubiera abusado jamás de este poder, pero era indudablemente una prerrogativa que ningún príncipe debía poseer; y tal era la opinión de ambas Cámaras. Se presentó, pues, un bill por el cual se aseguraba un sueldo de mil libras anuales á cada uno de los doce jueces. Hasta aquí todo fué bien. Pero desgraciadamente se hizo una carga de los sueldos sobre la renta hereditaria. Ninguna proposición semejante hubiera sido aprobada ahora por la Cámara de los Comunes sin que un consejero privado significara

previamente el regio consentimiento. Pero esta regla, tan agradable aún, no se había establecido entonces, y Guillermo sólo pudo defender las derechos de propiedad de la Corona oponiendo su negativa al bill. En aquel tiempo no hubo, al menos según los datos de que disponemos, ninguna protesta violenta. Hasta las libelistas Jacobitas no hablaron casi de este asunto. Solamente después que las disposiciones del bill se habían dado al olvido, y cuando nada más que su título se recordaba, fué cuando se acusó á Guillermo de haber abrigado el designio de tener á los jueces en situación dependiente (1).

---

(1) Burnet, (II, 86). Burnet había olvidado sin duda el contenido del bill. Ralph no supo de él mas que lo que le dijo Burnet. Apenas he visto alusión alguna á este asunto en ninguna de las muchas sátiras jacobitas del día. Pero hay un notable pasaje en un libelo publicado á fines del reinado de Guillermo, y que se titula *Arte de gobernar por medio de los partidos*. Dice el autor: «Todavía necesitamos una ley estableciendo algún fondo para los sueldos de los jueces; y aun hubo un bill, de la revolución acá, aprobado por ambas Cámaras del Parlamento y destinado á este efecto; pero, bien fuera defectuoso, ó por cualquier otro motivo que yo no recuerdo bien, S. M. le negó su sanción. Sólo sé que la razón que se dió me satisfizo en aquel tiempo. Y yo no dudo que el Rey consentirá en cualquier buen bill que con este objeto se le presente en cualquier tiempo.» Estas palabras me convencieron de que el bill se prestaba á alguna grave objeción que no aparece en el título, y que ningún historiador ha mencionado. Yo encontré en los archivos de la Cámara de los Lores el pergamino original con el rótulo «Le Roy et la Royne s'aviseront.» Y ví claramente al primer golpe de vista en qué consistía la objeción.

Hay un claro, en la parte del *Diario de Narciso Luttrell* que se refiere á este punto. «El Rey, escribía, aprobó diez bills de interés público y treinta y cuatro de interés privado, y rechazó el de»—

En cuanto á la práctica presente de la Cámara de los Comunes, en tales casos, véase la importante obra de Hatsell, tomo II, 356. Cito la edición de 1818. Hatsell dice que muchos bills que afectan á los intereses de la Corona pueden ser presentados sin indicación alguna del regio consentimiento, y que basta con que éste se

XII.

Cambios ministeriales en Inglaterra.

Disolviéronse las Cámaras, y el Rey se preparó á marchar al Continente. Antes de partir hizo algunos cambios en la casa Real y en varios departamentos del Gobierno; cambios, sin embargo, que no indicaban una preferencia muy decidida por ninguno de los dos grandes partidos políticos. Rochester entró á formar parte del Consejo Privado. Es probable que hubiera ganado esta muestra del favor real abrazando el partido de la Reina en la desdichada disputa que había tenido con su hermana. Pembroke se encargó del sello privado, sucediéndole en la Dirección del Almirantazgo Carlos, Lord Cornwallis, tory moderado; Lowther aceptó un puesto en la misma Dirección, y fué reemplazado en la Tesorería por sir Eduardo Seymour. Muchos caballeros del campo tories, que habían mirado á Seymour como á su jefe en la guerra contra los empleados y contra los holandeses, se llenaron de indignación al saber que se había hecho cortesano. Recordaban qne había votado en favor de la Regencia, que había prestado juramento de muy mala gana, que había hablado con poco respeto del Soberano á quien ahora estaba pronto á servir por un sueldo que apenas merecía ser aceptado por un hombre de su riqueza y de tan gran influencia en el

---

manifieste en la segunda lectura ó aun después; pero que en todo lo que afecte á las rentas hereditarias, debe, desde el primer momento, manifestarse el consentimiento real.

Parlamento. Era extraño que el más altanero de los hombres se portara como el más bajo; que el que parecía no reverenciar nada en la tierra sino á sí mismo, se rebajara solamente por obra y gracia de un sueldo. De tales murmuraciones se le daba á él muy poco. Encontró, sin embargo, que había una circunstancia desagradable en su nuevo empleo. En la Dirección del Tesoro debía ocupar puesto inferior al del Canciller de Hacienda. El Primer Lord, Godolphin, era Par del reino, y su derecho de precedencia no podía ponerse en duda según las reglas de la heráldica. Pero todo el mundo sabía quién era el primer plebeyo de Inglaterra. ¿Quién era Ricardo Hampden para ponerse delante de un Seymour, del jefe de los Seymours? Con gran dificultad pudo arreglarse la disputa. Hiciéronse muchas concesiones al quisquilloso orgullo de sir Eduardo. Entró á formar parte del Consejo. Fué nombrado miembro del Gabinete. El Rey le cogió de la mano y le presentó á la Reina, diciendo: «Os traigo un caballero que en mi ausencia será un amigo de valía.» De este modo se encontró sir Eduardo tan calmado y lisonjeado que cesó de insistir en su derecho de interponerse entre el Primer Lord y el Canciller de Hacienda.

En el mismo decreto del Tesoro en que aparecía el nombre de Seymour, apareció también el nombre de un político mucho más joven, que durante la última legislatura había alcanzado gran distinción en la Cámara de los Comunes, Carlos Montague. Este nombramiento satisfizo mucho á los whigs, que tenían ahora más estimación por Montague que por sus jefes veteranos Sacheverell y Littleton, y el cual ciertamente solo era inferior á Somers.

Sidney entregó los sellos que había tenido durante más de un año, y fué nombrado Lord Lugarteniente

de Irlanda. Algunos meses trascurrieron antes que se proveyese el puesto que dejaba vacante; y durante este intervalo todos los negocios que ordinariamente habían estado repartidos entre dos secretarios de Estado, fueron despachados por Nottingham (1).

XIII.

Cambios ministeriales en Escocia.

Mientras se hacían estos arreglos, habían ocurrido sucesos en una parte distante de la isla, que hasta después del trascurso de muchos meses no fueron conocidos en los círculos mejor informados de Londres, pero que gradualmente alcanzaron terrible notoriedad, y que después del trascurso de más de ciento sesenta años no se mencionan nunca sin horror.

Poco después de haberse separado los Estados de Escocia, en el otoño de 1690, se había operado un cambio en la administración de aquel reino. Guillermo no estaba satisfecho de la representación que había tenido su autoridad en el palacio del Parlamento. Creía que los curas perseguidos por el populacho habían sido tratados cruelmente. Había tolerado muy á disgusto que la ley que abolía el patronato fuera tocada con su cetro. Pero lo que especialmente le disgustaba era que las leyes que establecían una nueva organización eclesiástica no hubieran ido acompañadas de una ley que concediera libertad de

(1) La historia de estos cambios ministeriales la he tomado principalmente de la *Gaceta de Londres* de 3 y 7 de marzo de 1691-92, y del *Diario de Narciso Luttrell* del mismo mes. Dos ó tres ligeros detalles están tomados de libelos contemporáneos.

conciencia á los partidarios del antiguo culto. Había ordenado á su comisario Melville que obtuviera para los episcopales de Escocia indulgencia semejante á la que disfrutaban los disidentes en Inglaterra (1). Pero los predicadores presbiterianos censuraban con vehemencia toda lenidad con los amalecitas. Melville, con útiles talentos y tal vez honradas intenciones, no tenía ni grandes miras ni ánimo intrépido. Tenía miedo de pronunciar palabra tan aborrecible á los teológicos demagogos de su país como lo era la de tolerancia. Contemporizando obsequiosamente con sus preocupaciones, había dominado el tumulto que ya comenzaba en Edimburgo; pero el efecto de su tímida previsión fué que muy pronto estallase en el Mediodía de la isla un tumulto mucho mayor contra el fanatismo de los cismáticos que dominaban en el Norte, y contra la debilidad del Gobierno que no se había atrevido á combatir aquel fanatismo. En este punto los partidarios de la alta Iglesia y los de la baja Iglesia eran de la misma opinión, ó, por mejor decir, los partidarios de la baja Iglesia eran los que mostraban mayor encono. Un hombre como South, que durante muchos años había estado anunciando que si alguna vez los puritanos cesaban de ser oprimidos serían opresores, no estaba, en el fondo, del todo descontento, al ver que su profecía se había cumplido. Pero en un hombre como Burnet, que había hecho el gran objeto de su vida mitigar la animosidad que los ministros de la Iglesia anglicana sentían contra los presbiterianos, la conducta intolerante de estos últimos sólo podía inspirar indignación, vergüenza y dolor. No había, pues, en la corte de Inglaterra quien pronunciara una palabra en defensa de Melville. Era imposible que en tales

(1) Guillermo á Melville, mayo 22, 1690.

circunstancias continuase al frente de la administración escocesa. Hízosele bajar, sin embargo, suavemente, de su alto puesto. Durante más de un año continuó siendo secretario de Estado; pero se nombró otro secretario que debía residir cerca del Rey y tener la dirección principal de los negocios. El nuevo primer ministro de Escocia fué el hábil, elocuente é ilustrado sir Juan Dalrymple. Su padre, el Lord presidente del Tribunal de Sesión (1), había ascendido últimamente á la dignidad de Par con el título de Vizconde de Stair; y sir Juan Dalrymple era, por consecuencia, según antigua usanza de Escocia, llamado el *Master* de Stair. A los pocos meses Melville renunció su secretaría, aceptando un puesto de alguna categoría y sueldo, pero sin importancia política (2).

(1) *Court of Session;* nombre del Tribunal Supremo de Escocia. Nota del T.

(2) Véase el prólogo á los *Leven and Melville Papers.* He dado lo que me parece explicar realmente la hostilidad de Burnet á Melville. El descendiente de Melville, que ha merecido bien de cuantos se dedican á estudios históricos, por la diligencia y fidelidad con que ha cumplido sus deberes de editor, opina que cegaba el entendimiento de Burnet su celo en favor del episcopado y su odio á los presbiterianos. Esta acusación debe sorprender y divertir á los ingleses partidarios de la Alta Iglesia.

FIN DEL TOMO TERCERO.

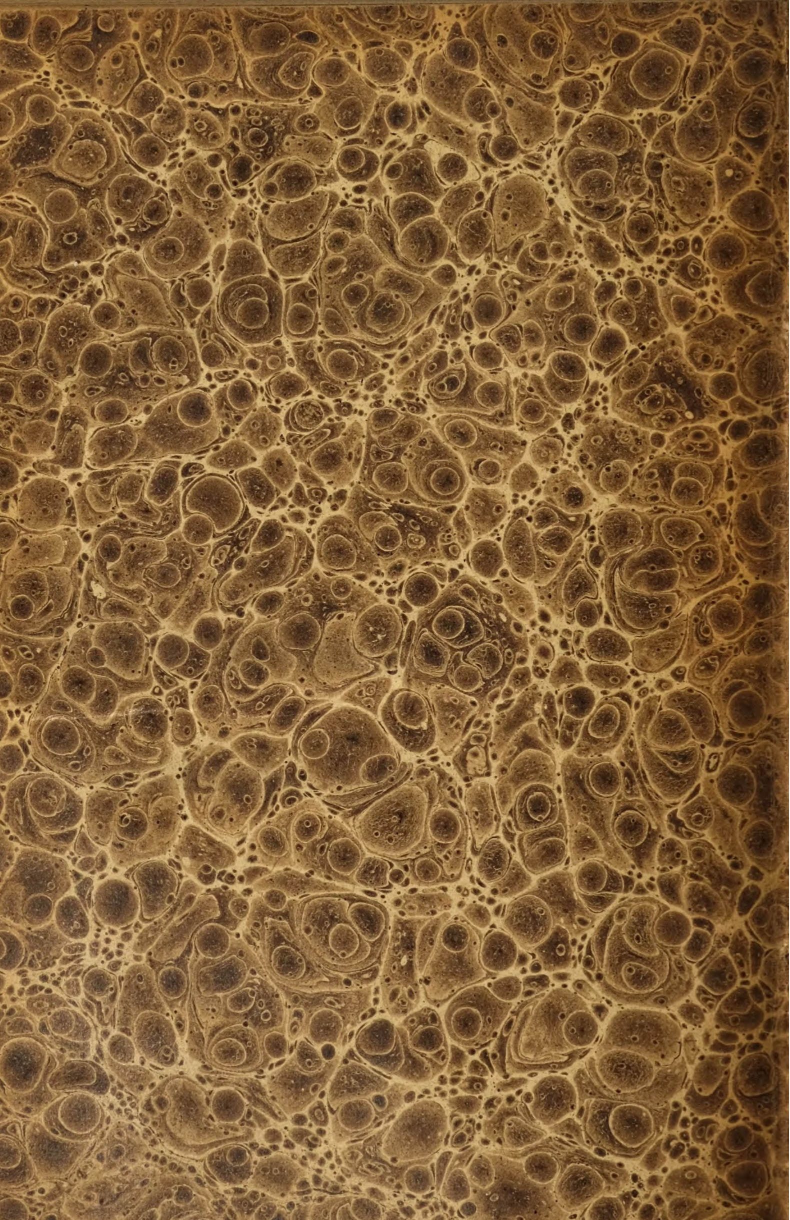
ÍNDICE.

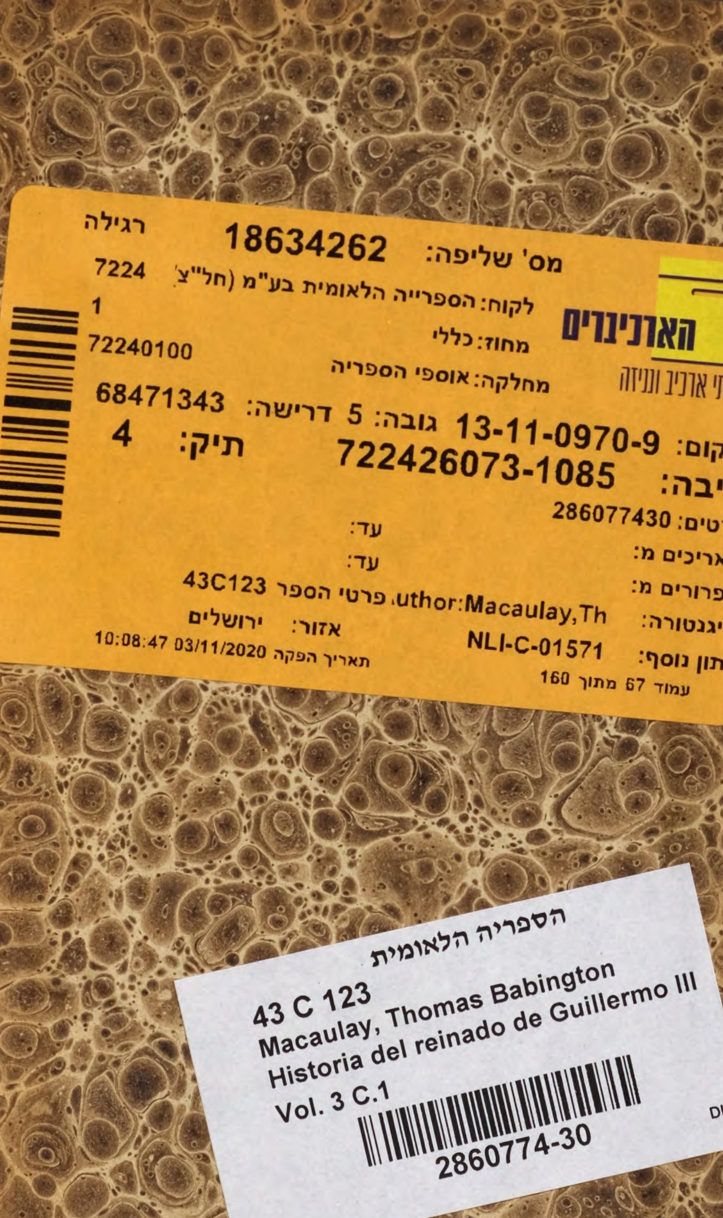
CAPÍTULO SEXTO

CAPÍTULO SÉPTIMO.

PÁGS.

CAPÍTULO OCTAVO.





רגילה
18634262 מס' שליפה:
7224 (חל"צ) לקוח: הספרייה הלאומית בע"מ
1
מחוז: כללי
72240100
מחלקה: אוספי הספריה
68471343 דרישה: 5 גובה: 13-11-0970-9
4 תיק: 722426073-1085
286077430
עד:
עד:
43C123 פרטי הספר uthor:Macaulay,Th
ירושלים אזור:
10:08:47 03/11/2020 תאריך הפקה NLI-C-01571
עמוד 67 מתוך 160

